



JOHN BRAINE

Un lugar  
en la cumbre

Lectulandia

Esta es la historia del imparable ascenso de Joe Lampton, un genuino trepa de clase obrera, encantador y caradura, que se abre paso como puede en la estricta Inglaterra de los primeros años de la posguerra. Atrapado en un deprimente pueblo industrial de Yorkshire, el oportunista Lampton, contable municipal cuyas principales aficiones son la cerveza y las jóvenes casaderas, aspira a crearse una «reputación social», para lo cual no dudará en ganarse el aprecio de las fuerzas vivas del lugar.

Novela emblemática del movimiento de los «Jóvenes Airados» británicos, y un auténtico fenómeno de ventas en su época, *Un lugar en la cumbre* constituye un penetrante análisis de la sociedad de clases británica, y uno de los más divertidos ejemplos de cómo una nueva generación de escritores logró romper con las convenciones sociales y los códigos de comportamiento tradicionales.

**Lectulandia**

John Braine

# **Un lugar en la cumbre**

ePub r1.0

Titivillus 28.04.16

Título original: *Room at the top*  
John Braine, 1957  
Traducción: Enrique Gil Delgado

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

# INTRODUCCIÓN

## JOHN BRAINE O EL CINISMO POR DEPORTE

*por Enrique Gil Delgado*

«La única diferencia entre un tipo inteligente y un idiota integral, prácticamente indistinguibles, estriba en la posesión de riquezas...» La celeberrima cita del paradójicamente casi desconocido P. Cinelli podría servirle de premisa vital ideológica a Joe Lampton, el protagonista de *Un lugar en la cumbre*.

La novela se publicó en marzo de 1957 y supuso un éxito de ventas inmediato (35.000 copias vendidas en ese año), sobre todo teniendo en cuenta que hasta aquel momento su autor era novel. Después se publicaría por episodios (si bien bastante resumidos) en el *Daily Express* y un año después de su lanzamiento se estimaba que su autor había ganado unas 15.000 libras. Su mercado potencial se extendió ampliamente cuando en 1959 la editorial Penguin la incluyera en sus publicaciones de bolsillo (reimpresa ocho veces en su primer año y diecinueve más hasta 1970, convirtiéndose en todo un éxito editorial) y además fuera llevada al cine por Jack Clayton, quien la aprovechó para hacer su propio ejercicio de *free cinema* con espectaculares resultados: la película obtuvo el Oscar de Hollywood al mejor guión adaptado (de Neil Patterson) y el de mejor actriz que le fue otorgado a Simone Signoret (en el papel de Alice Aisgill) quien en la pantalla recibía la réplica del actor Lawrence Harvey (encarnando a Joe Lampton). Durante los años 60 la novela siguió atrayendo la atención del público favorecida por la publicación de su secuela: *Life at the Top*, (1962), adaptada de nuevo en 1965 por Ted Kotcheff y en una serie televisiva, *Man at the Top*, a finales de los sesenta y primeros setenta.

Braine contaba en el momento de su publicación treinta y cinco años; su primera sinopsis de la novela fue rechazada en 1951. Entonces el título era otro: *Born Favourite* (algo así como *Nacido con Suerte*) y el nombre de su protagonista era Bob Mayne en vez de Joe Lampton. Aquel año, Braine había abandonado su trabajo como bibliotecario en Yorkshire e intentaba ganarse la vida como escritor en Londres, donde colaboraba esporádicamente con algunos diarios (*New Statesman*, *Tribune*) y programas radiofónicos. Cayó enfermo de tuberculosis y hubo de ser ingresado durante dieciocho meses en los que trabajó intensamente en la novela, que se vería finalmente publicada en 1957.

La acción se desarrolla en los años inmediatamente posteriores a la Segunda Guerra Mundial (a la que hay constantes referencias), siendo narrada por su propio protagonista, Joe Lampton, desde una perspectiva más adulta, revisionista de su propia trayectoria, mostrando a un hombre en abierta pugna consigo mismo. En algunos momentos hace incluso balance de lo obtenido y de aquello a lo que ha

renunciado para conseguir su posición social (el pacto faústico y sus fatales resultados.) Aquí reside el mayor interés de la obra, más incluso que el melodrama pasional que desarrolla (favorecido por un ambiente frío y neblinoso, como la propia posguerra, en contraste con los capítulos de ambiente diurno en los que la atmósfera es más sincera), porque el ascenso social del protagonista justifica todas sus maniobras y su falta de escrúpulos —en aras de alcanzar aquello que se le estaba negando a toda una generación (que, literariamente, abanderan los denominados *Angry Young Men*)— en un momento en que los escrúpulos eran un valor en decadencia y el cinismo (casi siempre por deporte) empezaba a calar como parte de la idiosincrasia cultural británica de posguerra. Joe Lampton encarna de manera definitiva este cinismo de trazo grueso que la clase trabajadora, desconfiada hacia los que manejan los hilos, convierte en afilada arma dialéctica con la que contrarrestar sus frustraciones materiales (algunas bastante básicas, por cierto). De todas formas, *Un lugar en la cumbre* no pretende ser una novela radical, ni anárquica ni tampoco socialista (como hubo quien entendió en su momento) sino que huye de toda conclusión política. Centrada en las reacciones de los personajes, la novela gana en interés y atemporalidad. Transmite de forma incisiva ese ambiente de posguerra, con el racionamiento aún en vigor, en el que todos luchan por medrar a cualquier precio, peleando por mantener los privilegios de su clase unos y por acercarse lo más posible a la «cumbre» (metáfora explícita incluida en el título del libro) los otros.

El desarrollo psicológico y moral del protagonista nos lo muestra como un joven emprendedor cumpliendo el rito de paso masculino de la juventud a la edad adulta: el abandono de las subvenciones de guerra para asumir responsabilidades laborales. En este tránsito tendrá que sopesar y tomar partido por sus propios intereses para acabar pagando el inexcusable precio de su escalada social.

En la línea narrativa se nos presenta una diferencia de edad entre el Joe Lampton narrador y el protagonista. Sin embargo se trata más de una distancia tomada con tintes cínicos que una aceptación inexorable de sí mismo; en ello reside la base de su cinismo, pues de algún modo, se percibe una justificación reiterada a las actitudes desapegadas del joven Lampton. Joe es un joven de origen humilde, ambicioso y arrogante, de algún modo seductor y con un cierto atractivo físico; un arribista que desecha todo escrúpulo a la hora de perseguir sus propios objetivos. En medio de todo esto no queda verdaderamente claro del todo el conflicto de clases sino que lo que más resalta es la acción individual en el ascenso social del personaje. Lampton, más bien, representa el cinismo cruel contrario a las buenas intenciones laboristas.

El contraste entre una fuerte conciencia moral, esgrimida por las clases elevadas, y la inmoralidad calculada de la que todos hacen gala, destierran toda noción de cuento moral o historia con moraleja, por más que se nos hable del ineludible precio que hay que pagar para pertenecer a un estrato social superior. Lampton no tiene más que un objetivo a la vista y se obsesiona por el valor monetario de los objetos lujosos... y de las personas, a las que tasa con la frialdad de un perito forense. Eso sí,

aquejado de una aguda necrofobia, no duda en calificar como «zombis» a todos aquellos a los que considera desechos sociales (sin importar su estatus); personas muertas en vida, adocenadas, plenamente asumidas por el Sistema (el temible Establishment), desprovistas de cualquier cualidad emocional positiva, irremediabilmente cadáveres.

Según decía Cortázar, ocurre que en ocasiones se puede «acceder a ciclos que comienzan en la puerta de un café y desembocan en una horca sobre la plaza mayor de Bagdad»; pues bien, Joe Lampton cruza el Rubicón que le separa de su particular cumbre al entrar en el Sylvia's Café de Warley, la ciudad en la que acaba de establecerse. Allí toma la decisión imperativa e inamovible de conquistar lo que denomina «su legado». Se hubiese sentido más feliz de acabar en el cadalso... Pero no hay por qué ponerse patibularios, aunque hay éxitos demoledores a los que es imposible sobreponerse. Con todo, se impone el sentido estratégico del protagonista: despojado de todo vestigio emocional sincero, transformado él mismo en zombi, iniciará la subida hacia su anhelada cumbre pero no se detendrá ahí, sus ascensos y decepciones se verán acentuados en *Life at the Top*, continuación de sus aventuras y desventuras.

Han pasado cincuenta años desde la publicación de *Un lugar en la cumbre*; hay que decir que aquel fue un momento en el que la gente creía que un nuevo futuro, una nueva clase de sociedad, eran posibles. Braine intenta plasmar la obsesión británica por una estricta escala jerárquica, rígida e impermeable, y mantiene el interés añadido de documento social sobre una época no tan lejana. Nos recuerda, por ejemplo, que en los años 50 todo el mundo fumaba (un montón); que los hombres se reunían a tomar pintas en los pubs (algunos de los cuales no admitían a mujeres); que la homosexualidad no sólo no se toleraba, sino que era incluso ilegal; que las casas obreras del norte industrial inglés no contaban con cuarto de baño y los orinales eran un artículo en pleno uso... Medio siglo después las diferencias entre clases han aumentado y las posibilidades de movilidad social han disminuido proporcionalmente. Puede que algunas cosas hayan cambiado, si bien sólo superficialmente; tal vez la antigua firma familiar se haya convertido hoy en una multinacional, los orinales hayan caído en desuso y el tabaco ahora esté mal visto, y hasta es posible que ahora se prefiera la cerveza *lager* a la *ale*... Pero las recientes evidencias demuestran que muy pocas cosas se han transformado en esencia. Las desigualdades continúan siendo la raíz del problema y se opta por el beneficio inmediato e individual. La regeneración ética no se produce. La, desde antaño, voceada decadencia cultural no sólo no nos abandona, sino que se hace más y más patente. El cinismo es considerado un valor moral equiparable a un fino sentido del humor. No falta quien se pregunta si habrá vida antes de la muerte... Con tamañas perspectivas, a un Joe Lampton de hoy sólo le quedaría una opción posible: destapar otra cerveza al grito de «¡Vivan los zombis!».

## BREVÍSIMA NOTA A LA TRADUCCIÓN

Braine no llevó nunca a cabo estudios superiores ni recibió ninguna formación específica para ser escritor. Aprendió el oficio a medida que lo iba desarrollando. Del mismo modo ocurre en esta, su primera novela, en la que alterna los excesos retóricos y las descripciones exhaustivas con pasajes veloces cargados de un humor vitriólico. Siendo el inglés una lengua sintética, capaz de condensar conceptos en muy pocas palabras, el autor se recrea en ocasiones mediante la exaltación de los sentidos: se hacen habituales las referencias a olores, colores, formas y sabores que forman parte de la idiosincrasia cultural inglesa. Tampoco faltan las alusiones constantes a las jergas específicas del ejército, del mundillo teatral (sin perder ocasión de rendir tributo al omnipresente Noel Coward ni de hacer un repaso a las revistas musicales de la época) y del nada apasionante lenguaje financiero (que utiliza con ironía sutil). Algunas expresiones y tiempos verbales se han visto modificados para dotar a la novela de una lectura más ágil, sin traicionar el espíritu de su autor y tratando de ser lo más literal posible. Sin embargo, en ocasiones me he visto forzado a traducir «libremente» giros del lenguaje y juegos de palabras que de otro modo habrían inducido a la confusión cuando no a la incompreensión. Se han incluido notas a pie de página a fin de explicar algunas de estas variaciones y otras, que aclaran datos sobre personas o hechos referidos que pertenecen en exclusiva al ámbito cultural británico, con la idea de ilustrar un poco mejor el ambiente de la obra. Abundan también los galicismos (históricamente integrados en el inglés) y ciertas fórmulas reiterativas en los párrafos más descriptivos. Hay diversos pasajes escritos en el habla típica de Yorkshire (que tan bien conocía Braine), un lenguaje campechano que utilizan hombres y mujeres de distintos estratos sociales, que han sido trasladados con expresiones acertadamente castizas, si bien su pronunciación queda casi diluida en el texto traducido a diferencia del original, en el que este dialecto juega un papel humorístico y entrañable. No quisiera dejar de agradecer a Mr. y Mrs. C. G. Bintliffe su inestimable ayuda a la hora de traducir este enrevesado dialecto y de ilustrarme sobre algunas expresiones y usos típicos de aquella época.

ENRIQUE GIL DELGADO



# 1

Llegué a Warley una húmeda mañana de septiembre. El cielo estaba gris como la arenisca de Guiseley. Me hallaba solo en el compartimento. Me recuerdo diciéndome a mí mismo: «No más zombis, Joe, no más zombis».

Me gruñía el estómago de hambre y tenía un zumbido en la cabeza y una sensación de agua carbonatada en la nariz de las bebidas de la noche anterior. Aquella mañana en especial incluso estas molestias me producían placer. Yo era un viajero disipado, disoluto de manera elegante, que aspiraba al baño caliente, a acariciar a un perro, al café negro y a la siesta en un batín de seda.

Vestía mi mejor ropa de los domingos: un traje gris claro que me había costado catorce guineas, una corbata gris lisa, calcetines grises y zapatos marrones. Nunca había tenido zapatos tan caros; el lustre era profundo, intenso, casi negro. Mi gabardina y mi sombrero, sin embargo, no alcanzaban la misma calidad: la gabardina, después de solo tres meses, estaba bastante arrugada y olía a goma y el sombrero estaba levemente descolorido por la brillantina y doblado en punta por delante.

Más tarde aprendería entre otras cosas a no comprar nunca gabardinas baratas, a quitarle las abolladuras al sombrero antes de guardarlo y a no combinar la ropa con demasiada exactitud en tono y color. Pero tenía un aspecto razonablemente bueno aquella mañana de hace diez años; todavía no había empezado a adquirir la gordura de la mediana edad y —suene o no sentimental— experimentaba una mezcla de entusiasmo y ausencia de desengaños que compensaban con creces la gabardina, el sombrero y el conjunto con apariencia de uniforme. La otra tarde me encontré con una foto mía hecha poco después de que viniera a vivir a Warley. Tenía el pelo aplastado dentro de un gorro, el cuello de la camisa no se ajustaba y el nudo de la corbata, sujeto por un espantoso alfiler con forma de daga, era demasiado pequeño. Poco importa, ya que mi cara mostraba una expresión no exactamente inocente, sino *nueva*. Es decir, sin estrenar por el sexo, por el dinero, por hacer amistades e influir en las personas, casi intacta de las inmundicias por las que uno está forzado a pasar para conseguir lo que quiere.

Esta fue la cara que vio la señora Thompson. Había conseguido el alojamiento a través de un anuncio en el *Warley Courier*, así que no la había visto en mi vida. Sin embargo, incluso si no hubiera llevado aquel abrigo granate y la copia de *Queen*<sup>[1]</sup> bajo el brazo por los que me dijo que la reconocería, yo habría sabido inmediatamente quién era. Tenía exactamente el aspecto que había imaginado por su papel de carta artesanal, blanco y grueso, y su caligrafía enrevesada con sus «es» griegas.

Esperaba junto a la barrera de salida. Entregué mi billete y me volví hacia ella.

—¿La señora Thompson?

Ella sonrió. Tenía un semblante pálido y sereno y el pelo oscuro tirando a gris. Su sonrisa parecía el resultado de una larga práctica; apenas movía la boca. Venía de sus ojos una expresión amistosa y personal, no la típica mueca social.

—Usted debe de ser Joe Lampton —dijo—. Espero que haya tenido un viaje agradable.

Se quedó de pie mirándome con una firmeza desconcertante. De pronto recordé que debía estrecharle la mano.

—Me alegro de conocerla —dije con toda intención.

Tenía las manos frías y secas, y me devolvió el apretón con firmeza. Salimos por un puente peatonal cubierto que vibró mientras un tren pasaba por debajo, y después a través de un largo y resonante pasaje subterráneo. Siempre me siento oprimido y perdido en las estaciones de tren. De pronto me inundó el abatimiento y el zumbido de mi cabeza se transformó en dolor.

Cuando estuvimos fuera me sentí mejor; la lluvia se había transformado apenas en llovizna y el ambiente tenía el sabor fresco y limpio, con ese olor peculiar, como de buen pan con mantequilla, que significa que el aire libre está al alcance de la mano. La estación se hallaba en el centro del barrio más oriental de Warley. El efecto era como si todas las industrias de la ciudad hubieran sido amontonadas en un solo punto. Más tarde descubrí que esta segregación derivaba de una política del Ayuntamiento: si alguien quería montar un taller o una fábrica en Warley, o lo hacía en el este o bien tenía que renunciar a ello.

—Este no es el barrio más bonito de Warley —dijo la señora Thompson, haciendo un ademán con la mano que abarcaba un gran taller, una tienda de *fish and chips* y un sórdido edificio, el Hotel Comercial—. Siempre es así alrededor de las estaciones, no sé por qué. Creo que Cedric tiene alguna teoría sobre ello. Pero, ya sabe, se trata de un fenómeno bastante interesante. Detrás del hotel hay un verdadero laberinto de calles...

—¿Estamos lejos de Eagle Road? —pregunté—. Podríamos coger un taxi.

Había una media docena de ellos en el patio de la estación. Todos sus conductores estaban aparentemente congelados al volante.

—Buena idea —dijo—. Me dan bastante pena esos pobres hombres. —Rió—. Jamás he visto ninguno de esos taxis circulando por las calles; lo único que hacen es esperar aquí, día tras día y año tras año, a pasajeros que nunca llegan. A veces me pregunto cómo logran sobrevivir.

Cuando estuvimos en el taxi la señora Thompson me echó otra larga mirada. Fue escrutadora pero no embarazosa, tan fría y seca como su apretón de manos pero igual de amistosa y firme; tuve la impresión de haber superado alguna clase de examen.

—Le llamaré señor Lampton si lo desea —dijo—, pero prefiero llamarle Joe. —Hablabla sin ningún asomo de coqueteo; su actitud sugería que había asumido lo que fuera que la inquietaba—. Y mi nombre es Joan —añadió.

—Está bien, Joan —dijo. Y desde entonces siempre usé su nombre de pila; aunque curiosamente nunca pensé en ella sino como en la señora Thompson.

—Esta es St. Clair Road —dijo mientras el taxi subía por una larga colina inclinada—. Vivimos arriba del todo. En Warley solemos llamar a este sitio «La Cumbre», con una C mayúscula. Mi marido tiene una teoría sobre eso también...

Me fijé en que hablaba muy bien; tenía una voz grave pero clara, sin el mínimo rastro de las vocales excesivamente campechanas de Yorkshire o de la patata en la boca de los suburbios de Londres. Me alegré de mi buena suerte; muy fácilmente podría haber sido el tipo habitual de casera que huele a sosa y a levadura, y mi alojamiento una de esas destartadas casitas junto a la estación. Habría salido de Dufton para acabar en un sitio peor. En vez de eso, me dirigía a «La Cumbre», a un mundo que incluso desde el primer vistazo me llenaba de excitación: enormes casas con accesos privados y huertos y setos manicurados; la escuela privada a la que regresarían pronto los chicos tras sus aventuras en Bretaña, Brasil o la India, o cuando menos en un viejo castillo de Cornualles; coches caros —Bentleys, Lagondas, Daimlers, Jaguars— aparcados por doquier a modo de desechos ostentosos, como si el distrito los hubiera dejado caer al azar para mostrar así su riqueza; y, por encima de todo, el viento que llegaba desde los páramos y los bosques que se divisaban en el lejano horizonte.

Lo que más me impresionó fue Cyprus Avenue. Era una calle ancha y recta, bordeada de cipreses. La calle en la que vivía en Dufton, Oak Crescent, no se curvaba ni una pulgada y ni siquiera tenía un solo arbusto que pudiera justificar su nombre<sup>[2]</sup>. Cyprus Avenue se convirtió en aquel instante en un símbolo de Warley: era como si toda mi vida hubiera estado comiendo serrín pensando que era pan.

La señora Thompson me puso la mano en la rodilla. Capté un olorcillo a agua de colonia de la mejor clase, discreta y aséptica.

—Ya hemos llegado a casa, Joe —dijo.

La casa era adosada; yo hubiera preferido que no lo fuese. Aun así, tenía un tamaño decente, y estaba edificada en una piedra caliza de color galleta de aspecto caro. Tenía hasta garaje. La pintura relucía como si fuera nueva, y el césped adoptaba la textura de la piel de un topo: se notaba que era una casa que siempre había recibido los mejores cuidados. Excepción hecha, cosa bastante rara, del garaje, cuya pintura estaba toda desconchada y llena de burbujas, y que tenía la ventana rota.

—Cedric lo utiliza para sus trastos —dijo la señora Thompson. Tenía una forma peculiar de responder a preguntas que uno no había formulado—. Necesita más atención, pero parece que nunca tenemos tiempo para eso. Nos deshicimos del coche cuando Maurice murió. En realidad era suyo; de todas formas no habríamos tenido el valor de usarlo.

Abrió la puerta.

—¿Sirvió en el ejército? —pregunté.

—Fue piloto en la RAF. Murió en un accidente estúpido en Canadá. Solo tenía

veintiún años.

El recibidor olía a cera de abejas y a fruta, y sobre una pequeña mesa de roble había un gran jarrón de cobre con mimosas. Tanto el jarrón amarillo cromo, casi dorado, como las mimosas se reflejaban débilmente contra las paredes pintadas de crema. Parecía demasiado bueno para ser real, como una ilustración de *Homes and Gardens*.

Ayudé a la señora Thompson a quitarse el abrigo. Para ser una mujer de por lo menos cuarenta y cinco años tenía una buena figura, con una cintura pequeña y sin tendencia a la gordura, pero tampoco a la fibrosidad. Resultaba fácil imaginársela de joven, aunque no era de las que tratan de disfrazar su edad. De todos modos la miré sin albergar el más mínimo atisbo de deseo. No intenté en ningún momento cortejar a la señora Thompson, aunque si he de ser sincero, seguramente no le habría hecho ascos en la cama.

Me miró otra vez fijamente con esa mirada suya tan peculiar.

—Usted se parece mucho a él —murmuró. Entonces irguió la espalda, como si de repente hubiera recordado sus deberes—. Lo siento, Joe. Estoy olvidando mis obligaciones. Le mostraré su habitación.

El dormitorio que tuve en Eagle Road fue la primera habitación que yo pude considerar verdaderamente mía. No cuento, pues, el cubículo que ocupé en el cuartel de suboficiales en Frinton Basset, ya que apenas si lo usaba salvo para dormir y siempre tuve la sensación de que aquel cuarto tenía algo de impersonal por el gran número de personas que lo habían ocupado antes que yo, siempre al límite de la partida hacia otra base o incluso hacia la muerte. Tampoco cuenta mi alcoba en la casa de mi tía Emily; aquel era, estrictamente hablando, un *dormitorio* y poco más. Supongo que podría haber comprado algunos muebles y haber hecho instalar una chimenea eléctrica, pero ni mi tío ni mi tía habrían entendido ese deseo mío de intimidad. Para ellos un dormitorio era un cuarto con una cama —con barrotes de latón y un colchón de plumas en mi caso—, un armario y una silla de respaldo duro; un lugar cuyo único uso era el de *dormir*. Para leer, para escribir, para hablar o para escuchar la radio, uno utilizaba el cuarto de *estar*. Era como si los nombres de las habitaciones se tomaran exactamente al pie de la letra.

Pero ahora, mientras seguía a la señora Thompson a *mi habitación*, notaba que me iba adentrando en un mundo diferente.

—Es maravillosa —dije, sintiendo que la palabra no era la más adecuada e intentando no parecer demasiado impresionado; después de todo, no había estado viviendo en los barrios bajos precisamente. Recorrí la estancia con incrédulo deleite: el empapelado a rayas verticales beige y plata, la ventana volada que ocupaba la práctica totalidad de la longitud de la habitación con varios cojines encajados a lo largo, la cama-diván que más bien tenía el aspecto de un diván, y no el de una cama que a la deprimente luz diurna hiciera pensar en el sueño y la enfermedad, los dos sillones y el tocador, más el armario y el escritorio, todo ello labrado en la misma

madera pálida y satinada. En la librería pintada de crema había un cuenco de anémonas y en el hogar ardía un fuego que desprendía un olor aromático, ligeramente ácido y débilmente a florado, que creía reconocer, pero cuyo origen último no podía precisar.

—Madera de manzano —dijo la señora Thompson—. Gracias a la escasez de carbón nos estamos convirtiendo en auténticos expertos. Tenemos una chimenea eléctrica, pero pensé que con el día tan horrible que hace un fuego de verdad alegraría más el ambiente.

En la pared más alejada de la puerta había tres pequeños cuadros colgados: *La bahía de Arlés*, una escena de patinaje de Brueghel y la *Olympia* de Manet.

—Especialmente elegidos en su honor —dijo la señora Thompson—. Son reproducciones Medici. Tenemos una amplia colección de láminas; no hay más que cambiarlas por otras nuevas cuando uno se cansa de ellas.

—Me gustan mucho los patinadores —dije, dando a entender que de las tres láminas era la que prefería. No era verdad. Incluso mientras lo decía miraba a la *Olympia*, blanca, rolliza y fríamente serena. Mi educación me contuvo: no podía admitir ante una mujer que me gustaba un desnudo.

Creo que hasta aquel día nunca se me había ocurrido fijarme realmente en un cuadro. Sé, por ejemplo, que en el cuarto de estar de la tía Emily había colgadas tres acuarelas, pero bastaba con que me marchara de casa para que no pudiera siquiera recordar sus motivos. Me considero alguien bastante observador y utilicé la salita a diario durante dos años; era simplemente que en Dufton los cuadros formaban parte del mobiliario, no estaban *pensados* para ser contemplados. Los Medici, desde luego, sí lo estaban. Pertenecían al patrón de la vida refinada y, para mi sorpresa, la gastada frase extraída directamente de las revistas femeninas se adecuaba de forma apropiada a la atmósfera de la habitación: era como un traje hecho en serie que se ajustara perfectamente al cuerpo.

—Supongo que querrá lavarse —dijo la señora Thompson—. El baño está a la derecha y al lado está el servicio. —Cogió un manojito de llaves del tocador—. Sus llaves, Joe, antes de que se me olvide. Puerta principal, esta habitación, el armario, el secreter y sabe dios de dónde son estas dos pero ya me acordaré. Por cierto, tendré café hecho en media hora. ¿O tal vez prefiera té?

Dije que un café sería estupendo (hubiera preferido mucho más tomar un té pero el instinto me dijo que no sería demasiado correcto a esa hora). En cuanto salió de la habitación abrí la maleta y desdoblé mi batín. No había tenido ninguno antes; la tía Emily no solo pensaba que era una extravagancia (un albornoz, según ella, cumpliría el mismo fin) sino que además relacionaba esta prenda con la ociosidad y la decadencia. Mientras lo contemplaba me parecía estar oyendo su voz.

«¡Pronto irán desnudos!», decía. «Las personas trabajadoras parecen estúpidas en batín, como las mujeres de la calle cuando se pasean por la casa sin hacer el esfuerzo de lavarse la cara... Hazme caso, muchacho. Gasta tu dinero en algo más sensato.»

Sonreí. Desde luego no había nada de sensato en aquella prenda. Recuerdo que estaba fabricada en un rayón muy fino. El vendedor había usado el término «seda tornasolada», queriendo decir que, según la luz, la tela parecería llamativa o apagada. Tenía unas costuras bastante pobres y después del primer lavado el batín quedó hecho un andrajo informe. Un ejemplo típico de material de mercadillo propio de los primeros años de la posguerra. Tiendo a pensar que estaba borracho cuando lo compré.

Por esos motivos me resultaba más agradable que el batín que tengo ahora y que compré en Sulka, en Bond Street. No es que no me guste Sulka: son los mejores y yo siempre visto lo mejor. Pero a veces me siento incómodamente consciente de ser una prueba viviente de la prosperidad de la marca, una especie de hombre-anuncio. No tengo ganas de vestir como un desarrapado; pero detesto saber que no me atrevería a ir andrajoso si quisiera hacerlo. Compré la prenda barata de rayón por mi propia satisfacción; compré la prenda cara de seda porque llevar ropa de esa calidad constituye siempre un término no escrito del contrato. Y nunca podré revivir la sensación de ociosidad, de opulencia y sofisticación que me sobrevino esa tarde en Warley cuando me quité la chaqueta, me saqué el cuello de la camisa y entré en el baño llevando un batín de verdad.

El baño era del tipo de los que esperas encontrar en cualquier casa de clase media: azulejos verdes, esmaltado del mismo color, toalleros cromados, un espejo grande con sujeciones para el vaso y el cepillo de dientes, un armarito de acero, una bañera con accesorio de ducha y una luz que se encendía tirando de un cordoncito en vez de accionando un interruptor. El lugar estaba inmaculadamente limpio, olía levemente a jabón perfumado y a toallas recién lavadas: no era más que un baño y como tal había sido diseñado.

El baño que había usado la noche antes de llegar a Warley había sido adaptado a partir de una habitación. En la época en que se construyeron las casas de Oak Crescent no se concebía que las clases trabajadoras necesitaran baños. Aquel era un cuarto pequeño con el suelo de madera de pino (si no andabas con cuidado podías levantar una fea astilla) y el empapelado marrón lleno de manchas de salpicaduras. Las toallas se guardaban en el armario de la cisterna, que generalmente estaba lleno de ropa interior secándose. En el alféizar de la ventana siempre había una cuchilla, un bote de espuma de afeitar, un tubo de dentífrico y un sucio embrollo de cepillos de dientes, cuchillas de afeitar usadas, toallitas faciales y no menos de tres tazas con el asa rota que se suponía debían cumplir la función de vasos de enjuague, pero que, obviamente, por todo el polvo que tenían incrustado, se notaba que nunca habían sido utilizadas.

No pretendo decir que mi sensibilidad se viese herida todo el tiempo que pasé en casa de mi tía Emily. Para Charles y para mí era una cuestión de honor el no mostrarnos remilgados por nada; lo último que queríamos era parecer al encargado de la tienda de comestibles en lo alto de Oak Crescent que alardeaba

continuamente de su amor por la limpieza y del asco que le producía la ausencia de ella en los demás. A menudo Charles le imitaba: «¡El jabón y el agua son baratos, por Dios Santo! Una persona no tiene que ser *rica* para estar limpia. Yo no podría vivir sin mi baño...» Hablaba de los baños como si el solo hecho de sumergir el cuerpo en el agua fuera encomiable. Como decía Charles, daban ganas de desgañitarse gritando que usabas la bañera para guardar el carbón y que solo te lavabas cuando te empezaba a picar.

Por todo esto empezaba a encontrar ciertos detalles de la vida en Dufton un poquito demasiado sórdidos para ser graciosos. Yo les tenía mucho cariño a la tía Emily y al tío Dick e incluso a sus dos hijos, Tom y Sydney, de trece y catorce años respectivamente, ruidosos, torpes y despistados, abocados a trabajar en las fábricas y en apariencia perfectamente felices de esa circunstancia. Incluso albergué un leve sentimiento de culpa al dejar Dufton, porque sabía que las ocho libras mensuales que le daba a mi tía suponían para ella una gran ayuda, pero no podía quedarme en su mundo por más tiempo. Ahora, mientras me secaba la cara y las manos con una toalla grande y suave, y miraba de reojo el batín colgado detrás de la puerta (solía contemplar esa prenda como si temiese que se fuera a escapar), mientras aspiraba el olor a perfume y a limpieza de la habitación, supe que el mundo en el que me adentraba era muy diferente.

Volví a mi cuarto, me cambié el cuello de la camisa y me cepillé el pelo. Entonces me miré al espejo y de pronto me sentí completamente solo. Tenía una especie de añoranza infantil por aquellas habitaciones feas y por esas calles en las que resultaba imposible perderse ni pasar hambre; por las caras familiares que podían aburrir o molestar pero nunca herir ni traicionar. Supongo que esa nostalgia puede acabar evitándose; pero yo ingerí toda la mía en una sola dosis de pocos segundos aquel primer día y nunca más volví a padecerla.

Miré por la ventana. El jardín trasero era sorprendentemente grande. Estaba bordeado por un seto de aligustre y tenía un gran manzano en el extremo. Había dos cerezos junto a él; recuerdo que mi padre me contó una vez que los cerezos no pueden florecer por sí mismos. «Tienen que casarse antes de poder dar frutos», había añadido, inocentemente complacido por la imagen. Padre nunca tuvo su propio jardín, apenas un solar en las parcelas municipales. Ni manzanos ni cerezos ni césped ni seto de aligustre...

Enderecé mi corbata y bajé al salón. Apenas llevaba allí cinco minutos cuando entró la señora Thompson con el café. Lo traía en una bandeja de plata; me pregunté cuánto dinero llegaba a la casa. En su carta me decía que su marido enseñaba inglés en el Instituto de Secundaria, pero eso no parecía suficiente para explicar su nivel de vida. No solo me impresionaron la bandeja y la cafetera —después de todo, podrían haber sido regalos de boda—, sino también las tazas, la jarrita de la leche y el azucarero. Eran piezas finas y translúcidas, estaban esmaltadas en vivos colores primarios —rojo, azul, amarillo, naranja— y reconocí que eran caras por la ausencia

de ornamentos y por el resplandor del esmalte. Tengo un instinto de zahorí para saber dónde está el dinero. Estaba seguro de que por lo menos debían de ganar unas mil libras al año. Pero cuando noté la desenvoltura con que la señora Thompson manejaba el juego de café, sin mostrar un solo signo de esa expresión mezcla de orgullo y ansiedad que la mayoría de las mujeres adoptan cuando sacan la porcelana buena, aumenté mi previsión de sus ingresos a unas cinco mil.

—Nunca habíamos tenido antes un inquilino —dijo mientras me acercaba el café. Hizo una pausa perceptible al pronunciar la palabra *inquilino*, como considerando y rechazando todo eufemismo posible: huésped de pago, caballero joven que se aloja con nosotros...—, pero yo misma he tenido que padecer a algunas caseras en mi juventud. Quiero que entienda, Joe, que su habitación es enteramente suya y debe traer a sus amigos siempre que quiera. —Dudó—. Y si alguna vez se siente solo (siempre es un poquito extraño al principio, vivir en un sitio nuevo), será bienvenido aquí abajo. ¿Es la primera vez que está lejos de su casa? Quiero decir, aparte del ejército...

—Lo es y no lo es. Mi padre y mi madre murieron durante la guerra y desde entonces yo he estado viviendo en casa de mi tía Emily. —Pensé en responderle alargando las vocales al modo de Yorkshire, pero decidí abstenerme de intentarlo por el momento.

—¿Qué clase de lugar es exactamente Dufton?

—Muchos talleres. Y una fábrica de productos químicos. Y una escuela de secundaria y un monumento conmemorativo de la guerra y un río que cada día corre de un color distinto.

Y un cine y catorce pubs. Eso es realmente todo lo que puedo decirle.

—¿Entonces no tienen un teatro?

—Los Inconformistas representan las obras del catálogo de Abe Heywood cada invierno. Yo solía ir a Manchester si quería ver alguna función. En Dufton no hay nada.

Para Charles y para mí Dufton siempre fue «el difunto Dufton», y a los concejales, a los directores generales y a todos aquellos a los que no aprobábamos les llamábamos «zombis». Al principio solíamos numerarlos: «El zombi número tres», decía Charles refiriéndose a su jefe, el Bibliotecario, «contó un chiste. Es patético cuando pretenden estar vivos, *n'est-ce pas?*». Cuando llegábamos al número diez, resultaba difícil acordarnos de a quién nos estábamos refiriendo, así que adoptábamos otro sistema. «El Zombi Gordo ha vuelto a aguar la cerveza», comentaba mientras el propietario del Dufton Horseman pasaba caminando como un pato en su traje nuevo de cheviot. «No ha conseguido esa mortaja de forma honrada.» Y también estaban el Zombi Lavable —el encargado de la tienda de comestibles que se pasaba el día hablando de los baños—, y el Zombi Sonriente, que tenía un club de ropa y una casa de préstamos. Había muchos otros; sabíamos un montón de cosas sobre la gente de Dufton. Mucho más de lo que suponían el Zombi Adúltero y el Zombi Amante de los



Niños, dos de los ciudadanos más importantes del lugar: si se hubieran enterado de cómo les llamábamos, no habríamos conservado demasiado tiempo nuestros empleos.

—Tenemos teatro en Warley, pequeño pero muy bueno —dijo la señora Thompson—. «Los Intérpretes de Warley»: un nombre ciertamente tonto. Debería venir usted a nuestra próxima velada social, Joe. Se lo rifarían a usted, los hombres son escasos.

Alcé las cejas.

—Quiero decir los actores masculinos. —Sonrió—. Aunque los jóvenes guapos y solteros también están muy demandados. ¿Ha actuado usted alguna vez?

—Un poco en los conciertos de los campamentos, pero no tenía mucho tiempo libre en Dufton. Y para serle sincero, no me apetecía mucho actuar en obras como *Ciryl el Chorlito se Convierte en Campesino* o en *El Paquete con Premio de Peggy*.

—Se ha inventado esos nombres —dijo, parecía bastante complacida conmigo por ello—. Aunque admito que tienen un cierto sabor Heywood.

—En realidad son cosa de Charles —dije—. Mi amigo Charles Lufford. Nos conocemos desde que éramos niños.

—Lo aprecia usted mucho, ¿verdad?

—Nos llevamos como hermanos. Mucho mejor que la mayoría de los hermanos. —Recordé la cara regordeta de Charles con sus absurdas gafotas de concha y su expresión que era una mezcla de inocencia y de una jovialidad subida de tono: yo solía decir que parecía un clérigo de juerga. «No hay nada en Dufton, Joe. Márchate antes de que te conviertas en un zombi tú también...» Podía oír su voz profunda y cervecera tan claramente como si estuviéramos en la misma habitación. «Cuando vayas a Warley, Joe, no habrá más zombis. Recuérdalo. *No más zombis*».

—Lo echará usted de menos —dijo la señora Thompson.

—Sí, lo superaré, aunque... —Hice una pausa, sin saber muy bien cómo expresarme.

—Creo que la amistad entre hombres es mucho más profunda de lo que lo es entre las mujeres —dijo la señora Thompson—. Pero no tan posesiva: un hombre nunca se interpone en el camino de otro.

No dijo que entendiera a lo que yo me refería, pero tuvo el mismo efecto que si lo hubiera dicho. Con su eficiencia habitual me había salvado del bochorno de explicarle que no es que se me hubiera partido el corazón por haber dejado a Charles, pero que de algún modo aquello también me afectaba.

El reloj señaló la media y la señora Thompson dijo que debía atender al pollo. En cuanto salió de la habitación encendí un cigarrillo y me acerqué a la repisa de la chimenea. Sobre ella colgaba una gran fotografía enmarcada en la que se veía un hombre joven con uniforme de la RAF. con la insignia blanca de tripulante en la gorra. Tenía el pelo oscuro y espeso, la boca apretada con mucha firmeza y las cejas pobladas. Parecía sonreír con los ojos: el mismo truco de la señora Thompson. Era guapo y en cierto modo destilaba encanto, una cualidad que con poca frecuencia

dejan translucir las fotografías.

El encanto era una de las materias de discusión favoritas de Charles; estábamos convencidos de que si hubiéramos aprendido a manejarlo nuestras carreras respectivas habrían salido enormemente beneficiadas. El encanto no era en sí mismo una garantía del éxito, pero parecía perseguir la ambición como a un pez piloto. De todos modos no era una cualidad que gozara de alta estima en Dufton. La campechanía era lo que estaba de moda; como decía Charles, todo el mundo se comportaba como si estuviera obligado por contrato a vivir según la tradición del abierto hombre de Yorkshire, con un corazón de oro bajo su tosco aspecto. Habría que añadir que lo peor era que, bajo ese tosco exterior, tenían unos corazones tan viles y despiadados como los de cualquiera en el suave y traicionero sur. No creo que fueran todos culpables de ello; en Dufton no quedaba mucho sitio para la vida misericordiosa. El joven de la fotografía (obviamente el hijo de la señora Thompson que murió durante la guerra) seguramente había disfrutado desde su nacimiento del ambiente necesario para desarrollar su encanto. Es asombroso comprobar con qué frecuencia los corazones de oro van junto a las cucharas de plata. Me sorprendía un poquito que la señora Thompson expusiera de forma tan destacada la foto de su hijo muerto. Nunca habría imaginado que ella pudiera soportar que algo se lo recordara. Entonces me acordé de algo que me dijo Charles: «Los zombis no mueren. Siempre “fallecen” o “cruzan la Gran Frontera”, o “marchan hacia el ocaso”. Y *pierden* a las personas como quien pierde un paquete o un guante. Y no pueden soportar hablar de *ello*, ni que se lo recuerden. Ya están muertos, ese es el motivo».

La señora Thompson no era un zombi; podía mirar a su hijo muerto sin histerismos. De todos modos la habitación no tenía la atmósfera adecuada para la histeria. Era un salón amueblado con lo que me parecieron muebles del tipo Sheraton, de muy buen gusto, de patas finas y gráciles pero no delicadas ni frágiles, y estaba empapelado de amarillo pálido y crema en una combinación deliberada de color, más que siguiendo un patrón. Había una radiogramola, una librería grande abierta y un gran piano. La tapa del piano estaba despejada, signo inequívoco de que se utilizaba como instrumento musical y no como mera repisa auxiliar. La alfombra de piel de oso blanco era, supongo, estrictamente Metro-Goldwyn-Mayer pero encajaba, añadiendo un toque necesario de frivolidad e incluso una débil sensualidad como de caramelos perfumados.

Miré la fotografía de Maurice una vez más. Me recordaba a alguien que conocía. Estaba irritado conmigo mismo por no recordarlo; era como si la ficha de un catálogo hubiera desaparecido de un volumen en el que sabía que estaba guardada. Me parecía muy importante conseguir recordar el parecido pero cuanto más lo intentaba, más neutral y anónima se volvía su cara. Así que dejé de intentarlo y subí a deshacer la maleta.

Cedric Thompson me sacaba unos buenos cinco centímetros, y eso que yo mido algo más de uno ochenta. Era muy delgado. No creo que pesara más de sesenta y cinco kilos. Tenía una voz muy profunda, retumbante; parecía una voz demasiado potente para su poco cuerpo. Su traje, de un tejido gris clerical, tenía ese corte, ese peso, esa elasticidad que únicamente proporcionan los sastres de primera clase y que no puede comprarse por mucho menos de treinta guineas; pero llevaba la manga derecha manchada con polvo de tiza y los dos botones de arriba de la chaqueta estaban abrochados, tensando demasiado la prenda. Su cárdigan rojo y azul de Fair Isle y la camisa a cuadros marrones, aunque eran elegantes en sí, no acababan de ir con el traje. Mi impresión fue no tanto que llevara la ropa equivocada porque pensara que conjuntaba sino más bien que se había puesto lo primero que tenía a mano.

—Me alegro mucho de que no sea usted profesor —dijo—. No sé por qué, nunca parecen reales... La de contable es una ocupación sensata e incluso atractiva. *Hacía que Homero sonara como una hoja de balance y que las hojas de balance sonasen a Homero...*

—Lo vi en Londres —dije.

—¡Oh! *Aficionarse al teatro* está pero que muy bien. Es con la lectura con lo que ha de tener cuidado. Los jóvenes sanos no deberían leer. Acaban por convertirse en conserjes desmoralizados.

Estábamos en el comedor, almorzando. Cedric se sentaba a la cabecera de la mesa y trinchaba el pollo, pero se había olvidado de lo que estaba haciendo y esgrimía el trinchante en el aire.

—Cedric —dijo la señora Thompson con firmeza—, deja de jugar a la Sociedad Literaria con Joe y sírvele algo de pollo. Lleva viajando desde las seis de la mañana. —Sonrió—. Si sigues blandiendo ese cuchillo tan amenazadoramente va a parecer que más que servirle lo que quieres es comértelo.

Estallamos todos en risas. Fue uno de esos comentarios que no tienen gracia cuando los cuentas pero que resultan irresistiblemente cómicos en el momento. Nuestra carcajada compartida me hizo entrar a formar parte de su círculo. Cuando Cedric me sirvió el puré de patatas con el cucharón, la señora Thompson le detuvo.

—¡Oh, vaya! Lo había olvidado. Joe, ¿le gusta la cebolla?

—Es mi hortaliza favorita.

—Estupendo. Esta es mi especialidad: patatas hervidas en leche con cebolla picada.

—A todos los hombres virtuosos, guapos e inteligentes les gustan las cebollas —dijo Cedric—, pero solo a las mujeres ejemplares les gustan las cebollas. —Olvidó servir las patatas—. Cuando descubrí que a Joan le gustaban, decidí casarme con ella.

Solíamos dar largos paseos en los Dales y vivíamos a base de queso y cebolla regados con suave cerveza agria.

Los ojos de la señora Thompson chispearon y empezó a amagar una risita.

—¿Te acuerdas de lo que dijo mi padre? Pensaba que nos olía tanto el aliento que tendríamos que casarnos el uno con el otro porque nadie más nos aceptaría.

Reímos de nuevo al unísono.

Cuando llevamos el café al salón y me estaba encendiendo un cigarrillo descubrí de repente a quién me recordaba Maurice. Cedric se paró súbitamente a mitad de frase y me miró como si acabara de percatarse de que yo tenía tres ojos.

—¿Cómo no lo habré visto antes? —preguntó muy enfadado—. No se mueva, Joe. —Me rodeó como si inspeccionara una escultura—. Usted es rubio y por eso me había despistado. Es increíble... los mismos ojos, la misma estructura ósea, la misma expresión...

—Yo me di cuenta enseguida —dijo la señora Thompson—. Es la imagen misma de Maurice. —Miré la fotografía de la repisa de la chimenea y entonces fue como si contemplara mi propio rostro por vez primera. Por un momento me sobresalté: me sentí arrastrado a esa zona irreal en la que por unos segundos estaría en la RAF, contemplando cómo un Wimpey<sup>[3]</sup> se desintegraba en llamas verdes y naranja chillón a la escasa distancia de la punta de un ala, sabiendo que los hombres que se hacinaban en su interior, con los que había estado bebiendo pocas horas antes, se freían ahora en su propia grasa como si fueran beicon.

—Lo siento, Joe —dijo la señora Thompson—. Hablamos de usted como si no estuviera aquí sentado; perdónenos. —Puso su mano sobre la mía—. Ya sabe, a veces le echamos mucho de menos. Pero no le hemos construido ninguna especie de altar, no se crea. No estamos pensando en él *siempre*, ni nos importa que nos lo recuerden. Puede que le suene un poco raro, pero usted ya sabe lo que quiero decir.

—Así me siento yo sobre Madre y Padre —dije para mi propia sorpresa.

Cedric me miraba ansioso. Tenía una mansa cara huesuda, con las cejas tupidas y el ralo pelo negro.

—Soy un viejo bobo, insensible, maleducado, grosero y sin modales —dijo—. Discúlpeme si le he avergonzado, Joe.

—No estoy avergonzado —dije, y le sonreí—. Hubo un silencio, pero no se hizo incómodo; como si de alguna manera nos entendiéramos a la perfección, los tres juntos compartíamos la mejor relación posible entre un joven y una pareja de mediana edad. Estábamos en la base de la intimidad —si es que los periódicos dominicales no habían ensuciado el término más allá de su uso— porque ellos eran del tipo de personas con las que no se podía vivir sobre ninguna otra base. Aun así, tuve la suficiente prudencia para ser consciente de que no debía esperar demasiado de la intimidad que me ofrecían; aunque congeniáramos perfectamente, mi viaje no había hecho más que comenzar.

Una vez que Cedric se hubo marchado a la escuela subí a tumbarme a mi habitación. No había dormido bien la noche anterior y estaba agradablemente amodorrado tras el copioso almuerzo. Me quité los zapatos y la chaqueta, me puse el batín (más por el efecto que por abrigarme) y me recosté sobre el diván.

No me quedé dormido inmediatamente sino que dilaté deliberadamente las fronteras del sueño (el sabor del pollo, del pastel de limón y el café turco persistían en mi lengua) especulando sobre cómo me las arreglaría en el ayuntamiento y especialmente qué clase de jefe sería Hoylake el Tesorero. No empezaba a trabajar hasta el lunes y estábamos a viernes así que tendría tiempo de sobra para hacer mis averiguaciones... La lluvia había cesado. La casa estaba muy tranquila y podía oír a la señora Thompson abajo en la cocina. No me molestaba, ni me trajo de vuelta por la ladera larga y lisa por la que me deslizaba hacia el sueño; era como si cada sonido — el amistoso crepitar del fuego, el tintineo de la vajilla, el chapoteo del agua corriente — estuviera especialmente concebido para mi placer.

Me desperté a las tres, preguntándome por un momento dónde estaba. Fuera brillaba el sol, débil pero cálido, con el color del ron de caña. Había un mirlo posado en el cerezo, lustroso y reluciente como si se hubiera bañado en aceite. Tenía el pico del mismo amarillo primario que el de la taza en la que había tomado café esa mañana. Empezó a cantar mientras yo miraba por la ventana, terminando abruptamente cada frase en un curioso efecto desmañado.

Cuando bajé la señora Thompson estaba preparando unos hojaldres. La cocina era grande, limpia y brillante, con un horno eléctrico que tenía un panel de control como el de un bombardero. Estaba seguro de que todos los botes contenían exactamente lo que decían las etiquetas, todos los cuchillos estaban afilados, todos los accesorios, desde el batidor de huevos hasta el exprimidor de naranjas, estaban en perfecto estado de uso. Y dado que la habitación era tan alegre como el delantal floreado de la señora Thompson, perfectamente habría servido como decorado para cualquier comedia de clase media. No hacía que uno se sintiera un intruso; no había secretitos repulsivos como fregaderos atascados y trapos de cocina sucios.

—Creo que saldré a hacer algunas compras, Joan —dije—. ¿Quiere que le traiga alguna cosa?

—Nada, gracias —respondió—. Encontrará la mayor parte de las tiendas buenas alrededor del mercado. Para llegar hasta allí coja el autobús de Modley; la parada está bajando la carretera. Para volver, salen cada media hora de la estación de autobuses. La Oficina de Alimentación está en el Ayuntamiento. ¿No le parece a usted que soy una mina de información? —Desenvolvió un trozo de queso y empezó a rallarlo.

—¿Qué está preparando? —pregunté.

—Lo sabrá a las seis en punto —dijo—. Espero que me salga absolutamente delicioso, pero no le prometo nada, entiéndalo. —Me miró con ternura fresca—. Es agradable tener otra vez dos hombres a los que cuidar.

Salí a Eagle Road. En inspecciones posteriores descubriría que la casa de los Thompson no estaba demasiado arriba de Eagle Road, ni siquiera de Warley; el edificio más alto de la calle era un bloque de apartamentos de metal, cemento y cristal —sobre todo de cristal—, y St. Clair Road, desde la que se ramificaba Eagle Road, continuaba en dirección ascendente por lo menos durante un cuarto de milla.

Las casas constituían una mezcla variada de todos los estilos imaginables, desde las que tenían parteluz y estaban fabricadas casi enteramente en madera hasta otra que, por sus muros blancos, tejado verde oscuro y profusión de rejas, tomé por española. Posiblemente la barriada sería una pesadilla para cualquiera con mínimas nociones de arquitectura, pero yo no lo contemplaba desde un punto de vista estético.

Contraponía este paisaje al de Dufton, con sus casas espalda con espalda, sus

retretes exteriores, ese humo que se te metía en la garganta y que ensuciaba la ropa limpia en cuestión de un par de horas, esa sensación de estar implicado en una farsa a lo *Tiempos difíciles*. Lo que me gustaba de Eagle Road era la limpieza de la pintura y la albañilería, el garaje que había para cada casa, ese sabor a prosperidad que tenía, tan suave y nutritivo como un ponche. Cualquiera que viva de sus ingresos particulares en Bath pensará que soy un bruto maleducado; pero el que haya vivido en un lugar como Dufton entenderá la sensación que experimenté aquella tarde de septiembre: de liberación y ligereza, de tener algo más que la dosis justa de oxígeno para compartir.

El edificio del Ayuntamiento era una excéntrica mezcla de gótico y palladiano, con almenas, torretas, pilares y dos leones de piedra. Se parecía bastante al de Dufton, como otros cientos de la misma clase. En cuanto franqué la puerta principal reconocí el ambiente municipal de los radiadores, de los desinfectantes y los abrillantadores; haber estado alejado de todo aquello durante dos días me había hecho olvidar lo deprimente que resultaba «el olor de la seguridad y la servidumbre», como solía llamarlo Charles.

La Oficina de Alimentación también era como la de Dufton: el largo mostrador, las mesas plegables, las filas de archivadores, los llamativos carteles pidiendo sangre, seguridad en las carreteras o voluntarios para el Ejército. Y aunque formaba parte del Ayuntamiento tenía su propio olor, el inconfundible olor gubernamental a mitad de camino entre una tienda de té y una papelería.

La oficina estaba vacía salvo por dos chicas que había tras el mostrador. La mayor de las dos, una gordita de ojos negros, fue la que me atendió.

—Usted es el que viene a trabajar con el tesorero, ¿no es así? —preguntó—. Vi su foto en el *Courier*. No le hace justicia, ¿verdad, Beryl?

—Es guapísimo —dijo Beryl mirándome con descaro. Tenía rasgos de bebé y sus pechos apenas eran perceptibles, pero había algo turbador en ella, una especie de provocación cruda, como si junto con el Certificado Escolar hubiera pasado algún examen en materia del sexo opuesto.

—Pues cuando se me conoce mejor, soy incluso más guapo —dije—. Tengo encantos ocultos... —Soltaron una risita.

—Eres muy travieso. —Beryl estaba empezando a hablar cuando en la estancia irrumpió un hombre de mediana edad que llevaba un fajo de tarjetas como si fuera el Santo Grial. Entonces aquella atmósfera de flirteo y femineidad auto-consciente, tan joven, tan ingenua y encantadora como una camada de gatitos, se desvaneció como por ensalmo. Sin embargo quedaron suficientes sobras para que me recreara placenteramente en ellas durante el resto del día; me llevé conmigo los restos como maquillaje en la solapa.

Una vez hube terminado mis compras decidí dar un garbeo por Snow Park. No era lo que uno se espera de un parque municipal, un espacio abierto alejado de la rutina del día a día, aislado en una especie de cuarentena. El parque parecía

confundirse con la ciudad misma. El río Merton se curvaba en la mitad sur de Warley y el parque se encontraba precisamente entre el río y el bosque, estrechándose conforme se aproximaba a Market Square permitiendo al bosque estar más cerca, haciendo que pareciera que las estrechas calles empedradas de guijarros acabarían desembocando en una zona de árboles y agua corriente.

Me senté en un banco junto al río y saqué el *Warley Courier*. Mirando al Merton —tan cristalino que podía distinguir los colores de las piedras del fondo— pensé en el sucio río multicolor que corría —si es que esa palabra es aplicable a un agua estancada como el pus— por las negras calles de Dufton. Las lluvias habían hecho que el Merton bajara crecido, con una fuerza inusitada. Pero de pronto me di cuenta de algo que me pareció más importante que la propia transparencia de las aguas. A unas cien yardas de donde me hallaba sentado, en un remanso del río, una leve película de algas indicaba que el agua estaba lo bastante limpia como para que los peces vivieran en ella. Dos niños pequeños caminaban con su madre siguiendo el sendero que bordeaba el río. Sentí una especie de envidia amarga: esos niños crecerían junto a un río en el que podrían nadar, pasear en barca y pescar. El Langdon, en Dufton, no solo podía engullir a las personas sino que lo hacía con frecuencia; esta era la única característica fluvial que tenía.

El banco se encontraba al borde de un pequeño talud que desembocaba en el río. Desde ese punto panorámico el parque se ensanchaba hacia fuera más allá de Market Square, así que el recinto estaba separado en dos mitades, como si formara una B en sentido opuesto a la ciudad. Tenía un aspecto satisfactorio, salvaje y natural y a la vez cultivado. Aquella tarde no había mucha gente en el parque. Podía oír el ligero murmullo del tráfico que venía desde Market Street; aparte de eso, se podría decir que era como si estuviese en mitad del campo. El otro lado del río era aún más solitario; había lugares en el bosque, a un paseo de cinco minutos escasos, desde donde no se veía más que alguna chimenea. Pero esto no lo supe hasta mucho después.

Pensé que no merecía la pena leer el periódico y encendí un cigarrillo. No había necesidad alguna de llenar aquel momento con trivialidades: ya estaba lleno al límite de su capacidad. Bastaba con sentarse allí, respirar, mirar al río y a los árboles, simplemente existir.

Llevaba allí sentado por lo menos una hora cuando se levantó un viento bastante frío y comencé a tiritar. Dejé el parque y crucé en dirección a Market Street para tomar una taza de té. Había estado demasiado tiempo sentado en la misma posición. Mientras empujaba la puerta del Sylvia's Café noté un ligero cosquilleo en la pierna, como si se me hubiera dormido y no me sostuviese bien. Me balanceé hacia delante y planté la otra mano en la pared para mantener el equilibrio. No fue más que un incidente sin importancia y me recuperé en un segundo; pero, durante ese segundo, aquello pareció sacudir mis sentidos proporcionándome un enfoque distinto. Como si alguien hubiera apartado una barrera y todo pareciera de repente intensamente real.



Me veía a mí mismo formando parte de un documental, uno realmente bien producido, preciso, penetrante, sin ninguno de esos evidentes trucos de cámara. El empedrado negro salpicado de verde y amarillo y rojo con fruta aplastada y verduras, la colcha de satén púrpura sostenida en alto en un pase torero por un hombre en manga corta, la risita de las escolares alrededor de una pila de ropa interior de rayón de colores chillones, las campanas de la iglesia parroquial señalando la hora con tristeza dominical, una niña con un vestido de peto con uno de los tirantes sujeto por un imperdible horriblemente grande; todo resultaba inmensamente significativo, hasta el punto de que nada era ni más ni menos que lo que era en sí: no había trucos con la lente ni con el micrófono, los edificios obedecían firmemente las leyes de la perspectiva, los colores se registraban sin borrones, los sonidos no formaban ni una sinfonía ni una disonancia; ni una pulgada, ni un tono, ni un decibelio, nada era falso. Me sentí como si usara mis sentidos por vez primera y entonces, conforme iba entrando al café, fui volviendo a la normalidad con la suavidad con la que aterriza un esquiador en la nieve.

Me senté junto a la ventana y pedí que me trajeran una tetera. La ventana era larga, curva y se extendía a lo largo de la fachada del café como el puente de un barco. Mi mesa estaba situada en el centro, así que me pude dedicar a contemplar tranquilamente las calles que desembocaban en la plaza. Market Street era la más amplia, conformando en sí misma uno de los lados de la plaza; las otras tres calles, estrechas y adoquinadas, se alejaban de ella, dos en las esquinas superiores, y la otra, apenas lo suficientemente ancha para dos transeúntes, ascendiendo a mano izquierda. Al final de esa calle había dos casas situadas una frente a la otra, construidas casi enteramente en madera; juzgué que eran genuinamente isabelinas: las vigas formaban parte integral de la estructura en vez de ser meros listones clavados sobre el yeso. Las dos casas siguientes estaban unidas por una especie de puente de hierro forjado y cristal. Aquel puente parecía ser lo único que impedía que se derrumbaran la una sobre la otra. El nombre de la calle en cuestión era Hangman's Lane; deduje que probablemente allí habría vivido un ahorcado, un interesante ahorcado isabelino de manos sangrientas, no un sórdido y aburrido hombrecillo tocado con un bombín. Fue entonces, en el momento en que la camarera me trajo el té cuando ocurrió algo que cambió toda mi vida. Tal vez no sea enteramente cierto; supongo que el instinto me habría guiado hasta lo que soy ahora incluso si no hubiera estado sentado aquella tarde junto a la ventana del Sylvia's Café. Puede que no hubiese dirigido mis pasos hacia el Ministerio de Trabajo, pero desde luego sí que me mostró el camino a un destino muy diferente del que tenía en mente en aquel instante.

Allí, estacionado junto al bufete de abogados situado frente al café había un turismo Aston-Martin de suspensión baja con tapacubos de radios. Con todo, poseía la elegancia funcional del buen coche deportivo británico; una calidad difícil de transmitir en palabras sin caer en los clichés de un redactor publicitario —construido por artesanos, un pura sangre, etcétera—; solo cabe decir que era una bella pieza de

ingeniería: dejémoslo así. Antes de la guerra habría costado lo que tres utilitarios; no era el tipo de vehículo apto para los negocios o para hacer una excursión con la familia. Se trataba simplemente del juguete de un rico.

Mientras lo admiraba, un hombre joven y una chica salieron del despacho de abogados. El joven estaba girando la llave de contacto cuando la chica dijo algo y, tras una discusión momentánea, el hombre subió la ventanilla. La chica se alisó el pelo para él; su gesto me turbó de un modo extraño: era como si de nuevo me hubieran quitado una barrera de delante de los ojos, pero esta vez deliberadamente.

La posesión del Aston-Martin situaba automáticamente a aquel hombre joven en una clase social muy superior a la mía, pero dicha posesión era simplemente una cuestión de dinero. La chica, de bronceado uniforme y cuyo pelo rubio había sido cortado en un estilo demasiado sencillo como para no resultar verdaderamente caro, estaba tan lejos de mi alcance como el coche. Comprendía que su posesión, la de ella, era también una simple cuestión de dinero: el que valía el anillo de diamantes que lucía en su mano izquierda. Todo esto puede sonar demasiado obvio; pero era la clase de certeza que hasta aquel momento solo había llegado a comprender en la teoría.

El Aston-Martin arrancó con un rugido saludable y profundo. Mientras pasaba frente al café en dirección a St. Clair Road observé la camisa de lino verde oliva del joven y el brillante pañuelo de seda que adornaba su garganta. Llevaba el cuello de la camisa doblado por dentro de la chaqueta; vestía un conjunto bastante exagerado con asumida indiferencia. En él todo parecía fácil y desenvuelto, pero no descuidado ni negligente. Tenía un rostro mediocre de frente estrecha, y el pelo color castaño, sin brillantina. Era la suya la cara de un hombre rico, tersa por la seguridad y la buena vida.

Probablemente nunca había tenido que trabajar para conseguir lo que quería; todo le había sido dado. El salario con el que yo me había sentido tan complacido, un aumento desde el Grado Diez al Grado Nueve, a él le hubiera parecido una minucia. El traje del que me sentía tan ufano —mi mejor traje— le habría parecido barato y horrible. Él no tendría un traje que fuera el *mejor*, porque todas sus prendas lo serían.

Por un momento le odié. Me vi a mí mismo, comparado con él, como el típico dependiente del Ayuntamiento, el chupatintas subordinado a punto de convertirse en un zombi, y por un instante saboreé la amargura de la envidia. Entonces la rechacé. No en el terreno moral, sino porque sentí, y aún lo hago, que la envidia es un vicio miserable y vil, el del convicto resentido porque a otro compañero de prisión se le ha dado una cucharada mayor del rancho. Pero esto no dio al traste con la intensidad de mi deseo. Quería un Aston-Martin, quería una camisa de lino de tres guineas, quería una chica con un bronceado de la Riviera: sentí que estaba en mi derecho, que aquel era un legado sellado y firmado.

Mientras observaba cómo el maletero del Aston-Martin, con su brillante placa nueva con las letras G.B., se alejaba de mi vista, recordé el Austin Seven de segunda mano que el Zombi Eficiente, el Tesorero Jefe de Dufton, se había regalado a sí

mismo. Aquello era lo máximo que podía ofrecerme el gobierno local, pero para mí no era suficiente. Allí y entonces formulé mi elección: yo mismo disfrutaría de todos los lujos de los que gozaba aquel joven. Yo me haría merecedor de recibir aquel legado. Estaba tan claro y era tan evidente como la vocación que se supone que experimentan los doctores y los misioneros, aunque en mi caso, por supuesto, la llamada me impelía a luchar por hacer el bien en mi provecho y no en el de los demás.

Si Charles hubiera estado conmigo en aquel momento las cosas habrían sido diferentes. Habíamos desarrollado un modo especial de conversación para acabar con la envidia y desterrar la admiración. «La bestia capitalista», habría dicho Charles. «Devuélvele la ropa a la chica, Lufford», habría dicho yo, «que se está poniendo azul». «Se te salen los ojos de las órbitas de deseo», habría dicho Charles. «¿Por la chica o por el coche?»

Hubiéramos seguido en este plan durante algún rato, cada vez más y más escandalosos, hasta deshacernos en carcajadas. Era un conjuro, un ritual: el reconocimiento franco de la envidia que de algún modo nos expiaba de ella. Y era mentalmente muy saludable; pero pienso que cumplía su propósito demasiado concienzudamente y ocultaba el hecho de que los objetos materiales de nuestra envidia fueran alcanzables.

¿Cómo alcanzarlos? Lo desconocía. Yo era como un oficial recién salido de la academia militar, incapaz por el momento de traducir el caos del miedo, la pólvora y los cadáveres en el evidente e irrefrenable método de ataque. De todos modos iba a tomar posiciones, estaba seguro de ello. Iba a iniciar el ataque y sería mejor que nadie intentase detenerme. Podría decirse que el general Joe Lampton había abierto las hostilidades.

Al día siguiente Bob y Eva Storr vinieron a tomar el té. Aunque más adelante llegaron a ser buenos amigos míos, esa tarde los encontré bastante amenazadores. Al principio pensé que eran hermanos, ya que se parecían mucho: menudos, morenos, con la nariz respingona y la boca grande. Hablaban mucho, especialmente de teatro, con especial referencia a los «Intérpretes de Warley».

Habían visto todas las funciones, además de todos los ballets recientes, y lo sabían todo sobre la vida privada de los famosos.

—Y a los ensayos de vestuario llegaron *flotas* de taxis —dijo Bob— vomitando *hordas* de maricas. El teatro olía lo mismo que un burdel. Y ese, queridos míos, es el amante soñado del ama de casa británica; se desmayaban sobre él en manada, ¡guarras estúpidas!

Entonces Eva saltaba como escandalizada.

—No es tan malo, cariño. Quiero decir, que él no corrompe a nadie; sus amigos ya están corrompidos. ¿Qué culpa tiene el pobre Roger? Estaba tan contento cuando le dieron el papel. Y las cosas que se suponía que le hacía a... —mencionó al representante de un actor al que yo conocía, por su publicidad a cualquier precio, como la apoteosis de la masculinidad total—. Invitaba a cenar a Roger todos los domingos. Intentaba emborracharle y si eso no funcionaba le ofrecía un aumento... Por supuesto, Roger dejó la compañía. «Si tengo que hacer eso para llegar a algo en el teatro», decía, ¿te acuerdas, Bobby, querido?, «entonces he terminado con el teatro». Pobre corderito, casi estaba llorando.

Examiné por un momento la posibilidad de que Roger no hubiera estado muy brillante en su trabajo y se hubiese inventado toda la historia como excusa por haber sido despedido, pero decidí mantener la boca cerrada. Para cuando hubieron terminado no quedaba una sola persona normal en la profesión teatral; cuando menos todos eran o eunucos o ninfomaníacos.

Por lo que decían, los dos parecían estar en contacto permanente con el gremio teatral. En realidad, solo conocían a un puñado de profesionales, la mayoría jóvenes como Roger, que habían salido de la escuela de arte dramático no hacía mucho. Los Intérpretes recibían visitas eventuales de actores y dramaturgos, en su mayoría don nadies de baja estofa, pero cada uno dispuesto a revelar su porción de escándalo a cambio de bebida gratis y, con suerte, de una cena sustanciosa y una cama para pasar la noche.

Yo no estuve al tanto de estos hechos hasta mucho después, por supuesto; pensaba que Bob y Eva eran tremendamente sofisticados. Me hacían sentir como si yo también estuviera en el secreto, en contacto con un mundo depravado, excitante y, sobre todo, rebotante de riquezas. Comparados con Cedric y la señora Thompson,

ambos parecían muy jóvenes; no mucho mayores que yo, de hecho, aunque él tenía treinta y siete años y ella treinta y tres, y tenían dos hijos.

Averigüé que Bob trabajaba en la industria textil pero no pude descubrir qué es lo que hacía exactamente. Por lo que sé, había vivido en Londres y no le había gustado.

—Acabé totalmente harto —dijo—. No me gusta ser un pez pequeño en un estanque grande. Estamos contentos de haber regresado a casa, ¿no es así, Evie?

Me di cuenta de que, cuando se acordaba de hacerlo, abreviaba las palabras; me pareció que se lo copiaba a Ronald Colman<sup>[4]</sup> y eso hizo que me sintiera algo menos impresionado: le dejaba al mismo nivel que el obrero que imitaba la inexpresividad de Alan Ladd o la trabajadora de una fábrica que se hacía el peinado de Veronica Lake.

—¿Actúa usted? —me preguntó.

—Lo he hecho —dije—. Aunque nunca he podido dedicarle mucho tiempo.

—Tiene usted un bonito perfil —dijo Eva—, y una voz profunda y grave. Ya es hora de que tengamos un nuevo galán. Este desastre de aquí interpreta prácticamente todos los papeles juveniles principales. Me uní a los Intérpretes esperando ser abrazada continuamente por hombres jóvenes y apuestos, y el único que he conseguido que me haga la corte es mi propio marido. Para eso me quedo en casa...

—Ya vale —dijo Bob y le lanzó una mirada divertida y maliciosa. De pronto se me presentó una imagen mental de ambos en la cama. Eva me lanzó una tranquila mirada de aprobación; me pregunto si supo en qué estaba pensando.

—Se lo presentaremos a Ronnie y organizaremos una audición —dijo la señora Thompson enérgicamente.

—No se lo presentes a Alice —dijo Eva—. Está a la caza de carne fresca. En realidad nunca llegó a recuperarse del *Joven Woodley*<sup>[5]</sup>.

—Sshh —dijo la señora Thompson—. Le estás dando a Joe una impresión equivocada.

—¿Está usted comprometido, Joe? —preguntó Eva.

—Nadie me querría —respondí.

—Ya verá cómo pronto conoce a alguna chica agradable.

—Querida —dijo Bob—, qué horrible combinación de libertinaje y respetabilidad hay en esa frase. Siempre me deja asombrado esa capacidad que tienes...

La señora Thompson interrumpió.

—Bob Storr, se acabó el humor de *Design for Living*<sup>[6]</sup> —La sonrisa con la que acompañó la frase le quitó el aguijón al reproche, pero entendí que ella controlaba la conversación y que Bob había sido reconducido desde un punto peligroso.

—No tienen tablas para hacer esa función —intervino Cedric—. Debería estar *vetada* a los aficionados. Sí, *vetada*. De todos modos, solo representan obras para poder lucir sus trajes de noche.

—Yo tengo un precioso vestido de noche —dijo Eva.

—Sí —dijo Bob—. Y solo Dios sabe cómo aguanta.

Eva le sacó la lengua. Entonces estiró los brazos por encima de la cabeza y bostezó con sus ojos posados de nuevo sobre mí.

No es que me hubiera enamorado de ella ni que fuera un obseso del sexo, aunque ciertamente hay cosas peores con las que obsesionarse. Simplemente se trataba de que yo era un hombre soltero de veinticinco años con apetitos normales. Si tienes hambre y alguien está preparando una buena comida, lo natural es que estés predispuesto a una invitación.

El mantel estaba puesto, por así decirlo, y había pasado mucho tiempo desde que yo había saboreado por última vez una buena comida —después de un baile en el Locarno de Dufton, para ser exactos; no podía siquiera recordar su nombre—. Había sido rápido y sórdido, y no puede decirse que disfrutara mucho. Comenzaban a no gustarme esa clase de cosas; era algo típico de Dufton, algo de lo que tenía que curarme.

De pronto tuve la intuición de que si quisiera podría acostarme con Eva. Era una intuición auténtica, no una simple racionalización de mis deseos. Siempre he comprobado que las intuiciones raramente se equivocan. La mía funciona muy bien porque no soy muy proclive al pensamiento abstracto y no espero que nadie sea moralmente superior a mí.

Después del té fuimos en el coche de Bob a ver a los Intérpretes. Era un Austin Eight nuevo. Por aquel entonces era muy difícil conseguir coches nuevos —particularmente los pequeños—, y se me ocurrió que hiciera lo que hiciese Bob en la industria textil, su trabajo debía de ser sumamente rentable.

—Ve tú delante con Bob —le dijo Eva a Cedric—. Así podrás estirar las piernas. Y tú, Joan, monta en la parte de atrás. Y usted también, Joe querido. Así podré sentarme en sus rodillas.

—Debería pedirle permiso a Bob —dije, sintiéndome tontamente complacido.

—Bobby, cariño, no te importa si me siento en las rodillas de Joe, ¿verdad? No vas a ser celoso ni posesivo ni Victoriano, ¿no?

—No me importa si a él tampoco le molesta. Además, se habrá arrepentido antes de que acabe el viaje. Solo *aparenta* ser ligera y frágil, Joe. Yo nunca dejaría que se sentase en *mis* rodillas.

—No le haga ningún caso —dijo Eva—. Joe es lo bastante fuerte como para soportar mi peso. Le gusta, ¿no es así, Joe, querido?

Estreché mis manos alrededor de su cintura.

—Conduzca todo el tiempo que quiera, Bob —dije. Podía sentir claramente su calidez y suavidad.

El teatro estaba en un barrio de Warley que era un auténtico laberinto de callejuelas, como me había dicho la señora Thompson. Por un instante me recordó a Dufton; pero allí había una alegría, una especie de cordialidad, que Dufton nunca había tenido. Tal vez la presencia de un teatro favorecía ese efecto. Incluso el teatro más desvencijado irradia cierta alegría, como si anunciara siempre la existencia de un

mundo más amplio, de las cosas que se alejan de la monotonía propia del día de la colada y del pago de impuestos. Desde luego, Warley nunca había padecido con demasiada intensidad la Depresión; sus huevos estaban repartidos en demasiadas cestas. Sin embargo, tres cuartas partes de la población de Dufton estaba desempleada en 1930. Recuerdo las calles llenas de hombres con la cara pastosa propia del pan con margarina y de haber dormido hasta el mediodía; los niños llevaban zapatillas playeras en pleno invierno. Y luego estaba aquel río espeso y amarillo como el pus; aquello era el insulto definitivo, peor incluso que los Stag Woods, que era el nombre con que se conocía al escaso campo que quedaba en Dufton, y que las autoridades del condado hicieron talar y rodearon con vallas de alambre de espino, emplazando en su lugar la húmeda y oscura disciplina de una plantación de pinos. Mientras duró, la crisis no solo hizo de Dufton un lugar miserable y con el espíritu destrozado; incluso cuando volvió el pleno empleo el lugar seguía inmerso en una especie de atmósfera de pobreza e inseguridad; la crisis dejó en el pueblo una multitud de desagradables temores lacrimógenos, como bastardos tras el paso de un ejército invasor.

Debo añadir que yo no estaba molesto con todo aquello desde un punto de vista político. Si mi trabajo hubiese tenido que ver con la política, quizás habría intentado solucionar en cierto modo aquel desaguisado; tal vez, supongo, desde un lugar como Hampstead en donde, aunque suene increíble, vive el diputado laborista de Dufton en el Parlamento. (A propósito, fue a él a quien voté en las elecciones de 1945, en parte porque a Madre y Padre les hubiera gustado que lo hiciese, y en parte porque el candidato Tory era pariente de los Torver, que ostentaban el mayor negocio de Dufton, y yo no quería bajo ningún concepto ayudarles porque habría sido como lamer sus ya de por sí bien lamidas botas.)

La voz de la señora Thompson interrumpió mis pensamientos.

—Cuando yo era niña solía imaginarme que la puerta del Sieur de Maladroit estaba en algún lugar cerca de aquí. Me encantaba pasear por los alrededores buscando aventuras.

El pequeño coche olía a cuero, tabaco y perfume; mis muslos comenzaron otra vez a sentir el cuerpo de Eva. Estaba en Warley yendo al teatro en coche; Dufton estaba muy lejos, Dufton estaba muerto, muerto, muerto...

—¿Encontró alguna aventura? —pregunté a la señora Thompson. Mi cara estaba contra el pelo de Eva.

—Una vez me besó un niño —dijo—. Un chulito feísimo con el pelo rojo. Tan solo me agarró y me besó. Entonces me pegó y salió corriendo. He estado tan unida a este barrio desde entonces...

—Ese hombre —dijo Bob con gravedad— es hoy el tipo más rico de Warley. Nunca ha vuelto a mirar a otra mujer desde aquel fatídico encuentro. Todo el mundo piensa que es duro e inaccesible y que solo se preocupa por el dinero y el poder. A veces, sentado solo en su mansión georgiana justo en la Cumbre se acuerda de

aquella encantadora niñita, mitad ángel mitad pajarillo, y las lágrimas suavizan sus ojos implacables... Es bastante conmovedor, de verdad, como Dante y Beatrice.

Acercó el coche hasta una parada fuera del teatro.

—Dante tenía mujer y una familia numerosa —dijo Cedric débilmente.

—Tú ganas —dijo Bob saliendo del coche—. De todos modos es una bonita historia.

La señora Thompson no dijo nada, pero sonrió a Bob.

El teatro tenía una fachada de deslumbrante hormigón blanco y un gran letrero luminoso sobre la entrada. Las letras minúsculas del rótulo hacían que el teatro pareciese más bien un club nocturno; supongo que esa era precisamente la impresión que quería dar. El auditorio olía a serrín, a escayola y a pintura. Estaba decorado en crema y gris con el habitual enmarcado del escenario; el ambiente resultaba didáctico en cierto modo, aunque no podría asegurar que no se debiese al olor a aula. No había nada fuera de lo corriente en el público; casi esperaba que el teatro estuviese lleno de gente como Bob y Eva, ingeniosos y decididamente teatrales, hablando a todo volumen.

Tampoco había nada de extraordinario en la obra. Durante la guerra había aguantado tres años en cartel; yo me la perdí porque en ese momento me encontraba en el Stalag 1000<sup>[7]</sup> La obra trataba sobre una encantadora familia de clase media-alta cuyos miembros a punto estaban de cometer adulterio, hacer una fortuna, casarse imprudentemente, perder su verdadera vocación, etcétera. Al final todo terminaba bien gracias a la vieja y sabia abuela, quien, de una forma bastante osada para esta clase de obra, declamaba el prólogo y el epílogo balanceándose adelante y atrás en su mecedora y matando el tiempo con una pieza de punto al terminar sus diálogos.

Disfruté con la obra por el mismo motivo por el que la gente disfruta con *El Diario de Mrs. Dale*<sup>[8]</sup>: sus personajes tienen el nivel de ingresos que yo quería tener y era como ser un espectador invisible de la vida en una de las grandes casas de Eagle Road. Resultaba todo muy relajante, hasta los cómicos sirvientes con el corazón de oro. (La Niñera le ofrecía al Señor los ahorros de su vida cuando él se declaraba en bancarrota; pude oír claramente los gimoteos de una mujer que se aguantaba las lágrimas justo detrás de mí.)

Fue como a mitad del primer acto cuando vi a Susan por primera vez. Hacía de la hija menor, la alegre, inocente niña a la que a punto está de romperle el corazón un hombre mayor que ella —al menos, así lo expresaba el *Warley Clarion*—. Recuerdo su primera frase: «¡Oh, por todos los demonios, llego tarde! Buenos días, mami, cielo». Las maldiciones, cómo no, las había aprendido del Hombre Mayor, un compositor encanecido y gallardo, que las había utilizado cuando su nueva sinfonía no salía bien, rasgo claro de su extrema sofisticación y perversidad.

Susan tenía una voz joven y fresca y el acento de una buena escuela privada para señoritas. Se suponía que su personaje tenía dieciséis años, pero carecía de la gordura cachorril y la ligera torpeza propias de esa edad; le eché unos diecinueve años. No es



que actuara muy bien pero para mí hizo que aquella obra tan tonta cobrase vida. Su papel no era de los complicados; estaba hecho a la medida de cualquier chica bonita con suficiente maestría como para pronunciar la «a» abierta y la «u» cerrada. Lo que más me atrajo de ella fue que era guapa de forma convencional: pelo negro a la altura de los hombros, grandes y redondos ojos castaños, nariz y boca correctas y hoyuelos: era como la chica de los anuncios americanos a la que siempre le están regalando un reloj Hamilton, sábanas Cannon de percal (lo que quiera que sea eso) o un automóvil Nash Airflyte Eight. Podría haber sido la hermana de la chica que vi junto al Sylvia's Café.

Charles y yo inventamos una vez un esquema de categorías de mujeres: habíamos comprobado que cuanto más dinero tenía un hombre mejor era el aspecto de su mujer. Incluso pasamos a máquina un método de trabajo al que bautizamos como «Informe Lampton-Lufford sobre el Amor». Tenía hasta un apéndice con «Compendios sobre Sexo». Recuerdo que las mujeres del Grado Uno te hacían pasar tan buenos ratos en la cama que hacía falta que todos los maridos de Grado Uno hubieran heredado fortunas, porque tras el acto no les quedaban fuerzas de sobra para ganar dinero. Los hombres del Grado Cuatro recibían un pequeño premio extra cada vez que conseguían un ascenso (*Oooh queridooo, me alegro tanto de que por fin los directores te aprecien, dijo ella con sus ojos empañados*). Y luego estaban las de Grado Nueve quienes, por supuesto, solo consentían el sábado por la noche y el domingo por la tarde.

Naturalmente los grados se correspondían con las ganancias del marido o prometido, yendo desde el Uno, para millonarios, estrellas de cine y dictadores —de hecho cualquiera con ingresos superiores a veinte mil libras— hasta el Doce para aquellos por debajo de las trescientas cincuenta libras y sin expectativas de mejora. Charles y yo pertenecíamos al Grado Siete, el de seiscientas libras, justo por debajo de los concejales y asistentes. En realidad éramos del grado inmediatamente inferior, pero el objetivo de todo el esquema era que los maridos fuesen elegidos tanto por su salario real como por sus posibilidades y se diese por sentado un cierto nivel de inteligencia a las mujeres por encima del nivel del Grado Diez. Claro que nuestra planificación no siempre funcionaba perfectamente: a veces los hombres de Grado Siete tenían esposas del Grado Tres —mujeres capaces de adquirir un hombre de cinco mil libras al año—, y en ocasiones los hombres de Grado Tres, hechos a sí mismos, tenían mujeres del Grado Diez que los habían pescado antes de que se hicieran ricos. Pero los hombres de Grado Siete, por lo general, perdían a sus mujeres en favor de amantes que realmente los apreciaban y comprendían o, en el peor de los casos, tenían que soportar a sus mujeres gruñendo por el dinero durante el resto de sus vidas, mientras que los hombres de Grado Tres solían conseguir queridas del Grado Tres. No hay duda de que todo esto parece bastante cínico pero el hecho es que Charles y yo podíamos finalmente deducir los ingresos de los maridos con una aproximación de cincuenta libras. Llegó un momento en que la precisión de nuestro

sistema me deprimía profundamente. (Eso era cuando mi horizonte se ceñía a Dufton y a los Estatutos Nacionales de la Asociación de Funcionarios de Gobiernos Locales.) Yo sabía que era igualmente adorable y un tanto más apuesto que el Zombi Centelleante, un hombre joven con un pelo negro impecable, una brillante cara roja y un Rolex Oyster de oro, un anillo con sello de oro, un encendedor de oro y una pitillera de oro; pero, al no haber tenido un padre editor, sabía que yo podría esperar como mucho una mujer de Grado Seis mientras que él atraería automáticamente a una genuina Grado Tres.

Susan pertenecía al Grado Dos —si es que no era directamente de Grado Uno—, y eso independientemente de que tuviese o no dinero; pero me hice una acertada idea de que estaba bien cualificada para tal grado tanto financiera como sexualmente. Y, para ser totalmente justo conmigo mismo, eso no fue lo único que me excitó de ella: aquellos refinados lugares comunes de la función parecían tan profundamente poéticos que era como si en cualquier momento se fuera a producir el anuncio definitivo que transformaría mi existencia en lo que en justicia debería ser, sujeta, como lo estaba, a la oportunidad de felicidad que Warley me había prometido. Y me habría sentido exactamente igual si hubiera sido un tipo honrado y simple a quien la sola idea de calificar a las mujeres por grados le hubiera resultado brutalmente cínica. Ella era tan joven e inocente que casi se me partía el corazón; de un modo chocante aunque placentero, incluso mirarla me hacía daño. Si la carne tiene un sabor, la suya sabría como la leche fresca. Me enamoré de ella a primera vista. Utilizo la frase convencional, como si fuera un taquígrafo, para expresar en poco espacio todas las emociones que ella evocó en mí desde el primer momento.

Cuando, más tarde, estábamos poniéndonos los abrigo en el vestíbulo Cedric dijo:

—Supongo que necesitará alguna clase de refresco alcohólico después de ese *galimatías* burgués, Joe. —Oí las palabras pero no capté el mensaje.

—Susan Brown es muy guapa —dijo. Entonces me di cuenta de que debí de parecer una especie de ternero hechizado. Para mi disgusto, noté que me sonrojaba. Eva rió.

—Estoy lívida de celos. —Me dio un golpe en el pecho más con fuerza que si estuviera jugando—. En cuanto conozco a un joven apuesto él va y se fija en esa casquivana.

—Siempre me ha parecido insípida —dijo Bob—. Totalmente simplona.

—Oh no —dijo Eva rápidamente—. Es muy galante por tu parte decir que no es atractiva, querido, pero no es verdad. Joe tiene buen gusto. Es guapa, sí, muy guapa, *fresca como una rosa en día de batalla* o como quiera que sea el poema<sup>[9]</sup>; en suma, una niña muy dulce.

—¿Y quién no lo sería con un papi tan rico y adorable? —dijo Bob.

—Creo que Joe debería conocerla —dijo la señora Thompson.

—Basta ya de ese parloteo sobre la belleza y la dulzura —dijo Cedric con

impaciencia—. Me muero por un buen trago. Nos veremos en el Clarence, si es que piensas ir entre bastidores, Bob.

Salió a la calle, la bufanda metida dentro de un bolsillo de su gabardina y casi arrastrando por el suelo. Hablaba a voz en grito: «¡No hay vida, no hay vigor, no hay poesía!», le oí decir mientras se alejaba. La señora Thompson caminaba tranquilamente junto a él con la cabeza ligeramente ladeada y una expresión cortés en su rostro aunque un poco distraída.

—Realmente está usted colgado por ella, ¿no es así Joe? —dijo Eva mientras bajábamos por el pasaje tras el vestíbulo.

—Supongo que estará saliendo con alguien —dije con pesimismo.

—No está ocupada —dijo Bob—. Pero tenga cuidado con Jack Wales: montones de dinero, dos metros de altura y un bonito bigote marca de la RAF.

Reí.

—Yo me como a tipos como ese para desayunar —dije—. Además, mi admiración por ella es puramente artística. —Ni siquiera a mí me sonó muy convincente, pero me sentí empujado a adoptar la posición del pobre hombre tras la valla, el humilde admirador a distancia.

Cuando llegamos, el camerino ya estaba lleno de gente. Se trataba de una habitación bastante estrecha con suelo de cemento y una larga mesa rodeada de espejos iluminados. Olía agradablemente a maquillaje, a tabaco y a cuerpos bien lavados y bien alimentados.

Susan acababa de desmaquillarse y se estaba quitando la crema que le quedaba en la cara. Noté con un espasmo de placer lo blanca y delicada que era su piel.

—Este es Joe Lampton —dijo Eva—. Ha venido desde Dufton. Le ha gustado mucho la función.

—Particularmente su actuación —dije.

La suya era una mano templada y suave como la de una niña y me hubiera gustado sostenerla por más tiempo, pero esos hábitos tan ineficaces —intentar convertir unos entremeses en una cena— eran más bien costumbres de zombis, así que no extendí el apretón de manos más allá de un segundo.

—No soy tan buena, la verdad —dijo. Estaba cerca de ella pero tenía que esforzarme para captar las palabras. Susan siempre bajaba la voz cuando algo le hacía sentir tímida.

—Si lo hubiera sabido, le habría traído unas flores —dije.

Dejó caer sus oscuras pestañas sobre los ojos y apartó la mirada por un momento. Fue la clase de gesto con el que solamente reaccionaría una virgen; me pareció tan natural y desafectado que casi me hizo llorar.

—Si hubiera sabido ¿qué?

—Si hubiera sabido que era usted tan bella.

Su blusa tenía un botón desabrochado. Se dio cuenta de que la miraba pero no hizo nada por abrochárselo. Se trataba de la revelación de alguna clase de promesa

aunque, estaba seguro, no había sido deliberada.

—¿Vienes a tomar un trago con nosotros, cielo? —le preguntó Eva.

—Me encantaría, pero Jack y yo ya hemos quedado para la cena.

—Pues tráete a Jack también —dijo Bob—. Quiero explicarle cómo funciona el ciclorama. El amanecer que puso fue como un trueno, lo cual estaría perfecto si la obra pasase en Birmania pero no para los condados próximos a Londres.

—Eres horrible —dijo Susan—. Fue un amanecer completamente *dulce*. — Hablaba del amanecer como si fuera un animalito abrazable.

Empezaban ya a discutir sobre ello cuando entró Jack. Inmediatamente supe que se trataba de él. Lucía un gran bigote de la RAF, con el grado justo de indiferencia; sin duda había sido oficial, aquel era un adorno de oficial. Yo nunca me lo dejé por esa razón precisamente: si llevas aquello para lo que no estás capacitado la gente te mira como si vistieses un uniforme o unas condecoraciones que no te correspondiesen. Lo que más me molestaba de él era que me sacaba diez centímetros y era mucho más ancho de hombros que yo.

Tenía una cara afable y robusta, tipo Bulldog Drummond, y sin duda, pensé maliciosamente, era consciente de ello.

—¿Qué tal vais, Sue? —dijo. Miró su reloj—. Oh, las diecinueve y tres exactamente. Comienza la Operación Cena. —Se rió, complacido de su propio chiste—. Señor, qué peste —dijo—. No sé cómo lo aguantas, Sue.

Me miró con severidad.

—Este es Joe Lampton —dijo Bob—. Jack Wales, Joe Lampton. Tenéis algo en común; los dos fuisteis intrépidos hombres-pájaro, ¿no es así?

Jack rió y sacó una mano como un jamón. Intentó estrecharme la mano pero no pudo.

—Por lo que a mí respecta —dijo— me alegro de que se haya terminado. Volar es divertido, pero que te disparen mientras lo haces es de lo más desconcertante.

—Muy cierto —respondí—. Aunque no es que volar haya dejado de resultarme divertido precisamente.

—Estáis de vuelta de todo —dijo Eva—. ¿Os apetece venir a beber algo, Jack?

—Lo siento mucho —dijo él—, pero ya sabes lo riguroso que es Papá Brown con la puntualidad. En otra ocasión estaremos encantados. O más bien, *estaré encantado*. —Le guiñó un ojo a Eva de manera ostensible—. Saldremos sin los otros. Solos tú y yo, ¿eh?

Le estábamos escuchando todos como si fuera la reina explicando graciosamente que era imposible abrir el bazar, que tenía otro compromiso, aunque tal vez en otra ocasión...

Cuando él y Susan hubieron salido, en la habitación quedó como un vacío; ellos viajaban hacia la calidez, el lujo y la alegría y nosotros, de algún modo, quedábamos abandonados a la fría cotidianeidad de un lunes.

No añadí mis súplicas a las de Eva, aunque tuve la intuición de que a Susan le

hubiera gustado venirse con nosotros. —No hace falta que me engatuses para que nos soplemos unas cuantas pintas, moza —le dije a Eva deliberadamente con el habla abierta de Yorkshire para contraatacar el genuino acento de oficial de Wales, tan insignificadamente correcto como su traje de tweed—. *Vaamos*. —Me giré hacia Susan, ofreciéndole mi mejor sonrisa, consecuencia de mi mucha práctica, ya que mis dientes, aunque pasables, solo se mantenían a razón de una agonía anual en el dentista. Me habría gustado tener unos dientes tan blancos como los de mi rival (no dejaba de pensar en él) pero una sonrisa con la boca cerrada y los ojos un poco estrechados en las comisuras podía ser tan efectiva con las mujeres como mostrar la dentadura; o al menos así lo creí yo en aquel momento, al ver cómo ella se ruborizaba—. Recordaré las flores la próxima vez —dije.

—Gracias —dijo ella. Le brillaban los ojos; sé que posiblemente se debía al exceso de humedad, o a la irritación producida por la aplicación demasiado generosa del rímel, pero lo cierto es que le hacía parecer como una cría en Navidad. Me pregunté si habría recibido muchos piropos de ese gran bobo posesivo que la acompañaba.

Cuando estuvimos fuera, Eva me dio otro buen golpe de burla en el pecho.

—Eres muy *directo*, ¿eh?

—Siempre voy derecho a por lo que quiero.

Bob ensayó una mueca maliciosa.

—A Jack no le gustó tu promesa de las flores. Detecté signos de celos.

—No están comprometidos...

—Ah, pero la conoce de toda la vida. Amigos íntimos de la infancia...

—Qué bonito —dije.

Dos meses más tarde me hallaba en la Biblioteca Pública tratando de explicarle los rudimentos de la teneduría de libros al asistente jefe, un pulcro hombrecillo al que había conocido poco tiempo antes en los ensayos de los Intérpretes. El hombre se hacía un lío terrible con los libros de gastos e ingresos; tal era el desbarajuste que por un momento sospeché que abultaba las cuentas a propósito. Entonces descubrí que incluso había puesto casi diez chelines de su propio bolsillo. Al igual que otra mucha gente que era brillante en otros aspectos, perdía todo su talento al enfrentarse a una columna de cifras; por lo visto, nunca se le había pasado por la cabeza que el déficit pudiera deberse a un simple error de anotación.

—No se me dan bien estas cosas —dijo quejumbrosamente cuando finalmente enderecé el asunto—. Me paso una hora al día con estos malditos libros. Me parece estar malgastando mi tiempo. Por no mencionar el suyo.

—Ese vejete está a punto de explotar —dijo, observando a un hombre con el pelo blanco que estaba intentando explicarle algo a uno de sus subordinados, un joven delgado que ya había adquirido la espalda curvada de bibliotecario—. Mire, Reggie, hablaré con Hoylake sobre los libros de cuentas. Seguro que hay un modo más fácil.

Pensé que podríamos reducir el número de recibos diferentes, o bien asumir nosotros mismos todo el negocio, recolectando el dinero e ingresándolo cada mañana. Cualesquiera que fuesen mis sugerencias, Hoylake las escucharía. Suponía una gran mejora respecto a mi época con el Zombi Eficiente. Incluso ahora me disgusta recordar al Zombi Eficiente. Tenía una cabeza grande con el pelo corto engominado y una cara absolutamente inmutable. El suyo no era un rostro solemne ni pétreo: sencillamente estaba muerto. Parecía quedarse con todo el oxígeno que había a su alrededor. Me las arreglé para darle ceba y hacerle creer que aprobaba su particular distintivo de eficiencia, y él me toleraba tanto como a cualquier otro, pero trabajar a sus órdenes suponía un esfuerzo agotador.

Era uno de esos típicos funcionarios de gobierno local a los que agobia un sentimiento de culpa por lo seguro que es su empleo y por la semana de treinta y cinco horas; el tipo se pasaba el día recordándonos la dureza del mundo exterior. Y siempre andaba preocupado por lo que el Ayuntamiento pensaría de nosotros. Era algo innecesario; la mayor parte de los miembros del ayuntamiento no se habrían enterado de nada aunque todo el personal municipal hubiera ido a trabajar desnudo, pero había unos cuantos que, por mor de la publicidad que se les daba en el periodicucho local, se habían autoproclamado hostigadores del funcionariado mimado. Cada vez que aparecía un titular significativo en el *Dufton Observer* («Concejal lanza ataque durante congreso», «Hagamos que se fichen las horas en el Ayuntamiento», «Fantástica subida de salarios») el Zombi Eficiente se veía incitado a

aumentar la productividad y le seguían un torrente de notas mecanografiadas que, cosa llamativa, comenzaban y terminaban siempre con un «Esto no debe continuar». Peor todavía eran las que él llamaba «charlas edificantes», que se hacían especialmente odiosas: como era capaz de hablar sin apenas mover los labios, su clara voz metálica parecía no provenir de ningún sitio.

Se esperaba que trabajásemos todo el tiempo, lo cual parece una medida bastante razonable. La pega era que siempre que estábamos empezando alguna tarea nos veíamos forzados a dejarla, lo que, a la larga, hacía que se perdiese más tiempo que con los infrecuentes diez minutos para fumar o para intentar seducir a la secretaria. Y hacíamos horas extra al menos una vez a la semana; esto complacía mucho al Zombi Eficiente, especialmente si llegaba a oídos de algún miembro del Consistorio; sin embargo, no consideraba necesario permitir que su equipo estableciera su propio ritmo de trabajo.

Hoylelake era todo lo contrario al Zombi Eficiente. Era bajito, rechoncho y simpático, con un raro bigotito cortado a cepillo y gafas negras de bibliotecario. Me recordaba a Robertson Hare<sup>[10]</sup>, excepto por su ligero acento de Yorkshire. Nos dejaba hacer por nuestra cuenta; le importaba un bledo cómo se hiciera el trabajo siempre que estuviera terminado para cuando nos habíamos comprometido, y se negaba a que se le importunara con detalles. En consecuencia, su departamento era mucho más eficiente que el del Zombi Eficiente: éramos un equipo de profesionales, no una colección de máquinas de sumar.

Ese era, por decirlo así, otro de los regalos de Warley: por primera vez me sentía completamente feliz en mi trabajo. Me había unido a los Intérpretes y comenzaba a mezclarme con gente de una clase con la que nunca antes me había relacionado. Los Intérpretes eran como un club, uno al que era bastante fácil unirse, especialmente si eras un hombre joven. También era un club exclusivo; aunque no había nada que impidiese a las personas de clase obrera unirse a él, por alguna razón nunca lo hacían. Aparte de eso, los Intérpretes me ofrecían algo de lo que nunca antes había gozado: el sentido de pertenencia, de formar parte de una comunidad. Puede que suene pomposo, pero dejémoslo estar. En resumen, por primera vez estaba feliz y contento; tal vez demasiado. Ya casi se me había olvidado la resolución que había tomado aquella tarde en el Sylvia's Café.

Así que ahí estábamos, repasando los libros de cuentas junto al mostrador de los préstamos bibliotecarios en la salita que al Ayudante Jefe le gustaba llamar su despacho (aunque en realidad era un taller). Entonces vi a Eva a través del cristal divisorio. El Ayudante Jefe le hizo una seña para que entrase.

—Ven y testifica a mi favor, querida —dijo él—. Joe prácticamente me ha acusado de amañar las cuentas.

—Mi hombre favorito nunca se equivoca.

—Pensaba que yo era tu hombre favorito —dijo el Asistente Jefe.

Ella le dio una palmadita en la mano.

—Eso fue hasta que llegó Joe, Reggie querido. —Miró las filas de libros nuevos—. ¿Tenéis algo realmente escandaloso que ofrecerme, Reggie? Me encantan los libros guarros, y nunca tenéis ninguno en vuestros fondos.

Llevaba un perfume como de rosas quemadas; parecía llenar la estancia, ahogando el olor de los libros y de la pasta Pollywog.

—¿Conoces alguno bueno, Joe? —me preguntó Eva.

—Prefiero la pornografía en la vida real —respondí.

—Bueno, ¿y a qué esperamos entonces?

Reggie nos observaba con una curiosidad atenta; la Biblioteca era la cámara de compensación del cotilleo en la ciudad. Decidí cambiar de asunto.

—¿Sabías que voy a hacer el papel de Joshua? —Flexioné los bíceps y saqué pecho—. La fuerza de un gigante y el corazón de un niño. Descarriado por culpa de una mujer malvada.

—¡Maldito sea el Comité de Elección! —dijo ella—. Quería ser yo quien te llevara por el mal camino. ¿Por qué no me dieron a mí el papel?

—El de ama de llaves está mucho mejor —dijo Reggie—. Es necesario actuar de verdad. Cualquiera puede hacer el papel de Leda.

—Es posible —dijo Eva apesadumbrada—, pero estoy harta de hacer papeles de mujer honrada. Estoy deseando ser seductora y tentadora. ¿Qué tiene Alice que yo no tenga?

—¿Quién es Alice? —pregunté.

—Ya la conoces, atontado. Alta, delgada y rubia. Solía actuar en el *Repertoire*. La habrías visto si hubieras apartado siquiera un momento los ojos de Susan.

—¿Está casada?

—Espero que sí; lleva viviendo con él casi diez años: George Aisgill, también le conoces; vino a la última Velada Social. Mucho dinero. Parecen bastante felices. —Se paró como si su revelación estuviera rayando la indiscreción.

—Ahora la recuerdo —dije—. Un poco displicente. De hecho, bastante fría.

—Te refieres a que no sucumbió inmediatamente a tus encantos —dijo Reggie. Su tono fue ligero. No me molestó pero resolví ser más cuidadoso delante de él en el futuro.

—No deberías mirar a una mujer mientras hablas con otra —dijo Eva—. No es de extrañar que la pobrecilla se mostrase apática contigo. Alice es una persona realmente dulce y, por tanto, no escucharé ni una sola palabra en su contra.

—Es una actriz condenadamente buena —dijo Reggie—. Dios santo, estuvo maravillosa en *El Recreo*. Exudaba sexo por todos sus poros. Dos viejecitas tuvieron que marcharse a mitad del segundo acto.

—Bueno, no fue para tanto —dijo Eva—. Vi la función en Londres; le copió la técnica a la Thomas<sup>[11]</sup>. ¿Recuerdas la manera en que se quitaba los zapatos? Pero podrá con el papel. Le enseñaré a Joe un montón de cosas.

—Alta, delgada y rubia... Bien, bien, bien... Estoy deseando aprender.



—No le quites la vista de encima —dijo Reggie. Su cara oscura parecía bastante pensativa.

—«Anda, chaval, no te lo tomes así» —dijo Eva, citando la obra—. No se acaba el mundo porque este te haya hecho quedar como un zoquete. Ya haremos algo contigo.

Reggie guardó los libros de contabilidad.

—Más me vale que mi personal no me haga quedar *a mí* como un zoquete —exclamó mientras salía a la sala donde el hombre del pelo blanco aún estaba intentando explicarle algo al joven asistente.

—Ven conmigo y ayúdame a elegir mis libros, Joe —dijo Eva agarrándome del brazo—. Nuestro Sr. Scurrah es bastante agradable, ¿no crees? Aunque un poquito soso. Este no es trabajo para un hombre de verdad.

—No todos son iguales —dije.

Eva palpó mis bíceps con sus pequeños y duros dedos.

—Eres un bruto forzado.

—Antes boxeaba.

—¿Lo dejaste?

—No le veía sentido a que me pegaran para nada, y no era lo bastante bueno como para ser profesional.

—Hazte profesional —dijo— y me fugaré contigo. No podría resistirme a un boxeador grande, brutal y sudoroso.

Eché un rápido vistazo a mi alrededor. Habíamos llegado a la sección de drama, un recoveco en el lado más apartado de la Biblioteca de Préstamos. Nadie habría podido vernos, ni aunque hubiesen estado mirando en aquella dirección.

—Pensaba que ibas a fugarte conmigo —dije—. Al menos durante un fin de semana.

—No sé de qué me hablas. —Su voz había perdido el tono de flirteo.

—El domingo dijiste...

—Así que es eso. Simplemente porque permití que me dieras un beso con sabor a cerveza en los lavabos, ya te crees que está todo hecho... No, querido. Definitivamente no.

—¿Y entonces por qué me lo prometiste?

Se encogió de hombros.

—Parecías estarlo esperando. Además no estoy segura de haberte prometido nada.

Sentí un espasmo de ira y de lujuria. Cuando la besé el domingo anterior todo parecía estar a mi favor. Al sentir contra mi cuerpo su cuerpo, suave y perfumado, limpio y sobre todo *caro*, pensé en que por fin podría poseer a una mujer que más tarde no lloraría avergonzada mientras devoraba un cucurucho de *fish and chips*. Mejor me habría ido en el Locarno de Dufton.

—Eres una auténtica ligona, ¿no es así, encanto? —le dije—. ¿No se ha enfadado

realmente nadie contigo?

—Solo me junto con gente civilizada —respondió con frialdad.

Inspiré profundamente. Enfadarse no ayudaría.

—No te preocupes. No te volveré a molestar. —Forcé una sonrisa—. Eres demasiado atractiva, ese es el problema.

Hubo una pausa. Cuando habló de nuevo su voz se había suavizado.

—Joe, eres muy inexperto. No puedes conseguir todo lo que quieres de una sola vez. ¿Lo recordarás?

—Lo recordaré —dije, no sabiendo entonces a qué se refería.

Aquella tarde tuvo lugar la primera lectura de *Meadowes Farm*. Cuando llegué a los Intérpretes, el productor, Ronnie Smith, ya estaba allí. Trabajaba en un banco, aunque a primera vista nadie lo hubiera pensado. Llevaba unos zapatos de ante verde, unos pantalones de franela muy viejos, un suéter amarillo con cuello marinero y una chaqueta de golf; con su cara arrugada y el pelo engominado escaso en las sienes parecía más bien un actor de mediana edad, aunque supongo que era eso precisamente lo que pretendía.

—¿Cómo va eso, Joshua? —dijo, o más bien gritó, como parte de su pose teatral—. ¡Dios, tienes un papel magnífico! De otro mundo —repitió la frase paladeándola—. Sí, de otro mundo. ¡Tendrás que trabajar duro, dios, tendrás que trabajar!

—Lo estás asustando —dijo Eva, que justo acababa de entrar con Alice—. El chaval ha venido a pasarlo *fetén*, ¿no es así, encanto?

—Hola, Eva —dije—. Hola, Alice. Debo decir que tienes una pinta de lo más seductora.

—Muy amable de tu parte —respondió—. En realidad me encuentro fatal. —Su voz no sonó muy amistosa; desde luego no sucumbió instantáneamente a mis encantos.

Si la comparabas con Eva, que tenía una complexión sana y una vitalidad jactanciosa, era cierto que Alice parecía de hecho algo pálida y fatigada. Poseía unos rasgos finos y el pelo de color miel; en aquel momento lo llevaba recogido en un moño. Tenía una angulosa figura de modelo. Sus pechos, sin embargo, parecían fuera de lugar; sobresalían desafiando a la gravedad en el jersey blanco que llevaba puesto. De algún modo esto me atrajo más que su firmeza; era una garantía de realidad. Pude imaginarme tocándolos.

Logré reprimir el pensamiento. No tenía ningún sentido. Recordé a Eva frotándose contra mí: «Eres maravilloso, tenemos que hacer algo, nos escaparemos». Y de lo que me había servido. Me acordé de Susan en la última Velada Social: Jack no la perdía de vista y la hizo desaparecer rápidamente llevándola derechita a casa en un brillante MG nuevo. Alice no era para mí; más me valía abandonar la idea antes de que cobrase consistencia en mi interior.

Observé al resto del reparto. Herbert Downs era propietario de un pequeño telar; el padre de Johnny Rogers tenía un negocio de carbón, el de Anne Barlby poseía tres tiendas de comestibles. Jimmie Matthews, el más joven, asistía a clases en la Escuela Técnica Superior de Leddersford; Jimmie iba a ayudar a su padre con el negocio de la familia, al igual que, sin duda, lo haría Johnny. El hermano mayor de Anne también estaba aprendiendo en el negocio de abastos, desde abajo, como cualquier otro. Anne iba a la Escuela de Arte de Leddersford, lo que la apartaría de hacer travesuras hasta

que se casase, probablemente con Johnny; el negocio de su padre se estaba expandiendo rápidamente bajo el perverso gobierno Laborista. Todos tenían más dinero que yo, pero no eran grandes fortunas. Era demasiado fácil alcanzar su nivel, por lo cual no me imponían demasiado respeto. Los vi gesticular con libertad pero entrecortadamente mientras hablaban con sus mejores acentos sobre *La Dama no está para pasiones ardientes*<sup>[12]</sup>, y los abucheé mentalmente, como un recién llegado de buena familia que observara a los comerciantes hacer sus mejores imitaciones. Pero mi sensación de superioridad duró poco; la primera lectura fue muy mal. Tal vez porque aún estaba irritado por Eva y por Susan, me hice un espantoso embrollo con mis frases, pronunciando mal las palabras más simples y enfatizando de manera incorrecta casi todas las frases. Tuvimos que parar un momento cuando me referí por error al braguero de un peón caminero en lugar de a su brasero; me uní a la carcajada, pero hacerlo me supuso un esfuerzo considerable.

—D'Eón cabalga de nuevo<sup>[13]</sup> —dijo Alice—. Menuda idea; vicios eróticos entre las clases trabajadoras. —Me hablaba directamente a mí.

—Yo *pertenezco* a la clase trabajadora —dije enfurruñado—. Y no necesitas explicarnos tu pequeña ocurrencia. Lo sé todo sobre el Chevalier. Leí un libro una vez...

Se sonrojó.

—No deberías... —comenzó, y a continuación se detuvo—. Pero ya te lo diré luego. —Me sonrió y entonces se giró, volviendo al guión.

La estuve mirando todo el rato durante el resto de la obra. En algunos momentos, cuando no estaba leyendo su papel, parecía poco atractiva, incluso fea: su barbilla era pesada y carecía de forma definida, y las líneas de su frente y del cuello parecían haber sido marcadas a cuchillo. Pero cuando actuaba, su cara volvía a la vida: no es que te hiciera olvidar sus defectos sino que estos se volvían entrañables y excitantes. Conseguía que el resto de las mujeres pareciesen entre anticuadas y desaliñadas; Eva también, según noté con sorpresa.

Cuando hubimos terminado, Ronnie se sentó, mirándonos de hito en hito. Mientras lo hacía chupaba su pipa ruidosamente y se entretenía con un manojo de notas y un portaminas Eversharp de oro.

—Tendremos que trabajar muy duro, gente. La obra es mucho más sutil de lo que parece. —Se sacó la pipa de la boca y me apuntó con la boquilla—. Joe, recuerda que eres un honesto y simple granjero. Y, por dios santo, ten cuidado con las, ejem, prendas interiores femeninas. —Todos, excepto yo, dejaron escapar una risita—. De hecho, deberías quitar esa parte.

—Ten cuidado, Joe —dijo Eva—. A Ronnie le encanta meter cortes. Si no tienes cuidado te quedarás sin papel.

Ronnie le lanzó una mirada fulminante.

—¡A todas las obras les sobra la mitad! —dijo.

—Se cree Orson Welles —murmuró Alice a mi oído.

—Muy bien, gente —dijo Ronnie—. Es suficiente por esta noche. Ahora Herbert y yo trataremos de darle algún sentido al encendido argumento del autor.

—¿Te apetece un café? —le pregunté a Alice cuando se levantaba.

—No, gracias.

Al diablo contigo, pensé, y giré sobre mis talones.

—Aunque puedes invitarme a una cerveza.

—¿En el Clarence?

—Habrá demasiados Intérpretes allí, ¿no crees? Demasiado limpio y bien iluminado. Pronto instalarán neones. El St. Clair es mucho más agradable. Es oscuro y huele a asado y a velas.

Su coche, un Fiat 500 verde, estaba aparcado fuera. Abrió la cerradura de la puerta derecha y entonces dudó.

—¿Conduces?

—Aunque parezca raro, sí —respondí.

—No seas tan endiabladamente susceptible.

—No estaba siéndolo.

—Ya lo creo que sí. Solo pensé que tal vez te apeteería conducir. La mayoría de los hombres odian ir de pasajeros de una mujer. De todos modos yo conduzco fatal.

No dije nada; me senté en el asiento del conductor y le abrí la otra puerta.

Era agradable volver a conducir un coche, y no es que hubiera tenido uno propio antes. Aprendí a conducir en la RAF: compartía un Austin Chummy con otros tres de la tripulación. En cuanto metí la primera marcha estaba otra vez conduciendo a través de la llana desolación de Lincolnshire con un cajón de cervezas en el asiento de atrás y Tommy Jenks dirigiendo el coro de *Cats on the Roof-Tops* o *In Mobile* o *Three Old Ladies*. Sentí nostalgia de aquellos días, cuando podía permitirme gastar cuatro libras a la semana en cerveza y cigarrillos, y los galones eran el pasaporte perfecto para las bebidas gratis y las mujeres de alta gradación. El Austin no estaba para muchos trotes —y no era de extrañar, tras diecisiete años de maltrato continuado—, pero una cuarta parte de él me pertenecía. Tommy lo estrelló en lo alto de North Finchley Road, y junto a él, se llevó por delante a una cabo de las WAAF<sup>[14]</sup> y al soldado que conducía el jeep contra el que chocó.

—Estás muy pensativo —dijo Alice—. Pareces un gángster con ese sombrero, ¿lo sabías? ¿Puedes girar aquí a la derecha?

—¿Dónde estamos?

—Casi en St. Clair Road. En realidad el pub está de camino a mi casa.

—Vives justo en la Cumbre, ¿cómo no! —Debió de haber algo de desdén en mi voz; vi su mueca, y me pregunté qué demonios me pasaba.

—Vivo en Linnet Road —dijo—. Yo no elegí la casa, aunque me parece muy agradable. Tú vives en Eagle Road, ¿verdad?

—Me hospedo allí —le respondí.

Bajábamos por Poplar Avenue. De una casa grande a nuestra izquierda llegaba un

resplandor de luces y música. Había una verja medio abierta en el alto muro; vislumbré el brillo del agua y un bordillo blanco.

—¡Dios mío! —dije—. Una piscina.

—Ahí es donde vive Sue Brown —dijo Alice—. Esta noche es su fiesta de cumpleaños.

—Mejor para ellos —dije—. Supongo que Jack está invitado. Si es que puedo referirme a él con esa familiaridad.

Alice fingió no haberme oído.

—Gira aquí a la izquierda —dijo.

Bajamos por una calle estrecha que desembocaba en una glorieta. En este barrio las casas eran más pequeñas; la gran mansión en lo alto de la carretera era el último bastión del mundo de las piscinas privadas, los álamos y los M.G. nuevos. La zona de la clase trabajadora junto a la estación se extendía más lejos de lo que yo había pensado, penetrando entre Poplar Avenue y el humo del valle como un escudo. Un breve tramo de escalones de piedra nos llevó desde la plazuela a una calle de gravilla tan recta como una regla. El St. Clair estaba en el extremo más cercano a la plaza, bajando un callejón.

Tal y como Alice había dicho, olía a asado y a velas. La pequeña sala tras la barra estaba vacía, salvo por dos ancianos acurrucados junto al fuego. Había dos grabados antiguos de Warley colgando de las paredes y una fotografía de la casa con su tejado arrancado por el torbellino de 1888. El resto del espacio estaba ocupado por arcos de caballos en latón reluciente y calentacamas. El asiento corrido alrededor de las paredes estaba tapizado en cuero y bien acolchado.

Alice miró en torno con satisfacción.

—Esto es lo que yo *llamo* una guarida —dijo—. Tan endemoniadamente acogedor que resulta casi siniestro.

El dueño, un tipo delgado con el pelo gris, entró arrastrando los pies.

—Buenas noches, señora Aisgill. Buenas tardes, señor. ¿Qué les traigo?

—Prueba la Añeja —dijo Alice—. Es *auténtica* cerveza, ¿verdad, Bert?

—Una bebida estupenda, señora Aisgill —dijo con su lúgubre voz profunda—. Una bebida hermosa.

La verdad es que era una cerveza muy buena, oscura, dulce y suave. Se estaba caliente y tranquilo en la Guarida y me agradaba la compañía de Alice; no sentía el impulso de cortejarla, y por tanto no tenía ningún temor al rechazo. Le ofrecí un cigarrillo. Cuando estoy muy nervioso hasta se me olvida fumar; era mi primer cigarrillo de esa noche y el tabaco me supo agradablemente fuerte, casi acre, que es como más me gusta.

—Mira, Joe —dijo Alice—. Vamos a trabajar juntos, así que deberíamos dejarlo todo claro entre nosotros. Por Dios santo, no estés resentido. No estuvo bien lo que te dije cuando los otros estaban alrededor, pero fuiste asquerosamente ofensivo conmigo. ¿Acaso tienes algún complejo de inferioridad?

—No —murmuré.

—¿Y qué es entonces?

—Creía que estabas haciéndote la Gran Dama de la Mansión conmigo, eso es todo. Mi padre no tuvo un trabajo de ingeniero o una fábrica, pero eso no quiere decir que nunca haya leído nada o que no sepa conducir un coche.

Era consciente de que esta no era una explicación adecuada, porque en realidad no estaba enfadado con Alice en absoluto.

—Pero Joe, querido —dijo—, ¿a quién le importan esas cosas? A mí no. A los Thompson tampoco. Ni a Eva. —Frunció el ceño—. Es por Eva, ¿no? Se insinúa a los hombres jóvenes y luego se hace la mojugata y la formal. Es una coqueteadora nata, nunca cambiará. Ya sabes, no me sorprendería si... No, será mejor que me calle.

Pedí más cerveza.

—Ahora que has empezado, deberías soltarlo.

—No me sorprendería que no le hubiese dicho nada a Bob sobre sus peripecias con hombres jóvenes. Son de lo más desabridos, esos dos. No la tomarías en serio, ¿verdad?

—Depende de lo que entiendas por serio.

—Lo mismo que entiendes tú, encanto.

—Dios mío, no. Ni por un momento. —Reí—. Habría sido un estúpido. —Entonces recordé mi principal motivo de queja—: Jack Wales —dije— se portó de una forma completamente condescendiente conmigo, hablándome de cosas de oficiales, olvidando mi nombre mientras hablaba con él...

—Pronto regresará a la Universidad —dijo ella—. Además ese no es el motivo de que estés enfadado con él. Ha marcado el territorio para llevarse a Susan. Es por eso, ¿verdad?

No respondí. Solo me preguntaba cómo habíamos llegado a ese punto. Estaba hablando con ella con tanta libertad como lo habría hecho con Charles; cuando caí en la cuenta me sentí bastante desconcertado.

—¿No es por eso? —insistió.

—De acuerdo. Ese es el motivo. Simples celos. Es como si las personas como él se llevaran todo lo valioso amparados en alguna clase de derecho divino. Lo he visto con demasiada frecuencia.

—Me dan ganas de abofetearte —dijo ella—. Ella no está comprometida con él, ¿no? Tú tampoco estás casado, ¿no es así? ¿O es que acaso le tienes miedo? ¿Por qué no llamas por teléfono a la chica y la invitas a salir?

—No se me había ocurrido —articulé débilmente.

—Más te vale sentir lástima de ti mismo —dijo—. En vez de hacer algo al respecto te cruzas de brazos. ¿O es que crees que Jack es superior a ti?

—¡No!... —dije—. De todas formas daría lo mismo que fuera o no superior si finalmente resultara que ella le quiere. Está acostumbrada a tenerle cerca, eso es todo... Yo sé que podría interesarse por mí. Por eso estoy tan molesto. Supongo que

piensas que soy un engreído.

—No —respondió ella—. Más bien joven y terriblemente inexperto. Si esa es la sensación que te da ella de forma directa, instintiva, entonces debes de tener razón.

La creencia en la intuición no es exclusivamente mía, pero oírsele decir me hizo sentir que no podía ocultarle nada.

Miré mi vaso vacío.

—No puedo beber a base de medias pintas —dije, y rebusqué dinero en mi bolsillo.

—Déjame a mí esta ronda, ¿vale? —dijo Alice.

—Puedo permitírmelo...

Levantó la mano para hacerme callar.

—No. No voy a discutir. Siempre pago mi parte. Lo aprendí en el Repertorio hace mucho tiempo.

—Pero yo no estoy en el Repertorio.

—¡Oh, cállate! Me importa un comino que seas el Tesorero del Distrito. Para mí como si eres el dueño del maldito pub. Yo soy independiente. Puedo permitirme pagar lo mío. ¿Ves?

Cogí el dinero y pedí las bebidas. Estaba contento, la verdad, porque la Añeja costaba a dos chelines la pinta y al ritmo que estábamos bebiendo me habría gastado al menos nueve pavos antes de que acabara la noche. Tenía ochocientas libras en el banco, la mayor parte procedente del seguro de mis padres y de mi paga acumulada en el Stalag 1000. Pero no me atrevía a tocarlo; suponía que no sería fácil volver a adquirir toda esa cantidad de nuevo. Vivía de mi propio salario; y no daba para estipendios informales de casi diez pavos.

Miré a Alice con afecto.

—¿Quieres unas patatas fritas, encanto?

—Sí, por favor. Los lunes las hacen al estilo herrero. Pídeles algo de sal, ¿te importa? Nunca encuentro esos horrendos sobrecitos azules.

—Me gustan las cosas saladas con cerveza —dije—. Lo mejor son las cebollitas y el magro de cerdo.

Me hizo una mueca. Era una mueca amigable, sin sensualidad disimulada.

—A mí también. Tengo gustos simples. Es más, puedo beber tanta cerveza como tú.

—Te tomo la palabra.

—Y yo la sostengo. Fui criada con cerveza, pero todos los hombres a los que he conocido beben whisky y ginebra. Piensan que bromeo cuando digo que me gusta la cerveza y me pido unas cuantas botellas de rubia.

La Añeja era más fuerte de lo que había pensado; como a la mitad de la tercera pinta me sobrevino una cálida ráfaga de afectividad.

—Te voy a decir algo, Alice. Tú me gustas. No me refiero sexualmente, quiero decir que me gustas tú. Puedo hablar contigo como con un hombre. Puedo contarte



cosas... Oh, Señor, cuánto yo, yo, yo... —Pegué otro trago a la cerveza y me metí un puñado de patatas en la boca.

—Tú también me gustas —dijo ella—. A veces parece que tienes dieciocho años, ¿sabes?

Nos quedamos allí hasta la hora del cierre y después ella condujo hasta mi casa. No fue hasta que estuve en la cama cuando me di cuenta de que nunca antes le había contado tantas cosas sobre mí a ninguna mujer. Y no solo eso, sino que no temía haber hablado demasiado y quedado como un bobo. La almohada olía ligeramente a lavanda; me recordaba algo. Era su perfume, fresco como el lino limpio, amistoso como la cerveza; me dormí casi sin darme cuenta y soñé que montaba en el Fiat con ella. El coche se deslizaba salvajemente en curvas fantásticas por un paisaje mezcla de Lincolnshire y Prusia. Entonces Alice se convirtió en Susan, sus ojos brillaban, su cara estaba distorsionada de placer, y de pronto me encontraba perdido en el campo abierto y salvaje, rodeado de arena y pinos y brezo, gritando no el nombre de Susan sino el de Alice, y entonces estaba despierto en mi habitación de Oak Crescent mirando la reproducción Medici de la Olympia, suave, blanca y adorable, y muy consciente de ello: el cuadro crecía de tamaño hasta que cubrió toda la pared; yo me tapé los ojos con las manos e intenté gritar y entonces sonó la alarma del reloj y me desperté en Warley. Hasta mis oídos llegaba el chisporroteo del beicon friéndose en la cocina.

La Biblioteca compartía edificio con el Ayuntamiento. Llamé allí a las diez de la mañana siguiente y me enteré de que Jack volvería a la Universidad en un par de días.

Estaba de pie en el pequeño espacio que llaman Departamento de Referencias, sintiéndome absurdamente exultante y a la vez sumido en la envidia. Cambridge: me hice un retrato mental del vino de Oporto, de los paseos en barca, de las ociosas discusiones sobre largas mesas destellantes por la plata y el cristal tallado. Y por encima de todo, de la atmósfera de poder, de ese poder que se expresa en un inglés impecablemente correcto, un poder que se deriva de haber nacido en la familia correcta, de haber conocido siempre a la gente adecuada: si te disponías a dirigir el país no podías hacerlo sin una educación universitaria.

El padre de Jack, entre otras cosas, fabricaba coches. El negocio estaba al alza; aunque si no lo hubiera estado no habría importado gran cosa, ya que mientras tanto se había ido construyendo un pequeño y holgado monopolio vertical. Siempre que gastaba más de una cierta cantidad en algún componente, compraba la firma que lo fabricaba: poseía una fábrica de plásticos, un negocio de curtidores, una constructora de carrocerías e incluso una lavandería y una imprenta. Junto a la Ford o a Lyons o Unilever era un monopolio pequeño, pero me hubiera sorprendido mucho que el viejo sacase menos de un millón.

Cedric me explicó la razón por la que Jack iba a titularse en ciencias.

—Alguien que lleve un monopolio no puede especializarse —dijo—. Tiene que ser capaz de pensar *globalmente*. Si conoce algo al detalle no podrá abarcar todo el asunto, así que Jack ha ido a Cambridge para aprender a pensar. —Cedric me echó una sonrisa cómplice—. No es que importe mucho lo que sepa. Los contables y los ingenieros llevan todo el tema sin importar quién esté al cargo. Todo lo que hace falta es que Jack conozca a las personas adecuadas y aprenda a llevarse bien con ellas. Impresionar con datos científicos, ¿no es así la frase?

«De acuerdo», murmuré de manera infantil para mí mismo, «Te arrebataré a tu mujer, Wales, y todo tu dinero no me detendrá...»

Salí a la cabina telefónica que había frente al Ayuntamiento y llamé a Susan. Mientras esperaba a que la operadora me conectara estaba medio inclinado a abandonar todo intento. Si ella no hubiera respondido al teléfono dudo que me hubiera atrevido a intentarlo de nuevo.

—Susan Brown al habla —dijo.

—Habla Joe Lampton. Qué oficiales sonamos. —Faltaba un cristal en la cabina y el viento se coló dentro. Me temblaban las manos de emoción—. Tengo dos entradas para el ballet del sábado por la noche. Me preguntaba si le apetecería verlo.

—¿El sábado por la noche?

—No, por la tarde —dije, corrigiéndome.

—Me encantaría verlo. Espera un minuto, Joe. Estoy enrollada en una toalla, acabo de bañarme.

Vislumbré su desnudez, joven, firme y fragante. Entonces deseché la imagen. Era algo en lo que no quería pensar. No es que no la desease físicamente, pero desnudarla mentalmente era pueril y adolescente, no expresaba mis verdaderos sentimientos. Puedo decirlo con sinceridad: mis intenciones hacia Susan siempre fueron lo que se puede describir como honorables. Cualquier otra respuesta a su belleza hubiera resultado poco elegante. Merecía la pena casarse con ella incluso sin tener en cuenta su dinero. Era la princesa del cuento de hadas, la niña de las viejas canciones, la heroína de las comedias musicales. Perteneecía a ese mundo de manera natural porque tenía la cara y la figura necesarias, y los ingresos adecuados. Y así es como sucede en los cuentos de hadas: la princesa siempre es bella, y vive en un palacio dorado, y lleva buenas ropas y ricas joyas y come pollo y fresas y bizcochos hechos de miel y, aunque tenga mala suerte y le toque ir a trabajar a las cocinas, el príncipe siempre se fija en ella porque ha perdido un caro anillo en el pastel que ha horneado para él; y el susto casi le mata cuando la llevan a su presencia vestida con una piel de asno y con las manos y la cara sucias por las labores domésticas, porque cree que se ha enamorado de una vulgar chica trabajadora de Grado Diez. Pero ella se quita la piel de asno y él ve sus buenas ropas, y se lava la cara y las manos y él contempla su delicada piel blanca. Así que está bien: ella es de Grado Uno y se pueden casar y vivir felices para siempre. Las cualidades de princesa se revelan bruscamente.

Susan era una princesa y yo era el equivalente de un porquerizo. Podría decirse que estaba interpretando un cuento de hadas. El problema es que había que afrontar más dificultades que dragones y hechizos, y no había ni rastro del hada madrina. Aquella mañana yo no podía decir cómo terminaría la historia. Cuando dejó el teléfono pareció ausentarse durante mucho rato; pensé por un momento que me había colgado, pero podía oír un aspirador y voces de mujeres de fondo en alguna parte.

—Siento haberte hecho esperar —dijo—. No encontraba mi agenda. El sábado por la tarde está bien, Joe.

El primer dragón había sido liquidado, aunque era uno pequeño, Traté de no sonar muy exultante.

—Genial. Te pasaré a buscar a las seis y cuarto, ¿de acuerdo?

—No, no —respondió rápidamente—. Quedamos en el teatro.

—A las siete menos cuarto entonces.

—¡Cielos! Viene mamá. Tengo que dejarte. Adiós.

—Adiós —dije, sintiéndome un tanto confuso. Algo empañaba el panorama. ¿Por qué se asustó cuando su madre entró en la habitación? Era como si no quisiera que se supiese que iba a salir conmigo. ¿Se suponía que no debía salir con nadie más que con Jack, y que yo no era, al contrario que él, lo bastante bueno como para llamar a su casa?

Cuando regresé a la Tesorería me encontré a Teddy Soames bebiendo té y ligando con June Oakes, secretaria del Departamento de Salud. June acababa de cumplir veinte años, tenía el pelo rojo y la piel clara, y estaba bastante seguro de que era tonta pero enamoradiza; así que más me valía tener eso presente antes que liarme con ella. Las aventuras de oficina son fáciles de empezar y difíciles de terminar, especialmente en una ciudad pequeña.

De todos modos, le seguí el juego. Era tranquilizador para mi ego estar con una mujer que se hallaba a mi alcance y que —pensé mirando sus labios totalmente húmedos— no me provocaría en vano y estaría absolutamente encantada de que la llamase a su casa.

—Hola, reina de mi corazón —dije, cogiendo una taza de té—. Me alegro de verte; cada día estás más guapa. Aunque me alegro de que no trabajes en la Tesorería.

—¿Es que no te gustaría?

—Estaría demasiado distraído fijándome en ti —dije—; no terminaría ningún trabajo.

Dejó escapar una risita.

—He oído que ya andas *fijándote* en otra persona.

—Solo porque tú no quieres casarte conmigo.

—No me lo has pedido.

Me puse de rodillas con la mano en el corazón.

—Querida... ¿o puedo decir *adorada*? señorita Oakes, le ofrezco mi mano y mi corazón.

—No le hagas caso, June —dijo Teddy—. Tontea con mujeres casadas.

Me incorporé.

—No sé a qué te refieres.

June volvió a lanzar otra risita.

—Su nombre empieza por A. Es *mucho* mayor que tú.

Tenía una voz con un timbre ligero, casi como un pequeño chillido; combinaba extrañamente con su magnífico busto.

—¡Ah, *eso*! —dije con ligereza—. Me llevó a casa en coche. Estuvimos discutiendo la obra; Teddy no lo entendería. Nuestra relación es estrictamente platónica.

—Sí que lo entiendo —dijo Teddy rodeando con el brazo la cintura de June—. Yo estoy intentado llevarme a June a pasar un fin de semana platónico. Por supuesto, me lo tomaré fatal si ella tiene un bebé platónico. —Rió de forma sonora y artificial y se arrimó a la mejilla de June.

—¡Oh, eres terrible! —dijo ella—. No, Teddy. No debes. ¿Y si entra el señor Hoylake?

—Me mandaría que me apartase de ti y que le dejase *a él* acariciarte —respondió Teddy.

—No volveré a hablarte jamás —dijo ella—. Tienes una mente sucia. —Me

sonrió—. Pero Joe es un caballero.

—No te creas —dije.

Se acercó más a mí; tenía un olor extraño, ni a perfume ni a jabón ni a sudor, un olor casi desagradable, aunque limpio. Estuve muy tentado de acariciarla, o al menos de proponerle una cita, pero lo uno habría sido insatisfactorio y lo otro peligroso. Así que le sonreí.

—Eres encantadora —dije.

—Tú tienes unos ojos preciosos —dijo ella mientras posaba su mano sobre la mía durante un segundo—. ¿Qué tenemos de malo las jóvenes solteras? —preguntó, como si Teddy no estuviese allí.

—No os preocupéis por mí —dijo él—. Eres un reclamo para las mujeres, ¿no es así?

—Hacen cola solo para hablar conmigo.

—Puedes conseguir a June —dijo—. Solo es una cría. Pero la señora A... Bueno, a ella sí que te la envidio.

—No hay nada que envidiarme.

—Es adorable —dijo. Su cara delgada y ruda parecía pensativa.

—Está bien. Nunca me lo había planteado.

—¡Vaya si yo me lo habría planteado! Ella es... —Buscó la palabra y la utilizó con expresión avergonzada—. Es una *dama*. Y también una mujer. Cada vez que la veo tiemblo y sudo, ya sabes.

—Eres un cerdo —dije—. ¿Sabes lo que dice el Buen Libro sobre cometer adulterio en tu corazón?

—Pues su marido lo está cometiendo en algún otro sitio.

—Esa no es excusa. Por cierto, ¿cómo es?

—Un acaudalado comerciante de lanas. Pulcro y pálido, se cuenta que está bien situado.

—¿Quién es la otra parte?

—Una chica de su oficina. Joven, rellenita e imbécil. Ya viene durando un año.

—Son peores que los animales —dijo indignado—. ¿Por qué no puede conformarse con Alice?

—Ella tiene treinta y cuatro. Han estado casados casi diez años y no han tenido niños. —Hizo una mueca—. Yo le echaría una mano gustoso.

Me encogí de hombros.

—No me atrae de esa manera —estaba pensando en Susan y tuve un pequeño estremecimiento en la boca del estómago al recordarlo. Tenía unas ganas terribles de contárselo a alguien, de alardear de ello de forma discreta. Esperaba que Teddy mencionara su nombre en la conversación para sacar a relucir casualmente nuestra cita. De cualquier modo, él no la menciona sino que continuó babeando sobre Alice.

Aquella tarde fui al segundo ensayo de *Meadowes Farm*. Ronnie estaba en una excelente forma, resoplando su pipa violentamente, mesándose los cabellos a fin de

indicar tensión nerviosa y garabateando frenéticamente en su guión intercalado.

—Esta tarde, gente —dijo—, sois tan solo *cuerpos*. Y cuerpos que están muy bien, si se me permite decirlo. Quiero que aclaréis estos movimientos, y entonces podremos continuar con la actuación...

Alice y yo teníamos tres tórridas escenas de amor. Pensé que se me harían violentas, pero su actitud fue tan impersonal, tan libre de toda vergüenza, que nuestros abrazos resultaron tan naturales como bailes lentos. Funcionábamos tan bien juntos que Ronnie no tuvo que corregirme más de dos veces por cada movimiento, lo cual estaba bastante bien en aquel estado de la producción. Dejé que ella me llevase, lo que, por supuesto, era bastante correcto ya que se suponía que yo era seducido por ella.

Más tarde Ronnie se vio forzado a elogiarnos.

—Vuestras escenas de amor ya están empezando a tomar forma, Joe. Pero puedo prever problemas en otros asuntos. —Me miró parpadeando por encima de sus gafas—. Ya sabes, el monótono y necesario oficio de entrar, sentarse y levantarse. Te sientas como si... En fin, no seré vulgar. Y te levantas como si te hubieras sentado sobre una chincheta. Eres de lo más torpe con Anne y con Johnny, pero con Alice realmente cobras vida.

—Alice devolvería a la vida hasta a un muerto —dije. Le sonreí y para mi sorpresa ella se puso un poco colorada.

Cuando Ronnie terminó de hablar con el reparto la seguí fuera del escenario al patio de butacas. Cogió su abrigo de los asientos donde lo había dejado. Le ayudé a ponérselo. El segundo antes de que quitase mis manos de sus hombros se relajó contra mí; fue tan impersonal como nuestros abrazos sobre el escenario.

Me puse mi propio abrigo y me senté junto a ella.

—Seguí tus sugerencias.

—¿Qué sugerencias?

—Telefoneé a Susan. Iremos al ballet. —En alguna parte imprecisa oía las voces de Ronnie y de Herbert. Una luz azul iluminaba el escenario con sus restos de colillas de cigarros, las mesas de caballete, las sillas Windsor y el sofá de crin en el que la había estado cortejando: solo era un pequeño teatro pero de pronto parecía grande, resonante y desolado.

—¿Susan? —dijo ella—. Sí, me acuerdo. —La luz varió a un rosa cálido—. No puedes equivocarte si estás aconsejado por mí, la Tía Alice siempre acierta.

—Tú no eres una tía. Las tías tienen cuarenta años y huelen a alcanfor.

Hizo una mueca. Noté que su barbilla se aflojaba un poco hacia abajo.

—Bueno, al menos no huelo a alcanfor. Aunque me comporto como una tía de *Charlas de mujeres*. O más bien como la niñera de Julieta. —Su tono parecía amargo.

—Qué va —dije—. Vi *Romeo y Julieta* una vez. Ella era una vieja arpía malvada. Tú eres preciosa y excitante. Y bastante... —Me detuve. Me adentraba en territorio peligroso.

—¿Bastante qué?

—No te enfades conmigo. Promételo.

—De acuerdo —dijo con impaciencia—. No me enfadaré aunque sea algo indecente. Lo prometo.

Vacilé.

—Es una estupidez. No puedo.

—¿Qué es esto? ¿Cómo *en At Mrs. Bean's*? —dijo ella—. Eres irritante, Joe. Continúa, por el amor de Dios.

—Tú das bastante..., no, no das pena; pero pareces perdida, como una niña. Como si estuvieras buscando algo. Oh, dios, sueno como una película barata. Olvida lo que he dicho, ¿lo harás?

Se quedó en silencio por un momento. Entonces sus ojos se humedecieron.

—Es extraño que digas eso. No, no estoy enfadada, encanto.

Rebuscó en su bolso. Cuando le di fuego me sorprendió ver que me temblaba la mano.

En ese momento entró George Aisgill. Llevaba un abrigo tremendamente grueso para su estatura y compleción. Tenía las manos pequeñas y bien formadas, las uñas brillaban por la reciente manicura, y no solo llevaba un anillo con sello en el dedo corazón sino también uno con un diamante en el meñique. Sus facciones eran proporcionadas y sin arrugas, y su bigote parecía pintado. A pesar de la manicura y de la sortija con el diamante, no parecía afeminado. Era como si hubiese elegido la masculinidad deliberadamente porque resultaba más cómoda y provechosa. A simple vista no me gustó, pero fue de un modo distinto a cómo lo hacía Jack Wales; Jack no albergaba realmente malas intenciones, pero había algo de frialdad vigilante en George Aisgill que casi me atemorizaba: parecía totalmente incapaz de reírse de sí mismo.

—He venido para llevarme a mi mujer lejos de vosotros, rufianes y vagabundos —dijo—, ya que se ha cargado el Fiat.

—Este es Joe Lampton —le dijo Alice—. Mi amante.

—¡Vaya! —respondió él—. Lo siento. ¿Lo he estropeado todo?

—Ya nos conocemos —dije yo.

Me echó un vistazo rápido y exhaustivo.

—Ya recuerdo —dijo. Señaló hacia el escenario con un movimiento de la cabeza—. ¿Qué tal va la cosa?

Algo en sus modales sugería que todos nos conformábamos con una farsa chapucera.

—No sé muy bien qué decirle —dije—. Tendrá que preguntárselo a Alice.

—Oh, no es más fastidioso de lo habitual —dijo ella con voz monótona—. Nos entretenemos.

Su forma de comportarse había cambiado con la llegada de él. Alice no se mostraba sumisa o asustada ni radiante en exceso. Era muy difícil captar la

diferencia, pero yo la percibí enseguida. Se transformó en la clase de persona por la que yo la había tomado hasta la noche anterior: fría, indiferente, superior, como carente de vida.

—Es usted uno de esos sujetos del Ayuntamiento, ¿verdad? —me preguntó.

La expresión anticuada de caballero me dio *dentera*.

—Tesorero.

—Debe de ser un poco tedioso.

—Se sorprendería usted —dije suavemente—. Siempre hay algún hombre de negocios que intenta hacerse el despistado. ¡Dios mío, cómo odian esos chicos pagar impuestos!

—Soy inocente, viejo —dijo él—. Mi fábrica no está en Warley.

—Tampoco nos gustan *esos*. Están privando de dinero a su ciudad.

—Cuando el Consistorio fomente los negocios construiré una fábrica en Warley.

—Cuando damos con un hombre de negocios que no considera nuestra política de restricción de humos como mera palabrería, le damos la bienvenida.

Sonrió mostrando unos *dientecitos* blancos y afilados.

—Ahí donde hay mugre...

Justo iba a replicarle que él tenía buen cuidado en vivir lejos de la mugre cuando Alice irrumpió.

—Basta de negocios —dijo ella—. ¿Es que nunca te cansas?

Él alzó las manos en un gesto de resignación burlona. El diamante en su meñique centelleó con frialdad.

—Nunca entenderás que los hombres vivimos consagrados a nuestro trabajo. En cuanto empezamos a hablar de algo interesante, os quejáis de que hablamos de negocios.

Contra mi voluntad me complacía que él pudiera haber encontrado mis comentarios interesantes, aunque sabía que era una pose a lo Dale Carnegie<sup>[15]</sup>, un pequeño cumplido aparentemente casual. Los otros se fueron reuniendo alrededor de él, de una forma muy parecida, pensé, a como lo hubieran hecho con Jack Wales. Representaba el poder del dinero igual que Jack: era otro rey. Mientras los observaba rindiéndole tributo, me pregunté cómo era posible que se hubiera casado con Alice, cómo los delgados labios bajo el pulcro bigote habían podido articular —como estoy seguro de que lo habían hecho— las palabras «te quiero». Tampoco podía ni imaginármelos juntos en la cama. No eran el mismo tipo de persona. No habían adquirido, al igual que todos los felizmente casados, ninguna semejanza entre sí.

Me levanté y le dije a Alice que me marchaba.

—Vas en la misma dirección que nosotros, ¿no es así? —preguntó.

—No tendréis sitio —dije.

—Tonterías —dijo George—. No tiene usted ningún compromiso, ¿verdad?

—Hay sitio de sobra —dijo Alice—. Ven, Joe.

La miré con severidad. Era como si me estuviese solicitando algún tipo de



protección. El coche de George era un Daimler de dos litros y medio. Me acomodé en la parte de atrás con Johnny Rogers y Anne Barbly. Nunca había montado antes en un Daimler particular. George encendió la lucecita del techo durante un momento: la luz suave nos incluyó en su mundo privado, cálido y acogedor pero también duro y aventurero, arrogante con la velocidad y la distancia.

Johnny repartió cigarrillos y yo me recosté en los profundos cojines, quedando absorto en aquel mundo privado y dejando que la lujosa atmósfera se frotase contra mí como un gato. Johnny hablaba de coches con George; por supuesto, iba a comprarse uno pronto. Utilizaba la jerga de la RAF, que a mí personalmente me daba ganas de vomitar: a menos que se utilice excepcionalmente bien, apesta a periódicos y a películas.

—Tendría que ver este *bicho* —estaba diciendo Johnny—. Es *la bomba*, señor. Puede apostar que... —Sin embargo era inofensivo; apenas tenía veintiún años, la nariz respingona, el pelo rizado, el aspecto de tomar baños matutinos, acostarse temprano y hacer cantidad de ejercicio.

Anne Barbly era su prima. Hablaba con Alice, más bien hacía que se sintiera verdaderamente incómoda con sus comentarios sobre la buena suerte que tenía de poseer un Daimler y un amante con tan buena planta.

—Es la viva imagen de Jean Marais<sup>[16]</sup>, querida. —El amante de Alice era yo, por supuesto. El chiste ya estaba manido.

Anne no tenía el carácter de Johnny, pero se parecía mucho a él, con el mismo aire fresco y el pelo rizado. Desafortunadamente su nariz le habría ido mejor a un hombre: era grande e informe, casi bulbosa. Desde cierto ángulo no tenía mal aspecto y era pasable sobre el escenario; pero ella estaba excesivamente sensibilizada al respecto. No tenía necesidad de preocuparse: tenía una figura esbelta, era brillante e inteligente y, aunque no era exactamente una rica heredera, estaba respaldada económicamente. Entretanto tendía a ser maliciosa. Yo le disgustaba especialmente y nunca perdió la ocasión de ser desagradable conmigo. Mirando hacia atrás, ahora entiendo por qué no le gustaba: no me tomé excesivas molestias en disimular el hecho de que no la encontraba físicamente atractiva. Un pequeño y amable coqueteo, incluso alguna clase de discreto galanteo, habrían cambiado su carácter por completo. Se comportaba como alguien que no aceptaría tener sexo conmigo de ninguna manera, y yo la tomé por lo que aparentaba, que es lo último que desea una mujer.

El Daimler tomó St. Clair Road sin esfuerzo; era como estar en un salón móvil, salvo que aquel coche era bastante más confortable que muchos salones. George conducía con la cuidada eficiencia de un chófer; no pude evitar comparar su técnica con los temerarios bandazos de Alice.

—Aquí os dejamos —dijo Anne a medio camino de la subida de St. Clair Road—. Es un coche precioso, señor Aisgill. Mucho más cómodo que el Fiat. Allí solo pueden apretujarse dos personas, ¿verdad, Joe?

—Dios mío —dijo Alice cuando George arrancó de nuevo el coche—. Menuda

víbora venenosa es *esa*. ¡Dejando caer asquerosas insinuaciones con su acento de corista! Va a pasar mucho tiempo antes de que vuelva a montar con ella en un coche. ¿Debo confesarlo todo, George? ¿Serás clemente? Llevé a Joe a su casa la otra noche y paramos en el St. Clair. Ya está, ya sabes nuestro culpable secreto. Chismosos, cotillas y mal pensados...

—Así son todas las ciudades pequeñas —dijo George con indiferencia—. De todos modos, ¿por qué molestarse en ir al St. Clair? Lleva a Joe a casa si no te gusta que la gente chismorree. Hay bebida de sobra en casa, ¿no?

Se pasó Eagle Road y yo no me di cuenta hasta media milla después, cuando ya estábamos casi en lo alto de St. Clair Road.

—Bajaré caminando —le dije.

—Aunque quizás podría venir a cenar con nosotros —dijo él—. Puede usted llamar a los Thompson por teléfono.

—Vente —dijo Alice.

—Aunque las raciones...

Ella rió.

—No te preocupes por eso, encanto. No se trata de ningún banquete, solo de tomar un bocado.

Llegamos a lo alto de St. Clair Road. Más allá de Eagle Road todo era campo abierto: prados rodeados de árboles, con unas pocas casas más bien apartadas de la carretera. A la izquierda, medio oculta por los pinos, estaba la casa más grande que había visto en Warley. Era una mansión, de hecho una genuina mansión victoriana con torreones, almenas, un camino de entrada de un cuarto de milla de longitud por lo menos y una casa de guardeses, tan grande como una casa adosada mediana, junto a la verja.

—¿Quién vive ahí? —pregunté.

—Jack Wales —respondió George—. O mejor dicho, la familia Wales. Se lo compraron a un comerciante de lanas que se arruinó. Es colosal, ¿no? ¿Qué le parece? Apenas utilizan ni la mitad de la casa.

Mi ánimo se vino abajo. Por primera vez caía en la cuenta de las colosales ventajas con que contaba Jack. Pensaba que yo era grande y fuerte; pero la casa lo era más que yo. Era una especie de extensión física de Jack: al menos cincuenta mil libras de ladrillo y mortero declarando su superioridad sobre mí en tanto pretendiente.

La casa de los Aisgill se levantaba al final de una estrecha carretera de tierra que partía justo de los límites del St. Clair Park. Tenía las líneas funcionales de los años treinta en cemento blanco, con un tejado plano. No había otras casas cercanas y se levantaba en lo alto de un saliente del terreno, con brezales en la parte trasera y el parque frente a ella. Parecía cara, hecha por encargo, pero fuera de lugar, como una furcia de Piccadilly paseando por los páramos en medias y tacones.

El interior estaba decorado en blanco y crudo, con sillas de acero tapizadas en caucho que eran más cómodas de lo que aparentaban. Había tres cuadros de colores

brillantes en las paredes: dos de ellos me parecieron solo una mezcla de líneas, grumos y círculos, pero el otro era claramente un retrato de Alice. Llevaba puesto un vestido de noche de corte bajo en una relumbrante tela plateada. Sus pechos eran más pequeños y firmes, y no había arrugas en su cara. El artista no la había embellecido; podía verse la ligera pesadez de su barbilla y el atisbo de algunas arrugas incipientes.

—No le prestes tanta atención, Joe —dijo ella, apareciendo por detrás de mí—. Entonces era diez años más joven.

—Ojalá yo fuera diez años más joven —dije.

—Vaya, Joe, eso es muy amable de tu parte. —Me apretó la mano, pero no la soltó inmediatamente—. ¿Te gusta la sala?

—Mucho —dije, pero no estaba muy seguro de que así fuera. Era una habitación extraña, muy limpia, muy luminosa, amueblada con buen gusto, pero no resultaba acogedora. Las estanterías bajas blancas de la pared frente a la chimenea estaban llenas de libros, la mayor parte sin estrenar, aún con las solapas. Deberían haber servido para humanizar la habitación pero no lo conseguían; parecía imposible que aquellos libros estuvieran allí para ser leídos: formaban parte de la decoración de manera tan acusada que nadie se hubiera atrevido a coger ninguno.

—¿Algo de beber? —preguntó George, acercándose al mueble-bar—. Ginebra, whisky, brandy, ron, jerez y otros licores repulsivos que realmente no puedo recomendar...

—Whisky, por favor.

Me echó una mirada maliciosa.

—Debo decirle que no es escocés. Un cliente americano me regaló una caja. Sabe a brillantina, se lo advierto.

—Bebí mucho de ese en Berlín —dije—. Sin soda, gracias.

Dejó un cálido bienestar en mi estómago después de secarme la boca durante una décima de segundo y enviar una pequeña ráfaga de aire que subió por mi garganta.

—Alice dice que es usted de Dufton. —Rellenó hasta arriba su vaso con agua de soda y bebió a sorbitos, como tomando una medicina.

—Nací allí.

—La he visitado por negocios una o dos veces. ¡Dios santo, es deprimente!

—Llega uno a acostumbrarse.

—Conocerá a los Torver, supongo.

Los conocía del mismo modo que se conoce al Señor Terrateniente del condado. Era la familia propietaria de la fábrica más antigua de Dufton, de hecho la única fábrica familiar que quedó en Dufton tras la depresión; las otras habían ido a parar a las manos del perista o de los sindicatos londinenses.

—Mi padre trabajó en su fábrica —dije—. Era supervisor. Así que nunca tuvimos ocasión de relacionarnos socialmente, como diría usted.

George rió.

—Mi querido Joe, nadie se relaciona socialmente con los Torver. Nadie querría.

El viejo no ha albergado ni un sentimiento decente desde que lo destetaron, y Dicky Torver gasta el poco tiempo que le queda libre de seducir a las chicas de la fábrica bebiendo como un poseso.

—Solíamos llamarle «Dicky el Zombi Sexy» —dije.

—¡Qué bueno! ¡Es buenísimo! —Rellenó mi vaso como si me recompensase por entretenerle—. Es justo así como usted lo describe, con esa horrible cara pastosa, ese aire desgarrado y ese destello como *de pescado* que le brilla en los ojos siempre que se topa con una mujer deseable. Y mira por dónde, es un buen hombre de negocios. Tienes que madrugar si quieres cazar a Dicky Torver.

—Es horrible —dijo Alice, entrando con una bandeja de sándwiches. Se sirvió ella misma un whisky—. Le conocí en el baile de los Conservadores en Leddersford. A los cinco minutos de que me lo presentaran ya me había echado un piropo, y cinco después me invitó formalmente a un fin de semana picante. ¿Por qué nadie le abofetearía?

—Pues algunas mujeres le encuentran atractivo —dijo George. Mordisqueó una galletita de queso.

—¿Se refiere a que los maridos de ellas quieren hacer tratos con él? —dije.

Rio de nuevo. Era una risa grave, complacida; podía invocarla a voluntad.

—No es así, Joe. Es como sobornar al verdugo: si te salvas, él dirá que es gracias a sus méritos y si te cuelgan no podrás decir nada. Si la mujer de alguien es..., bueno, *amable* con Dicky, y el marido consigue el contrato o lo que sea, Dicky sale ganando algo más con el asunto. Si el contrato no cuaja, el marido no puede quejarse públicamente. No, los negocios no son tan simples.

—Puede ocurrir —dijo Alice.

—Ocasionalmente. —Sus maneras indicaban que el tema estaba zanjado y yo había sido puesto en mi lugar.

—Joe —dijo Alice—. Anda, coge un sándwich. Están aquí para comerlos.

Cada uno de los sándwiches consistía en una finísima rebanada de pan puesta sobre unas cuantas gruesas lonchas de rosbif frío. Había una alta pila de ellos en el plato.

—Habéis tenido que dividir vuestra ración —dije.

—¡Oh, no! —dijo ella—. No te preocupes por eso. Tenemos más, de verdad.

—Los granjeros tienen carne —dijo George—. Yo fabrico ropa. ¿Ves?

Estaba perfectamente claro, así que disfruté la carne al máximo. Era como conducir el coche de Alice; durante un momento estaba viviendo al nivel que aspiraba a ocupar permanentemente. Era el héroe de una de esas comedias con títulos como *Rey por un día*, excepto por el hecho de que la ilusión en mi caso no duraría siquiera un día entero. Sin embargo, en aquella sala podría saborear la innegable realidad de la ternera casera, sentir la calidez del whisky en mi vientre, en suma, ponerme en el mismísimo pellejo de George.

Alice estaba sentada un poco apartada de la mesa, de frente a mí. Llevaba una

falda negra plisada y una brillante blusa roja de popelín fino. Tenía unas piernas muy elegantes, a unos gramos de la delgadez; su semejanza a un dibujo de *Vogue* me hechizó de nuevo. La contemplé fijamente. Éramos del mismo tipo de persona, pensé confusamente: rubios y nórdicos.

George me sirvió otro bourbon. Lo bebí de un trago y mordí un segundo sándwich. Alice me lanzó una pequeña sonrisa. No fue más que un gesto fugaz, pero noté que me ardían las mejillas cuando me di cuenta de cuántas ganas tenía de estar en el pellejo de George, y en más de un sentido.

Aquel sábado por la tarde, mientras esperaba a Susan, descubrí que estaba tan nervioso como si se tratara de mi primera cita con una chica. Allí estaba, de pie en el vestíbulo del Leddesford Grand; era el típico vestíbulo de teatro, con alfombras rojas, columnas blancas, fotos de estrellas con dentaduras blancas, cabellos lustrosos y ojos chispeantes, todo bañado por un débil olor a tabaco y desinfectante perfumado. Sin embargo, en aquel momento el lugar parecía poseer alguna clase de esplendor inocente. Experimenté sensaciones tan distintas como las que sentía cuando era niño y conseguía una de aquellas cajas de bombones surtidos que los fabricantes solían regalar antes de la guerra. Estaba indeciso por cuál probar primero: el bombón de puro chocolate negro que suponía salir con una chica bonita, la Delicia Turca de la vanidad, la leche suave y dulce del amor, el sabor del poder, o tal vez el más atractivo de todos, fuerte como el ron; el convencimiento de que estaba un peldaño por encima de Jack Wales.

Si Susan hubiese llegado en aquel momento yo me habría, por decirlo así, comido todo el surtido de la caja de golpe. Pero eran las siete menos tres minutos y aún no había señal de ella. La tarde se me empezó a amargar. Volví a oír el pánico en su voz. «¡Cielos, viene mamá!» ¿Por qué le asustaría tanto que su madre se enterara de que hablaba conmigo? ¿Por qué no me había permitido que la fuese a buscar a su casa? ¿Y por qué había de hacerlo? Me vi a mí mismo como me vería Mami: burdo y vulgar, y de clase trabajadora, con todos los defectos propios del *nouveau riche*, además, pero ninguno de sus sólidos méritos, tales como un capital de cien mil libras en Obligaciones del Estado, por cuya influencia se perdonan tantas cosas... «Ese horrible Lampton, con esos dientes tan raros», oía a decir a Susan. «Me persigue. ¡Sí, de verdad! No sé por qué, pero le dije que le acompañaría al ballet. Sí, lo sé, fue una tontería por mi parte, pero no estaba *pensando*... ¡Bueno, querida, *lo olvidé!* ¡*Se me fue la cabeza* totalmente! Supongo que todavía estará esperando. ¿A que soy *malísima?*»

Estaba elaborando mentalmente este diálogo con un entusiasmo pesadamente masoquista cuando sentí un golpecito en el hombro.

—Le he estado observando —dijo ella—. Parece horriblemente malhumorado. ¿Está enfadado conmigo?

—Ahora que ha venido, no.

—Siento mucho el retraso. Herbert me traía en coche cuando algo se estropeó en la ovina.

Me reí.

—Eso es muy grave. ¿Está segura de que se trataba de la ovina?

—No sé nada de coches —dijo ella—. ¿Debería?

—Ninguna ley la obliga. De todas formas, la *ovina* es algo muy importante en un coche. Todos los coches deberían tener una *ovina*. —La tomé del brazo—. Tendremos que apresurarnos. Quedan dos minutos para las siete en punto.

Llevaba una capa de cosaco con remates de piel, unos guantes largos de cuero y un guardapolvo de *cashmere* que le cubría toda la falda. Sus ojos centelleaban, sus mejillas estaban un poco sonrojadas y tenía ese olor limpio, como a talco de bebé mezclado con heno recién segado, que noté la primera vez que la conocí.

Cuando le tendí las entradas al acomodador ella miró el precio de un vistazo.

—Cuatro con seis —dijo—. Caramba. ¿No son demasiado caras?

La miré con dureza. ¿Es que esperaba un palco? Pero vi que lo decía bastante en serio y quedé sorprendido y encantado de su ingenuidad; la ropa que llevaba debía de costar sus buenas cincuenta libras.

Nos sentamos para disfrutar de *La sala de baile embrujada*. Le pasé una onza de chocolate con leche; mi mano rozó la suya y se posó sobre ella durante un segundo pero mi gesto no obtuvo respuesta. Todo el mundo sabe que si una chica quiere que le sujetes la mano te aprieta en el momento en que la tocas.

De algún modo me parecía tremendamente importante cogerle la mano. Me daba la impresión de que notar su contacto sería tan diferente a tocar la mano de una mujer normal como cantar lo es de hablar. Parecía enormemente importante, y aun así no me decidía a tocarla en absoluto. Tal vez a causa de la música y de las bailarinas que se arrastraban de acá para allá en el escenario como trozos de papel de colores, se impuso en mí un instinto profundamente arraigado; simplemente quería admirar lo que, después de todo, es un raro tipo humano: una virgen bella e inmaculada. Incluso cuando mis ojos se posaron en el contorno de los pequeños y firmes pechos que se adivinaban bajo el suéter, lo hicieron sin ningún asomo de lascivia; aquello me recordó, de hecho, a la emoción de nuestro primer encuentro. Pero esta vez era más real, no estaba la molesta presencia de otras personas y Susan era ella misma, hablaba por sí misma, no se trataba de un personaje ficticio al que se puede ver pagando media corona.

En el intermedio la llevé al bar.

—Mami se enfadaría terriblemente si supiera que he estado aquí —dijo, mirando titubeante a su alrededor las filas de botellas de colores, los espejos dorados, las carteleras y viñetas enmarcadas y los habituales hombres carnosos y mujeres rechonchas olorosos a ron añejo y a violetas, que no se ven en ningún otro sitio más que en bares y teatros y que siempre parecen haberse instalado cómodamente antes de que uno llegue.

—¿Es que es abstemia? —pregunté.

—Piensa que los pubs son vulgares. Pero esto no es realmente un pub, ¿verdad?

—En realidad, no —dije—. ¿Qué le gustaría beber?

—No te reirás si pido un zumo de pomelo, ¿verdad?

—No hay ninguna ley que lo prohíba. —Le sonreí—. Toma lo que quieras,

encanto.

Cuando hube conseguido las bebidas le ofrecí un cigarrillo.

—No, gracias —dijo—. No fumo.

—Eres la clase de chica con la que me gusta salir.

Me echó una mirada que era coqueta de un modo inocente.

—¿Por qué soy la clase de chica con la que te gusta salir?

—No tienes vicios caros.

—¿Te salen tus chicas habituales muy caras?

—No tengo ninguna chica —dije—. Nunca ha habido ninguna. Solo tú.

—Eso es una trola. ¡*Pillín!*

Dijo esta palabra con una entonación encantadora e inocente pero a la vez tímidamente provocadora.

Me puse la mano sobre el corazón.

—No hay otra más que tú.

—Me conoces desde hace nada. ¿Cómo puedes decir eso? —Parecía un poco asustada; pensé que estaba yendo demasiado rápido.

—No eres una linda trucha —dije, como si no hubiera oído su pregunta.

La frase la distrajo al instante tal y como yo había calculado.

—¿Una linda trucha?

—Mi madre solía llamármelo cuando le pedía algo que costaba más de lo que ella podía permitirse.

Palmoteo con las manos. Era un gesto sobre el que yo había leído pero que nunca había visto realizar, tan infantil y pasado de moda que solo Susan, pensé, podría haber reaccionado así.

—Una linda trucha, una linda trucha. Oh, qué bonito. ¿Sabes?, me encantaría ser una linda trucha.

Le di un sorbo al gimlet. Lo había escogido porque sabía que no me provocaría mal aliento, pero he de decir que soy de los que bebe cualquier cosa siempre que su precio no sea un completo robo. Durante un momento deseé intensamente estar bebiendo cerveza Añeja con Alice en el St. Clair.

—¿Te está gustando la función? —le pregunté a Susan.

—Es una *preciosidad*. Adoro el ballet. Y la música... Me hace sentir como si me estuviera derritiendo por dentro; oh, estoy tan excitada... —Puso el codo sobre la mesa y acomodó la barbilla en su mano—. Es tan difícil de explicar... Es como estar en el interior de una casa pintada con bellos colores: cuando escuchas la música es como si estuvieras tocando la pintura; todos los colores se desbordan en tu mente. ¿Suenan tonto?

—No. Ni pizca. Yo siempre me he sentido así, solo que no sé expresarlo tan bien como tú. —Estaba mintiendo, claro. En mi opinión el ballet es algo en lo que entretener la vista mientras se escucha la música, pero jamás se me hubiera ocurrido decir eso; era esencial que yo compartiese los intereses de Susan o, más bien, que



estos pareciesen coincidir con los míos. Ya descubriría algo sin importancia en lo que no estar de acuerdo con ella para que me tomara por un tipo inteligente con mentalidad propia.

—Me gustaría llevarte a Sadler's Wells —dije.

—¿Has visto algo de la compañía de la Fonteyn<sup>[17]</sup>?

—Todo. —Hablé de ballet hasta que sonó el timbre, y me las arreglé con bastante habilidad para disimular el hecho de que solo había estado en Sadler's Wells una vez y que esa Fonteyn era la única *prima ballerina* que había visto.

Después de que terminase el espectáculo con los tumultuosos e idiotizados aplausos de costumbre le pregunté a Susan si le apetecía tomar un café. La estaba ayudando a ponerse su abrigo; recuerdo que noté con aprobación que ella apreció esa cortesía.

—¿Café? Oh, muy amable por tu parte. Me encantaría tomar uno.

—También podemos tomar unos pasteles —dije—. Conozco un café donde no están mal.

—Estoy terriblemente hambrienta. No he cenado nada; iba con mucha prisa.

—Deberías habérmelo dicho. Es absurdo saltarse comidas en invierno.

—No me pasará nada. Como una barbaridad, en serio. Pero estoy muerta de hambre. Podría comer sin parar... ¡Oh, vaya! —Se tapó la boca con la mano—. Seguro que piensas que soy una linda trucha —dijo tristemente.

Me reí.

—No te preocupes por eso.

Fue encantador cuando se tapó la boca con la mano; un gesto enteramente natural, pero grácil y con estilo. Hacía que todas las chicas con las que había salido pareciesen deslucidas, torpes y prematuramente envejecidas: el pensamiento me llegó teñido de aprensión. Ya no volvería a jugar con fuego.

El café estaba justo a la salida del teatro. Era la clase de local al que yo no solía acudir de manera habitual en aquella época, con paneles de roble, alfombras gruesas, un cuarteto de músicos y una cierta atmósfera de exclusividad. No quiero decir que estuviese intimidado por la espléndida clientela; en cualquier caso, en su mayoría se trataba de comerciantes de lana viejos y gordos. Pero en lugares así siempre temía hacer algo incorrecto, ponerme en ridículo ante los hombres de una clase superior a la mía. En un café normal no importaría que le dijera algo indebido al camarero, que cogiera un cubierto equivocado o que no fuese capaz de hallar los servicios a la primera. De hecho, no habría habido ninguna posibilidad de que diera ningún *faux pas*. Delante de los que tienen el mismo dinero que uno no hay necesidad de ser cuidadoso; la gente que está en tu propio rango de ingresos no es tu enemiga. Pero los ricos sí eran mis enemigos, eso lo sentía; me observaban, esperaban el primer movimiento que pudiera hacer en falso.

Es curioso cuando lo recuerdo; he pagado simples almuerzos en cafeterías en las que por un par de chelines más habría podido tomar una comida decente en un buen

restaurante. Aunque aquella tarde con Susan entré en el café con toda jovialidad: ella era mi pasaporte, aquel era un lugar acorde con su clase.

—¡Qué bien se está aquí! —dijo—. Todo muy dickensiano. Mira a ese camarero bajito de ahí con el flequillo raro. Parece todo un *pasmarote*, ¿no crees, Joe?

El camarero se aproximó a nosotros con ese deslizamiento sobre pies planos propio del sirviente profesional. Casi no habíamos tomado asiento cuando se inclinó ante nosotros. Me pregunté por un momento si habría venido tan rápido de no haber estado en compañía de Susan. Cuando se marchó con el pedido Susan me miró y rió en voz baja.

—¿Crees que me habrá oído? No importa, *estaba* pasmado. Parecía tan triste... y aun así estaba alegre como un monito. Me pregunto si le gustará su empleo. ¿Y qué pensará de sus clientes?

—Pensaré que eres la chica más bonita que haya visto nunca —dije— y me considerará extremadamente afortunado por estar en tu compañía. Si se le ve triste es porque está casado, tiene veinte hijos y tú siempre serás inaccesible para él; y está alegre al tiempo porque ningún hombre puede evitar ser feliz cuando tú estás cerca. ¿Ves?

—Vas a hacer que me ruborice. —Siguió mirando alrededor del local con un interés franco y vivaz. Había una mujer de mediana edad en el lado más alejado de la sala. Tenía el pelo teñido de negro y un vago aire de distinción decadente; hablaba con voz ronca, aunque atractiva todavía, con su compañera, una mujer diminuta de aspecto tímido, vestida con un jersey calado de color rosa que dejaba ver, según me pareció, ocho tirantes. La cara de la mujer de mediana edad traslucía una especie de desilusión avergonzada, como si hubiera perdido su vitalidad de forma tan repentina y ridícula como cuando salta el elástico de la ropa interior y se te cae en plena calle. Al ver que Susan la miraba sonrió. Por un momento aparentó su edad real, pero esta no importaba. No sé por qué recuerdo esto, ni tampoco por qué me duele tanto hacerlo...

Susan le devolvió la sonrisa a la anciana y continuó mirando en derredor, examinando a cada persona con el sincero y vivido interés de una chiquilla.

Reí.

—Eres peor que mi madre. —Mantuve el tono ligero y desenfadado porque, aunque una madre muerta ayuda a reforzar la atmósfera emocional, el tono sepulcral habría estropeado la frase concreta que yo intentaba usar—. Ella se enteraba de todo lo que pasaba en Dufton. Se interesaba por las personas, como tú. Decía que algo no iba bien si no sabías lo que hacían tus semejantes.

—Suená agradable. Me gustaría conocerla.

—Murió.

—Lo siento. Pobre Joe... —Puso su mano sobre la mía rápidamente; entonces la retiró.

—No lo sientas. Me gusta hablar de ella. No es que no la eche de menos, a ella y

a mi padre, pero no vivo en el cementerio. —Me di cuenta de que estaba citando a la señora Thompson. Estaba bien, era lo que sentía. ¿Por qué habría de sentirme culpable?

—¿Cómo sucedió?

—Una bomba. La única bomba que cayó en Dufton. Ni siquiera creo que tuviera un objetivo preciso.

—Debe haber sido horrible para ti.

—Pasó hace mucho tiempo.

El camarero sirvió el café y los pasteles y nos dejó tan silenciosamente como había llegado. Sonrió a Susan; su sonrisa era auténtica, acompañada de un cálido parpadeo: una sonrisa poco forzada, no la típica mueca de un camarero. El café era muy fuerte. Los pasteles, recién hechos, eran del tipo de los que le gustan a las chicas jóvenes: merengues, *éclairs*, tartaletas de chocolate, rollitos de mazapán...

—Parece que le gustas —dije—. A todos los demás solo les ha dado pasteles de Madeira y bollos duros.

—Eres horrible. Es un hombrecillo *encantador* y me gusta mucho. —Le dio un mordisquito a un *éclair*—. Apenas si notamos la guerra en Warley. Aunque papá solía trabajar muy duramente en la fábrica. A veces permanecía despierto la noche entera.

Qué bien que se lo habría pasado, pensé. Los ricos siempre son los que más se divierten durante las guerras. Cuentan con el doble placer de influir en el curso de los acontecimientos y encima de hacerse todavía más ricos. Elaboré el pensamiento sin verdadera satisfacción. De pronto, me sentí triste y solitario.

—¿No echas terriblemente en falta a tus padres? —preguntó ella.

—A menudo. Pero generalmente pensar en ellos me hace feliz de un modo peculiar. No es que me haga feliz que estén muertos, sino pensar que eran buena gente.

Era completamente cierto. Pero mientras miraba el rostro inocente y sonrosado de Susan —tan joven que todo su cuello y sus pequeños y firmes pechos parecían por momentos no pertenecerle sino haber sido tomados en préstamo para la ocasión, como las medias y el pintalabios de una hermana mayor— me sentí culpable. Estaba maniobrando, tomando posiciones todo el tiempo, valorando el efecto de cada palabra; y esto parecía devaluar todo cuanto yo decía.

Después de aquella tarde estuve deprimido durante un tiempo. No era una depresión tangible, sino más bien como la tristeza propia de esos días de colada en que te despiertas descubriendo que el cheque de setenta y cinco mil libras, tan convincente que hasta llevaba un sello de dos peniques, era, después de todo, producto de un sueño.

Solo empecé a sacudirme en cierto modo la depresión al lunes siguiente, cuando fui a los Intérpretes. Hay una atmósfera en los ensayos de teatro que es tan reconfortante como el clavo para el dolor de muelas. Es una atmósfera polvorienta, seca, da escalofríos y a veces se asemeja a una enorme reserva de silencio en la que todas tus palabras caen en plancha; pero al mismo tiempo resulta cálida, acogedora y privada como un cuarto infantil, y en ella cada actividad, aunque solo sea la de esperar tu entrada, es importante y excitante; cada momento se te ofrece como un bollito caliente con mantequilla.

Cuando Alice llegó y se sentó junto a mí la sensación placentera aumentó. Me hacía sentirme reafirmado, protegido como un niño. Podía contarle cualquier cosa y estar seguro de que ella lo entendería. Era lo mismo que cuando el Zombi Eficiente se mostraba más retorcido de lo habitual; sabía que después vería a Charles y podría desahogar toda mi ira y humillación acumuladas. Salvo que nunca había albergado el menor deseo de desnudar a Charles mientras que —me di cuenta con sorpresa—, a Alice sí que quería desnudarla. Estaba enfadado conmigo mismo solo por pensarlo. Me sentí tan culpable como si se me hubiera apetecido tener contacto carnal con la señora Thompson. Sinceramente, no deseaba estropear la relación que se estaba fraguando entre nosotros; podía conseguir sexo en cualquier pub o sala de baile, pero no la amistad que Alice me había brindado desde el primer día en el St. Clair. Había llegado a nosotros rápida y tranquilamente, y a la vez sin prisa. Ella y yo no solo podíamos hablar de cualquier cosa, sino que podíamos sentarnos juntos en silencio y sentirnos satisfechos simplemente con eso.

—Me alegro de verte —dije. Este era el habitual saludo de los Intérpretes; pero yo lo dije de corazón.

—Yo también me alegro de verte, Joe. —Cuando sonrió noté que tenía una mota de caries en uno de sus incisivos superiores y que otro parecía ser más empaste que diente. Su dentadura no estaba mejor que la mía, y este hecho me proporcionó una especie de extraña afinidad, como si ambos padeciésemos la misma enfermedad. Era una semejanza que nunca podría compartir con Susan: me encantaba mirar sus dientes, blancos, pequeños y regulares, pero siempre me provocaban una incómoda sensación de inferioridad.

—Ya me sé mis frases —dije—. Y podría recitar el Cantar de los Cantares casi

del revés. ¡Qué *lujo!*

—No dejes que Ronnie vea que disfrutas o te cortará el papel.

—Les sorprenderemos a todos —dije.

Cuando me tocó intervenir con mi parte no me limité a caminar dentro del escenario sino que hice una entrada. Se suponía que debía quedarme de pie mirando a Herbert y a Eva durante un momento antes de hablar; hasta entonces siempre me había hecho un lío con aquello, o alargaba el silencio demasiado o bien lo acortaba en exceso. Aquella tarde, sin embargo, la sincronía fue perfecta: supe instintivamente que una fracción de segundo menos le habría quitado el sentido y una fracción de más habría dado la impresión de que necesitaba un apuntador. Y sabía que la razón de mi silencio era que deseaba intensamente a mi amante en la obra y que estaba frustrado como un toro en primavera amarrado a un poste. Todo encajaba en su sitio, no había posibilidad de que me equivocase. Cuando intervino Alice sucedió algo que es raro entre aficionados: logramos darle a la escena el *tempo* exacto. Me encontré pensando, o más bien sintiendo, que en unas partes debía ir lentamente y en otras más rápido, y que la lentitud y la rapidez no tenían por qué derramarse de golpe, sino que debían desplegarse con suavidad. Y por primera vez en mi vida fui consciente de mi cuerpo y de mi voz sin ninguna presunción, como si fueran meros instrumentos. Alice y yo éramos un equipo. Para mí ella no era ni más ni menos que lo que la enfermera de una obra de teatro es al cirujano: ella no era Alice Aisgill, a quien acababa de desear quitarle la ropa, era Sybil, a la que ya había desnudado en el otro mundo, compuesto ahora por bastidores apilados, marañas de cuerdas y cables con olor a pintura nueva.

—Has estado muy bien esta noche —dijo Alice más tarde mientras nos montábamos en el Fiat.

—No tan bien como tú —respondí. Giré la llave de contacto. Sus elogios eran como el brandy para mi autoestima.

El motor arrancó de inmediato, aunque normalmente se resistía. A menudo deseo haber podido detener mi vida en aquel momento: el coche deslizándose hacia abajo con calma por la callejuela, con todas aquellas farolas de gas bañando los adoquines de luz naranja, y los olores del East Warley tirando de mí para reclamar mi atención, como niños en el cumpleaños de su padre —la malta, el característico tufillo a quemado de las ruedas de los molinos, el pescado friéndose, ese maravilloso olor a pan con mantequilla que llegaba de algún espacio abierto cercano—; y luego, en el interior del coche, la masculinidad del acero, del petróleo y del cuero cálido, y lo mejor de todo, Alice, su perfume a lavanda y su propio olor personal tan almizclado como las pieles y tan fresco como las manzanas.

Salimos del barrio demasiado rápidamente. Era la parte de Warley que más llegó a gustarme; aquella tarde parecía como si se estuviese celebrando por doquier una invisible fiesta callejera: cada casa era mi hogar y la gravilla de arenisca renegrida parecía tan suave como la amabilidad. Recuerdo que las cortinas de una casa no estaban corridas del todo y tras ellas pude distinguir la silueta de un joven en

albornoz que le hacía cosquillas en la cintura a una chica pelirroja. Supuse que no llevarían casados mucho tiempo y los observé con ternura, como diciendo: «Benditos seáis, hijos míos», sin apenas rastro de lo que Charles solía llamar «la mirada pantanosa del porquerizo».

Incluso la larga monotonía de Sebastopol Street, sin un solo edificio salvo por las Factorías Tebbut's, parecía haberse convertido en parte integrante de mi felicidad. El sonido de los telares llenaba el aire, un chasquido sonoro que no se asemejaba a un sonido potente normal sino a uno pequeño pero deliberadamente amplificado para aturdir al que pasara. La luz fluorescente que iluminaba el interior y la luz diurna, propia de resacas y ejecuciones, hacía que los trabajadores en sus telares pareciesen los habitantes de un vasto acuario; pero yo podía transformarlos a ambos, al ruido y la luz, en prosperidad, en matrimonio y carne y baile.

Cuando llegamos a Poplar Avenue pude reírme ante la casa de Susan sin ira ni frustración. Me la imaginaba sentada ante un tocador de nogal pulido, frente a un revoltijo de cepillos de plata y caros frascos de perfume. La alfombra blanca sería tan profunda que los pies se le hundirían hasta el tobillo y las sábanas de su cama serían de seda. Habría un montón de fotografías, pero no del tipo barato que parecen haber captado deliberadamente a las personas en posiciones tan poco naturales que de mantenerlas por más tiempo les habrían producido lesiones físicas. Serían lo mejor de lo mejor, fotografías de no menos de una guinea, el trabajo de profesionales que podían transformar lo bonito en bello, lo pasable en bonito y lo feo en interesante. Rodeada por estas satinadas piezas de bienestar, Susan se estaría cepillando el pelo, tan liso y brillante como el ala de un mirlo, sin pensar ni desear nada, sin hacer planes, sino simplemente siendo ella misma.

Otra vez me sentía como si formara parte de un cuento de hadas. Encontraba un placer melancólico en su inaccesibilidad. Apenas podía creer que hubiera pensado en casarme con ella: parecía la loca profecía de alguna vieja bruja. Agradecía que ella existiese, al igual que agradecía que existiese Warley. La carretera crujió por las hojas muertas, el aire era humeante y dulzón, como si toda la tierra ardiese en su fragancia como un cigarro puro; sentí de pronto que algo maravilloso iba a suceder. La sensación era suficiente en sí misma. No esperaba ningún resultado material de ella. Me sentí bendecido por el gesto; la vida no se suele molestar en hechizarnos una vez que se ha pasado la niñez.

—Estás sonriendo —dijo Alice.

—Soy feliz.

—Dios mío, ojalá yo lo fuera.

—¿Qué pasa, cielo?

—No importa —dijo ella—. Es demasiado sórdido y aburrido para explicarlo.

—Necesitas un trago.

—¿Te importa si no vamos? —Rió—. No parezcas tan desilusionado, encanto.

—¿Quieres ir a casa?

—No especialmente. —Encendió la radio del coche. Una banda de música tocaba *La Entrada de los Gladiadores*; la increíble pomposidad de la pieza parecía levantar el minúsculo coche en volandas.

—Me gustaría ir a Sparrow Hill —dijo ella.

—Hará frío ahí arriba.

—¡Pues eso es lo que quiero! —replicó con vehemencia—. Ir a algún lugar frío y limpio. Sin gente, sin nada de asquerosa gente...

Giré el Fiat hacia Sparrow Hill, estrecha, serpenteante, empinada, con campos y sembrados a los lados, la carretera se estiraba hacia la negra distancia infinita. Alice apagó la radio tan bruscamente como la había encendido y no hubo otro sonido más que el leve zumbido satisfecho del Fiat y el gemido del viento sobre el tendido telefónico.

—Muy, muy lejos, están las tierras donde viven los Jumblies. Tienen las manos verdes y los pies azules, y se fueron al mar por un desagüe...

Su voz era distraída y hubo algo en su tono que hizo que se me erizase el pelo de la nuca por un segundo. En la media luz podía ver su perfil, con la nariz recta y la barbilla que proyectaba una sombra demasiado pesada y empezaba a caerse; pude percibir su perfume de nuevo, también, pero esta vez el olor no era parte de la tarde, sino la tarde entera.

Los prados y los bosques de la ladera de la colina daban paso a la planicie de los Páramos de Warley; un poco más adelante se veían las viejas fábricas de ladrillos y, junto a ellas, Sparrow Hill se alzaba violenta y abruptamente en la llanura.

Había una carretera de tierra junto a las fábricas; paré el coche frente a la caseta de chapa ondulada que se levantaba en la cima. La puerta estaba clausurada con tablas y todas las ventanas estaban rotas; mientras la miraba y contemplaba el gran horno de ladrillos desmoronado que la dominaba desde arriba como si fuera un iglú rojo sentí una melancolía que no era del todo desagradable, aunque por lo general no me gustan demasiado los lugares muertos, y prefiero mirar a una próspera fábrica que la más bella ruina. Aquí, en los páramos, era diferente: como si alguien hubiera estado practicando algún extraño juego con esos ladrillos y el hierro ondulado, abandonándolos en aquel punto como testimonio de la existencia humana.

—Aquí estamos demasiado a la vista —dijo Alice—. Tuerce a la izquierda detrás de la colina.

Sparrow Hill se hallaba a unas doscientas yardas de distancia de la carretera; el lado que daba a esta parecía desnudo salvo por una hierba baja mordisqueada por las ovejas. Sin embargo, la otra ladera estaba cubierta por arbustos y helechos, y en su base había un gran hayedo.

—Sigue por la carretera —dijo ella—. ¿Ves los arcenes de cemento? Terminan justo después de aquella granja de la derecha. Iban a construir muchas casas en Sparrow Hill, pero todo quedó en nada.

Paré al abrigo de los árboles. Mi corazón latía con fuerza y cuando le di un

cigarrillo a Alice me temblaba la mano. *Aquí estamos demasiado a la vista*: sabía exactamente lo que implicaban aquellas palabras. Y a la vez, de algún modo, yo no quería que implicasen nada. Quería posponer lo que iba a suceder enseguida: me encontraba en la frontera de un nuevo territorio, y eso me asustaba. Alice era mucho más que un par de muslos deseables y exigiría algo más que un alivio rápido. En aquel momento no lo vi tan claro; pero desde luego recuerdo que pensé que me sentía exactamente igual que la primera vez que estuve con una mujer —una gordita de las WAAF cuyo nombre he olvidado— a los dieciocho años.

Así que hablé con ella. Hablé sin parar y no recuerdo de qué. Era como si estuviese soltando un discurso: me disponía a cruzar una especie de promontorio que alteraría toda mi vida y yo no estaba seguro de querer que eso sucediera. Entonces dejé de hablar; o, más bien, mi voz se retrajo al silencio por su cuenta. La miré. Alice sonreía con esa expresión tensa, casi dolorosa, que yo había notado ya cuando cenamos en su casa. Juntaba las manos sobre las rodillas y tenía la falda retirada por encima.

Me incliné hacia ella.

—He estado pensando en ti toda la semana. He soñado contigo, ¿sabes?

Alargó la mano y me la puso en la nuca. La besé. Sus labios sabían a tabaco y a dentífrico; se sujetaban de forma húmeda y relajada contra los míos de una forma enteramente nueva para mí, completamente diferente de sus secos y leves besos en el escenario. Sentía sus pechos asombrosamente rotundos y llenos contra mi cuerpo; parecía mucho más joven, mucho más femenina y suave de lo que nunca hubiera imaginado.

—Estoy completamente retorcida —dijo—. Este coche es totalmente moral.

—Salgamos fuera —dije con voz ronca.

Me besó las manos.

—Son bonitas —dijo—. Grandes, rojas y brutales... ¿Me darás calor?

Recuerdo aquellas palabras especialmente. Eran vacías y vulgares, no combinaban bien con lo que poco después tendría lugar en la espesura del bosquecillo de hayas; pero fueron las palabras que pronunció Alice, y yo las preservo como las reliquias de un santo. A pesar de ello ninguno de los dos sintió un especial placer físico aquella noche: hacía demasiado frío, yo estaba demasiado nervioso, nos hicimos un lío con los botones, las cremalleras y los tirantes. Fue mejor cuando acabamos, como tomarse una taza de café realmente bueno y fumarse un habano después de una comida guisada a toda prisa pero que uno necesitaba con urgencia. La noche era clara, coronada de estrellas; a través de un hueco en la copa del árbol podía ver colinas distantes. Besé a Alice en la pequeña caída del pelo justo sobre la sien. En ese punto, el cabello siempre me parece oler distinto al del resto de la cabeza, es vulnerable y suave: como de bebé. Ella se apretó más firmemente contra mí.

—Eres todo calidez —dijo ella—. Mi querido abrigo. Me gustaría dormir contigo, Joe. Dormir de verdad, es decir, en una cama grande con un colchón de plumas,



barrotes de latón y una palangana de porcelana debajo.

—No te dejaría dormir —dije, sin entenderla.

Ella se rió.

—Dormiremos juntos, cielo. Te lo prometo.

—Nunca me había pasado esto —dije.

—Tampoco a mí.

—¿Sabías que esto iba a suceder?

No respondió. Después de un momento dijo:

—Por favor, no te enamores de mí, Joe. Seremos amigos, ¿vale? ¿Amigos íntimos?

—Amigos íntimos —dije.

Cuando arranqué el coche de vuelta ella se mantuvo silenciosa, pero estuvo sonriendo todo el trayecto; tal vez solo era un efecto de la luz, pero su pelo parecía resplandecer por sí mismo. Conduje rápido a lo largo de la estrecha ondulación de Sparrow Hill Road, tomando las curvas como si marchara sobre raíles. No podía desviarme; parecía que el coche tuviera un motor de dos litros bajo el capó en vez de uno de algo más de medio.

Yo era un demonio: era el amante de una mujer casada, salía con la hija de uno de los hombres más ricos de Warley, no había ni una maldita cosa que no pudiera hacer. Podrían decirse muchas cosas acerca de mí cuando era más joven, pero desde luego no estaba de vuelta de todo.

Pasé la Navidad en casa de Tía Emily. La noche que me marchaba nevó en Warley. Fue apenas un ligero manto, un regalo de Raphael & Tuck & Sharpe<sup>[18]</sup> para hacer que los ojos de las chicas relumbrasen, los coros cantasen afinados, las casas fuesen más altas y torcidas que de costumbre y se produjera por doquier el venturoso sentimiento de que «al final todo acaba bien». La ciudad rebosaba de gente; a pesar de ello, todo el mundo estaba henchido de felicidad porque había sido sabiamente guiado por los consejos de los tenderos, los diarios y la BBC: esa felicidad, inocente y formal como un cuento infantil se podía sentir en cada copo de nieve y en cada nota del carillón del Ayuntamiento.

Me costó marcharme de Warley. Sentía como si me hubiesen echado de una fiesta justo antes de que se abriesen los regalos que había bajo el árbol. De hecho, llevaba el mes de diciembre entero saboreando ese tipo de sensaciones: había asistido a la fiesta navideña de los Intérpretes, había actuado como la parte trasera de un caballo en la función infantil y había besado a todas las chicas del Ayuntamiento tras el tradicional almuerzo con borrachera; pero sabía que de algún modo no formaba parte realmente de las festividades de Warley porque me marchaba antes de que los preparativos estuviesen listos, antes de que llegara el momento de trinchar el pavo y saborear el pastel de especias, el vino y el whisky, cuando todas las puertas de la ciudad estarían abiertas de par en par y el rango de uno carecería de importancia. No es que yo creyese que tal cosa fuera posible, pero en Warley al menos se podía soñar con ello.

En Dufton, sin embargo, donde la nieve parecía volverse negra antes de tocar el suelo, no había sueños que se hiciesen realidad. La Navidad en Dufton siempre parecía un poco avergonzada de sí misma, como si fuera plenamente consciente de que no era más que un absurdo derroche de dinero; Dufton y Alegría no eran conceptos que conjugaran bien. La casa de Oak Crescent era pequeña, oscura, apestosa y estaba atestada; no es que no me preocupase por Tía Emily y su familia, pero en las actuales circunstancias me sentía mucho más a gusto en la Cumbre, y ahora, casi odiándome por ello, me di cuenta de que veía a mis tíos como a extraños. Eran buenos, amables y generosos, pero habían dejado de ser personas de mi clase.

Algo de esto le conté a Charles al día siguiente de Navidad. Estábamos en el Siege Gun, a la salida de la ciudad. El Siege Gun era nuestro lugar de encuentro favorito; se levantaba en lo alto de una pequeña colina desde la que dominaba una vista de parcelas silvestres y pequeños senderos. Estaba a media hora de camino de Oak Crescent, y por alguna razón era el único pub respetable de Dufton. No es que los otros fueran exactamente indignos, pero incluso en sus salas más exclusivas era relativamente fácil ver acodados a tipos sudorosos y con monos de trabajo. El

propietario del Siege Gun, un viejo y amargado militar retirado, echaba a la calle a cualquiera que entrase a su Sala Principal sin cuello y corbata. En consecuencia, su pub era el único lugar de Dufton en donde te podías encontrar a la capa superior de la ciudad tal y como era. Había pasado algunas noches bastante buenas en el Siege Gun, pero aquel día, mientras observaba a mi alrededor a la hora del almuerzo, me di cuenta de que ya no habría más. Aquel lugar era demasiado pequeño, demasiado cutre, demasiado obrero; cuatro meses en Warley habían orientado mi gusto tanto por los albergues de carretera como por el auténtico pub campestre.

—No podría soportar Dufton estando sobrio —dije a Charles.

—Muy cierto —respondió—. Estaré contento de veras cuando por fin me marche a Londres.

Yo sabía ya desde hacía un mes que Charles había conseguido un trabajo en la capital, pero cuando le escuché hablar tan a la ligera de marcharse me sentí solo y perdido; de algún modo deseaba que se quedase para siempre en Dufton. Así, supongo, al menos podría seguir dependiendo de mi ciudad natal a la hora de buscar compañía. La única virtud de Dufton es que nunca cambiaba; y para mí, Charles era parte integrante de Dufton. Ahora que él se iba, era como si se disparase definitivamente el resorte que completaría el viaje de la ciudad hacia la muerte.

—Tú, cerdo mongol de ojos rasgados —dije—. ¿Para qué diablos quieres marcharte? ¿Con quién podré hablar ahora cuando vuelva a casa los fines de semana?

Charles sacó un mugriento pañuelo e hizo como si se secase los ojos.

—Tus bellas palabras acerca de nuestra amistad me conmueven de forma inexpresable. Pero no puedo quedarme en Dufton ni siquiera por complacerte. ¿Sabes que cuando llegué a este pub no tuve ni que pedir? Me pusieron sin más una pinta de cerveza. Y si vengo con alguien más les hago una seña y asiento dos veces con la cabeza si la prefiero amarga. Me empiezo a encariñar demasiado con estas costumbres... Venir aquí es la única manera rápida que conozco de salir de esta apestosa ciudad.

Miró su pinta con una expresión de cómica glotonería en su rechoncha cara extrañamente angelical.

—Querida, querida cerveza rubia —dijo—. El sostén principal del Norte Industrial, el baluarte de la Constitución Británica. Si los pubs de Dufton cerrasen tan solo por un día, no quedaría ni una virgen ni una ventana sin romper para las diez.

—No quedan muchas ahora mismo —dije yo.

—Hago lo que puedo —dijo él—. ¿Por cierto, qué tal va tu vida sexual?

—Satisfactoria. Me veo con Alice todas las semanas.

—Hace un poquito de frío para eso —dijo.

—Una amiga le presta un apartamento en Leddersford.

—Ten cuidado, compadre.

—No es nada posesiva. No es esa clase de asunto...

¿Aunque de qué clase era exactamente? Recuerdo una vez que la vi, a través de

los ojos semicerrados, coger mi camisa de al lado de la cama y besarla. Cuando se dio cuenta de que la miraba se ruborizó y se marchó. Yo sentí que también me sonrojaba.

—Es perfecto —dije con firmeza—. Es maravillosa en la cama, y no quiere ninguna otra cosa de mí.

—Ya querrá.

—Alice no.

—Sigue creyendo eso y no pasará mucho tiempo antes de que vea tu nombre en los diarios de sucesos.

—Bah —contesté—. Se trata de una simple y honrada transacción. Solo lo hacemos por salvaguardar nuestra salud, eso es todo. Además, me ayuda a mantenerme puro para Susan.

—No me has hablado mucho sobre ella últimamente. ¿El encanto Lampton ha dejado de funcionar?

—Hemos salido una media docena de veces. Al teatro, al cine y a un baile de cinco pavos. Todo de lo más fino. Esa chica me cuesta una barbaridad de dinero: flores, bombones y todo lo demás. Y no obtengo nada a cambio.

—Viejo cerdo tacaño.

—Di lo quieras, ella piensa que soy maravilloso. Como un hermano mayor. Yo sigo haciéndole cumplidos y la trato con gran respeto, etcétera, etcétera. No es totalmente en vano; supongo que Wales la da por conquistada, el muy cretino.

—Los papis de ambos lo habrán arreglado todo —dijo Charles—. No veo por qué él habría de retirarse. Que me aspen si yo lo hiciera. No tienes la más mínima posibilidad, francamente. A menos que te comportes realmente mal, ya sabes a qué me refiero.

—Veo lo que quieres decir, pero es más fácil decirlo que hacerlo. Ella no quiere que hagamos el amor; yo siempre noto cuando quieren.

—Puede que estés insistiendo demasiado. ¿Por qué no la dejas en paz durante dos meses o así? No riñas con ella, no le des a entender tus intenciones. Simplemente deja de verla. Si está interesada en ti, se ofenderá un poco. O se preguntará qué tiene ella de malo. Recuerda, se ha acostumbrado a verte, pobre zorra. Pero —me dijo meneando el dedo— no le digas ni una palabra a nadie. Si te la encuentras, compórtate como si nada hubiera sucedido. —Su cara parecía muy roja sobre el tieso cuello blanco de su camisa; había una intencionalidad de jugador de ajedrez en sus ojos azul claro—. Sería muy interesante. Haga un informe posterior con todos los detalles, sargento, si es que sobrevive.

—Puede que no le importe nada si la veo o no —dije—. Probablemente ni siquiera notará que he desaparecido.

—En ese caso no habrás perdido nada. Y habrás salvado tu orgullo.

—Tengo miedo de perderla —respondí—. Estoy enamorado de ella.

Dejó escapar un bufido.

—¡Enamorado de ella! ¡Tonterías! *Enconado* con ella. Y con la cuenta bancaria

de Papi. ¡Te conozco, canalla! Haz lo que te aconseja el Tío Charles, y todo será coser y cantar.

—Puede que lo intente —dije—. ¿Otra cerveza?

—Espera —susurró Charles mientras aparecía a través de la puerta un hombre joven con un abrigo Crombie—. ¡El Zombi Centelleante invita a cualquiera! Después de todo fuimos con él a la escuela.

Saludó al recién llegado.

—Acércate, Cyril. —Me hizo un guiño—. Por Júpiter, viejo, me alegro de verte. ¿Qué vas a tomar? —Estaba usando su acento de Capitán y yo le observaba entretenido. Lo había adquirido durante la guerra. Lo aprendió en solo diez días tras haber visto cómo un joven subteniente *cockney* se había suicidado debido a los sarcásticos insultos de los que hablaban un inglés correcto. Le salía bastante bien; el Zombi Centelleante, un alma simple cuyo padre había sido un barrendero municipal antes de la guerra, estaba, como siempre, impresionado y halagado.

—Déjame a mí, Charlie —dijo rápidamente—. Solo un trago, ¿eh?

Volví a casa de Tía Emily ligeramente tambaleante.

—Hola, cariño —dijo ella cuando entré—. ¿Has estado con Charles?

—Hablando sobre los viejos tiempos —respondí—. Vamos a salir esta noche. Cenaré en su casa.

—¿Dónde vais a ir?

—Todavía no lo sé.

—Conociendo a Charles, no será muy lejos de donde haya una botella.

Estaba sentada junto al fuego con las manos cruzadas. En la sala principal reinaba la oscuridad; el fuego ardía con una especie de brillo contenido, reflejándose de forma agradable en los muebles sin rasguños. Un débil olor a cigarros puros, a vino y a chocolate aún flotaba en la habitación. Tía Emily se parecía mucho a mi madre; su cara tenía la misma elegancia esbelta y el mismo aire de energía contenida. Favorecidas por la cerveza, el whisky y la ligera tristeza de la sala principal, las lágrimas afloraron a mis ojos.

—¿Qué pasa, chico?

—Me hiciste pensar en mi madre.

Suspiró.

—Sí, la recuerdo bien de cuando era toda una joven moza. Solía llevar la casa después de que muriese Padre. Era muy apañada, así era tu madre. Tu abuela quedó con el corazón destrozado cuando tu abuelo murió en pleno tajo en la fábrica. Fue durante la primera guerra, esa condenada guerra; ellos se estaban haciendo de oro entonces, pero tu abuela ni siquiera recibió un mísero penique como compensación. Esa misma gente se arruinó en 1930. El viejo amo se descerrajó un tiro.

—Bien —dije.

—Pues no estuvo tan bien para los que perdieron su trabajo. —Me miró severamente—. Piensa en lo afortunado que eres, Joe. El Ayuntamiento no puede irse

a la quiebra. Nunca pasarás hambre. Ni tendrás que racanear ni pasar apuros ahorrando para la vejez.

—Las fábricas no van tan mal ahora —dije—. No hay nadie sin trabajo. ¡Maldita sea, algunos operarios ganan más que yo!

—Ajá —dijo—, pueden conseguir diez o doce libras si trabajan cincuenta y sesenta horas a la semana. Eso sí, tienen que apechugar y aguantar todo el calor, el estrépito y la mugre. Pero ¿hasta cuándo lo harán?

Se levantó.

—Haré un poco de té —dijo—. Tu tío se ha echado un rato arriba y los chicos andan jugando fuera. —Me hizo un guiño—. Así que estamos tú y yo solos. Tomaremos una buena taza de té. He ido reservando un poco para cuando vinieras a casa de vuelta.

Movido por un impulso afectivo, la besé en la mejilla.

—Ponme azúcar hasta que se sostenga la cuchara, cielo —dije—. Y quiero un tazón grande. —La besé en la otra mejilla—. Eres muy buena conmigo, Tita —dije.

—Es la cerveza la que te pone tan sensiblero —dijo ella, pero por su caminar elástico mientras salía, pude comprobar que estaba complacida.

Cuando volvió con el té le ofrecí un cigarrillo. Para mi sorpresa lo aceptó.

—Soy un demonio, ¿verdad? —dijo, mientras resoplaba el humo de forma inexperta.

El té era a la vez áspero y dulce; le había puesto algo de ron.

—Esta es la primera taza de té bien hecha que he tomado desde que me fui de casa —dije.

—Ya es hora de que tengas tu propia casa.

—Aún soy demasiado joven —respondí débilmente.

—Eres suficientemente mayor. Lo suficiente como para perseguir a todas las mozas que se te pongan a tiro, lo sé.

—Nadie me querría, Tita. No soy lo bastante rico.

—Bobadas. No eres feo y tienes un buen empleo fijo. Y no eres tímido, de hecho eres un caradura. No intentes decirme a *mí* que no puedes conseguir una moza, Joe Lampton, porque no te creo. ¿No has conocido a nadie en ese teatro del que tanto nos hablas en tus cartas?

No había manera; nunca pude resistirme por mucho tiempo a sus interrogatorios. (Pienso que tal vez inconscientemente me dirigía a mi madre a través de ella todas las veces que respondí a preguntas perfectamente razonables con gruñidos groseros o estudiadas vaguedades.)

—Hay una chica que se llama Susan Brown —dije—. He salido con ella unas pocas veces. Es bastante atractiva.

—¿Quién es?

—Su padre tiene una fábrica cerca de Leddersford. Está en el Consejo Municipal de Warley.

Me miró con una curiosidad apenada.

—El dinero se casa con el dinero, muchacho. Ten cuidado de que no te rompa el corazón. Aunque, ¿es buena moza?

—Es adorable —dije—. No solo adorablemente guapa; es dulce e inocente y buena.

—Apuesto a que no trabaja para ganarse la vida, o si lo hace será para pagarse sus caprichos. ¿Qué bien puede hacerte una chica así? Búscate a una de tu misma clase, muchacho, ve con tu propia gente.

Me serví otra taza de té. Ya no me gustaba su sabor: estaba demasiado fuerte, pesado y acre, como el esparto viejo.

—Si la quiero, la tendré.

—Me pregunto si realmente estás encariñado con ella —dijo con tristeza Tía Emily.

—La quiero. Voy a casarme con ella. —Pero noté que la vergüenza afloraba a mi cara mientras decía esas palabras.

Aquella tarde pasé por mi antigua casa de camino al Siege Gun. La nieve de Nochebuena ya se había fundido y hacía fresco, con una humedad que aumentaba la sensación de frío; era como estar encerrado en un sótano abandonado. Me detuve un momento junto al solar en el que había estado nuestra casa; no tenía deseos de revivir viejos recuerdos pero repentinamente, de forma espontánea, los sucesos de aquella mañana de 1941 —la Mañana Fatal, la Mañana de la Muerte— se rebobinaron como en una película.

Fue el olor lo que más me entristeció. No había ahora más que un ligero tufillo a humedad, pero en la Mañana Fatal el olor era asfixiantemente fuerte: olor a bombardeo, a escayola húmeda y huesos pulverizados. Yo lo había aceptado como parte de la atmósfera de Londres y sus condados limítrofes, pero allí en Dufton era tan incongruente como si hubiera aparecido un tigre.

Ahora ya no había escombros ni cristales rotos; no había jirones ondeantes de papel de pared. Aquella mañana la acera había sido acordonada; entre los cascotes, intacto, estaba el espejo del cuarto de baño, que de algún modo había sobrevivido a la explosión y parecía centellear burlescamente bajo el sol de agosto. Por un momento quise creer que la bomba había caído en alguna otra casa, y que muy pronto estaría hablando de todo ello con mi madre. Todas las casas se parecían tanto, con sus puertas de roble rústico, sus cortinas con puntillas, las entradas pavimentadas de amarillo y las fachadas de ladrillo moteado de Accrington («mil años duradero»), que tenía sentido pensar que el Ayuntamiento se había equivocado. Llegados a este punto, la fachada de la casa se había desgajado tan limpiamente que era posible imaginar que se trataba de alguna broma macabra. ¿No habíamos estado a menudo de acuerdo Charles y yo en que los zombis tenían un curioso sentido del humor?

Y allí, observando la escena, estaba el grupo habitual de espectadores con su habitual expresión de nerviosismo inútil en la cara, *voyeurs* del desastre. No le dije

nada a ninguno porque los odiaba tanto que no podía siquiera hablar. Los desterré de mi mente porque si hubiese perdido el control solo les habría proporcionado un placer extra, un estimulante inesperado.

Pasé en cuclillas por debajo del cordón y entré a través del pórtico de la entrada, que se mantenía en pie con la puerta entreabierta. Podría haber pasado con igual facilidad por cualquier otro lugar en donde antes se levantara alguna pared; pero habría sido irrespetuoso, como dejar caer ceniza sobre un cadáver.

—¡Largo! —había dicho un hombre en mono de trabajo. Estaba de pie en la esquina más alejada del cuarto de estar con una pequeña libreta roja en la mano. Su casco de ARP<sup>[19]</sup> estaba echado hacia atrás y dejaba ver una mata de abundante pelo blanco. Llevaba pesadas gafas con montura de carey y lucía un tupido mostacho cano. Era menudo y de hombros cuadrados y permanecía erguido con los pies muy separados, como si el suelo se estuviera tambaleando—. ¡Que te largues! —repitió—. Esa pared pronto se vendrá abajo. Dios, ¿es que nunca antes habías visto una casa bombardeada?

—Yo vivía aquí.

—Oh, lo siento. —Se quitó las gafas y empezó a limpiarlas con un retazo de tela. Su cara se tornó frágil, oronda y civilizada—. Ha sido un suceso terrible. Terrible. —Miró los galones de mi guerrera—. Tendrás tu venganza —dijo. Volvió a ponerse las gafas, su rostro recobró la resolución—. ¡Sí! —dijo—. ¡Mandad a esos bastardos al infierno!

¿Había dicho realmente aquello o me lo había imaginado? Pero *había* usado aquellas palabras exactas; recuerdo cómo echó la barbilla hacia fuera y frunció el ceño, intentando parecer un cartel del Ministerio de Información. El fondo era ideal: la secadora había saltado a través de la ventana de la cocina, el fregadero de piedra estaba roto en dos, había un plomizo calcetín gris, zurcido por el talón, tirado debajo de un trozo de yeso y toda la vajilla, excepto una gruesa jarra de cerveza, estaba hecha pedazos, mezclada con fragmentos de mantequilla, azúcar, mermelada, pan, salchichas y sirope dorado.

Padre y Madre se acababan de ir a la cama cuando cayó la bomba. La sirena había sonado pero habría sido extraño que le hubiesen prestado siquiera atención. Dufton simplemente no merecía la pena ser bombardeada. Murieron instantáneamente; al menos, esa fue la frase que el Zombi Número Uno (con un aspecto inusualmente próspero, con un traje nuevo y una corbata de seda de Macclesfield) había utilizado, de pie junto al cajero del Ayuntamiento, junto al Zombi Eficiente, en el grupo de condolencia oficial. Incluso había whisky, servido con un aire de furtividad ceremonial. Mientras me bebía mi whisky me entraron ganas de echarme a reír porque de pronto me acordé del retrato que Charles pintaba del almacén de provisiones de licor del Consistorio: un enorme sótano repleto de licores raros y vinos añejos, custodiado por eunucos enormes empuñando cimitarras. Había sentido el impulso enfermizo de preguntarles si aún almacenaban las especialidades Zombis,



tales como «Sangre con Benedictine».

Mis pasos vacilantes me fueron adentrando en la desolación de lo que había sido el cuarto de estar. Con bastante calma ahora —mucho más de la que tuve aquella mañana de agosto— reconstruí la habitación en mi memoria. Me acordaba claramente de la cenefa color crema, de las rojas cortinas de terciopelo, de la gran fotografía de cuando yo era niño que colgaba sobre la repisa de la chimenea; pero no estaba bastante seguro sobre el lugar que ocupaba la mesa de comedor de roble. Cerré los ojos y apareció en mi campo de visión, junto a la pared más alejada, con tres sillas Windsor a su alrededor. Y había un sofá con la funda de tela azul; era importante recordarlo. Cuando los muelles empezaron a deteriorarse, mi padre trajo de un chatarrero el asiento de cuero de un coche. La funda del sofá estaba algo suelta, y cuando mis padres se marchaban yo solía quitarla y, sentándome en el lado derecho, conducía el Bentley Birkin o el Hiron del Santo durante horas a todo gas.

Las paredes habían sido decoradas con papel de un color entre el pardo claro y el naranja, alternado con listones que imitaban al roble. El papel se reducía ahora a unos pocos jirones, mientras que los paneles imitando a roble estaban hechos trizas por el polvo, el humo y la intemperie. Había un motivo con cuentas en relieve. Encendí una cerilla y la sostuve cerca de la pared; todavía se podía ver alguna de las pequeñas marcas que quedaban donde de niño había sacado las cuentas con mis uñas. Sentí una culpa aguda por el recuerdo: la casa debería haber estado indemne de todas aquellas humillaciones menores.

La chimenea sobrevivió intacta al bombazo; los dos ladrillos sueltos del lado izquierdo seguían sobresaliendo como dientes mal alineados. Siempre me habían disgustado, pero en la Mañana de la Muerte me parecieron insoportablemente patéticos. Y la manivela del tiro sobre la chimenea —una mano cromada aferrando una vara— que me atemorizaba en mis sueños, parecía no causarme ya ningún miedo, sino estar perdida y doliente como una chiquillada enfermiza.

Todos fueron muy amables y hubo una afluencia constante de visitas a casa de Tía Emily. Cada una de las organizaciones de la ciudad ofreció una insistente lluvia de donaciones, e incluso se habló de abrir alguna clase de fondo para mí. La verdad era que toda la elaborada maquinaria destinada a aliviar a las víctimas de los bombardeos había estado inactiva hasta que murieron Padre y Madre, así que se volcó de manera entusiasta conmigo, como un elefante que se dispusiera a levantar un cacahuete. De algún modo, me gustaba bastante ser el foco de atención, sentirme calentito entre los acogedores pechos de la simpatía comunal.

Un viento perezoso descendió arrastrándose desde los Peninos, frío, húmedo y malintencionado, tratando de hallar un hueco en mis defensas. Se retiró derrotado por el alcohol, la carne, la gruesa lana de mi abrigo y la suave cachemira de mi bufanda: ya no tenía ningún poder sobre mí ahora, solo mataba a los pobres y a los débiles. Miré el pequeño espacio que una vez había sido mi casa; había recorrido un largo camino desde 1941.

Tal vez demasiado largo. Pensé en mi padre. Era un buen hombre, trabajador; demasiado buen trabajador para ser despedido y demasiado conocido por sus convicciones laboristas como para ser ascendido. Me refirió todo esto sin una sola pizca de amargura; de hecho, detecté una nota de orgullo en su voz grave y pausada mientras me lo contaba.

—Si me hubiera unido al Club Conservador, muchacho, estaría yendo a trabajar en mi propio coche...

A la edad de quince años yo no compartía el orgullo de mi padre, pues el hipotético coche que él rechazaba de forma tan altruista era demasiado real para mí. Así que en lugar de la mirada de aprobación que esperaba, recibió tan solo una mirada feroz y hosca.

Mi madre sabía lo que yo tenía en mente.

—Nunca te ha faltado de nada, Joseph. —Siempre me llamaba por mi nombre completo cuando quería leerme la cartilla—. Tu padre se dejaría morir de hambre antes que venderse por un puñado de plata. —Esta era una de sus frases favoritas y el uso que hacía de ella, no sé por qué, siempre me avergonzaba intensamente—. Pero él nunca mira por sí mismo. Yo lo sabía cuando me casé con él. Pude haber tenido al típico gordo con automóvil, pero yo quería algo mejor que eso.

Sonrió a mi padre; interceptando aquella sonrisa, me sentí excluido, desconcertado, pueril. Mi padre estaba sentado en la butaca a la izquierda de la chimenea, fumando su pipa y escuchando, de entre todo lo posible, *The Stately Homes of England* de Noël Coward. Estaba tan relajado como el gato gris que había dormido junto al fuego con la cabeza apoyada sobre mis pies. Hasta ahí llegaba la semejanza de la imagen; no había nada ni remotamente felino en mi padre. Tenía una cara como la de un industrial Victoriano, pesada, firme y con arrugas profundas; daba una impresión de voluntad severa. Era, de hecho, un hombre muy guapo; sus facciones eran regulares, su pelo espeso y brillante, y sus dientes —raro en Dufton— eran blancos y uniformes. Era de un atractivo obsoleto, una especie de mezcla de Charles Hawtrey<sup>[20]</sup>, ron de caña, y *Sweet Adeline*<sup>[21]</sup> sólida, masculina y saludable. Madre tenía la cara delgada y vivaracha, nada caballuna. Nunca estaba quieta y rara vez callaba. Tenía una complexión fresca y sana y ojos azul claro; a los treinta y ocho ya estaba encaneciendo pero el efecto, paradójicamente, la hacía parecer más joven, como si solo pretendiese parecer mayor.

Padre se levantó. Lo hizo muy rápida y tranquilamente. Era un hombre grande (uno ochenta de alto y más de noventa kilos) pero no tenía la pesada torpeza de la mayoría de los hombres grandes. Más bien se movía como un toro joven, aunque sin su aire de ciega amenaza.

—Salgo a tomarme una pinta, querida —dijo él. Me revolvió el pelo al pasar—. Escucha lo que te digo, Joe: hay algunas cosas que no se pueden comprar con dinero.

Entonces recordé la bomba, y toda la escena se disolvió. Era como si mi mente estuviese dividida en compartimentos estancos. Tras las puertas de este

compartimento concreto, incluso seis años después, había cosas que seguía sin poder afrontar. Ya era bastante malo cuando estas cosas les pasaban a extraños; recuerdo el barracón de las WAAF en mi primer puesto tras un ataque directo. Lo soporté mejor de lo que esperaba, pensando en ello simplemente como en un desbarajuste que había que solucionar, incluso después de haber visto a aquella chica rubia de Doncaster con los dos ojos cayéndole por las mejillas. Pero lo que me puso realmente enfermo fue pisar un trozo de carne que se retorció bajo mi pie como si fuera un ratón. La invasión del matadero, el crudo horror físico transformándose de pronto en algo indiscutible de la situación... No podía relacionarlo con Padre y Madre, rechazaba aceptarlo.

Le di la espalda a la casa y me alejé de allí caminando a buen paso. Había sido una equivocación dejarme caer por allí. Los compartimentos estancos no funcionaban; imágenes de dolor y de angustia, recuerdos de cosas que había visto durante la guerra y que habría hecho mejor en olvidar, ascendieron a la superficie de mi mente. Mientras estuve caminando se mantuvieron mezclados y caóticos, como libros y películas acumulados de forma imprecisa; una vez que me detuve se organizaron de forma insoportable. Si caminaba rápido podía saturar mi mente con la velocidad de mi propio movimiento, con la tienda de comestibles, con sus cristales escarchados y el árbol de Navidad, con los trajes de los hombres y las horribles corbatas americanas, con el Internado y su recreo de cruel asfalto. Entonces dejé de intentarlo. Era inútil. Aquí a la izquierda se elevaba la enorme mole de las Fábricas de los Torver donde Padre había trabajado durante veinte años; ahí estaba el Wellington, su local, y allí la verdulería en la que compraba pasas moscatel para nuestro paseo de los domingos: dondequiera que mirase me asaltaban los recuerdos, como un recordatorio de la muerte misma.

¿Por qué no lo había notado antes? Porque Warley me había mostrado una nueva forma de vivir; por primera vez vivía en un lugar sin recuerdos. En los tres meses que llevaba allí, formaba parte en mayor medida de la ciudad y estaba más involucrado en su vida cotidiana de lo que nunca lo había estado en mi ciudad natal. Y ni siquiera durante tres días podía resistir mi antigua y fría habitación con su espantoso empapelado, la vista de las chimeneas de las fábricas y los muladares, el baño con su esmalte descascarillado y las mantas rasposas (mis tíos eran generosos y amables y nada egoístas, solo entendían el lenguaje de la generosidad, pero ninguna virtud podía sustituir la fresca suavidad del lino, la resplandeciente limpieza de un auténtico cuarto de baño, la vista de Warley Moor al amanecer y los paseos tranquilos a lo largo de St. Clair Road pasadas las casas caras).

—Difunto Dufton —murmuré para mí mismo—. Sucio Dufton, Inhóspito Dufton, Despreciable Dufton. —Entonces me detuve. Estaba muy tranquilo. Había luces en las ventanas pero parecían puestas como señuelos (síguelas y caerás por el precipicio, yendo a parar a la cueva de la bruja para trabajar en las fábricas por siempre). Había colillas, cáscaras de naranja y envoltorios de caramelos en los desagües, pero ningún

ser viviente había fumado esos cigarrillos o comido aquellos caramelos. La ciudad me recordaba a aquellas historias de detectives con forma de dossier que solían venderse junto con las pistas: colillas de cigarrillos, pastillas envenenadas, horquillas... Caminé sobre el puente suspendido; bajo mis pies, el río corría más rápido de lo habitual, crecido por la nieve derretida y agobiado por el viento del noreste; el puente se balanceaba y crujía bajo mis pies, y de repente sentí miedo de que pudiera arrojarme deliberadamente a las aguas como un caballo desbocado; me vi forzado a caminar despacio, pero noté cómo el sudor me goteaba por una ceja.

Alice me agarró por el pelo.

—Tienes un cuerpo bonito, ¿lo sabías? Velludo, pero no demasiado. No podría soportar un felpudo andante.

Me sentí como si me estuviera asfixiando.

—Dios, eres adorable. Eres... No sé qué decir, eres tan guapa.

—¿Quién? ¿Una mujer mayor como yo?

—No eres mayor.

—Oh, sí que lo soy, cielo. Mucho mayor que tú.

—Ojalá no me hablastes como si fuera un mozalbete —dije algo irritado—. Tengo veinticinco años, y ya he tenido muchas experiencias.

—Estoy segura de que sí. —Sus ojos azul oscuro tenían una mirada tierna y risueña. Atrajo mi cabeza hacia sus pechos—. Ea, ea, mi bebé. Eres muy mayor y muy maduro y vas a ser un gran hombre.

No podía ver otra cosa que su cuerpo, respirar nada más que el picante olor de lavanda y el indescriptible, infinitamente maravilloso olor de su carne de mujer. Apreté mi cara con firmeza contra ella; sus delgadas manos me acariciaban convulsivamente la cabeza.

—¡Oh Dios! —dijo—. Eres tan bueno. Eres muy bueno conmigo. Eres muy amable. Nunca nadie había sido tan bueno conmigo. ¡Ahora estoy viva, estoy viva entera! Estoy sintiendo cosas que había olvidado, mis nervios se están regenerando. A veces duele... No me importa.

Me cubrió de besos la cara. Los besos me hicieron más efecto de lo que me habría hecho el beso más prolongado en los labios. No eran preliminares, eran completos en sí mismos. Me besó tan húmedamente como una niña y eso me llenó de felicidad; estaba descubriendo que nunca antes había hecho el amor a una mujer realmente, que nunca había disfrutado verdaderamente del cuerpo de una mujer. El tipo de sexo al que estaba acostumbrado era un sexo en el que los seres humanos eran meros personajes de la pantalla —higiénicos, perfumados, sin sabores ni olores normales—, como si la carne fuese seda estirada sobre goma, como si los labios fuesen la única parte sensible del cuerpo, como si las secreciones naturales fuesen vergonzosas.

Alice no estaba más ansiosa de sexo real que los demás; pero estaba impudicamente enamorada, sin repugnancias, sin inhibiciones. Yo aprendía rápido en sus brazos: así que ahora que me hallaba bebiendo la humedad de sus labios, no quería que desapareciese, quería que se quedase, para que formase parte de mí.

—Bruto guapo —dijo, y arrojó las sábanas hacia un lado—. Bruto guapo sin complicaciones.

—No —dije—. Como dicen en las películas, solo soy un chico atolondrado y

confuso.

Pasó su mano delicadamente por mi pecho.

—Deberías haber sido peón caminero. Detesto pensar en ti vestido.

—Los peones no van por ahí desnudos. Si acaso, llevan mucha más ropa que los contables.

—Me gustaría que fueras uno igualmente. Te dejaría azotarme todos los sábados por la noche... Joe, ¿me dirías una cosa?

—¿El qué, cariño?

Me arrancó un pelo del pecho.

—Ya está, este me lo quedo de recuerdo. —Puso su cara contra mi pecho y se tumbó en silencio.

—Eso no era lo que querías preguntarme —dije—. Aparte de que me lo arrancaste sin preguntar.

—Es una pregunta rara. Todo suposiciones. Mira, suponiendo que me hubieras conocido antes de casarme, suponiendo que yo fuese diez años más joven: ¿cómo te sentirías respecto a mí?

—Eso es sencillo. Como ahora.

—No me refiero a eso. ¿Me habrías tomado en serio? —Su voz sonaba amortiguada contra mi pecho.

—Sí. Sabes que lo haría. Pero ¿qué sentido tiene?

—No te pongas práctico, Joe. No te hagas el sensato, por favor. Solo imagínate tal como era hace diez años. Y tal y como tú eres ahora.

Le miré los ojos. Podía ver mi rostro en sus pupilas, colorado, con el pelo despeinado.

—Se te está poniendo cara de bebé —dijo, casi con timidez—. Si sigues mirando el rato suficiente, acabarás viendo un bebé.

Tenía la misma sensación que cuando era un crío de diez años y veía a Tía Emily dándole el pecho a su hijo. Y era, también, como la sensación que tenía cuando interceptaba miradas y gestos de mis padres —el secreto, la mirada picara antes de ir a la cama, la mano en la rodilla—; en cierto modo era como si hubiese tropezado con algo más grande que yo mismo. Algo que era inflexiblemente real, algo que no podía evitar pero que sentía con vergüenza y que trataba de evitar. Había felicidad en el fondo, pero era una clase de felicidad que me asustaba.

—Entonces no tenía arrugas —dijo ella—. Y esto estaba firme. —Me puso la mano sobre sus pechos—. Todo estaba por ocurrir. A veces no podía dormir, preguntándome qué me sucedería; sabía que sería maravilloso, lo que quiera que fuese... No, eso era a los diecinueve años. Sí, imagínate con diecinueve. Esa es la mejor edad. Solía sentirme feliz, terriblemente feliz, porque sí, y no había motivos para ello. Y lloraba con facilidad, pero lo disfrutaba, y nunca se me pusieron los ojos rojos. ¿Me habrías tomado en serio, Joe?

—Probablemente serías tú la no me habría tomado en serio a mí.

—Habría sido lo suficientemente tonta como para eso... Entonces tenía una *carrera*. Acababa de graduarme en la escuela de teatro, un sitio fracasado con un viejo bufón fracasado al cargo, la mejor que mami podía costear. Era una barata escuela privada para señoritas, ya ves. Creo que mami esperaba que aprendiese a moverme, a hablar con propiedad y a adquirir una especie de barniz y un poco de glamour; y entonces engancharía a un joven rico y subsanaría la fortuna familiar.

—Yo no podría haber cumplido con sus expectativas en ningún caso. ¿Qué hay de Alice a los veinticinco?

—Oh, me quedé muy suave. Suave por el desgaste, creo. Llevaba en Londres tres años. Es un lugar infernal cuando eres pobre, y también había que mantener las apariencias.

Tuve algunos empleos horribles en mis ratos de descanso. Acomodadora de cine, dependienta de un bar de aperitivos; todo menos una vida vergonzosa. Pero aún era joven. Me quedaban montones y montones de energía.

—Aún la tienes.

—Sí, pero tengo que vivir a régimen para mantenerla. Entonces simplemente la tenía, hiciera lo que hiciese. ¿Te habría gustado yo entonces, habrías sido romántico conmigo?

—Hasta me podrías haber partido el corazón. ¿Cómo podría haberme resistido a una ambiciosa y joven actriz? Te prefiero tal y como eres ahora.

Salió de la cama.

—Voy a hacer un poco de café.

—Un té estaría mejor.

—Pobre Elspeth —dijo—. Ella nos deja su apartamento y nosotros le birlamos su precioso té.

—Le traeré más.

Arrugó la nariz y levantó las manos con las palmas hacia arriba; mientras la observaba, su cara parecía irse volviendo masculina y zorruna, y su nariz parecía alargarse.

—¿Tú también andas en el estraperlo, recaudador?

Comenzó a vestirse.

—Odio que tengas que vestirme —dije.

—Eso es muy amable de tu parte, pero soy demasiado mayor para ir por ahí desnuda. —Se deslizó dentro de su faja.

—Aunque me gusta mirarte mientras te vistes. —Con la combinación puesta, se acercó y me besó. Le acaricié la espalda; con la prenda de seda azul era una persona distinta, más menuda pero también menos vulnerable, más controlada. Era un poco difícil imaginarla como la misma persona que, hacía media hora escasa, había estado gimiendo en mis brazos en un estado extremo de placer casi indistinguible del dolor.

Se deshizo de mi abrazo con delicadeza y recogió su vestido. Fue a la cocina; oí el chispazo de una cerilla y el siseo del fogón. Me vestí rápidamente: estar solo y

desnudo me producía una extraña incomodidad. Encendí un cigarrillo, el primero en dos horas, e inhalé profundamente.

No era un apartamento grande; el bloque entero formaba parte de una de las mansiones en que una vez vivieran los señores de la lana de Leddersford. Esta habitación probablemente perteneció a alguno de los criados. Estaba amueblada de un modo vagamente teatral, con aire de clase media, pasado de moda. La gran cama estaba cubierta por una colcha color malva; había pufs, una mesa de cerezo barnizado y un montón excesivo de fotografías de actores y de actrices. La alfombra blanca era muy gruesa y las sillas doradas y de patas espigadas. Había una profusión de muñecas en el tocador; era un *boudoir* ligeramente sensual, exageradamente femenino. Me sentía algo fuera de lugar allí, como si hubiese entrado por error en la habitación equivocada.

Entré en el pequeño cubículo de la cocina. Alice miraba el hervidor y daba golpecitos impacientes con el pie.

—Nunca hervirá si haces eso —dije, y la agarré por la cintura. Se reclinó en mis brazos; puse mi cara contra la suya, aspirando su aroma. Era como si compartiésemos los mismos pulmones. Respirábamos lenta y profundamente; yo me sentía completamente seguro y arropado. El hervidor silbó; aquello tuvo el efecto de la sirena de la fábrica a las seis de la mañana. La dejé marchar con reticencia.

—Fíjate —dijo ella—. Tetera llamando a hervidor, el agua no debe llegar a hervir. La tetera está templada pero seca. Ahora dejar reposar durante tres minutos. Sincronicen sus relojes, señores. Ocho y veinte. ¿Roger?

—Roger —dije.

Su reloj era finísimo y de oro, con joyas en lugar de números.

—Al menos creo que son las ocho y veinte —dijo—. Será un reloj bonito, pero es difícil precisar la hora.

—Me gustaría comprarte algo así. —Me habría gustado pisotearlo. Entonces hice la reflexión de que, apropiándome de Alice, en algún sentido me había adueñado del valor de su reloj; pero ni siquiera ese pensamiento me consoló mucho. Ella no parecía haber oído lo que yo había dicho—. Cielo, llévate esto a la cocina. Tienes hambre, ¿verdad?

—Me comería cualquier cosa. Solían llamarme Tripas de Hierro.

—Es encantador. Desde ahora te llamaré Tripas de Hierro. Llévate también estos sándwiches, Tripas de Hierro. Y los encurtidos. Haremos una comida en condiciones. —Lanzó una risita como de colegiala y de pronto sus arrugas desaparecieron.

El pan estaba fresco y bien untado con mantequilla y los sándwiches eran de pollo frito, crujiente y tostado. Nos sentamos el uno junto al otro en un silencio confortable; ella me sonreía una y otra vez. Cuando terminamos de comer fue a la cocina a cortar más pan. Yo estaba sentado con los ojos medio cerrados, sorbiendo el fuerte té. De repente oí que me llamaba. Estaba de pie frente a la tabla de cortar el pan con el dedo índice goteando sangre.



—No es nada —dijo, pero tenía la cara blanca. La llevé al fregadero y le lavé el dedo con agua caliente. Me di cuenta de que sobre la pila había un botiquín, y tras hurgar un poco (Elspeth parecía estar usando el armarito como caja de maquillaje) encontré desinfectante y vendas. Serví una taza de té y la sostuve en sus labios.

—Quiero un cigarrillo —dijo.

—Bébetelo primero.

Se lo bebió, obediente. El color volvió a sus mejillas. Encendí un pitillo para ella y se recostó en mi hombro.

—Qué tonta fui al quedarme ahí parada. Fue la impresión, creo. Odio la sangre... Eres muy competente, ¿verdad, Joe?

—He puesto vendajes peores que ese.

—Joe, ¿has visto muchas cosas horribles? Me refiero, en la RAF.

—Solo lo normal. Pronto se olvida.

—Pareces tan joven. Salvo por tu boca. ¿Estás seguro de que has olvidado todo?

—A veces suceden cosas que hacen aflorar los recuerdos. Asoman la cabeza y gruñen, y entonces los empujas de vuelta a la jaula. ¿Por qué lo preguntas? ¿Temes que esté neurótico?

Me besó en la cara.

—Eres la persona menos neurótica que conozco. Solo es algo por lo que sentía curiosidad desde hace tiempo, pero hasta ahora no había conocido a nadie a quien pudiese preguntárselo. George no estuvo en Servicio. Tiene un tímpano perforado y no lo tuvieron en cuenta. —Me miró con un poco de enfado—. No fue culpa suya.

—No seré yo el que diga nada.

—Es todo tan seguro y civilizado y acogedor —continuó, casi como si estuviera soñando—. Todos esos hombres, tan bien educados y correctos y agradables. Pero ¿qué hay detrás de todo? Violencia y muerte. Han visto cosas que volverían loco a cualquiera. Y aun así no queda ni rastro. Todos tienen las manos manchadas de sangre, a eso se reduce... Todo es tan puñeteramente inestable... —Sentí su estremecimiento.

—No pienses en ello, amor —dije—. El mundo está lleno de violencia. Siempre lo ha estado. Probablemente en este mismo momento alguien está siendo asesinado a menos de diez millas de aquí.

—No me lo recuerdes —dijo ella.

—Las cosas son diferentes en tiempo de guerra. No te queda tiempo ni para asquearte. Hay demasiado que hacer. De todos modos no puedes ayudar a nadie haciéndote el sensible.

—Lo sé, lo sé —dijo ella con impaciencia—. Oh Dios, todo va tan rápido. No hay forma de parar el carrusel. Nunca te sientes segura. Cuando era joven solía sentirme a salvo; incluso cuando Padre y Madre peleaban, aun así eran amables conmigo. La casa era sólida también. Esos malditos barracones de cemento en los que vivo ahora... Es todo tan limpio y de líneas tan rectas que no me sorprendería nada si

echase a volar.

—Hablas demasiado —dije, y la atraje sobre mis rodillas—. Ahora calla, ni una palabra más. —Acaricié la piel suave de su antebrazo; cerró los ojos y se dejó caer en mis brazos.

—Puedes estar así toda la noche —dijo ella—. No te detendré. —Suspiró—. Eres un asiento adorable. Podría ponerme a ronronear como un gato.

La tersura de su brazo, su cálido peso sobre mi regazo; también yo podría haber estado haciéndolo toda la noche. Y podría haberla tomado de nuevo; pero el acto de amor se estaba transformando. No es que se volviera desagradable ni innecesario, sino solo uno más entre otros muchos placeres; placeres que dependían únicamente de ella.

Sonó el timbre de la puerta; tres llamadas cortas, una larga, tres cortas.

—Elsbeth —dije. Iba a levantarme pero Alice me retuvo.

—No seas tan burgués. —La estreché más fuerte entre mis brazos. La cara de Elspeth asomó por la puerta con una sonrisa pícaro que le habría ido mejor en los días en que estaba de gira con *Un poquito de confusión*. Entró en la habitación bailando, más que caminando, con la falda haciendo vuelo a su alrededor. Junto a ella entró un fuerte olor a Phul-Nana.

—Hola, queridos —dijo con su voz ronca y pastosa—. Espero no haberos molestado. Intento ser discreta, pero tenía que entrar. Hace frío fuera.

—Te prepararé algo de té —dijo Alice, y se marchó a la cocina.

Elsbeth se dejó caer en la butaca.

—¡Vaya! Menuda tarde he tenido. No basta con producir la obra, tienes que enseñarles a actuar. En serio, chicos. Son incapaces de comprender la cosa más simple. No sé para qué me metí en esto del teatro, de veras no lo sé. —Hizo una pirueta en dirección al piano y comenzó a cantar *Don't Put your Daughter on the Stage, Mrs. Worthington*. Su ronca voz todavía sonaba potente y plena.

Cuando terminó hizo girar el taburete del piano dando vueltas y se quedó sentada mirando hacia mí, con las manos cogidas por delante.

—No es más que un rollo de cabaret —dijo—. De algún modo, le falta cuerpo...

—Si vas a darnos un concierto, deberías comer algo —se oyó gritar a Alice desde la cocina.

—Estupendo, cariño —dijo Elspeth. Bajó la voz—. Eres un hombre muy afortunado, Joe. Alice es un ángel, un auténtico ángel. Tiene un corazón de oro. — Sus redondos ojos negros me miraban con determinación. En su vieja cara cubierta por el maquillaje parecían llamativamente juveniles. Estaba sentada con las piernas ligeramente separadas y la falda se le había doblado por encima de las rodillas; aparté los ojos, sintiéndome un poco asqueado. Sus piernas también correspondían a las de una mujer mucho más joven: cortando desde la cintura, pura pornografía. No importaba cómo fuese su falda: en Elspeth siempre daba la impresión de que era inadecuada.

La estiró hacia sus rodillas.

—Siempre me olvido —dijo. Me sonrió con la cabeza un poco ladeada—. Si hubieras visto tanto de mí en tiempos, no te habrías quedado sentado mucho rato en esa silla.

—Apuesto a que no.

Me lanzó un beso.

—Ah, no culpo a Alice. Eres la clase de hombre que a mí me gusta, grande y macizo. Hay demasiados maricas sueltos por ahí hoy en día. Durante un tiempo conocí a un montón de hombres grandes; ahora están todos muertos y las flacuchas como yo vivimos de... —Su cara de foto de postal, con esos bucles teñidos de rojo y la nariz y la barbilla de Lily Langtry, resultaba tan triste como la de un mono enfermo—. Es como si cuanto más grandes y más fuertes son, más se ceban las enfermedades en ellos. Recuerdo la noche que murió Laird. «No puedo respirar», dijo, y empezó a soltarse el cuello de la camisa. Entonces cayó tieso hacia delante. Dios mío, el vestidor tembló. Lo levantamos y ya estaba muerto. Treinta y cinco años, con toda la vida por delante. Da que pensar, ¿no? —Encendió uno de sus cigarrillos turcos; el dulce, punzante y arcaico olor (que me recordaba a *The Bing Boys*<sup>[22]</sup>, a Romano's y a Drury Lane) llenaba la habitación como si fuera incienso—. Estaba hecho para que me escapase con él —dijo ella—. A veces desearía haberlo hecho. Mi marido no era muy bueno ni siquiera entonces. Yo era demasiado independiente y él quería que fuera solo suya. Era un demonio cuando estaba bebido. También era un hombre grande y fuerte. Nunca he podido resistirme a los hombres fuertes y grandes... ¿Amas a Alice?

—Sí —contesté sin pensar; la pregunta fue tan brusca que me pilló por sorpresa.

—Pensé que lo dirías —dijo ella con calma—. Vi la forma en que se sienta a tu lado. Ella aún no lo sabe. —Puso su mano sobre la mía—. No le hagas daño, Joe. No la hieras.

Tuve una sensación como si un agua negra se cerrara sobre mi cabeza. La habitación parecía haberse vaciado de aire, era un lugar excesivamente perfumado, de algún modo decadente; la ajada cara de determinación que tenía delante era la de una vieja bruja. De pronto me había despertado y me descubrí a mí mismo convertido en un viejo, y la veía a ella riéndose de mí, transformada de nuevo en una chica, saludable y rolliza con mi juventud robada.

Empezó a hablar de los viejos tiempos en el Daly's Theatre; apenas si escuché porque repentinamente quería estar fuera de la habitación, caminar por los páramos, sentir el viento y la lluvia sobre mi cara.

Cuando Alice entró con la bandeja de la cena la vi por un momento como el mismo tipo de persona que Elspeth: una habitante de un mundo cerrado, anticuado, arruinada como el maquillaje corrido. La ternura que había sentido hacia ella un momento antes se evaporó; parecía imposible que hubiese abrazado su cuerpo desnudo, que toda la velada no hubiese sido más que un ensayo para alguna picante

farsa de alcoba, una aburrida rutina del color dorado descolorido y lujoso de un teatro provinciano.

El salón del bar del Hotel Western, justo delante del Ayuntamiento, es un lugar destacable por sí mismo. Es el que mejor decoración tiene: bancos acolchados, una gruesa alfombra gris, mesas de cristal, sillas de mimbre, fotos de equipos locales de cricket y de fútbol y un papel de pared en un suave naranja velado y gris que resulta, si es que te importan esa clase de cosas, un placer para la vista. Es solo para hombres; las otras estancias, incluida la sala, están bastante descuidadas, con mesas de patas de hierro, bancos duros y sillas Windsor. En consecuencia, su pub es frecuentado por sólidos hombres de negocios y altos funcionarios del Ayuntamiento, a los que les gusta beber sin mujeres que considerarían desagradable el serrín y las escupideras de la sala donde se sirve cerveza de barril. El Western siempre ha sido el lugar de reunión de la Velada Masculina de la Asociación Nacional de Funcionarios de Gobiernos Locales en Warley, la fiesta anual del Ayuntamiento. La costumbre es quedar en el bar, tomar un par de pintas, cenar en el piso superior, tomar dos pintas más y después volver al Salón del Bar para beber algo más fuerte. Una regla no escrita de la Velada Masculina es la obligación de mezclarse con miembros de otros departamentos; aquella tarde, recuerdo, me dediqué a hablar casi todo el rato con Reggie, de la Biblioteca.

Había seguido el consejo de Charles y había evitado ver a Susan desde Navidad. No tenía muchas esperanzas de que su plan funcionase; de hecho, casi estaba decidido a renunciar a ella. Pero esa tarde, probablemente como resultado de las cuatro pintas que llevaba encima y de los extraños sentimientos que había desarrollado hacia Alice la noche anterior en el apartamento de Elspeth, comencé a fantasear con ella. Lo hice concienzudamente. Recibía una carta de Susan en la que me invitaba a una fiesta y me preguntaba de forma lastimera si es que había hecho algo que me hubiese ofendido. O, mejor todavía, sonaba el timbre de la puerta en una borrascosa tarde húmeda, y en el umbral aparecía su cara sonrosada por el viento; tal vez diría que en realidad venía a ver a los Thompson por algún asunto de los Intérpretes, o tal vez simplemente diría: «*Tenía* que venir, Joe. Pensarás que soy una desvergonzada pero...»; yo la besaría y no habría necesidad de hablar: nos quedaríamos allí de pie escuchando la lluvia, empapándonos juntos de felicidad, y entonces saldríamos disparados hacia Sparrow Hill. «Me encanta pasear contigo bajo la lluvia», diría ella, y caminaríamos y caminaríamos, con el buen aire fresco y limpio llenando nuestros pulmones, y seguiríamos caminando para siempre jamás; el cuento de hadas hecho realidad...

Pero eso no sucedió, naturalmente. En cambio estaba allí, sentado en el Salón del Bar junto a Reggie tras la copiosa cena, sintiéndome agradablemente repleto de comida y de cerveza pero no tan lleno como para que no hubiese sitio para unas

pocas pintas más. Acababa de contarle a Reggie un chiste verde, del tipo que solo se puede contar en las despedidas de soltero.

—Es lo más *asqueroso* que he oído en mi vida —dijo con admiración—. ¿De dónde demonios los sacas, Joe? Eso me recuerda algo. Me encontré con Susan el otro día.

—¿Susan Brown? —Mantuve deliberadamente un tono neutro.

—Tuvimos una pequeña charla íntima. La invité a un café en Riley's. Después de todo, si *tú* no vas a cuidar de la chica, alguien tiene que hacerlo. Hablamos de ti la mayor parte del tiempo.

—No pudiste elegir un tema mejor.

—No lo creas, viejo. Traté de resaltar mis propios méritos de una manera discreta pero todo era Joe Lampton. «¿A qué Joe es apuesto, a que es inteligente, a que estuvo maravilloso en *The Farm*...? Acabé harto.

—Bromeas.

—Ojalá lo hiciese. Ya hace tiempo que no la ves, ¿verdad?

Apuré mi pinta de un trago.

—¿Otra? —Intenté borrar la sonrisa triunfal de mi cara.

—No tengo tu monumental aguante —dijo—. Solo media, por favor.

Hice una seña al camarero para que se acercase. Hoylake llegó en ese momento, pulcro y radiante. Se acomodó en el asiento vacío junto a nosotros y aproximó su jeta.

—No interrumpo, ¿verdad, chicos?

—En absoluto —dije—. ¿Le apetece tomar un trago, señor Hoylake?

—Tómame uno conmigo, Joe. Y tú también, Reggie. Solo me he dejado caer cinco minutos. Debo estimular las actividades de la Asociación, aunque prefiero los eventos mixtos. Los actos sociales solo para hombres rara vez me han atraído. Espero que no estuvieseis hablando de negocios. Detesto hablar de negocios.

Se hizo un pequeño silencio en la sala; pero no duró mucho. No era la clase de jefe que paralizara la conversación aunque tampoco es que yo estuviera convencido de que fuera alguien lo que se dice campechano. Estuvo muy bien que nos llamase Reggie y Joe pero, reflexioné, a él no le habría gustado que le hubiésemos llamado Fred.

—Hablabamos de una joven dama —dijo Reggie.

—Bien, bien —dijo Hoylake. Miró por encima de sus gafas con severidad burlona—. ¿No estaríais hablando de ella a la ligera, espero?

—Hablabamos muy en serio sobre ella —dijo Reggie—. Ambos rivalizamos mortalmente por su afecto. Estamos considerando un duelo en Snow Park.

—¡Qué vidas más agitadas llevan mis colegas! —dijo Hoylake. Levantó su whisky—. Os deseo lo mejor, muchachos.

—Perderé de todos modos —dijo Reggie—. Si gano, ella no me querrá; habré herido a su precioso Joe. Si yo fuera ella no me fijaría en él. ¿Qué pensaría usted de un joven que sale con una chica durante meses, y entonces la deja plantada, señor

Hoylake?

Noté como me sonrojaba.

—No crea una palabra de lo que dice. Yo no podría importarle menos a ella.

—¡Que a ella le importa poco, nada menos! —Rió Reggie. Puso un ligero gesto de malicia—. Ella se enciende cuando oye su nombre, y él ni siquiera se inmuta. Además, es la chica más guapa de Warley.

—Están todas coladas por Joe —dijo Hoylake—. Cuando recauda los impuestos en Tilden todas las mujeres vienen en tropel. Pagan el doble por pasar cinco minutos con él. —Suspiró—. Ya sabe, si lo hubiera conocido cuando era más joven, le habría hecho sudar el sueldo...

Yo estaba pensando con creciente entusiasmo en lo que Reggie había dicho. Cerré mi mente contra toda aceptación de sus palabras; era posible que el único sentimiento de ella fuese de orgullo herido, o al menos ligeramente dañado. Si le pidiera que saliese conmigo otra vez eso serviría para reparar su orgullo; si usase alguna excusa claramente artificial para librarse de mí, se habría vengado completamente. Pero sabía, casi al mismo tiempo que estos pensamientos me cruzaban por la cabeza, que eran todo sinsentidos: Susan simplemente no era del tipo *vendetta*.

—La chica más bonita de Warley... —dijo Hoylake pensativo—. Y bien, ¿quién puede ser? Soltera, confío. Debo imaginar que Joe la habría conocido en los Intérpretes. Veamos... ¿Empieza su nombre por S? ¿Su apellido por B? ¿Pelo oscuro y no totalmente desvinculada del Presidente del Comité de Finanzas?

—Es usted un detective de primera —dijo Reggie.

—Soy un viejo entrometido —dijo Hoylake—. Todos lo somos en Warley. Ya saben, hay mucho de qué hablar incluso cuando (no me citen) sea de un simple chisme. —Se rió disimuladamente, como si desaprobase su ligero toque de prepotencia—. Indica interés en los semejantes, lo cual seguramente es cosa admirable. Me alegro de que Joe esté empezando a tomar parte en la vida de la comunidad de Warley y de que no viva fuera de la ciudad. Me disgusta profundamente el tener que viajar para ir al trabajo; la gente debería vivir y trabajar en el mismo sitio. ¡Vaya! Aquí estoy, hablando de negocios... Ahí veo a tu jefe, Reggie. Tengo que hablar con él. Os veo más tarde. —Se fue hacia el bibliotecario jefe; me di cuenta de se llevaba su bebida consigo, casi sin tocar. Le pagaban más del doble que al bibliotecario y no quería forzarle a invitar a bebidas caras.

—Es un diablillo de lo más inteligente —dijo Reggie—. No se le escapa casi nada. Registra cada movimiento.

—Siempre que me lleve bien con él puede ser tan listo como quiera —dije—. Mira, Reggie, ¿hablas realmente en serio sobre Susan? Quiero decir, ¿de verdad ella te dijo todo eso?

—¿Por qué demonios habría de bromear sobre ello? —Parecía algo indignado—. Es totalmente cierto. Mencioné *The Farm* y hablé de tu actuación. Entre otras cosas, por supuesto. A mí no me impresionó, te lo reconozco. Pero ella saltó como una fiera

en tu defensa. Desde ese momento, la conversación giró en torno a ti. Se iluminaba por dentro cuando tu nombre salía a relucir. Esa mirada es bastante inconfundible, una especie de júbilo embriagado. A propósito, es la misma mirada que tú tienes en este momento.

—Toma otro trago —dije apresuradamente.

—Me toca a mí. No intentes dejarme en la cuneta.

—Yo he bebido dos por una tuya, así que es lo justo.

—Eso es ridículo —dijo débilmente, pero podría decirse que estaba aliviado. Miró a su alrededor—. Funcionarios de un villorrio. Dios mío, ¡vaya tropa! ¿Sabes una cosa, Joe? Daría mi salario de un año por salir de este sitio.

—No estoy de acuerdo contigo. Yo estoy totalmente a favor de las ciudades pequeñas. Si son de la clase adecuada.

—Eso está muy bien para ti, compadre. Tú eres del tipo brillante, eficiente. Sobresales entre la multitud. Estás destinado a salir adelante en una ciudad como Warley. Y, por supuesto, esto es una novedad para ti. Si hubieses vivido aquí toda tu vida te sentirías de otro modo.

—Odio mi ciudad natal —dije—. Pero eso es distinto. Mira, Dufton es horrible. Apesta. Literalmente. Está tan muerto como un vejestorio. Warley está vivo. Lo sentí desde el primer momento en que puse el pie en este lugar. Y hay otras muchas cosas, además; en cinco minutos puedes estar alejado de todo. Incluso tiene historia; encuentras algo nuevo sobre ella cada día...

Mi voz se fue apagando; estaba dejando ver demasiado de mí mismo.

Reggie sonrió.

—Cualquiera diría que estás hablando de una mujer y no de una ciudad comercial completamente normal con unas cuantas fábricas. Eres un tipo raro, Joe, ¿lo sabías?

Teddy Soames se acercó a nuestra mesa en ese momento.

—¡Aquí todos somos raros! —dijo. Eructó ruidosamente—. Perdonadme, estoy un poquito *intoxicado*. No debería estarlo. La cantidad que me he metido hoy no habría conseguido moverme ni uno solo de mis bien brillantados cabellos cuando estaba en la RAF. —Se sentó pesadamente—. ¡Que empiece la siguiente guerra!

—Habla por ti —dijo Reggie—. Nunca lo he pasado tan mal en toda mi vida.

—Era monótono a ratos, lo admito —dijo Teddy—. Pero no tenías preocupaciones y sí cantidad de dinero. Cantidad de cerveza y cantidad de cigarrillos y cantidad de mujeres. ¿Les ofrecemos una vieja canción de la RAF, Joe? —Comenzó a cantar suavemente—. *Cats on the rooftop, cats on the tiles...*

—¡Eh! —dije—. Es demasiado temprano para baladas guarras.

—Me olvidaba de que soy un tipo respetable —dijo Teddy—. He cantado eso en todos y cada uno de los mejores hoteles de Lincolnshire. Aviadores y capitanes de grupo todos al unísono. ¡Qué días tan felices!

—Puede que para ti lo fueran —dijo Reggie—. Por lo que a mí respecta, la guerra fue un infierno. Todo lo que hacía al principio era instrucción bajo un sol abrasador



con ropa interior de lana que picaba. Después pelé patatas. Más tarde me convertí en el empleado más incompetente del Ejército Británico. Durante un tiempo estuve bastante feliz. Al menos no tenía que manejar armas cargadas ni objetos peligrosos. Entonces algún planificador inhumano de la Oficina de Guerra empezó a reducir el personal administrativo. Así que pasé a ser el soldado de infantería más asustado del Ejército de Su Majestad. El día en que me puse el traje de civil fue el más feliz de mi vida. Lo reconozco, volví a casa para descubrir que la maldita Asociación de Bibliotecas había hecho sus exámenes diez veces más difíciles, aunque dando un empujoncito a las mujeres y a los objetores de conciencia.

—¡Nada de trabajo! —dijo Teddy—. La Asociación de Bibliotecas es hablar de trabajo. Definitivamente. —Me miró y entonces alargó la mano para palpar la textura de mi traje—. Lana de primera calidad —dijo—. ¡Y mira esa camisa y esa corbata! Vaya, señor Lampton, ¿cómo te las apañas con tus cupones?

—Tiene contactos —dijo Reggie.

Reggie hizo el saludo del puño cerrado.

—¡Joe al Trono! ¡Vota Laborista!

—Tú, idiota —dije—. Ya sabes como es Hoylake con la política.

—Eso no es política —dijo Teddy—. Se trata solo de un dicho. Reggie solía escribirlo con tiza sobre su tanque antes de entrar en batalla.

—Nunca vi el interior de un tanque —dijo Reggie—. Lo más que llegué a ver fue a un Jerry<sup>[23]</sup> abriendo la torreta de un Sherman y arrojando dentro una granada de mano. La sensación de seguridad que te daban a primera vista era totalmente ilu-ilusoria. Francamente, siempre he creído en la vieja moda de la guerra de desgaste, cuando te apoltronabas en un cómodo refugio subterráneo de cemento y dejabas que la artillería cargara con toda la pelea. Aunque nunca pude conseguir que estuviesen de acuerdo conmigo en el Cuartel general. Parecía que siempre estábamos avanzando pasase lo que pasase. Por toda África, por toda Italia...

—Creo que te reconocí el día de la Victoria en el Desierto —dijo Teddy—. Una figura de galán con un turbante manchado de sangre alrededor de la cabeza haciendo señas a tus hombres para que avanzasen.

—Ojalá hubiera sido yo al que viste —dijo Reggie—. Yo era uno de los pobres diablos a los que se nos hacía señas para avanzar.

Oí reír al bibliotecario jefe. Tenía una risa aguda, bastante afeminada.

—Esa es su risa de los chistes verdes —dijo Reggie—. Tiene una risa para cada ocasión. Una risa respetuosa, una risa refinada, una risa burlona cuando digo algo con lo que no está de acuerdo... Si hubiera sido mi sargento siempre podría haber encontrado una oportunidad para dispararle al muy bastardo. Debería haberme quedado en el Ejército.

—Vosotros, los intelectuales —dijo Teddy—, nunca estáis contentos.

El bibliotecario jefe se unió a nosotros. Era un hombre menudo con los ojos tan profundamente hundidos que daban la impresión de estar asentados horizontalmente.

Tenía unos treinta y cinco años y aspecto de que nunca había sido más joven.

—¿Lo pasáis bien? —preguntó.

—Solo estamos discutiendo por la guerra otra vez, señor —dijo Reggie. Nos hizo un guiño—. Hemos decidido que deberíamos haber dejado que los rusos les diesen cera a los alemanes y entonces haber ido nosotros a darles cera a los rusos con la bomba atómica.

Volvió a hacernos un guiño.

—¡Justo lo que yo siempre he dicho! —siseó el Bibliotecario con entusiasmo—. Los Aliados han pagado un alto precio por su error. Cuando estuve en Alemania vi cómo eran los rusos de verdad. No me importa admitir que yo era un poco comunista antes de la guerra, pero pronto cambié de canción... ¿Qué tomáis, muchachos?

—Hemos pedido, gracias —dije—. ¿Me dejas que te invite a una?

—¿Sabes? Creo que sí. Son todos unos plutócratas en la Oficina del Tesorero, Reggie. Siempre es así: aquellos que portamos la antorcha de la cultura recibimos salarios miserables, y los materialistas acérrimos, los hombres de los datos y las cifras, son los reyes de la creación. Tomaré una media de amarga, Joe.

—Aquí pintas —dije—. Nada más que pintas.

—Llevamos a base de eso toda la noche, ¿no? —Rió, pero esta vez no pude clasificar su risa—. El señor Hoylake acaba de contarnos una historieta bastante inteligente. Dos viejos coroneles estaban sentados en su club un día...

Yo no escuchaba; recordaba la manera en que había hecho la inspección a Teddy y a Reggie, recordaba la forma en que Hoylake había, en efecto, rechazado una invitación mía y después otra del bibliotecario jefe. Él invitaría a las bebidas, no sin amabilidad pero a causa de un protocolo que no era, cuando uno lo considera, mucho menos rígido que el protocolo diplomático. Sin embargo los precios eran muy bajos. Hoylake era el hombre más rico que había en la sala, con un salario de mil libras. George Aisgill, estaba seguro, se gastaría esa cantidad solamente en comida, bebida y gasolina. Incluso Bob Storr no ganaría mucho menos de mil libras. En los negocios, medité, tendría que dar jabón a gente a la que despreciaba, tendría que dirigir la conversación hacia sus temas favoritos. Tendría que aguantarlos en almuerzos y cócteles. Pero el juego mismo merecía el sacrificio; si vendía mi independencia, al menos lo haría por un precio decente.

—Y el segundo coronel dijo: «Un camello hembra, por supuesto. No hay nada raro en los viejos Carruthers». —El bibliotecario echó la cabeza hacia atrás y rió con estridencia.

La cerveza comenzaba a hacerme efecto; me di cuenta de que había tomado siete pintas sin apenas notarlo. Hice una pequeña suma en mi cabeza: cinco pintas más, una pinta menos, una pinta de parte de Hoylake...

—Quería decirte, Joe —dijo el bibliotecario—, cuánto me gustó tu actuación en *The Farm*.

—Diablos —dijo Teddy—. También le gustó a él. ¡Apuesto a que ensayó esas

escenas de amor! Admítelo, macho.

—Tchs, tchs —dije—. Mis relaciones con la señora Aisgill son puras como la nieve recién caída.

—Una curiosa vieja nieve recién caída —dijo Reggie.

El bibliotecario dejó escapar una risilla.

—Realmente no deberías lanzar calumnias. Aunque a decir verdad, yo personalmente no pondría objeción alguna a una amistad pura con la dama a la que te refieres.

Se enjugó el sudor de las cejas y dio un largo trago a su pinta de cerveza. Como la mayoría de bebedores inexpertos, se sentía obligado a mantenerse al nivel del resto del grupo; con un esfuerzo heroico vació el resto de la pinta, entonces hipó dolorosamente.

—Perdónenme, caballeros. Debo ir a cambiar el agua a los peces, como dicen los franceses. —Se fue con prisa y con el semblante pálido.

Cuando se hubo marchado estallamos en risas.

—*El vino es burlón, la bebida fuerte hace estragos* —dijo Reggie—. El pobre diablo no está acostumbrado, ¿eh?

—Es por haber pensado en Alice —dijo Teddy—. Los pensamientos pecaminosos siempre desencadenan el motín.

—Di la verdad, Joe —dijo Reggie—. ¿No te lo estás haciendo con ella?

—No deberíais hacerme esas preguntas. Si digo que sí, soy un canalla, y si digo que no, soy un mentiroso. —Ensayé una mueca malévol—. ¿A ti te gusta, Reggie?

—¡Dios mío, pues claro! Está buenísima. Los dientes un pelín grandes; ahora bien, tiene estilo, auténtico estilo.

—¿Y qué hay de June? —dijo Teddy—. Di algo amable de June. Además, tiene el mérito de ser virgen.

—Solo es una cría —dijo Reggie—. Sentiría el abrasador aliento de la Prensa Dominical en mi nuca si le tirase los trastos. No hay comparación.

Sentí un profundo júbilo. Cualesquiera que fueran los deseos que les habían atormentado, yo los había realizado, y volvería a hacerlo al cabo de seis días.

Se me había concedido lo que ellos nunca conseguirían ni en mil años; se me había concedido a Susan además; y si la deseaba, no había razón para que no se me concediese a June también.

Entonces pensé otra vez en Sparrow Hill y en Warley Moor. Sabía que fuera estaría soplando un viento frío y que sobre la acera habría una leve capa de nieve que nos esperaba silenciosa, intacta y limpia. La cerveza se marchitó en mi interior; me sentí asfixiado por mi propio egocentrismo, molesto como si estuviera cogiendo un catarro; no había nada en mi corazón que se correspondiese con el agradable gemido del páramo, la sensación de espacio infinito más allá de él y un millón extra de estrellas cubriéndolo. Entonces me sacudí la depresión.

—Cantemos algo —dije—. Algo casto, pero no demasiado. Música, Teddy, por

favor. *The Foggy Foggy Dew*.

Teddy golpeó los primeros acordes en el piano casero y empecé a cantar. Pronto todo el mundo cantaba.

—*I loved her in the winter and in the summer too, and the only thing I ever did wrong was to shield her from the foggy foggy dew...* —Por el rabillo del ojo vi a Hoylake tarareando la tonadilla para sí mismo, con una expresión de aprobación benigna en su cara.

—Estás muy callado cariño —dijo Alice.

—Estaba admirando tu figura —dije—. Dios mío, eres tan guapa. Me gustaría tener un retrato tuyo así. Lo guardaría bajo llave, y lo miraría siempre que me sintiese deprimido...

Mirando hacia atrás, puedo ver exactamente cómo sucedió. Nunca tuvo que haber pasado; esas fueron las palabras clave, pronunciadas a la ligera un viernes por la tarde en el apartamento de Elspeth. Si de entre los innumerables millones de palabras disponibles yo hubiese utilizado otras cualesquiera, entonces toda mi vida y la suya habrían tomado un curso totalmente distinto. Pero las palabras que vinieron a continuación, pronunciadas tan distraídamente como las mías, acabarían desencadenando la avalancha.

Ella rió.

—De hecho *hay* un retrato mío desnuda —dijo. Nombró una ciudad de un condado próximo a Londres—. Por lo que sé, el cuadro aún sigue en la galería municipal. Una vez fui la modelo de un artista.

Fue como si la mano suave que me acariciaba dulcemente se hubiese vuelto dura y grande y me golpease. Me sentí asqueado, traicionado y sucio. Me aparté de ella en la cama.

—Nunca me lo habías dicho. ¿Por qué no me lo habías contado?

—Casi lo había olvidado. De todos modos, no tuvo ninguna importancia. Necesitaba mucho el dinero y conocí a este artista en una fiesta. Necesitaba una modelo. También posé para un fotógrafo. Pero eso fue todo. No volví a hacerlo más.

—¿De verdad? —pregunté ásperamente—. ¿Estás segura?

—Yo no miento —dijo ella tranquilamente—. Ya lo sabes. —Sus ojos estaban fríos. Entonces sonrió y alargó la mano—. Querido, ¡qué escándalo por nada! Nunca te lo habría contado si hubiese sabido que te ibas a poner así. No me acosté con ninguno de ellos, si es en lo que estás pensando, así que puedes quedarte tranquilo.

—¡Oh Dios! —dije quejumbrosamente—. ¿Por qué lo hiciste? No tenías por qué, ha habido millones de mujeres tan pobres como tú lo eras y se habrían muerto antes de exhibirse de ese modo por unos pocos cochinos chelines. Maldita seas, ¡me dan ganas de darte de tortas!

—¡Maldito seas tú! —gritó—. ¿Qué tiene que ver eso contigo? Fue años antes de conocerte. ¿Se supone que debía morir de hambre porque un día podría conocer a un mojigato de mente estrecha de Dufton a quién no le gustaría la idea de que yo enseñase el cuerpo que Dios me ha dado? —Salió de la cama y comenzó a vestirse apresuradamente—. Ya que a tu primitiva y pequeña mente provinciana no le gusta la desnudez será mejor que me cubra, ¿no?

Yo también empecé a vestirme. Si uno de nosotros se hubiese reído habría sido diferente; la imagen de los dos invirtiendo nuestro procedimiento habitual y dándonos prisa en vestirnos, apartando pudorosamente los ojos el uno del otro, era en realidad muy divertida. Pero yo estaba demasiado enfadado y demasiado asqueado; la idea de permanecer desnudo un momento más me revolvió el estómago.

Se acercó a mi lado de la cama para abrocharse las medias.

—Eso es lo que te gusta, ¿verdad? —dijo con saña—. Un *show* de piernas y de lencería —Escupió la última palabra.

La sujeté por los hombros.

—¡Estúpida zorra, no es así en absoluto! ¿No te das cuenta de que lo que odio es la idea de que otras personas te vean desnuda? No es decente, ¿no lo ves?

—Suéltame —dijo gélidamente. Aparté las manos.

—Dios mío —dije—. Ahora entiendo lo que hace que los hombres maten a mujeres como tú.

—Eres muy valiente —dijo ella—. Y profundamente moral también. Así que no es decente que yo pose para un artista que me ve como una composición de luz y color, pero es perfectamente correcto que tú me beses por todas partes y que estés tumbado durante una hora solo mirándome. Supongo que te excita; una pequeña excitación sucia. Soy tu propia postal privada. No puedes concebir que un hombre pueda mirar a una mujer desnuda sin desear hacerle el amor, ¿no?

—No es así para nada —dije con cansancio. Fui hacia el aparador y me serví una ginebra. Me la bebí de un trago y me puse otra.

—Elsbeth no es rica, ¿sabes? —dijo Alice mordazmente. Su cara estaba pálida, fea y envejecida—. No era necesario que te bebieras toda su ginebra.

Saqué un billete de una libra de la cartera y se lo tiré.

—Dáselo. Dile que rompí la botella.

Ella lo dejó caer al suelo. Estuve tentado de recogerlo; sabía muy bien que ella le compraría más ginebra a Elspeth. Pero hay veces en que la dignidad de un hombre vale más de una libra. Rellené mi vaso otra vez y encendí un pitillo. No me atrevía a hablar.

—Y pensar que hasta te he dejado tocarme —dijo suavemente—. Mírate. La típica actitud: el vaso en la mano, la gran cara acalorada y ceñuda de la respetabilidad ultrajada. Pensé que eras diferente, pero no lo eres. Eres típico; el tipo decente a quien le gusta pasarlo un poquito bien pero que sabe dónde marcar la línea. Yo soy tu pequeña diversión, soy ese pedazo de pastel que nunca se deja pasar... ¡Engreído cerdo hipócrita!

Estrujé el cigarrillo recién encendido. Lo arrojé y encendí otro con mano temblorosa. Ella siguió hablando con voz baja y controlada.

—Que te quede claro. Yo soy la dueña de mi propio cuerpo. No me avergüenzo de él. No estoy avergonzada por nada de lo que haya hecho. Si alguna vez te hubieses relacionado con gente inteligente no me estarías mirando como si hubiese cometido

un crimen. —Rió. Fue una horrible risa áspera que hizo que se me pusieran los pelos de punta—. Ya puedo imaginarte en Dufton, mirando los desnudos de una revista, babeando sobre ellos, pensando en lo que te apetecería correrte una pequeña juerga. Pero te atreves a vilipendiar a las mujeres, llamándolas desvergonzadas... —La palabra acudió a sus labios como un pedacito de flema—. Sí, pareces sorprendido. Aunque seguro que has usado la palabra con bastante frecuencia con tus amigos borrachines, ¿no es así? Estaba condenadamente cerca de morir de hambre cuando transgredí tu peculiar moralidad. Eso no lo entiendes, ¿verdad? Te quejas mucho de tus comienzos humildes pero nunca has pasado hambre. —Sus ojos se estrecharon—. Me pregunto... Me pregunto si alguien se quedó sin su ración en favor de nuestro querido Joe, el rubio encantador.

Tomé otro trago. Tenía un sabor mustio.

—¿Qué crees que le dan de comer a un prisionero de guerra? —pregunté con amargura.

Ella se rió de nuevo.

—Ni siquiera entonces pasaste hambre. Conseguías ración extra porque parecías tan limpio y tan nórdico, tú me lo contaste. ¡Oh sí, siempre caes de pie! ¿Por qué no te escapaste, como Jack Wales?

Aquello era más de lo que podía soportar.

—¡No me menciones el nombre de ese cerdo! —dije furiosamente—. Para él estuvo bien librarse. Tenía un papi rico que cuidaba de él y le daba una educación. Podía permitirse malgastar su tiempo. Yo no. Aquellos tres años fueron la única oportunidad que tuve de obtener un título. Dejemos ser héroes a esos bastardos ricos que se lo pasan tan bien; dejémosles pagar por sus privilegios. Si quieres toda la verdad te la diré: ¡estaba jodidamente contento cuando fui capturado! No me iban a matar tratando de huir y tampoco me iban a matar volando otra vez. No me gustaba ser un prisionero pero era un panorama bastante mejor que el de estar muerto. A propósito, ¿qué hiciste tú en la guerra?

—Está bien —respondió con voz cansada—. Deja de defenderte. No tenía que haber sacado el tema. Es inútil tratar de explicar que lo que hice no tiene importancia y que no hay nada de malo en ello. Somos distintos tipos de persona, y no hay nada más que decir.

—¿No lo hay? Tampoco parece que sirva de nada intentar explicártelo. No soy ni un hipócrita ni un moralista; no me importa si te acostaste con el artista. Es tan solo el hecho en sí lo que me duele... Dios, nunca había pensado en ello hasta ahora, ¿por qué tendría que hacerlo? Me siento como si me hubiesen dado una patada en la entrepierna.

—No puedo hacer nada. Te estás compadeciendo a ti mismo. —Las lágrimas empezaron a rodar por sus mejillas—. ¡Oh, maldito seas, maldito seas, maldito seas!

—Te vendría bien un trago. —Le acerqué un vaso; se lo bebió, tosiendo un poco. Quería abrazarla, decirle que no importaba, que yo estaba equivocado y que lo sentía.

No soportaba ver sus lágrimas. Parecía endeble y descuidada; no muy distinta de esas mujeres flacas que se ven en las fotos sobre desastres en los pueblos mineros, desconsoladas, viejas y feas, contra la boca de extracción de la mina. Pero, recordando la manera en que me había rechazado cuando intenté tocarla, pensé que no era buena idea.

—Será mejor que prepare algo de té —dijo. Se dio la vuelta al llegar a la puerta—. Todo ha terminado —dijo. Apenas pude oír las palabras—. Todo ha terminado, Joe.

Entré en la sala y me senté en la butaca junto al fuego, sintiéndome frío y enfermo. Nunca había tenido una pelea como esa antes. Cuando Madre y Padre tenían diferencias, no eran más que riñas; él era de trato demasiado fácil y ella se recuperaba de su enfado muy rápidamente. Ni siquiera recuerdo que me gritasen. Todo había terminado; Alice tenía razón. Me sentía como si hubiese perdido toda mi fuerza; no había forma de estar cómodo, mi cuerpo era un estorbo vergonzoso, se había acabado el dormir para mí. Pensé en Susan, pero no me ayudó: estaba en el mismo lado de la cerca que Alice. Es posible, pensé, que uno esté predestinado de nacimiento, y solo los sinvergüenzas y los genios tienen oportunidad de elevarse por encima de la clase en que nacieron.

Alice entró con el té.

—¿Quieres algo de comer?

—No podría. Por una vez no soy Tripas de Hierro. —Logré esbozar una débil sonrisa.

Ella sirvió el té.

—Seamos sensatos. Acordamos que no sería nada permanente. ¿O no lo hicimos? Oí mi propia voz pronunciando palabras que no era consciente de haber elegido.

—Dejémoslo estar.

—Sí, dejémoslo así... —Puso su mano sobre la mía; estaba seca y caliente—. No seré poseída, Joe. No seré dominada. Nadie será mi propietario. No pienses mal de mí.

—No lo haré. Te estoy muy agradecido. —Me estaba replegando, no estaba luchando; pero ¿de dónde me retiraba y contra quién estaba peleando?—. Ha sido maravilloso, Alice. Siento todo esto.

—Olvídalo —dijo. Se llevó la taza de té a la boca pero le temblaba tanto la mano que dejó caer la mitad. Vi el billete de una libra en el suelo y de pronto descubrí que aquello no me importaba lo más mínimo.



Me marché después de Alice, como lo hacía normalmente. El apartamento estaba en el último piso y el ascensor no funcionaba; recuerdo que las escaleras no parecían terminarse nunca y que reinaba un profundo silencio. El edificio había sido decorado al típico modo de posguerra y tenía el aire de un gran barco. Había un curioso olor seco, como a tostadas calientes y a cloro. Las escaleras eran anchas y el grueso enmoquetado gris parecía absorber todo sonido. Todo estaba muy limpio y brillante; también era muy bonito, excepto que daba la impresión de que ningún ser humano había vivido allí jamás. No imaginaba sino un gran vacío tras aquellas puertas blancas con sus números cromados y sus cuidadas plaquitas con nombres inscritos.

Durante una época todos los ricos de Leddersford vivían en el barrio en que estaban aquellos apartamentos. A medida que los coches se hacían más necesarios y la ciudad se volvía más sucia, la gente rica se mudó a ciudades como Warley. Las casas que no se habían transformado en apartamentos y en hoteles privados ahora pertenecían a doctores, a dentistas y fotógrafos. Había muchos árboles y las calles eran anchas; de alguna manera me recordaba a Warley, pero había dejado de ser un lugar con vida hacía mucho tiempo.

Era una tarde despejada y soplaban un viento cálido. La primavera estaba de camino; no es que la diferencia se notase excesivamente en el paisaje. Los laureles, los pinos y los abetos tenían el mismo aspecto durante todo el año: oscuros, melancólicos y ajenos. No me esperaban en casa hasta las diez y solo eran las ocho y media. Había un vasto e inútil rato que rellenar, así que decidí ocupar mi mente con el aburrimiento, como un muerto de hambre que se dedicase a comer tierra. Todo se ha terminado ahora, decía mi parte sensata, por fin te has librado de esa neurótica. Estás fuera de peligro de un escándalo, estás fuera de peligro de ser poseído. Pero otra parte de mí seguía recordando las grandes lágrimas que caían por sus mejillas, y recordaba con ternura conmovida cómo habían borrado su atractivo.

Entonces pensé en ella tumbada desnuda junto a mí, y la angustia volvió, tan real como un dolor de muelas. Lo extraño era que esperaba que me hubiese mentido, que se hubiera acostado con el artista. Eso al menos lo haría soportable. Lo que más daño me hacía era que se hubiera exhibido impasiblemente, como si su cuerpo careciera de importancia. Una combinación de luz y de color —como si una combinación de luz y de color pudiese cortarse un dedo con el cuchillo del pan, casarse, hacer el amor, acoger mis confidencias más secretas—. Era la excusa, el paliativo de mis celos, lo que más me dolía. Le llamé las peores cosas que se me ocurrieron, repitiéndolas por lo bajo una y otra vez, pero aquello no alivió mucho mis sentimientos. (Después de todo, apenas hay una docena de palabras realmente groseras en la lengua inglesa y nueve de ellas no son, hablando con propiedad, groseras, sino solo psicológicamente

descriptivas.)

Pensé con amargo pesar en la época en que ella era una extraña para mí y no me hubiera importado si hubiese caminado desnuda por las calles a plena luz del día. Ella había hecho eso como si yo no existiera. Me mordí el labio con fuerza, haciendo brotar la sangre. La cabeza estaba a punto de estallarme de dolor, la boca me sabía a vómito y tenía seca la garganta. Apoyé la mano contra la pared. Fue como si hubiese sido atacado por un enemigo invisible. Crucé la calle y seguí caminando. Era una de esas calles con casas de grandes terrazas; recuerdo que una tenía las cortinas recogidas y que en el interior había una multitud de jóvenes, y en algún lugar se escuchaba música. Mientras pasaba echaron las persianas. Seguí caminando; las casas se hicieron más pequeñas, no había más árboles y las fábricas surgían de la creciente oscuridad ante mí. No quería pensar en lo que Alice había hecho y, aun así, mi imaginación persistía en volver al Londres de hacía diez años; la veía, inocente, firme, oliendo a juventud, entrando en el estudio, desvistiéndose detrás de una pantalla y entonces, bastante desnuda, algo avergonzada, siendo tranquilizada por el artista. Él se parecía bastante a Jack Wales, aunque tenía barba. La vi sentándose en el trono de la modelo con sus piernas un poco separadas... Eso fue todo lo lejos que pude llegar; una ira salvaje, inútil, enferma, se apropió de mí otra vez. Pensé en Charles y en mí admirando los desnudos de la galería de arte de Leeds, y en la vez que asistimos a una revista en Londres. «Por supuesto», dijo Charles, «ésas no son mejores que las prostitutas. No me casaría con una mujer que enseña todo lo que tiene a jóvenes tan salidos como tú y yo.»

Me pregunté si George lo sabría. De ser así, ¿le importaría? Fruncí el ceño de concentración. Si le hubiese hecho daño, entonces es que era de la misma clase de tipo que yo, y sería como si parte del dolor fuese compartido. Pero yo sabía muy bien que a él no le importaría; si alguna vez pensaba en ello, lo haría por diversión. Por lo que ese era un tormento extra: ilógico, pero ahí estaba, indiscutiblemente, el hecho.

Me topé con un enorme pub, que se alzaba un poco alejado de la carretera. Entré; al ser jueves estaba casi vacío. Mientras bebía una pinta, comencé a repasar mi última lección de economía. La teoría de la plusvalía de los valores inmobiliarios... Normalmente tengo una memoria tan absorbente como una esponja; a menudo solía matar los ratos libres rememorando interiormente las hojas de papel impreso. Pero ahora veía la lección rasgada en pedazos de papel; los datos eran totalmente inconexos. En la página que estaba mirando solo podía leer la palabra Desnudo; cerré los ojos por un momento y vi un borroso contorno rojo. Entonces los abrí pero la palabra seguía allí. Miré a la esquina más alejada de la habitación y vi el cartel.

**LOS MÁS PICANTES Y PÍCAROS DESNUDOS DEL MUNDO DEL ESPECTÁCULO — SANDRA, CAROLE, ELISE, LIZBETH...** Y Alice. Me preguntaba si también habría hecho eso, si habría alguna otra cosa que no se hubiese molestado en contarme, si habría permanecido bajo la luz rosa de un foco con un tocado de lentejuelas y una hoja de parra de oro con un millar de ojos pegándose a su

carne desnuda como sanguijuelas. No podía estar seguro de que no hubiese sucedido, de que ella, con su brillante mente despierta y su ternura brusca, no hubiese caído hasta ese extremo decadente; era como si hubiese visto cómo se entregaba para ser torturada en algún sótano destartado. Eso era lo que me dolía. No el hecho mismo de posar, sino que fuera Alice la que había posado. Algunos de mis valores eran aún los de Dufton, y en Dufton las modelos de los artistas eran tomadas por fulanas, no del todo profesionales, sino simplemente de la clase que no se tomaba la molestia de decir no. Era insoportable pensar en Alice de ese modo, y yo no sabía, o no quería saber, por qué tenía que afectarme de ese modo. Estaba siendo celoso retrospectivamente; era casi como si estuviese frustrado de pie fuera del estudio, como un mozalbete de dieciséis años.

Mirando atrás, me veo a mí mismo bordeando el límite de la locura. No podría sentirme así ahora; es como si hubiese una barrera transparente entre las fuertes emociones que sentía y yo mismo. Siento lo que me resulta correcto sentir; paso a través de los mecanismos necesarios. No puedo fingir que me importe. No diría que estoy muerto; simplemente que había empezado a morir entonces. Podría decirse que me había dado cuenta de que tenía, como mucho, solo sesenta años de vida. No tengo tendencia a ser infeliz y no temo a la muerte, pero ahora no estoy vivo del mismo modo en que lo estaba aquella tarde que discutí con Alice. Observo al hombre joven, inexperto, sentado decaído en el pub, abrumado por un sentimiento de auténtico remordimiento; no cambiaría, aunque pudiese, mi lugar con él, pero era indiscutiblemente mejor persona que el tipo experimentado que soy ahora, después de diez años en los que he conseguido casi todo lo que me había propuesto. Sé el nombre que él me habría puesto: el Zombi Exitoso.

Por supuesto no me importa si el joven que miraba la cartelera era más sabio, más amable o más inocente que el Zombi Exitoso. Pero sin duda era de una calidad superior; podía sentir más, podía aguantar más peso. De una calidad superior, que — si se acepta que ser humano significa tener ciertas emociones— habrá de verse afectada con fuerza por todo lo que le ocurra a su alrededor, vivir *entre* la gente. No quiero decir que uno tenga que querer a la gente, sino simplemente que uno debería preocuparse. Ahora soy como un Cadillac nuevecito en una zona pobre industrial, aislado, por el acero y el cristal y el aire acondicionado, de la gente de fuera, de la lluvia y del frío y de los temblorosos cuerpos sufrientes. No quiero ser como la gente de fuera, ni siquiera me gustaría tener una debilidad, alguna estupidez que me paralice entre los envidiosos rostros fríos, que deje entrar la lluvia y el olor de la derrota. Pero a veces me gustaría deseárselo.

Lo que me ha sucedido es exactamente lo que yo quería que me sucediese. Soy mi propio delineante. El destino, la fuerza de los acontecimientos, el sino, la buena y la mala fortuna; todo el maltratado repertorio habitual se puede arrojar directamente fuera de mi historia, abandonado a morir de hambre sin haber experimentado un solo momento de reconocimiento. Pero en algún lugar de la línea —en algún lugar de la

línea de montaje, que es a lo que me refiero— yo podría haber sido una persona distinta. Lo que ha sucedido con mis emociones es tan increíble como lo que le sucede al acero en un coche americano: el acero siempre debe ser fiel a su propia naturaleza, tener siempre cierta angularidad, cierto peso, no ser como el plástico y el lacado; y los sentimientos básicos deben ser angulares y pesados también. Supongo que tuve mi ocasión de ser una persona de verdad. «Siempre eres cercano», me dijo Alice una vez. «Estás ahí como persona, eres cálido y humano. Es como si todos los demás llevarsen guantes de goma.» Ya no podría decir eso de mí ahora.

Miré la invitación mientras bebía mi última taza de té del desayuno. Hacía una buena mañana; el sol había derretido toda la nieve salvo los últimos restos en el valle y casi se podía oler cómo todo a mi alrededor reverdecía. Por primera vez en una semana no pensé en Alice.

—Sally Carstairs me ha invitado a su fiesta de cumpleaños —anuncié a la señora Thompson.

—Desde luego es una chica agradable. ¿No estuviste en *The Farm* con ella?

—Ella ayudaba con el *atrezzo*. Pero no la conozco muy bien. ¿Qué debería regalarle? —Traté de sonar despreocupado, pero estaba nervioso y encantado. Los Carstairs tenían mucho dinero, llevaban una cadena de cafés y vivían en una gran casa en Gilden, justo en lo alto de Warley Moors.

—Déjame a mí. Conozco mucho a la madre de Sally.

—¿Cuánto debería gastarme?

—Déjame eso a mí también. No te arruinaré, te lo prometo.

—Está en sus manos —dije. Estaba dejando más y más cosas en manos de la señora Thompson, pensé, esas manos finas de dedos largos tan parecidas a las de Alice. Rehuí el nombre como un caballo se espanta de un cadáver. Miré mi reloj—. Es hora de batir el yunque. —Dije adiós a la señora Thompson; cuando pasé junto a su silla me entraron ganas de besarla. No apasionadamente, podría añadir, sino como habría besado a mi madre de camino al trabajo.

Bajando por Eagle Road, me pregunté vagamente si podría llegar a algo con Sally. Era menuda, delgada y brillante como un periquito, y estaba en prácticas en la Escuela de Arte de Leddersford; mi mente volvió a eludir el tema, pero esta vez era más una finta automática hacia lo que podría estorbarme que una repulsión violenta y dolorosa. Mientras caminaba colina abajo experimenté de nuevo la sensación del conquistador. Warley se hallaba abajo en el valle esperando a ser conquistada, yo acababa de llegar de una bonita habitación tan cerca de la Cumbre que casi no había diferencia, me dirigía a una casa rica para encontrarme con gente rica, ¿y quién podría decir qué es lo que derivaría de aquello? Puede que Susan estuviese allí, pero eso no importaba demasiado. No era que no creyese a Reggie; pero por el momento no me sentía preparado para operar en ese sector particular del campo de batalla.

Gilden es un pueblo industrial bastante lúgubre al noreste de Warley. Tiene el aspecto de estar listo para cualquier cosa: de las estrechas ventanas de las casas de gravilla podrían surgir repentinamente rifles; a la vuelta de la esquina de sus retorcidas calles y callejones no sería tan descabellado imaginar el destello de las bayonetas; los dos cañones de la Guerra de Crimea en el Memorial Park están

siempre listos para la acción; los Almacenes Generales en High Street disponen de raciones para aguantar un asedio de cinco años. El pueblo termina bruscamente en la capilla metodista de Ebenezer, con su cementerio repleto; más allá no hay nada más que los páramos, unas pocas ovejas y zarapitos, y una granja solitaria a una milla al oeste. Aquello también tiene un aire militar; los brezales son los maquis de Gilden y detrás de sus muros se planifica la incursión repentina en el valle, la emboscada en el pueblo, el último bastión desesperado con los cadáveres de los enemigos apilados tras los resecos muros.

La casa de los Carstairs estaba algo apartada del pueblo, y gozaba de una especie de opulencia neutral. No eran simplemente sus diez habitaciones, ni lo absolutamente nuevo que estaba todo, ni su deslumbrante ladrillo rojo del tipo que se supone que cambia de matices con el viento y el clima: su emplazamiento en Gilden respondía a simples razones geográficas; estaba situada lejos de los negocios, las urbanizaciones, de otras casas y de la carretera, no por ninguna razón práctica en absoluto, sino porque al *père* de los Castairs le había apetecido una casa en los páramos. Por eso me gustaba; no tenía ni la más remota conexión con ninguna clase de necesidad económica, se trataba del exceso vulgar y sólido de un hombre acaudalado.

Como el autobús solo pasaba cada hora, Reggie y yo compartimos un taxi desde Warley. Mientras girábamos por la avenida de los Castairs adelantamos al autobús; vi a un viejo, una pandilla de niños, una pareja joven haciendo manitas. Reconocí a la mujer de mediana edad sentada en la parte delantera, su cara ceñuda con el aspecto de un *pudding* blando bajo el pañuelo blanco apagado que le cubría la cabeza; nunca pagaba sus impuestos hasta el último momento, y creo que la respuesta a su demora se hallaba en el pub de Gilden, del que su marido era el más devoto sostenedor. Sentí un espasmo de pena por ella; mientras pasábamos pareció que dos mundos se encontrasen. El mundo de las preocupaciones por el alquiler, de los impuestos y los comestibles, del olor a sosa y a líquido limpiador, del No Fumar y No Escupir y del Por Favor Tenga Dispuesto el Cambio Correcto, y el mundo de los Rolls, de la ropa del mercado negro, del perfume Coty, de la carrera que le queda a uno por delante, que discurre sobre surcos bien engrasados hacia un título de caballero; y la fiesta en la gran casa al final de la avenida bordeada de pinos en la cual, pensé con un repentino acceso de pesimismo, se me mostraría muy rápidamente que mi lugar estaba en el mundo de los pobres con su presente estrecho como un pedregoso camino de cabras.

Un Jaguar *coupé* gris se marchaba cuando alcanzamos la casa. La mujer que lo conducía lanzó a Reggie un saludo ceremonioso con la mano y una rápida sonrisa fría. Tenía el pelo negro y un chaquetón de piel; se sentaba muy erguida y desdeñosa, como si más que conducir el coche, le diese órdenes.

—Mamá Brown —me explicó Reggie—. Ese es su coche de los recados. El maridito tiene un Bentley y una camioneta V8 de repuesto.

—Parece bien consciente de ello —dije.

—Ni la mitad, viejo. Es la última de los St. Clairs<sup>[24]</sup> y apesta a dinero. Es un hueso duro de roer; un sitio para cada uno y cada uno en su sitio. Prácticamente echó a un joven de la ciudad por tirarle los tejos a Susan.

Pagué al taxista.

—No sabía que Susan iba a venir.

—Hay muchas cosas que tú no sabes —dijo Reggie mientras la doncella nos abría la puerta.

El recibidor era impersonal como la sala de un hotel. Las paredes estaban adornadas con trofeos —cuernos de búfalos, cabezas de leones, la hélice de un Fokker—, pero daban la impresión de haber sido comprados todos a la vez; estaban demasiado limpios, demasiado ordenadamente dispuestos, demasiado nuevos. Todo, desde las tabaqueras de plata a los ceniceros con incrustaciones, era nuevo, pesado y caro. Cuando la doncella me cogió el abrigo me eché un rápido vistazo a mí mismo; tenía una sensación desagradable, como si llevase la bragueta abierta, tuviera roto un cordón del zapato o me hubiese puesto calcetines desaparejos.

Había unas veinte personas en la fiesta. A la mayoría no las había visto en mi vida. Las chicas iban vestidas para matar; recuerdo que Sally llevaba un vestido azul que dejaba ver gran parte de un generoso busto, y hasta Anne Barbly resultaba apetecible en un vestido de gasa blanco y rosado. La habitación en la que estábamos era la más grande que había visto nunca en una casa particular, y era la primera vez que veía un suelo de parqué fuera de una biblioteca o de un museo. El mobiliario era de la clase que se pondría de moda diez años después, y cada pared tenía un tono diferente de verde.

En cuanto vi a Susan dejé de reparar en lo que me rodeaba. Llevaba una falda de tafetán negro y una blusa Anglaise de encaje blanco; hacía que el resto de las chicas pareciesen gastadas y deterioradas. Si alguien alguna vez necesitó una justificación del sistema capitalista, pensé, aquí estaba: un ser humano perfecto en su clase, un fénix entre aves de corral.

—Hola —dije—. Estás como para comerte. —Nos sostuvimos la mirada; la mía fue la primera en ceder—. No sabía que vendrías.

Hizo un mohín.

—¿Quieres decir que de haber sabido que yo venía, tú no habrías venido?

—Al contrario. No esperaba disfrutar de tu presencia. Tú eres una fiesta en ti misma.

—Me tomas el pelo —dijo en voz baja.

—Hablo muy en serio. No es que tenga derecho a hacerlo.

Ella no habló por un momento, pero se me quedó mirando fijamente. Noté por vez primera que sus ojos estaban moteados de dorado y eran brillantes, vivos y danzarines. Mirándolos y oliendo su perfume sentí como si mi cabeza nadara.

—No veo por qué no has de tener derecho de hablar en serio —dijo ella—. No sería... No sería justo si hablaras en broma.

Nunca la he querido más de lo que la quise entonces. Olvidé el Jaguar, el Bentley y la Ford V8. Ella amaba y quería ser amada, era transparente de cariño y no podía negar la respuesta correcta en mi corazón al igual que un niño no rechaza un pedazo de pan. En la trastienda de mi mente una máquina calculadora registraba el éxito y comenzaba a componer una carta triunfante dirigida a Charles; pero la parte de mí que importaba, mi parte honrada e instintiva, salió a su encuentro con las manos abiertas.

En ese momento la madre de Sally se acercó hasta mí, efusiva y enojada.

—La alocada de mi hija está desatendiendo sus obligaciones —dijo—. Debo presentarte a todos, Joe.

Por el rabillo del ojo vi a Reggie llevándose a Susan, y los siguientes diez minutos fueron una confusión de caras nuevas y de nombres medio oídos. Había un joven con la nariz rota que hacía prácticas para ser médico, unos cuantos jóvenes oficiales, algunos hombres maduros que eran, creo, ejecutivos de Carstairs & Company, y lo que parecía ser un centenar de chicas ataviadas con vestidos de fiesta.

Ya es difícil recordar los días de racionamiento, pero de una cosa estoy seguro: uno siempre está hambriento. No hambriento del modo en que lo estuve en el Stalag 1000, sino hambriento de abundancia, hambriento de tener más que suficiente, hambriento de nata, de piñas, de cochinito asado y de chocolate. Los Carstairs estaban en el negocio, por supuesto; pero la comida dispuesta en el comedor se habría considerado suntuosa incluso hoy. Había langosta, empanadillas de champiñón, rollitos de anchoa, sándwiches de pollo, sándwiches de jamón, sándwiches de pavo, corzo ahumado sobre pan de centeno, macedonia de auténtica fruta aderezada con jerez, merengues, pastel de manzana, quesos Azul Danés, Cheshire y Gorgonzola y una docena de diferentes clases de pasteles cargados de crema, de chocolate, fruta y mazapán. Susan me miraba comer con una complacida expresión maternal.

—¿Dónde metes todo eso?

—No hay problema —dije con la boca llena—. Tengo un estómago grande y un corazón puro.

—Nuestro Joe tiene un enorme apetito por todo —dijo Anne Barbly—. Si engordara un poco sería igual que Enrique Octavo.

—Eres terrible —dijo Susan—. Me gusta ver comer a un hombre.

—Enrique no era solo famoso por comer —dijo Anne.

Me reí en su cara.

—Todavía no le he cortado la cabeza a nadie. Ni me he divorciado. —Sonreí a Susan—. Solo tengo un corazón. Solo hay una chica para mí.

—¿Cuál? —preguntó Anne—. Qué confuso...

Susan se estaba ruborizando. Me hacía pensar en un gatito al que alguien le ha dado una patada en lugar de hacerle una caricia. Sin tener ninguna idea clara de lo que estaba pasando, supe que me habían cazado en algo.

—Siempre pensé que te gustaban las mujeres mayores —dijo Anne—. Más



maduras y acicaladas.

La miré a su demasiado prominente nariz, y vi cerca de la cabecera de la mesa a Johnny Rogers hablando animadamente con Rally. De pronto comprendí.

—No te he oído, chata —dije suavemente—. No he oído ni una palabra.

Me miró con enfado.

—Tienes muy buen oído.

—No para aquello que no quiero escuchar.

Anne se marchó en dirección a Johnny sin decir ni una palabra más. Sabe demasiado, pensé; tuve una premonición de peligro.

—Pareces enfadado —dijo Susan—. ¿Estás enfadado conmigo?

—Por Dios, no... Solo estaba pensando.

—¿En qué estabas pensando?

—En ti. Yo siempre estoy pensando en ti.

—No parece hacerte muy feliz. Tienes el horrible semblante de un criminal. A veces pareces tremendamente duro, Joe.

—Soy muy débil y sentimental en lo que a ti respecta.

—¿Y qué estabas pensando de mí?

—Te lo diré en otro momento.

—Dímelo ahora.

—Es demasiado privado. Te lo contaré cuando estemos solos.

—Oh —dijo ella—. *Malo*.

Después de la cena la sala fue despejada para que comenzara el baile. Susan era una buena bailarina, precisa, ligera y libre, como si siempre estuviera serena por encima del suelo, alegre por la ingravidez. En los descansos no sentamos en el sofá y nos cogimos de la mano. Sus manos eran blancas y un poco regordetas, con las uñas rosadas y relucientes. (Pensé en las de Alice, que eran casi huesudas, con el dedo índice amarillo por el tabaco y las uñas con motas blancas.) Siempre que miraba a Susan ella me ofrecía una franca y amplia sonrisa, sin dudas ni fingimientos: podía sentir el gozo dando pataditas en su interior como un bebé.

A mitad de la velada pusieron un tango.

—No sé bailar esto —le dije.

—Yo tampoco.

—Hace un calor terrible aquí.

—Eso mismo estaba pensando.

Hacía fresco fuera y mientras paseábamos hacia la caseta de verano ambos manteníamos la ligereza de la danza en nuestros pies, como si el césped fuese un suelo con muelles. Había luna llena, que suavizaba la inflamada estridencia de la fachada de ladrillo rojo. Desde la sala llegaba el exotismo elegante de Tango para Dos —como un Earl Grey con ginebra— invadiendo el silencio de hierro de los páramos. La noche era como el escenario de una comedia musical: una palabra, un cambio de la iluminación y el enrejado sangraría rosas y los parterres se dispondrían

formando un dibujo de tulipanes, pensamientos, aubrecias y altramuces, el húmedo ambiente cerrado de la caseta de verano sería velado por el olor del perfume nocturno del alhelí, y el aire se volvería cálido y perezoso con cantos de pájaros y zumbidos de abejas.

Cuando la tomé en mis brazos ella tiritaba violentamente. La besé en la frente.

—Ese es un beso puro para ti —dije. La besé de nuevo, en los labios—. No tengas miedo, querida mía.

—Nunca he tenido miedo de ti.

Quería darle algo, como cuando regalas un paquete de caramelos a un niño que se alegra de verte. Tenía unas terribles ganas de darle algo que valiese al menos tanto como lo que ella me estaba dando a mí en aquel momento.

—¿Mañana? —pregunté—. Te llamaré a las diez.

—No.

—¿Por qué?

—Has sido muy malo conmigo. Dijiste que llamarías y nunca lo hiciste. Di dónde y cuándo.

—A las seis en el Leddersford Grand. Oh, querida. —La besé en las mejillas, en la barbilla, en la nariz y en la suave nuca. Ella seguía tiritando.

—Ojalá pudiéramos quedarnos aquí para siempre —dijo.

—También a mí me gustaría, amor mío. —Y así era, tal vez si el tiempo me hubiese liberado allí y hubiera sido capaz de sofocar la rastrera y pequeña sensación de triunfo que me había nacido dentro, habría sido capaz de acumular suficiente capital emocional para igualar su regalo. Dos horas habrían bastado en esa caseta de verano aquella noche, cuando todavía estábamos bajo el influjo del baile, cuando la luna, la sensación de la muerte del invierno y el encanto de nuestros cuerpos encontrándose por primera vez habrían borrado todas las complicaciones y los compromisos; pero no había dos horas disponibles. El tiempo, igual que el préstamo de un banco, es algo que solo se te concede cuando tienes tanto que no lo necesitas.

Susan ya estaba allí cuando llegué al Grand. En contraste con los negros edificios de Leddersford su cara era fresca y luminosa.

—Hola cariño. —Le cogí las manos—. Siento el retraso.

—Eres muy malo. —Me retorció los dedos—. Nunca volveré a salir contigo. —Apartó la cara para que no le diese un beso—. Estaba deseando hacerte eso. ¿A que soy perversa?

—Eres la alegría de mi vida —dije, sintiéndome muy viejo por un momento. Saqué el periódico de la tarde del bolsillo—. Hay una buena película en el Odeón. O una obra mediocre en el Grand. ¿Qué te apetece?

Ella se miraba los pies.

—No te enfades conmigo. Pero no quiero ir al cine. Ni al teatro.

—Pues claro que no estoy enfadado. Pero si vamos a ir de paseo tendrás que decirme a dónde. Aquí soy forastero.

—Ooh —dijo ella—. Malo, malo. No he dicho que quisiera ir de paseo. Aunque está Benton Woods. Tengo una amiga por ahí, pero no hace falta que vayamos a verla.

Se cogió de mi brazo, sujetándolo estrechamente mientras paseábamos hacia la parada del autobús a Benton. Mientras desfilábamos junto a los almacenes con su pesado olor a lana cruda, aceitoso pero curiosamente nada industrial, junto a las desordenadas oficinas atestadas con su mobiliario de caoba con altos taburetes y la Lonja Gótica de Lana extraída directamente de un grabado de Doré, me sentí igual que los propietarios de los grandes coches extranjeros, los capataces, los dueños, los jefes supremos: la ciudad era mía. Ella era mi madre amorosa, y su oscuridad y su suciedad eran los cimientos de mi gran casa en Ikley, en Harrogate o en Burley, de mis vacaciones en Biarritz o en Monte Cario, de mi traje hecho de mi propia pieza personal de tela: Susan hizo que mi envidia desapareciese en aquel preciso instante, me hizo rico. Caminábamos lentamente, deteniéndonos ante todos los escaparates; me compré un par de gruesos zapatos de piel teñida hechos a medida, una camisa a medida de auténtica seda, una docena de corbatas de lana, un sombrero *trilby* flexible con tacto de piel por cinco guineas, una brocha de afeitar de pelo de castor y un coche deportivo Triumph. Le compré a Susan un frasco grande de Coty, una capa de visón, un cepillo de plata para el pelo, una *negligé* de nylon y un tarro de jengibre cristalizado. O así lo habría hecho si, por razones innumerables, no hubiesen cerrado todas las tiendas.

El autobús tenía asientos de madera; a ella le recordaron a cuando viajaba en tercera clase por el Continente. Hablaba en voz alta y clara de Ruán, de París, de Versalles, de Reims, de St. Maló, de Dinan, de Monmartre, de Montparnasse, del

Louvre y de la Comédie Française, pero nunca tuve la sensación de que lo hiciese alardeando: en su voz no había ni un atisbo de inseguridad. Había estado en todos esos lugares, le habían interesado mucho y le apetecía hablarme de ellos. Leddersford es un sitio donde no les gusta la gente que se da aires. Hablar un correcto inglés es en sí mismo sospechoso; lo llaman *hablar acomodado*. Y hablar de vacaciones en el extranjero es una marca que te delata como parte de la tribu de los presumidos, de los grandes y poderosos, de los que no son mejores de lo que aparentan. Toda la gente del piso de arriba del autobús estaba enfrascada en escuchar a Susan; pero no había signos de resentimiento en sus rostros. En su lugar había una mirada indulgente, esa admiración pensativa (la princesa ha venido a nosotros, tan cerca que podríamos tocarla si nos atreviésemos) a la que me tenía acostumbrado en cada sitio al que la llevaba. A menudo he pensado que si se quisiera poner al comunismo en su sitio de una vez por todas, bastaría con montar a un centenar de chicas como Susan en autobuses a lo largo y ancho de Gran Bretaña, y todo solucionado.

—Me das envidia —dije—. Me encantaría ir a Francia antes de hacerme demasiado viejo como para disfrutarlo.

—Tú no eres viejo, tonto.

—Soy muy mayor. Ya tengo veinticinco años. Un genuino Doble Uve.

—¿Qué es un Doble Uve?

—Bromeas. Seguro que lo sabes.

—De verdad que no.

—Un Viejo Verde. —Saqué mi agenda de bolsillo y garabateé un momento.

—¿Qué haces? —Miró por encima de mi hombro—. Oh, Joe, eres malvado. Lo arrancaré.

Guardé la agenda.

—Voy a hacer una colección de *susanismos* —dije—. Anoche me dijiste que tenía una voz como el caramelo fundido y que mi sonrisa era terriblemente antigua y picara. Con eso tengo para empezar.

—¡Pues es verdad! —dijo ella—. Tienes una voz como el caramelo, oscura, profunda y rica. Es encantadora. Adoro el caramelo. Ojalá tuviera alguno, pero he gastado todos mis cupones.

—Eso es muy triste —dije—. Si miras dentro de mi bolsillo derecho tal vez encuentres algo...

Se reclinó sobre mí; su suave pelo perfumado a naranjas me rozaba la mejilla. De reojo vi la calle donde vivía Elspeth. Pensé en que aquel era un cuerpo diferente, hace mucho tiempo; el cuerpo con el que, a través de diversas capas de ropa, se le permitía a Susan una mínima intimidad frívola. Era más joven, más fuerte, más limpio que el instrumento de placer que Alice había usado en el *boudoir* de Elspeth.

Susan dio un chillido de alegre sorpresa.

—Querido Joekins, justo lo que quería. —Se volvió ofreciéndome una luminosa sonrisa—. Joe, ¿me darás siempre aquello que se me antoje?

—Siempre, querida.

Me sujetó la mano con fuerza el resto del viaje, y solo me la soltaba para meterse otro *toffee* más en la boca.

Benton era un pueblecito precioso con su propio carácter definido; había incluso un queso local, el Azul de Benton. Actualmente, el pueblo original, con sus casas de piedra gris apiñadas alrededor de la plaza empedrada del mercado, se encuentra rodeado por una especie de enquistado de rocalla, ladrillos y cemento. Pero los bosques siguen allí, aunque la carretera de asfalto negro que han metido atravesándolos casi ha destruido por entero la placentera quietud sobrecogedora que todos los bosques deberían tener. Mientras caminábamos a lo largo de la calle, Susan me tomó del brazo. A cada lado se alzaban oscuros y húmedos regimientos de abetos, no había nadie cerca y todo estaba muy silencioso, pero no era la clase de silencio que yo quería. Pasada la plantación había unos escalones en donde los abetos dejaban paso a los árboles de verdad, árboles ingleses con sus yemas verdes, cerradas durante todo el invierno, a punto de estallar como el canto de un pájaro. Seguimos caminando hacia el interior del bosque hasta que llegamos a una hondonada en la ladera de la colina. Como si obedeciese a mi deseo de intimidad, el sol comenzó a ponerse en aquel momento. Extendí mi gabardina en el suelo y atraje a Susan junto a mí.

Ella me abrazaba estrechamente mientras nos besábamos, y pensé en las cosas que la diferenciaban de Alice. Alice también me aferraba con fuerza, pero parecía ser completamente consciente de mi cuerpo contra el suyo; Susan me sujetaba con una violencia que nada tenía que ver con el abandono infantil. Su abrazo era torpe, como el de un mal bailarín.

—No puedo sentirte —dije. Le desabotoné el abrigo y metí las manos por dentro, acariciándole la cálida espalda por debajo del fino *cashmere* de su suéter. Se le había levantado la falda por encima de las rodillas; se la estiró hacia abajo automáticamente. Estaba temblando, igual que en la fiesta; posé la mano muy suavemente sobre su pecho.

—Tu corazón late con fuerza —dije—. No estás realmente asustada, ¿verdad, cielo?

—Ahora un poquito —dijo en voz baja.

Metí las manos por dentro de las anchas mangas de su abrigo y le acaricié los brazos. Su piel estaba tan fresca y lisa que sentía mis propios dedos mugrientos y morcillosos. Entonces rodeé su muñeca, abarcándola fácilmente con el meñique y el pulgar.

—Qué muñecas tan pequeñas tienes.

—Ahora empiezas a darme miedo de verdad —dijo alegremente—. Igualito que Caperucita Roja y el enorme lobo feroz.

—Pero si yo soy un lobo —dije, poniendo una voz más profunda, y mordisqueándole la oreja.

—¡Oh! —dijo ella—. Susan ha sentido un hormigueo. Un hormigueo que la ha recorrido de arriba abajo. Hazlo otra vez.

Mientras la tomaba con rudeza entre mis brazos sentí que se cernía sobre mí la soledad, tan real como el húmedo olor a hierba del camposanto, y la melancolía, como el sonido del riachuelo en la pequeña cañada de abajo. Me sentía pesado como en domingo, como si el tiempo pudiese arrastrarme a un mundo parecido a un mal grabado, rígido, oscuro, monótono y perdido. Me rescaté a mí mismo del panorama que la soledad había esbozado de pronto —el bosque al atardecer, las dos figuras unidas de manera sospechosa, las sombras acechantes de algo que observaba— y rebusqué en mi mente unas palabras bonitas que ofrecerle a Susan.

—¡Dios mío! —dije—. Eres tan bella y dulce que apenas puedo creerlo. Me recuerdas a las flores de primavera...

—Tú me recuerdas al mar en un día tormentoso —dijo ella—. No sé por qué... Oh, Joe, yo... —Se paró de repente—. Joe, dime una cosa.

—Lo que quieras, cielito.

Me acarició el pelo.

—Es adorable, tan liso, suave y espeso. —Recordé que Alice me había aconsejado hacía tiempo de que dejase de usar gomina («Parece que fueras al *Palais de Danse*, querido») y me alegré de haber seguido su consejo; si las manos de Susan se hubiesen encontrado con la brillantina perfumada toda la atmósfera se habría desvanecido en aquel mismo instante—. Joe —dijo—. No pensarás que fui perversa anoche, ¿verdad? ¿Crees que fui horriblemente lanzada y desvergonzada?

—Fuiste encantadora, cariño —respondí.

—Pensé que no te gustaba. Después parecías tan frío y enfurruñado. —Me pasó un dedo por la frente—. Eres un terrible viejo gruñón. —Me besó en la frente—. Te quitaré ese ceño fruncido a besos. ¿No te gusto? ¿Gruñoncete?

—Me robaste el sueño desde el primer momento en que te vi —dije.

—Entonces pensé que eras horrible. Me miraste tan fijamente. También miraste con muy mala cara a Jack, como si quisieras matarle.

—Así era. Puros celos.

Me puso la mano en la muñeca.

—Tienes unos huesos enormes. Y un cuello grueso y fuerte. ¿De verdad estabas celoso? Nadie había tenido celos por mí antes. —Hizo una pausa—. Por lo menos, no que yo sepa.

—Has roto muchos corazones sin saberlo.

—Oh, qué gracia. ¿Soy una *femme fatale* como Alice? Me refiero en *The Farm*... ¿Muy insinuante y seductora?

—Definitivamente no.

—¡Eres horrible! —dijo ella, y se apartó de mí—. No tengo nada más que decirte, Joe Lampton.

—Eres mucho más que una *femme fatale* —dije—. Eres una hechicera. Joven,

fresca y buena... —Recordé las palabras de Eva—: «*Comme la rose au jour de bataille*».

—Eso sí que es bonito —dijo. Repitió las palabras; su acento era mucho mejor que el mío. Me lanzó los brazos al cuello y me cubrió de besos—. Querido, querido Joe. —Permanecimos tumbados en silencio durante un rato—. Joe —dijo—. ¿En qué estabas pensando durante la fiesta? Dijiste que me lo contarías cuando estuviésemos solos de verdad.

¿Qué en qué estaba pensando? Entonces recordé la promesa que le había hecho. Miré el pálido óvalo de su cara con los grandes ojos ahora oscuros y serios y me vino a la mente una parte de la poesía que había conmovido a Alice.

—*Figura de tulipán, tan atractiva, rostro oval, de ojos tan serios...*

—Eso es de Betjeman —dijo—. Es precioso... Aunque yo no soy tan hermosa.

—Fue escrito para ti —dije yo—. Te llamaré tulipán, ¿puedo?

Me dio un golpe en el brazo.

—¡Estás loco, Joe! Ahora dime, ¿en qué estabas pensando anoche?

Si se lo hubiera dicho, pensé, ¿qué pasaría? La he conseguido siguiendo el consejo de mi amigo; ahora es mía y puedo hacer con ella lo que quiera. He ganado a ese bastardo de Wales. Me casaré con ella si es que tengo que hacerlo, al modo familiar. Haré que su papi me de un trabajo condenadamente bueno. Nunca volveré a contar los peniques. Y, de vez en cuando, aguda como un dolor de muelas, vendrá la soledad, el tormento de necesitar a la única persona a la que no quería necesitar... Esos eran mis pensamientos, esos, una tasación satisfecha de virginidad joven y una pena sensiblera, tan fuera de lugar como una joya de bisutería en la cabeza de un sapo. Aparté mi conciencia de los controles y dejé que se hiciese cargo la inteligencia.

—Te enfadarás conmigo si te lo digo... —dije.

—Prometo que no lo haré. Te lo juro.

—No puedo.

—Eres muy malo —dijo ella. Podía ver las lágrimas rutilando en sus ojos—. Lo prometiste. ¡Ojalá no me lo hubieras dicho!

La besé con fuerza, metiendo la lengua entre sus labios.

—¡Te quiero! —dije—. Siempre te he querido. Eso es en lo que estaba pensando.

—¡Yo también te quiero! —dijo ella.

Inserté en mi voz la cantidad apropiada de incredulidad complacida.

—¿De verdad, Susan? ¿Honrada y sinceramente? Oh, querida, no puedo creerlo...

—Es verdad. Creo que lo he hecho todo el tiempo, porque incluso cuando estaba convencida de que eras horrible pensaba un montón en lo desagradable que habías sido. Y me iba con Jack, y era de lo más confuso...

—¿Estabas enamorada de Jack?

—En realidad no. Le conozco desde hace mucho y a mami le gusta. Es muy

seguro y sólido.

—¿Y yo? ¿Soy seguro y sólido también?

Dejó caer la vista.

—Haces que me sienta rara por dentro —dijo—. Nunca antes me había sentido así.

—También tú haces que yo me sienta raro por dentro, ¿sabes? Te he maldecido cien veces. Todas las veces que salíamos juntos parecías tan fría y reservada, tan condenadamente platónica. Simplemente me rendí, aquello no parecía llevar a ningún sitio.

—Caramba. ¿Estabas ardiendo de deseo contenido, como los personajes de los libros?

—Desde luego que sí.

—Nunca intentaste besarme.

—Era inútil. Siempre se sabe cuando una mujer quiere que la besen.

—No te gusta ser rechazado, ¿verdad, Joe?

—No. Seré sincero contigo. No puedo soportarlo. Tampoco tú podrías si estuvieras en mi lugar.

—¿Por qué debería ser peor para ti que para mí?

Me sentí enojado. Ella era afortunada, siempre había tenido suerte, nunca había conocido la cruda realidad del frío dormitorio y del cuarto de estar sofocante con su radio estruendosa; jamás había tenido que preocuparse por exámenes, por conseguir un empleo o por el precio de la ropa nueva; incluso su modo de hablar, con sus conmovedores amaneramientos infantiles, era un lujo que nadie de las clases trabajadoras podía permitirse. Eso es lo que me hubiera gustado soltarle de buenas a primeras; pero ella no lo habría entendido y, en cualquier caso, yo debía transformarme en una persona distinta para ella. Sentía instintivamente que tenía un concepto de Joe Lampton del que yo no debía apartarme ni en el más mínimo detalle. La autocompasión y la conciencia de clase no estaban incluidos en ese concepto. Alice, en cambio, sí que habría aceptado estas cosas, aunque haría de abogado del diablo con mi estupidez. Alice era lo bastante mayor para comprender que los hombres no están hechos de una sola pieza, y lo bastante adulta como para tomarme por lo que era y no por lo que a ella le habría gustado que fuese. Yo veía a Susan no como era sino como una adorable Grado A, como la hija del dueño de la fábrica, como el medio para obtener la llave de la cueva de Aladino de mi ambición; y ella me veía a mí como el perfecto amante y el encantador compañero, apasionado, tierno, excitante e infinitamente sabio. Susan podría, desde luego, estar lista para aceptarme con todos mis defectos porque me amaba de corazón; es más, comportarme mal con ella podría ser una forma segura de mantenerla junto a mí. Pero no quería arriesgarme.

—Soy muy tímido —dije—. Sé que suena gracioso, pero nunca me creo que le pueda gustar tanto a una mujer como para que me deje besarla. —Le cogí la mano—.



Querida, sé que suena estúpido, pero así es. Y tal vez, bueno, puede que sea un poco engreído también. Orgullo masculino. De un modo extraño pienso a la vez que soy muy poco atractivo y también que soy formidable. Demasiado formidable para ser rechazado. —Me aparté un poquito de ella y encendí un cigarrillo—. ¡Oh, Dios, estoy harto de mí mismo! Me temo que te has enredado con un tipo demasiado raro.

Mientras estas palabras salían de mis labios pensé que no tenían nada que ver conmigo. Y de hecho no lo tenían: una parte de mí sentía una gran ternura por ella —era tan confiada como un bebé—, pero la parte que mandaba en mí continuaba con la operación según el plan, como si nada.

Ella me besó las manos.

—Son bonitas. Cuadradas y fuertes.

—Son manos perversas. Cuando están con Susan siempre quieren ir donde no les está permitido.

—¡Qué perverso, Joe! Manos malas. Tan cálidas además, cálidas como bollitos calientes. Oh, eres maravilloso, eres el hombre más maravilloso del mundo. ¿Sabes? No eres raro para nada. La mayoría de los hombres lo son.

—No te gusto.

—Tontorrón, claro que sí. Ahora haces que me sienta muy mayor.

Tenía las manos heladas.

—Deberíamos irnos —dije—. Tienes frío.

—No tengo frío —respondió—. Nunca tengo frío con Joekins.

—¡Mi adorada Susan! —dije—. Siempre te daré calor. Pero aún no es verano, ya lo sabes.

—No tengo frío, y basta.

—No discutas. O te daré un buen pellizco.

—Eso me gustaría.

La ayudé a levantarse. Juntó su mejilla a la mía, aguantando de puntillas.

—Joe, ¿de verdad me quieres?

—Sabes que sí.

—¿Cuánto?

—Por valor de cien mil libras —dije—. Por valor de cien mil libras.

Hoylake mostraba toda su dentadura postiza en una deslumbrante sonrisa.

—¿Quieres sentarte, por favor, Joe? ¿Un cigarrillo?

El ligero malestar que me había acompañado hasta su oficina se evaporó; obviamente no se había enterado de lo mío con Alice. Yo había estado un poco asustado con la perspectiva de que nos descubrieran; se supone que los altos funcionarios del gobierno local no son libres de comportarse como les plazca en su tiempo libre. Siempre está sobre uno la sombra amenazante del Ayuntamiento; he conocido a altos funcionarios casados a los que se les ha dicho que o bien dejaban de cometer adulterio de una vez, o tendrían que ponerlo en conocimiento público. De cualquier modo, yo no consideraba seriamente que nada desagradable pudiese suceder aquella mañana; estaba de un humor muy alegre, y la buena suerte parecía seguirme como un enorme perro afectuoso. Ya llevaba como un mes saliendo con Susan, y el recuerdo de lo acontecido la noche anterior cuando nos quedamos juntos a cuidar de los niños de los Storr todavía nublaba de placer mi sentido común. Razoné que un mundo tan proclive al placer no podía ser cruel conmigo ni siquiera levemente.

—Hace un día horrible —dije.

Hoylake paró de garabatear en su libreta y miró por la ventana. El sonido de la lluvia llenaba la habitación, produciendo una especie de silencio rítmico.

—El valle es un desagüe —dijo él.

Revolvió los papeles de su escritorio en un amago indeciso, como si hubiera alguna forma de ordenarlos para que hablasen en su lugar.

—Te has hecho con el trabajo muy rápidamente —dijo.

—Gracias, señor.

—Ya llevas con nosotros... seis meses, ¿no es así?

—Correcto —dije, preguntándome qué demonios querría decir.

Entró June con una taza de té.

—¡Ah! —dijo él—. Bienvenido sea el refrigerio. ¿Le traerías uno al señor Lampton, querida? —Bebió su té a sorbitos, como si le supiese amargo. June entró con mi propia taza, de porcelana azul y blanca de Worcester—. Bonita taza —dijo—. ¿June tiene alguna preferencia por ti?

—La taza es mía.

—Ah, qué sibarita, ¿no es cierto? —Apagó el cigarrillo y encendió otro—. Bien —dijo, aclarándose la garganta—. Permíteme que esboce una breve autobiografía, Joe. Yo nací aquí mismo, en Warley. He vivido aquí toda mi vida. También mi familia. Me casé con una muchacha del lugar y debo decir que nunca me he arrepentido de ello. Conozco Warley como la palma de mi mano. Y conozco a todos

los concejales. Especialmente al concejal Brown. Fuimos juntos a la escuela.

Hizo una pausa. La neblina en mi mente se aclaró de súbito y mi corazón comenzó a latir incómodo.

—Has hecho un buen trabajo aquí, Joe. Y estoy de lo más satisfecho de ver que estás adquiriendo las habilidades para hacerlo aún mejor. Aquí hay margen de sobra para la promoción, lo sabes. La gente raramente se queda mucho tiempo en Warley. Se mudan a sitios más grandes. Reciben un salario mejor, pero les cuesta mucho más la vida; habitualmente tienen que elegir entre vivir en un destartalado callejón en la ciudad, o bien en un suburbio caro. Aquí se está mucho mejor; puedes estar cerca del trabajo y seguir, como quien dice, viviendo en el campo. Esto te gusta, ¿no es así?

—Mucho.

—Ah. Eres un joven sensato. —Se aclaró de nuevo la garganta—. Es muy posible que te pueda molestar lo que voy a decirte. En algún sentido tienes derecho a ello.

Ahí viene, pensé. Mantuve la cara lo más impasible e inexpresiva que pude.

—Lo que hagas en tu tiempo libre es cosa tuya, Joe. Dentro de unos límites, por supuesto, y no hace falta que te diga cuáles son esos límites.

—¿Ha habido alguna queja?

Alzó la mano en ademán de defensa.

—No, no quiero decir eso en absoluto, Joe. Por Dios santo, no me malinterpretes. Cualesquiera que sean los límites del... del decoro, te aseguro que tú no los has transgredido.

—¿Qué hay de malo entonces? —Lo miré enfadado, pero sus ojos rehusaban encontrarse con los míos; tras sus gafas, los dos agujeros de su calavera se dirigían hacia mí, pero tuve la impresión de que sus verdaderos ojos estaban en otro sitio, escabulléndose como ratones por la oscura y estrecha oficina.

—Te diré lo que hay de malo. Aunque, propiamente hablando, no lo haya. Déjame que te lo explique de este modo: te estoy dando algunos consejos para que puedas seguir viviendo en Warley. Te hablo de hombre a hombre. Por tu propio beneficio. Y como soy tu superior —y aquí me premió con uno de sus apologéticos guiños— tienes que escuchar a este viejo pelmazo. Bien. Para empezar, tú tienes, estoy seguro, algunas nociones de cómo funciona el gobierno local. La pieza más importante del mecanismo es, en teoría, el concejal. De cualquier modo, en la práctica, es el Funcionario Superior el que lleva todos los asuntos. Al concejal se le puede quitar de su puesto; el funcionario, a menos que sea deshonesto, increíblemente disoluto o incompetente hasta el punto de la imbecilidad, está totalmente a salvo. Si hace su trabajo igual de bien que lo haces tú, Joe, nadie se atreverá a tocarle. Por su propio bien, y no solo por el de él. —Sonó el teléfono—. Discúlpame, Joe. ¡Hoylake al habla! Sí. Sí. Por supuesto. En unos quince minutos... Estoy ocupado ahora. Te llamaré después. Adiós. —Se volvió hacia mí—. Como estaba diciendo, por su propio bien. El funcionario está bastante a salvo, pero eso es todo. La promoción es otra cosa. El ascenso, a pesar de las recomendaciones del

encargado de un departamento, depende de un voto mayoritario del Comité de Organización. Entonces precisa la aprobación de todo el Consistorio. Y ya sabes que los concejales son como borregos. Si una personalidad prominente se opone al ascenso de un funcionario superior, la mayoría lo seguirá. Le seguirán para cobrarle el favor, porque están en deuda con él de algún modo o simplemente porque lo sienten así: si el sabio concejal Fulanito de Tal está contra el hombre en cuestión, es que debe de haber algo malo en él. Y, desde luego, siempre queda el último resorte de ofrecer algún aliciente sólido a cualquiera que pretenda ensombrecer los planes de nuestro hipotético concejal...

—Quiere decir que el concejal Brown...

Cortó de plano.

—No quiero decir nada de eso. No estoy discutiendo sobre el concejal Brown. Dije que fuimos a la escuela juntos y que nos tratamos con familiaridad. La única conexión que tú tienes con el concejal Brown es que le conociste en tu entrevista y que te lo has encontrado aquí una o dos veces.

—Le recuerdo. Un tipo alegre. Sobreactuaba bastante el papel de hombre de negocios de Yorkshire.

Hoylake dejó escapar una risita tonta.

—Entre nosotros, sí que lo hace. Pero no es ningún bobo. Surgió de la nada, de la nada más absoluta. He hablado con él de ti en varias ocasiones. Le dije que eras un hombre muy prometedor. Muy inteligente. Suficientemente inteligente como para captar el asunto a la primera sin sentimentalismos fatigosos. —Me ofreció otro cigarrillo. Me fijé en que su pitillera era de plata.

—No conozco exactamente mi cociente de inteligencia, señor Hoylake —le dije —, pero le comprendo con claridad. —Forcé una sonrisa.

—Espléndido, espléndido. Digamos, entonces, que estoy hablando en términos generales. Imagínate, si quieres, como un conferenciante de una escuela de verano... El concejal Brown, ya que has mencionado su nombre, es un hombre muy adinerado. Tiene un montón de influencias. También es un hombre terco. Es, como sabes, el presidente del Comité de Organización. Y es ingeniero; le gusta que todo lo que tenga que ver con él vaya rodando con la suavidad de una maquinaria de primera clase. Tiene su vida y la de toda su familia organizada al detalle para los próximos veinte años. Si alguien se interpone en su camino, será totalmente despiadado.

La habitación estaba muy oscura; Hoylake encendió la lamparilla de su mesa. El pequeño charco amarillo de luz hacía que su escritorio de caoba pareciese más grande, lo suficiente para utilizarlo como mesa de operaciones. Su piel parecía tan reseca como el papel y tenía arrugas de comisario severo que le bajaban desde las fosas nasales hasta las comisuras de la boca. Me sentí pequeño y asustado y entonces, súbitamente, enfadado otra vez.

—Tal vez debería solicitar un empleo en otra parte —dije.

—Dios santo, mi querido amigo, ¿cómo se te ocurre decir eso? —Meneó el dedo

juguetonamente hacia mí—. Me temo que no me has prestado toda tu atención. Desde luego me he esforzado en poner énfasis, con los términos más contundentes, en la excelencia de tu trabajo aquí, aunque, como también he enfatizado, la cuestión del ascenso no ha lugar en este momento. Si tu superior inmediato, el señor Harrod, obtuviese otro puesto, el asunto sería distinto... Aunque ese es nuestro pequeño secreto; ya veremos en qué desemboca...

Recordé el gesto altanero en la cara de la señora Brown, la gran casa en Poplar Avenue deslumbrante de luz y de música, el MG rojo brillante de Jack Wales, su genuino acento de escuela privada. Y allí estaba yo, fuera otra vez, con mi sucia carita pegada al escaparate, sin los recursos necesarios para comprar lo que anhelaba, y viendo cómo el tendero me echaba a patadas.

—No tienes una chica en Warley, ¿verdad, Joe? ¿No estás, como decimos por estos pagos, *cortejando* a nadie?

—Hay tiempo de sobra.

—Umm. Resultas atractivo a las mujeres. A veces eso puede ser una maldición. Puede llevarte a situaciones embarazosas.

Desde luego, en realidad ahora deberías estar pensando en el matrimonio. Nada como un matrimonio temprano. Le da al hombre un sentido de responsabilidad, algo concreto por lo que trabajar.

—Eso es muy cierto —dije, luchando por que mi voz no sonase enfadada—. También hace que un hombre sea más manejable.

—Eso ha sonado algo resentido —dijo con reprobación—. Por cierto, irás al baile cívico, ¿verdad?

—Pensaba hacerlo —dije—. Siempre que pueda alquilar un traje de etiqueta.

—Irán algunas chicas muy guapas al baile cívico. —Esbozó una afectada sonrisa lasciva—. Te presentaré a algunas. El trimestre de primavera termina el quince —dijo él—. El baile tendrá lugar el veinticinco.

—No sé lo que quiere decir.

—Vamos, vamos... —Sonreía, pero no con los ojos—. Estoy seguro de que sí lo sabes, Joe. Pretendo que te ahorres una guinea. No se entra a un pub con una botella de cerveza, ¿verdad? —Miró su taza vacía—. Creo que tomaré algo más de té.

Me levanté.

—Pediré a June que se lo traiga.

—La avisaré por el interfono para que traiga dos más —dijo—. No te vayas aún, Joe. No he terminado todavía.

Yo necesitaba esa segunda taza; mi boca estaba totalmente seca y tenía la lengua pastosa.

—Como Chéjov, ¿no es así? —dijo, de manera sorprendente—. Estamos aquí sentados bebiendo té y hablando de la vida... Sin público, por desgracia. Ves por dónde voy, ¿me sigues?

Reí. Mi risa sonó ronca y tensa, y la abandoné a medio camino.

—Ciertamente. He disfrutado de nuestra pequeña conversación privada, señor Hoylake. Y recordaré lo que me ha dicho: que habrá algunas chicas muy bonitas en el baile cívico.

—Eso es —dijo con aprobación—. Eso es. No suelo decir esto, Joe, pero tienes un gran futuro por delante.

—Has estado mucho rato con el Führer —dijo Teddy Soames cuando estuve de vuelta—. ¿No te habrá estado tirando de la lengua, verdad?

—Realmente no —dije—. Entre nosotros reinó una atmósfera de gran cordialidad. —Bostecé; me sentía tan cansado que podría haberme echado a dormir en el suelo.

—Suéltalo —dijo él—. No te ha tenido ahí dentro veinticinco minutos solo para ser cordial. A veces desconfío de ti, Joseph. ¿De qué hablasteis?

—De sexo —respondí.

Volviendo a casa esa tarde me detuve en la farmacia para comprar hojas de afeitar. El dueño de la tienda, un hombre alto y delgado con una enfadada cara de sargento mayor, estaba hablando de política con un cliente con pinta de lanero gordo. El farmacéutico sabía que yo trabajaba en el Ayuntamiento y me saludó por mi nombre. (Saludaba a la mayoría de los clientes por el nombre, lo cual era uno de los motivos de la prosperidad de su negocio.)

—Buenas tardes, señor Lampton, ¿qué tal van las finanzas de la ciudad?

—Aún somos solventes —respondí.

—Eso es mucho más de lo que se puede decir del resto del país —comentó el lanero pesadamente.

—Por Dios, nunca has dicho una cosa más cierta, Tom. —La cara del farmacéutico estaba casi púrpura de ira—. Se raciona cada maldita cosa, no se mantiene ni una sola promesa. Parece que están intentando arruinar al hombre de negocios deliberadamente. ¿Dónde está nuestra libertad? Winnie<sup>[25]</sup> tenía razón: nos controlan como si fueran la Gestapo.

El ayudante del farmacéutico estaba acabando de envolver un paquete grande para el lanero.

—Así es, señor Robbins —dijo—. Y fíjese en los impuestos... —Era un tipo grande, tan alto como yo, que frisaba los cuarenta. Recordé que una vez me había contado que llevaba veinte años trabajando en Robbins'. Obviamente era el bufón incondicional del general, el que hacía todo el trabajo duro y seguía trabajando a las horas más intempestivas. Su pálida cara mostraba una sonrisa fija, y el hábito de la sumisión había encorvado lo que una vez fueron un par de hombros robustos—. Está en lo cierto, señor Robbins —repitió—. ¡Condenadamente cierto! —Su sonrisa se amplió y asintió con la cabeza para subrayar el asunto. Los otros dos no repararon en él en absoluto, aunque solo les separaba un palmo.

Salí de la tienda algo asqueado. ¿Cómo demonios aguantaba el ayudante todo aquello? Se había vendido a sí mismo, ¿y a qué precio? Puede que por siete libras a la semana, y tal vez ni siquiera tuviera un seguro de subsidio; dependía para su pan diario de un solo hombre, y ese hombre era un ignorante, con malos modos, y tacaño. Entonces recordé mi entrevista con Hoylake, y me pregunté qué diferencia había entre aquel ayudante y yo mismo. Era cierto que yo tenía más dinero, mejores condiciones laborales y una mayor seguridad; pero esencialmente nuestra posición era la misma. Mi jefe tenía mejores modales que Robbins y menos poder sobre mí; pero aun así era mi jefe. El precio al que yo me vendía era solo un poco más alto, eso era todo.

Seguía lloviendo; cogí el autobús en la estación. Dentro olía a ropa mojada y a tabaco rancio, y no había ningún asiento libre. Fui hacia la parte delantera del autobús y, mientras pensaba en todo esto, no noté lo incómodo que estaba hasta que llegamos a Eagle Road. Cuando conseguí salir del autobús entre apretujones estaba sin aliento y despeinado. Caminé Eagle Road arriba, me subí el cuello, y me calé el sombrero contra el viento y la lluvia. Vi el Austin de Bob Storr desapareciendo por St. Clair Road.

Después del té le llamé por teléfono.

—¿Necesitas niñera mañana otra vez, Bob?

—No estoy seguro... Espera un momento, Joe. —Su voz sonaba evasiva.

—Eso dijiste la semana pasada.

—Sí, claro. Hablaré un momento con Eva.

Esperé. Mi corazón latía rápido a causa la ira; sabía lo que vendría a continuación.

—Lo siento mucho, viejo —dijo él—, pero Eva ha invitado a unos amigos. Entre tú y yo, por asuntos de negocios. Ha estado leyendo esos artículos sobre cómo ayudar a tu maridito a triunfar. Personalmente, yo preferiría salir. Son un incordio, pero es lo que hay. Tal vez en otra ocasión, ¿eh? De todos modos ahora el tiempo se está volviendo más templado. —Se rió; me pareció detectar una nota de satisfacción—. Manda recuerdos a Sue —dijo—. También de parte de Eva. Lo siento si he trastocado tus planes, Joe.

—No pasa nada —dije—. En realidad no tenía planes.

—Cuando era más joven, solía ir al Folly. Nadie va jamás a ese sitio. O si lo hacen, no te molestan. —Se rió otra vez—. Es terrible ser joven y apasionado en un clima frío.

—Qué cierto —dije—. Qué cierto. Ahora tengo que volver a los encantos de la economía, Bob. Hasta luego.

Colgué el teléfono y miré por la ventana. El suelo estaba brillante por la lluvia. La habitación estaba tranquila. Los Thompson se habían marchado al teatro y no volverían hasta tarde. El fuego ardía lanzando destellos y un olor ligeramente aromático, como la primera vez que pisé la habitación. La quietud sacudió mi sentido del tiempo como una interferencia el auricular de un comando; tuve que mirar en el periódico para asegurarme del día en que estábamos. Era como si de algún modo me encontrase a mí mismo de nuevo en el día anterior, sabiendo que tendría que volver a soportar la entrevista con Hoylake y la posterior conversación telefónica con Bob.

Encendí un cigarrillo y regresé al *Benham's Economics*. Lo dejé a mitad de capítulo. No me estaba enterando de nada; lo cierto era que esa misma mañana ya se habían encargado de impartirme una rígida lección de economía. Comenzaremos examinando al propio Joseph Lampton. Nacido en enero de 1921 en Dufton. Padre John Lampton, ocupación: Supervisor. Educado en la Escuela Superior de Dufton. Aprendiz de Funcionario, Departamento de Tesorería, Corporación de Desarrollo



Urbano de Dufton, 1937. Sargento-Vigía, 1940. 1943-1945, Stalag 1000, Baviera. Puesto actual: Funcionario Auditor Senior, Corporación de Desarrollo Urbano de Warley. Salario, APT. Dos. Recursos, 800 libras, de la paga acumulada de la RAF, las donaciones y el seguro de los padres. Perspectivas: podría ser el tesorero de Warley un día. ¿Podríamos decir unas mil libras al año a los cuarenta, si es que había suerte? Lampton ha despuntado de modo destacable, considerando sus principios humildes, pero, en nuestra considerada opinión, no tiene la capacidad de triunfar según nuestra concepción del mundo. Carece del bagaje necesario, del porte, de la educación: resumiendo, es en esencia vulgar, y no posee ningún talento que compense sus desventajas.

Hemos sabido para nuestra sorpresa y horror que Lampton ha incurrido en una relación clandestina con una joven mujer de Grado Dos. La joven en cuestión es de naturaleza ardiente e impetuosa, y adolece de la experiencia mundana que la capacitaría para tratar con firmeza a un hombre de la clase de Lampton; es, por tanto, imperativo que intervengamos.

El insalvable escollo entre un Grado Ocho (y eso siendo generosos) y un Grado Dos (como poco) es razón suficiente por sí misma para una finalización inmediata de la relación. Pero hay una razón incluso más perentoria: la existencia de un tal John Alexander Wales. Nacido en fechas similares a las de Joe Lampton, él tiene todas las cualidades de las que su rival tan evidentemente carece. En la actualidad se halla estudiando para obtener un título de Ciencias en Cambridge, adquiriendo no solo los conocimientos técnicos que en último término le cualificarán para el puesto de Director Gerente de la Wales Enterprises Incorporated, sino también el barniz de los buenos modales, el hábito de mando, la superioridad calmada de portar, en suma, los que son los atributos de —no temamos utilizar el término— un *caballero*.

Puede obtenerse un esclarecedor análisis de los caracteres de estos dos individuos examinando el papel que jugaron en la Segunda Guerra Europea. El señor Wales realizó una distinguida carrera en la RAF, la cual fue doblemente distinguida por su fuga del Campo 2001 en 1942. El señor Wales es demasiado modesto como para querer que su hazaña sea referida, pero es suficiente decir que ello refleja el mayor crédito a su inventiva, su coraje y su capacidad de reunir recursos. Debe señalarse que Lampton, en igual situación, no hizo ningún intento por escapar, sino que dedicó su atención a los estudios, aprobando su examen principal en contabilidad mientras era prisionero. Esto prueba —ansiamos ser justos— que el citado individuo posee una admirable fuerza de voluntad, ya que debe de haber sido extremadamente difícil estudiar bajo las circunstancias de un campo de prisioneros. No dice, en cambio, demasiado en favor de su hombría o de su patriotismo.

El señor Wales era Líder de Escuadrón al final de las hostilidades, y fue condecorado con una Orden de Servicios Distinguidos y una barra, y también con una Cruz de Distinción en Vuelo. El señor Lampton no tiene condecoración alguna, aparte de aquellas que reciben todos los soldados que prestan servicio durante el

tiempo en que él estuvo, como suele decirse, a la sopa boba. Y Lampton fue, por supuesto, meramente un Sargento-Vigía desde el comienzo hasta el final de la contienda. No tiene, como puede verse, madera de oficial. Tal vez lo veríamos de forma diferente si la tuviese.

La amistad entre el señor Wales y la señorita Brown (la joven que está liada con Lampton) viene siendo duradera. El señor Alexander Wales, cabeza visible de Wales Enterprises Incorporated, mantiene desde hace mucho una estrecha amistad con el padre de la señorita Brown. Últimamente han pensado que una asociación de negocios más estrecha —posiblemente hasta alcanzar una fusión— podría resultar mutuamente beneficiosa. Si el hijo del señor Wales y la hija del señor Brown también decidieran efectuar lo que podríamos llamar una unión permanente, esta, por fuerza, subrayaría la relación de negocios de sus padres. Tales coincidencias felices están en la base de los negocios británicos, que no son, como cierta gente parece creer, una jungla en la que el más débil va al paredón, sino simplemente una forma armoniosa y civilizada de ganarse el pan de cada día.

No hay deseos de coartar a los jóvenes hacia el matrimonio contra su voluntad, pero así lo desean con fuerza los que sintonizan con sus intereses, ya que encajan perfectamente el uno con el otro. El amor de la señorita Brown (o lo que ella imagina ser amor) por Lampton será, pues, de corta duración. Lampton no es de su clase, y la disparidad es demasiado grande para ser salvada. Si él no estuviese de acuerdo, podría señalársele que hay muchas mujeres jóvenes, perfectamente respetables y de atractivo e inteligencia razonables, con quienes el propio Lampton no soñaría con casarse, estrictamente por cuestiones sociales. Él no se rebajaría a casarse con una operaria de fábrica o una dependienta; así que, ¿por qué habría la señorita Brown de rebajarse a casarse con un funcionario municipal subalterno?

Nos ha llamado la atención el que el señor Lampton haya pasado varias tardes a solas con la señorita Brown en la casa de un hombre de negocios del lugar. No se sugiere que se haya ido más allá de algunos furtivos abrazos; no creemos que ninguno de ellos haya hecho gala de falta de discreción o de contención. Pero, como solía recalcar el abuelo de ella: «Donde hay un hombre y una mujer a solas, el Diablo es el tercero». Los intereses del señor Brown se extienden al comercio de lanas, y tiene una considerable influencia tanto en Warley como en Leddersford. Debe de señalársele con tacto a este hombre de negocios que sería imprudente enfrentarse a un hombre que podría ayudarle sustanciosamente tanto en los negocios como en sus ambiciones de ocupar un lugar en el Consejo de Warley.

No vivimos en la Edad Media; sería poco aconsejable prohibir a la señorita Brown que vea a Lampton y, estrictamente hablando, imposible prohibirle a Lampton ver a la señorita Brown. En cualquier caso, la señorita Brown tiene casi veinte años aunque es de espíritu infantil; no es descartable que, si se manejara la situación con poco tacto, se produjera como resultado una fuga. Mejor sería que la señorita Brown fuese delicadamente disuadida de que siguiera viendo a Lampton; sería lo más sabio

que ella dejase su relación con los Intérpretes de Warley, por ejemplo. Ha estado viendo a Lampton so pretexto de acudir a las reuniones de los Intérpretes y de salir con amigas, así que habría también que reprenderla suavemente en este punto. Unas vacaciones en el extranjero, así como una visita a Bond Street, al Ivy, al Savoy Grill y al Goodwood también serían de ayuda. De cualquier modo, las contramedidas hacia Lampton pueden dejarse tranquilamente en manos de Fred Hoylake, Tesorero de Warley, una persona de grandes méritos, cuyo primo, el señor Squire Oldroyd es, casualmente, un valorado miembro del personal de ventas del señor Brown...

—¡Estúpido! —me dije en voz alta a mí mismo—. ¡Maldito estúpido! ¿Cómo no lo viste venir? Warley entero se ha conjurado contra ti.

Me miré en el espejo de la repisa de la chimenea. Era lo bastante bien parecido, pero el traje era mi atuendo de civil, y hacía dos días que no me cambiaba de camisa. Tenía la típica mentalidad de la clase obrera; cualquier cosa valía para ir a trabajar. Pero ya podía ir aceptando los hechos: adiós a Susan, adiós a un gran coche, adiós a una casa grande, adiós al poder, adiós a mis tontos sueños de seductor. Miré alrededor de la habitación; nunca me había parecido tan atractiva. Incluso podría ser el adiós a Warley, al mobiliario de patas finas y gráciles, al papel blanco y dorado, al baño caliente de la tarde, a los árboles, al río, a los páramos y a las tortuosas callejas adoquinadas del barrio Este con toda su intimidad poética. Y también el adiós a Alice. Pero si ya nos habíamos despedido, ¿por qué seguía pensando en ella en presente? ¿Por qué, por la mañana, había pensado instintivamente que Hoylake había descubierto lo de Alice? ¿Por qué sentía que la relación muerta con una mujer casi diez años mayor que yo era lo más importante? La recordaba ahora, gritándome como una verdulera, desnuda, con su figura empezando a someterse a la mediana edad, me acuerdo de sus dedos manchados por el tabaco, el premolar superior izquierdo necesitado de un empaste. Pero nada de ello cambiaba en absoluto las cosas.

Me maldije en voz alta, usando las viejas obscenidades de la RAF cuyo sonido casi había olvidado. Entonces me acerqué al teléfono. Me detuve con la mano ya sobre él, y volví al sofá y a Benham's. Al principio seguía pensando en Alice con cada página que pasaba; dominaba un concepto y entonces terminaba con su nombre. No me atrevía a pensar en lo que habría hecho en Londres, pero eso estaba ahí también, como un dolor de muelas enmascarado con aspirina. Y entonces dejé de intentar reprimirlo y me impuse la tarea de estudiar el doble de lo que hacía normalmente. A medida que me concentré en el ritmo de estudio, su nombre acabó surgiendo tan neutral como el número de una página o el encabezamiento de un capítulo.

—¿No vamos a cuidar de sus niños? —preguntó Susan.

—No —respondí—. Tienen visita.

Susan hizo pucheros, como si fuese a llorar, y pataleó sobre el suelo.

—Está fatal por su parte. Prácticamente lo habían prometido.

—No volveremos a ir allí —dije.

—¿A qué te refieres?

—Llega el autobús —dije—. Tendremos que correr para alcanzarlo.

Lo cogimos en marcha mientras salía de la plaza de la estación y nos sentamos sin resuello.

—¿A dónde vamos, Joety? —preguntó Susan.

—Al Folly.

—Oh, qué *travieso*. Aquello está muy solitario.

—Por eso vamos allí. —Le estreché la mano—. A no ser que prefieras ir al cine.

—No, en serio. —Me miró con ojos brillantes.

—Ahora no hace frío —dije—. Pero si ves que te da algún escalofrío te llevo a casa directamente.

—No pasaré frío. Te lo prometo. —Se reclinó hacia mí y susurró—. Si tú me das cariño, estaré tan calentita como una tostada.

Su aliento olía a pasta de dientes y, aún mejor, a juventud y a salud. No parecía simplemente limpia; era como si en realidad nunca se hubiera ensuciado. La noche era limpia también, con una luna nueva que vestía de plata los árboles a lo largo de Eagle Road y una brisa enérgica que barría las nubes. Con Susan a mi lado, los sucesos del día anterior me parecían absurdamente irreales. Mi corazón se sobresaltó cuando un hombre de mediana edad con gafas se subió de un salto al autobús, pero no era Hoylake. En la siguiente parada subieron un chico y una chica. Tendrían diecinueve años, calculé. O al menos los tendría la chica; su cara, como la del joven, mostraba una mirada calmada, como si hubiese decidido que su edad era la ideal y no tuviera prisa por cambiarla. Su cara era redonda y plana, y llevaba un color de pintalabios que no le favorecía. Vestía unas medias de seda y unos tacones altos que le daban una incongruente nota voluptuosa; como si estuviese fregando suelos en un salto de cama de nylon transparente. El joven llevaba un abrigo azul marino, guantes y bufanda, pero no usaba sombrero; seguía la extraña moda de la clase trabajadora que ahora me parecía, tras el adiestramiento que había recibido de Alice, tan rara como si hubiera salido de casa sin pantalones. Sentí una especie de complacencia malvada respecto a aquella sólida masa suya de pelo engominado, y aquella cara adocenada, huesuda, poco elegante, tímida, la cara del que acaba de salir de la oficina de alistamiento, la cara del que se lo pasa bien en Blackpool con su camisa de cuello

ampliamente abierto sobre la chaqueta, la cara que le encantaría a Wilfred Pickles<sup>[26]</sup> pero que a mí me deprimía intensamente —Len o Sid o Cliff o Ron o como demonios se llamase—. Él nunca tendría la oportunidad de disfrutar de una chica como Susan, no experimentaría en otra persona la pasión y la inocencia que solo cien mil libras en el banco hacían posible.

—¿Por qué no volveremos a ir donde Eva? —preguntó Susan.

—¿No lo sabes?

—No te hagas el misterioso, querido. Si lo supiera no te habría preguntado.

—Creo que no les gusto a tus padres —dije—. Bob obedece sus órdenes.

Retiró su mano de la mía.

—No digas eso. Es horrible. Como si ellos fuesen unos tiranos todopoderosos y Bob bailase al ritmo que ellos marcaran.

—En parte es verdad; no puedes negarlo. Tus padres no me aprueban.

Me cogió de nuevo la mano.

—No me importa. No pueden detenernos. No hacemos nada malo.

Salimos del autobús en St. Clair Park y atravesamos por donde, en tiempos, se alzaban las grandes verjas de hierro. Según me dijo Cedric, representaban el mejor ejemplo de forja georgiana de toda Inglaterra. El Consistorio las había arrancado durante la guerra y las había vendido como chatarra. A uno de los halcones de St. Clair que remataban los postes de la verja le faltaban las alas, desde que a un soldado borracho le diera por realizar una pequeña práctica profesional con su fusil Sten. En lo alto del paseo se divisaba la mansión de los St. Clair. No parecía tan grande a medida que uno se iba acercando; de hecho resultaba absolutamente austera, con un parapeto que hacía una línea rasa sin salientes. Mientras la observaba, contuve la respiración, y recordé de pronto la expresión favorita del profesor de arte que tuve en la escuela de Dufton: en aquel lugar había música suspendida. Quienquiera que hubiese diseñado la casa no habría soñado con incluir ni un detalle en falso, igual que a mí no se me ocurriría presentar un balance con un solo penique descuadrado. Aquella casa estaba muerta. No hacía falta fijarse en las ventanas tapiadas, en las fuentes obstruidas, en los empantanados estanques ornamentales que se abrían a ambos lados de la construcción para darse cuenta de ello. Olía a muerto, era una casa cuya vocación era morir.

Ascendimos por el tortuoso sendero que discurría por detrás de la finca. El camino tenía tantas curvas como un laberinto y había en ellas una cualidad ligeramente siniestra, como si no importase, dada la ocasión, que te condujeran a una mazmorra secreta bajo una trampilla en el suelo. A la luz de la luna, los grandes árboles alrededor nuestro parecían desnudos como patíbulos y en algunos puntos los arbustos crecían tan espesos que hacían la senda casi impracticable. Cuando alcanzamos el pequeño promontorio donde había estado el Folly, yo estaba sudando. Puse mi gabardina en el suelo y nos sentamos en la hierba en silencio durante un momento. Bajo nosotros podíamos divisar todo Warley hasta Snow Park. Por primera

vez me di cuenta de que la población tenía la forma de una cruz, con la Plaza del Mercado en el centro y la Cumbre en el extremo norte. Vi calles y casas que no había visto nunca antes: grandes construcciones cuadradas, amplias calles rectas, no grises y negras, sino todas blancas y limpias. Más tarde me di cuenta de que había estado mirando los nuevos terrenos del Consistorio que se levantaban sobre el distrito Este. Bajo el resplandor de la luna el cemento parecía casi mármol y la carretera sin asfaltar, de piedra.

El Folly era una ruina artificial de estilo gótico. Había tres torreones seccionados oblicuamente, como si tal cosa. A primera vista, parecían demasiado pequeños como para haber servido de torres defensivas. El más alto mostraba todavía la ranura de dos vanos. Uno de los laterales del edificio principal tenía una puerta bordeada por un marco de piedra, y el otro tres ventanas que terminaban algo bruscamente a media altura. Estaba sólidamente construido; Cedric decía que si se comparaba con los grabados contemporáneos era evidente que había sobrevivido totalmente intacto más de cien años en aquel promontorio expuesto.

—El abuelo de mi tatarabuelo fue quien construyó esto —dijo Susan—. Se llamaba Peregrine St. Clair, era terriblemente libertino y además amigo de Byron. Mami me contó algo; aquí era donde organizaba sus orgías. Casi todo Warley pertenecía a los dominios de los St. Clair, así que él podía hacer lo que se le antojase.

—¿Y qué es lo que solía hacer en las orgías?

—¡Qué pillín eres! —dijo ella—. En realidad no lo sé. Mami nunca fue muy explícita, aunque en realidad parece estar bastante orgullosa de él. Lleva muerto suficiente tiempo como para ser romántico. Despilfarró la mayor parte de la fortuna familiar en esas orgías, y entonces el padre de mi tatarabuelo terminó de derrochar el resto. Murió en la guerra de Crimea. Ella está bastante orgullosa de él también; era muy valiente y gallardo.

—¿No hay ningún St. Clair en Warley? —le pregunté.

—Realmente solo mami. La muerte y la bebida terminaron con los St. Clair, según dice ella. Su familia vivía en Richmond... Ahora están todos muertos. Al único St. Clair varón que quedaba lo mataron en la guerra de 1914. La mayoría de los varones murieron luchando en guerras. —Se estremeció—. Estoy muy contenta de ser una chica.

—También yo lo estoy —dije, y la besé.

Una nube tapó la luna, oscureciendo el Folly durante un momento y dándole el aire de una verdadera ruina. El hombre que lo había edificado estaba muerto, todos los St. Clair estaban muertos; pero yo estaba vivo y sentía que el mero hecho de mi supervivencia era en sí mismo una victoria sobre ellos, sobre los padres de Susan, sobre Hoylake, Bob y Jack Wales; ellos eran zombis, todos ellos; solo yo era real.

—¿Te gustaría venir conmigo al baile cívico? —pregunté.

—Lo siento muchísimo —dijo ella—. No puedo.

—¿Por qué no?

—Voy con Jack.

—Pensé que me querías. ¿Le prefieres a él y a su MG?

—¿Cómo puedes decirme algo tan horrible? —Se levantó de un salto, como si la ira hubiese accionado en ella un resorte—. No me importa su estúpido coche viejo. Tampoco me importa, si tú no tienes uno. Mami le invitó para que organizase la fiesta, siempre lo hace. Iremos en el Bentley, ni siquiera estaremos solos. —Empezó a llorar—. Creo que no me quieres nada.

Estaba dolida, y parecía pequeña y abandonada. Lo sentí por ella en aquel momento, como si hubiese sido una chica normal y no la hija de Harry Brown, con una barrera de cien mil libras entre ella y el auténtico sentimiento de pena.

—Cariño mío —dije—. Lo siento. Yo te quiero. Solo estoy siendo un tonto celoso. —Le cogí la mano y tiré de ella hacia mí—. No llores, mi vida, se te pondrán los ojos rojos. Abrázate a mí y deja de llorar, aunque solo sea para complacer a Joe. —La besé cariñosamente y sentí cómo se relajaba en mis brazos.

—A veces es horrible —dijo entre sollozos—. No hablan de ti, pero sé que piensan que no deberíamos salir juntos. Dicen que soy demasiado joven para salir con cualquiera, pero sé que ese no es el verdadero motivo.

—¿Por qué no se lo cuentas?

—Joe —dijo—. ¡Solo tengo diecinueve años! No he recibido ninguna formación. Ellos siempre han dicho que no hacía falta.

—Yo puedo mantenerte.

—¿Y si no conseguimos el permiso para casarnos?

Pensé en un periquito azul que una vez tuvimos en casa. Lo dejé salir de la jaula y voló al sucio patio trasero; en cinco minutos el gato ya se había encargado de él. De repente comprendí que no podía pedirle que abandonase su hogar con la perspectiva de un alquiler barato y condenada a la rutina de un aburrido trabajo en una tienda o en una fábrica hasta que cumpliera los veintiuno. Susan de pie todo el día tras el mostrador de una tienda, su cara congelada en una sonrisa de vendedora y sus pies doloridos; Susan en una fábrica recibiendo órdenes de una capataz que la odiaría ferozmente por su juventud, por su belleza, por su acento, por su obvia superioridad, y que encontraría un millar de tretas para hacerle la vida imposible: todo aquello me hizo experimentar otra vez aquel momento, veinte años atrás, cuando vi el cuerpo mutilado del periquito y supe, sin una sombra de duda, que la culpa era mía y solo mía.

—No te preocupes, cielito —dije—. Encontraremos la forma de casarnos.

—Generalmente me conceden lo que quiero —dijo ella—. Por lo menos, papi lo hace. No son demasiado rigurosos, Joe, de verdad que no lo son. —De pronto se arrojó sobre mí, cubriéndome la cara de besos—. Oh, Dios, te quiero tanto, que no te haces idea...

Me besó enérgicamente; me vino a la mente un duro set de tenis mixto. Cuando metí la mano bajo su blusa gimí y se estremeció convulsivamente.

—Joe, Joe, Joe... —Se encontraba muy lejos de mí, yo no podía seguirla pero sabía que debía estar con ella—. Te quiero, Joe. Te quiero tanto que dejaría que caminases por encima de mí si quisieras. Dejaría que me hicieses pedazos y no me importaría. —Apretó mi mano más fuerte contra su pecho—. Quiero que me hagas daño ahí. ¡Oh, Dios, eres tan guapo! Tienes unos ojos adorables, como los de Cristo...

Sentí brotar en mí el deseo. Las palabras de Susan resonaban en mis oídos, ya nunca podría librarme de ellas. Eran románticas, pero lo que había detrás de ellas era una pasión de una intensidad aterradora.

—Te amo —dije—. Me gustaría besarte entera, cada pulgada de tu cuerpo.

—Puede que no te guste cada pulgada de mi cuerpo —dijo ella.

—Me gustará. —Metí la mano bajo su falda.

—No. Por favor, no.

—¿No me quieres?

—Haría cualquier cosa por ti. Pero me asustas.

Me aparté de ella. Así era como terminaba siempre, y no sabía si sentirlo o alegrarme de ello. Encendí un cigarrillo con manos temblorosas.

—¿Ya no me quieres? —preguntó en voz baja.

—¡Por Dios, Susan! ¿No sabes aún cómo es la vida? Te quiero demasiado, ese es el problema. ¿No lo ves? —Le solté la mano—. ¿De qué crees que estoy hecho, encanto?

—De caracoles, colas de ratas y de bichitos con patas —dijo—. ¡Toma ya!

—Y tú de azúcar, merengue y miel, recubierto de dulce piel —dije yo. Era inútil explicarle que parar en un momento crucial como aquél era como jugar con fuego; por otro lado, yo quería mantenerla dentro del estricto marco del cuento de hadas—. Tal vez sea mejor esperar —dije—. Pero te deseo físicamente. ¿Sabes a qué me refiero?

—¿Estás seguro, Joe? ¿Bastante seguro?

—Te quiero y quiero casarme contigo y darte hijos —dije. El viento le arrastró el pelo hacia mi cara, suave, negro y oloroso a agua de naranja; deseaba que fuese más largo, que me cubriese entero y me sepultase. Quería dormir y no discutir, no mentir, no comprometerme, no planificar mi futuro como si se tratara de una incursión militar en la cuenca del Ruhr.

—Yo te deseo —dijo ella—. Anoche soñé que teníamos un bebé. Se parecía mucho a ti y se reía todo el tiempo y estábamos muy orgullosos de él. Pero... Oh, no importa. —Me acarició el pelo con suavidad.

—Pero ¿qué?

—Vas a pensar que soy tonta.

—Te prometo que no. Te lo juro sobre mi corazón.

—Eso no es un corazón, Lampton —dijo ella—. Eso es una piedra que late.

—Es el único que tengo. —Le hice cosquillas en el costado y ella forcejeó dando



grititos para librarse—. Te haré cosquillas hasta que me lo cuentes.

—¡Eres cruel! —respondió ella—. Eres muy cruel con la pobre Susan.

—Dímelo.

—Estaba pensando —dijo en un susurro— que ya no te gustaría cuando... cuando fuese a tener el bebé.

La mecí suavemente en mis brazos.

—Tonta Susie. Una mujer embarazada le agradecería incluso al Señor. Te querría al máximo, estaría orgulloso por que fuese mi hijo.

—Oh, qué bueno eres conmigo —dijo, medio en llanto—. Eres tan amable, te quiero mucho.

Eso era lo que yo quería; aplaudí mi propia destreza de forma impersonal. Lo extraño fue que yo creía cada palabra de lo que dije y fue bastante fácil decirlas con su cuerpo joven y firme contra el mío. Pero esas palabras se referían a alguien más; junto a la noche y el nuevo aspecto de Warley bajo la luna y el viento, otra vez suave, como si la hierba, los árboles y el río del valle me echasen su aliento en la cara. Susan era bienvenida a todo aquello, pero hacía mucho tiempo que yo había reservado esas sensaciones para otra persona.

Alquilé un traje de etiqueta para el baile cívico. No me sentaba muy bien, igual que la camisa a juego que había comprado, pero cuando me encontré ante la puerta abierta del Albert Institute no pude evitar sentirme feliz. Era como si la luz y la música se derramaran hacia la calle, reluciendo sobre las hojas oscuras y los laureles de la avenida. La tonada era aquella que todas las bandas de música parecen tocar justo antes de que uno entre en la sala de baile: un pequeño fox-trot de ninguna época en particular, triste, refinado, bastante sexy. Colgaban globos de las paredes decoradas con papeles de colores y había flores y helechos por todas partes: el baile cívico constituía el acontecimiento del año en Warley; daba para sus dos buenas páginas completas en el *Courier*. Había una neblina azul de humo de tabaco y olía a perfume, a colorete, a ropa limpia y a sudor femenino; las voces de los invitados parecían alzarse y caer a la vez como si a cada uno le hubiesen asegurado fuentes autorizadas que la vida en este segmento del globo sería plenamente dichosa durante las próximas breves horas. No había duda acerca de ello, la voz decía calmada y vigorosamente: *Voy a pasármelo bien.*

La mayoría de los concejales estaban presentes, así como prácticamente el resto del personal del Ayuntamiento, desconocido en el blanco y negro de los trajes de etiqueta. Sus bustos y brazos, pensé, a la vez que observaba fascinado el tremendo y pecoso mostrador de carne que la secretaria del Cajero llevaba por delantera, harían mejor en estar ocultos.

Localicé a June en el extremo de la pista de baile, hablando con Teddy Soames. Llevaba un vestido largo con escote palabra de honor de tafetán verde. Teddy, como cabía esperar, no la miraba a la cara. Me dirigí hacia ellos, pero justo cuando me disponía a decirles algo se marcharon a la pista a bailar un vals. Probé suerte con alguna de las otras chicas pero solo pude conseguir la promesa de algunos bailes para más tarde. El baile cívico tenía un rígido programa de danza, y este era el primero de esa clase al que asistía. El consejo que Hoylake me había dado no resultó muy eficaz; aquella era una función a la que uno debía llevar pareja. De otro modo, reflexioné con pesimismo mientras ejecutaba un rígido recorrido por la pista con una chica de la Biblioteca de pelo parduzco y gafas, uno tenía que conformarse con las de Grado Diez. Mejor habría hecho marchándome a toda prisa a Leddersford y recogiendo a una agradable chica obrera de mente abierta.

Me aproximé a la barra. Ese, pensé mientras trataba de captar la atención del camarero, era otro de los inconvenientes de estas fiestas de etiqueta. O bien te gastas un dineral en tragos cortos, o te emborrachas directamente a base de cerveza embotellada. Cuando hice una seña en dirección al camarero, la pechera de mi camisa se salió; sentí que un lento sonrojo me teñía el cuello. Fue en ese momento cuando vi

a Susan. Jack estaba con ella; llevaba un traje de etiqueta hecho a medida, con lazo blanco y chaqué, nada menos. Sus gemelos eran de oro, por supuesto, y el pañuelo que asomaba en el bolsillo de su chaqueta, de seda. Se estaba riendo, y mostraba sus dientes blancos. Me habría gustado arreglárselos de un puñetazo; solo que él lo habría hecho primero con los míos. Susan llevaba un vestido plateado que suponía un compromiso entre el recato y la sofisticación, enseñando lo justo de sus frágiles pero redondeados hombros y que insinuaba apenas la forma de esos firmes pechos jóvenes de los cuales, recordé con perversa satisfacción, yo había visto bastante más que aquel zoquete rico que la acompañaba.

Ella y Jack eran parte de un pequeño círculo del que Brown, con su cara roja y sonriente, era el centro. También Hoylake estaba incluido; y aunque me miraba directamente, solo me dirigió una breve y fugaz sonrisa. Su grupo estaba en el extremo opuesto de la sala; me giré y volví a mi bebida. Tenía un cierto mal sabor de boca, la indigestión que siempre me ataca cuando me enfado.

Me bebí la cerveza lo más rápido que pude y pedí un whisky. Me mantuve allí, dando la espalda al pequeño círculo, preguntándome si unirme a él. Saqué un cigarrillo, rebusqué en mis bolsillos y le pedí lumbre al tipo que tenía a mi lado. Capté la mirada de Susan; sonreía de forma deslumbrante, así que, montado sobre la cresta de su sonrisa, comencé a aproximarme al pequeño grupo que, mientras yo emprendía el larguísimo viaje para cruzar la sala, se iba haciendo a mis ojos más y más inexpugnable y amenazador, como uno de esos acorazados circulares con torretas giratorias que utilizaban en la Guerra Civil Americana.

—Buenas noches, Susan —exclamé.

—Hola, Joe. —Vaciló visiblemente—. ¿Conoces a mi madre y a mi padre?

—¿Cómo está usted, señor Lampton? —Había una calidez sincera en la voz del señor Brown. Vista desde más cerca su mujer parecía incluso más formidable si cabe; tenía un rostro que me pareció inmutable de orgullo por su casta.

—Nos tropezamos en el Ayuntamiento, muchacho —dijo Brown. Me echó una rápida mirada apreciativa con unos ojos del mismo marrón que los de Susan. Parecía tan seguro de sí como Jack, pero de un modo diferente; su acento de Yorkshire, que yo sospechaba que exageraba un poco, era una de sus señas de autoafirmación.

—Bien, ¿qué bebe?

—Escocés, por favor.

Chasqueó los dedos y entonces, aparentemente de la nada surgió un camarero. Lancé una mirada a Hoylake. Durante un segundo adiviné un rubor seco en su cara. Formuló una excusa y se marchó rápidamente; la sala estaba abarrotada pero consiguió abrirse camino por ella sin rozar a nadie. Apenas miraba hacia dónde se dirigía; me hizo pensar en la vieja historia de la Reina Victoria, quien se sentaba de inmediato cada vez que sentía deseos de hacerlo, sin preocuparse ni por un instante de si habría o no una silla debajo de su trasero. La luz centelleaba sobre sus gafas negras y sobre su calva; su traje de etiqueta era el uniforme de alguna complicada y

cruel jerarquía bizantina; el Rey y la Reina me miraban ahora concienzudamente y con frialdad, y el sirviente me alcanzaba un vaso de ámbar caliente, que solo pensar en beber hacía que mi estómago se retorciese de pánico, como si contuviese alguna poción que me forzaría a divulgar toda la imperdonable verdad; mientras, la Princesa susurraba algo educado y me ofrecía una sonrisa social como si nos acabásemos de conocer en aquel momento; y el Príncipe, por su parte, desde su altura superior se disponía a decirle algo gracioso al pobre y vulgar ex sargento, que tal vez se encontraría incómodo entre sus mejores.

—Por cierto, ¿no estuvo usted en Frinton Basset? —preguntó él.

—En el cincuenta y uno —respondí.

—Un *muy* buen amigo mío estuvo en ese escuadrón. Darrow, Chick Darrow. Un tipo absolutamente decente, fuimos al colegio juntos. Se fue al traste sobre el Ruhr.

Los que no combatimos solíamos decir *le dieron matarile*. «Irse al traste» era un término propio de periodistas. Me ponía algo enfermo; aunque supongo que simplemente intentaba hablarme en el que él creía que era mi lenguaje.

—No le recuerdo.

—Oh, tiene que haberle conocido. No podría no haberse fijado en el viejo Chick. Pelo rojo brillante y un barítono magnífico. Podría haber sido profesional.

—Nunca le conocí —dije, y seguí diciéndolo durante los siguientes quince minutos durante los cuales, asistido de cuando en cuando por Brown y por su esposa, jugó dura y rápidamente al Conoce-Usted-a-Tal-y-Tal desde todos los ángulos, sociales, políticos y hasta religiosos (estaban sencillamente *pasmados* de que no conociese al canónigo Jones de Leddersford, claro que él estaba muy arriba, pero era el único clérigo merecedor de una distinción intelectual, la que fuese, en el norte de Inglaterra). Se trata de un juego muy común: su objeto es humillar a los que tienen menos dinero que tú. No diría exactamente que tuvieron éxito, pero desde luego pagué con creces el whisky de Brown y el otro whisky al que Jack me invitó. El refinamiento gratuito, la puntilla, vino cuando Jack rechazó con un vago gesto de la mano mi oferta de invitar a una ronda. («No, no viejo. Aquí los brebajes son terriblemente caros.»)

Nunca en toda mi vida me había sentido tan completamente falto de amigos; estaba acorralado entre los vasos de jerez y de whisky, con los malvados dardos cargados con el curare paraliza-orgullos del «¿Conoce usted a...?» y «Seguramente haya conocido a...» y «Debe de haber coincidido con...» que me lanzaron de modo inmisericorde. Susan dijo poca cosa pero advertí que ella sabía lo que estaba pasando. Me habría ayudado si hubiese podido, pero no poseía la experiencia o la fuerza de carácter necesarios para hacerlo.

Ya me había tomado dos pintas de Añeja en el St. Clair antes de venir al baile; cuando las combiné con los cuatro whiskies y mi creciente irritación, la mezcla me hizo olvidar la habitual cautela que me caracterizaba. No es que estuviera exactamente bebido; pero no conservaba un control absoluto de mi persona. Jack me

preguntó si conocía al hijo del Zombi Sonriente.

—Un tipo sorprendente —dijo—. Tenga cuidado, se matará un día con ese viejo Alfa. Conduce como un loco. Tiene que conocerle, siempre está por Dufton.

—No conozco a ningún prestamista —dije.

Hubo un silencio.

—No le sigo, viejo.

—Los prestamistas venden ropa a crédito —dije—. Para el caso es como ser usurero. Se compra directamente al fabricante y se vende a un precio al por menor a un cincuenta por ciento más de lo que yo, o cualquier otra persona con ojos en la cara, pagaría. Entonces se cobran los intereses.

—Son negocios —cortó Jack—. Usted no rechazaría los beneficios, ¿verdad?

—Un negocio sucio —dije.

Hasta aquel momento la cara de la señora Brown se había mantenido bastante neutra. Era el suyo un rostro bien formado, con grandes ojos y una piel pálida que acentuaba la suave negrura de su cabello. Mientras yo hablaba adoptó una expresión de leve disgusto; sus ojos decían que ella no era amiga de esta persona vulgar con la pechera de la camisa por fuera y los gemelos cromados, ni tampoco deseaba asistir como testigo a la manera cruda y desequilibrada en que había respondido a un comentario perfectamente civilizado del querido Jack. Jack, por su parte, había sido extraordinariamente amable con él, le había hablado casi como a un ser humano de verdad, y naturalmente a la criatura aquel trato se le había subido a la cabeza. Tomó el brazo de Brown.

—Este es nuestro baile, querido. Tanto gusto, señor Lampton.

Brown me hizo una mueca.

—No se preocupe por la manera en que funciona el mundo, muchacho. Disfrute mientras aún es joven. —Me dio una palmadita en el hombro y se perdió entre la multitud. Tenía la misma forma de hablar y la misma solidez eduardiana de mi padre; empecé a desear que, por el bien de mi autoestima, no me viese obligado a odiarle.

—Tengo que verte, Alice —dije.

—¿De veras?

—Lo siento. Me arrepiento de todo lo que pasó.

—Te ha llevado mucho tiempo darte cuenta.

—No puedo explicarte por teléfono —dije—. No debería haber montado aquel escándalo pero...

—¿Pero qué?

—Tú significabas mucho para mí. Era tan feliz contigo...

Las palabras no salieron tan fácilmente del establo desde el que brincaban para llevar a Susan a un mundo de fantasía. Yo sabía que seguían allí, eran los caballos ensillados y enjaezados que esperaban para llevarnos lejos de las mentiras y de la soledad, lejos de la humillación del traje de etiqueta alquilado y de los whiskies que me fueron restregados por la cara como peniques calientes. Pero aún no era el momento.

—Puede que haya encontrado a otra persona —dijo ella.

—¡Oh Dios, no! —Pero en realidad no estaba asustado; seguramente ella también había sentido todas y cada una de las palabras no mencionadas.

—No lo he hecho. Me encanta la forma tranquila en la que asumes que he estado aquí esperando a que chasquees los dedos. Das demasiadas cosas por sentadas.

—Está bien. Supongo que he sido un estúpido al pensar que me perdonarías.

—No sigas. Estaré en el St. Clair. Hacia las nueve. Ahora debo irme. George está bajando.

—Pero si son más de las diez... —dije estúpidamente.

Ella rió.

—Eres increíble, querido. Hasta luego.

Colgó el teléfono antes de que tuviese la ocasión de responder y yo regresé al Ayuntamiento. A punto estuvo de atropellarme un autobús; de repente, todo volvía a marchar bien, y estaba tan feliz que me movía como en trance; simplemente oír su ronca voz de nuevo había logrado aligerar todas las preocupaciones de mis hombros, había teñido de trivialidad todo lo sucedido en el baile cívico.

Cuando iba corriendo por el largo pasillo hacia la oficina del Tesorero me tropecé con June. Sin pensar, le rodeé la cintura y besé su suave mejilla, con ese adorable vello dorado. No solo la besé a ella entonces sino a todas las mujeres del mundo; sé que son estúpidas, e innumerables, y reguladas por la luna todas ellas, pobres zorras, pero hay una bondad física en ellas tan sagrada como la leche. No existe eso que llaman «las malas mujeres»; son sus suaves complejidades las que nos dan la vida.

Se llevó la mano a la mejilla.

—Va, va. Parece que el verano ya está aquí —dijo ella.

—Siempre será verano allí donde tú estés —dije yo.

Vi cómo temblaban sus labios y su mirada se tornaba soñadora. Por un segundo vislumbré la verdad. Era una buena chica, virgen —sin duda—, y yo había visto a su madre una vez; una buena mujer, rellenita, de rostro alegre que, me contó June, le había enseñado todo sobre los quehaceres domésticos, desde cocinar a elaborar licor. En una sociedad más saludable June habría llevado un tocado especial, un peinado o una flor detrás de la oreja para indicar que estaba buscando marido; y en esa clase de sociedad más sana todos los hombres jóvenes la habrían perseguido encarnizadamente y con vehemencia, pero con intenciones honorables. Había una sincera y nutritiva felicidad que emanaba de June: si las mujeres fuesen comida, ella sería una buena salsa con su mezcla de sustancia sabrosa y de insipidez dulce. Si la imagen parece ridícula, pon tu nariz cerca de un cuenco de salsa de ternera fresca; tiene un olor que es hogareño y acogedor como una cocina limpia, pero también excitante y poético, como las flores y la hierba de que se alimentan las bestias.

Me di cuenta de todo esto pero seguí mi camino sin hacerle mucho caso, sin mirar atrás. Antes de Navidad habría sido posible que hubiese vuelto la vista; antes de Navidad podría haber cortejado a June. Ninguna otra cosa habría servido y siempre me he alegrado de haberme dado cuenta de ello a tiempo. Desde hace cuatro años está felizmente casada, o al menos, hasta donde se me alcanza, sé que no es infeliz. Sin embargo, de algún modo, tengo la sensación de que le hice daño. Debió de haber parecido que ella me ofrecía una buena comida casera y que yo la rechazaba por una rebanada de pan comprada en alguna tienda polvorienta para untarla con algún tipo de pasta industrial de carne: cuando pensaba en June tenía la sensación de que había desaprovechado algo. Estoy seguro de que elegimos nuestro propio destino; pero no puedo evitar pensar que una vez que se ha decidido seguir un camino hay pocas oportunidades reales de cambiarlo.

De todas formas aquella mañana no había sitio en mi cabeza para tales pensamientos: lo único que importaba era que pronto estaría con Alice y rompería mi celibato de dos meses. Mi deseo de estar con ella obedecía principalmente a esta causa; después de todo, no se puede esperar que uno lleve una vida sexual normal durante un periodo prolongado y que no sufra al verse privado de ella repentinamente. No quiero decir que la desease solo físicamente; la razón principal de mi celibato era que ella me había quitado las ganas de ligar con otras en el salón de baile, de correrme mis jueguitas en el pub, de disfrutar de las pequeñas diversiones, del bocado rápido. Hay un millar de sinónimos para expresar lo que quiero decir, y la simple repugnancia refleja el disgusto que cualquier hombre en un estado superior al de los monos está forzado a sentir cuando se une con una mujer a la que desprecia. Todas las humillaciones que había padecido desde que nos peleamos —la de Hoylake, la de los Storr, la de Jack Wales, la de los Brown— se disolvieron en mi memoria al imaginarme a Alice en mis brazos de nuevo, al pensar en el amor

adulto en vez de en los frustrantes juegos adolescentes que había estado practicando con Susan.

Subí a Gilden por la tarde y durante unas tres horas me dediqué a recaudar impuestos y a repartir subsidios; por fortuna este trabajo —que cada vez me endosaban con mayor frecuencia— era de la clase que podría llevar a cabo un crío estúpido medio muerto de sueño. Aun así, solía disfrutar de él. Gilden era, como ya he mencionado, el típico pueblo de los páramos. Sus habitantes eran increíblemente endogámicos y siempre resultaba interesante ver muestras de las doce caras básicas —en realidad solamente había habido doce familias allí desde la Conquista— en las que surgían ligeras variaciones debidas al género y a la edad.

Aquella tarde todos los rostros me resultaban vagos. Solo había una cara que quería ver, una voz que quería oír, un cuerpo que quería tocar. En una ocasión me comporté de forma extravagante con mi ración de cigarrillos en el Stalag 1000 y a resultas de ello tuve que pasarme tres días sin tabaco; pues bien, esto era peor, un ansia salobre, una aspereza interior, un desasosiego negro; los vagos rostros frente a mí eran las caras de los prisioneros, la larga mesa de roble, los pesados legajos, las notas oficiales y el color beige amarillento y verde oliva oficial de las paredes de la sala principal del Instituto del pueblo eran el alambre de espino, las metralletas y los pastores alemanes de los que todo el mundo decía que estaban entrenados para lanzarse directamente sobre tus genitales.

Cuando nos encontramos en el St. Clair no sucedió en absoluto lo que yo había imaginado que pasaría. Estábamos solos en la Guarida; la besé brevemente en la mejilla. Ella me rozó la cara y contuvo una lágrima: lo hizo con un ruidoso sollozo, sin gracia ni artificio, y sentí que mis arrestos se disolvían por la pena.

—Lo siento mucho, querida. No tenía intención de hacerlo, no quería herirte.

—Estoy montando un número. Me iba a comportar de forma muy sensata.

—No, por Dios Santo. Salgamos de aquí y así podremos hablar.

Una vez que estuvo en el coche se desahogó; las lágrimas se derramaban incesantemente por sus mejillas, dejando en su maquillaje dos vetas paralelas. Conduje tan rápido como pude hacia Sparrow Hill y casi derribé a un ciclista en lo alto de St. Clair Road: vi su cara blanca mientras se tambaleaba hacia la cuneta y alzaba el puño contra nosotros.

Tumbados bajo las hayas en la mansa oscuridad no hablé. Ella seguía llorando, enterrando su cara en mi pecho; había una oscura mancha de humedad en mi camisa.

—Ahora ya no importa —dije, cuando por fin ella hubo secado sus ojos—. No hay por qué llorar. Ya sabes por qué monté aquel alboroto, ¿verdad?

—Me alegro de que lo hicieras —dijo ella—. Fue horrible cuando me miraste como si fuese sucia, pero me alegro de que te importase.

—Te quiero...

—Soy mayor y tengo un aspecto horrible. No es posible que puedas quererme.

De verdad tenía un aspecto terrible, aparentaba cada año que tenía, incluso en



medio de aquella oscuridad; pero ahora que las palabras habían salido de nuestros labios, supe que nuestro viaje había comenzado. No era un sentimiento romántico: yo no me hacía ilusiones con respecto nosotros. Cuando estábamos juntos no me sentía solo, y cuando estábamos separados me sentía solo. Era tan simple como eso.

—¿Tú no me quieres? —le pregunté.

—Pues claro que sí, bobo. ¿Por qué crees que estaba llorando?

Me cogió la mano y la metió en su blusa.

—Ahí, cielo —susurró—. Como un animalito que vuelve a casa.

Olía a verano a nuestro alrededor, a brotes nuevos y a tierra húmeda; el aire arriba en los páramos era bueno, limpio y penetrante, no había humo ni contaminación que hiciera que los pulmones se sintiesen como si estuvieran rellenos de lana de algodón. Éramos parte de aquello, pero no de forma violenta; éramos una sola persona feliz, una realidad. Quería tomarla entonces, no porque el acto en sí importase, sino porque quería estar más cerca de ella, darle algo de mí mismo. Le puse la mano en la rodilla. Ella me la retiró.

—Ahora no.

—Lo siento.

—Yo también. No iba a venir esta noche, siempre tengo un aspecto horroroso y cada vez me encuentro peor; ya sabes cómo es.

—Por suerte no. —Empezamos a reírnos.

—Tenía muchísimas ganas de verte, pero detesto imponerte mi presencia cuando...

—Tú nunca me impones tu presencia. Te quiero lo mismo ahora que cuando te encuentras bien.

—¿Serías capaz de dormir conmigo? ¿Compartirías una cama?

—¿Por qué no? Necesitas compañía cuando te sientes enfermo y miserable.

Comenzó a llorar otra vez.

—Oh Dios, eres tan *normal*. Te quiero por eso, te quiero, te quiero —dijo las siguientes palabras en un susurro—. Soy tan feliz contigo que desearía poder morirme ahora mismo. *Ojalá me muriese ahora mismo.*

Los dos meses siguientes fueron —al menos en los ratos en los que estuve con Alice— enteramente felices. Dejamos de ser amantes; nos convertimos en algo parecido a un marido y una esposa. Por supuesto, yo siempre le proporcionaba lo que en nuestro lenguaje particular describíamos como *una buena pieza de porcelana*; pero ahora esto era casi fortuito. La seguridad, la calma, la ternura asumida que ella emanaba: eso era lo importante para mí; eso y hablar el uno con el otro sin recodos peligrosos ni temas prohibidos. Nunca nos escondíamos nada el uno al otro, hablábamos de todo; nuestras palabras eran más que meros ruidos de animales o respuestas propias de un juego social, o financiero, o sexual.

Seguí saliendo con Susan aun después de lo ocurrido en el baile cívico. Ya no albergaba ninguna esperanza de casarme con ella; pero no le veía sentido a dejarla ir. Ella era mi chelín semanal a las quinielas, la elección aleatoria que uno hace sabiendo que no se espera ganar. Y supongo que salir con dos mujeres al tiempo adulaba bastante mi vanidad; y seguir viéndola todavía era una forma satisfactoria de escupirle en la cara a Jack Wales y a los demás.

Sin embargo, ahora ya no disfrutaba realmente cortejando a Susan. Una vez que se desataba, por decirlo así, nunca se detenía. Incluso cuando estábamos en el autobús o por la calle me pedía que nos diésemos la mano o que le rodeara la cintura. Y cuando pensaba que nadie nos veía me cogía la mano y la apretaba contra su pecho. Una vez pasó la novedad, todo el asunto empezó a resultar aburrido. No culminaba nunca de la forma adecuada; no importaba lo profundas que fuesen nuestras intimidades —y en algunos aspectos conocía su cuerpo mejor que el de Alice—; siempre paraba en seco justo en el momento crucial. Si Alice no hubiese sido mi amante, estoy seguro de que la habría forzado a darme lo que deseaba. Tal y como yo lo veía, Susan era el confite con el que jugueteas después del plato principal: delicioso, puro, ligero por el azúcar hilado de la juventud, pero sin importancia, ni real ni alimenticia.

Existía, no obstante, una compensación: con Susan recuperé mi juventud. Me alisté en la RAF a los diecinueve y crecí demasiado rápido. A la edad en la que un beso debía haber supuesto una excitación en Technicolor, no relacionada seriamente, ni en los más recónditos pensamientos, con los punzantes conflictos físicos de la adolescencia, yo me encontraba en un campo cerca de Cardington con las rojas manos expertas de la cocinera de las WAAF desabrochándome la camisa («Eh, no te pienses que hago esto todos los días, encanto.») Recuperé, pues, mi juventud, tanto como podía ser recuperada. El cielo no parecía a punto de explotar, no tuve la sensación de casi morir de gozo al descubrir lo maravilloso que es el cuerpo femenino; los juegos infantiles en los que nos embarcábamos estaban llenos de

magia, pero solo si creíamos en la magia.

Parece sorprendente ahora que siguiera adelante con aquello durante tanto tiempo. Alice sabía que salía con Susan a veces; pero para salvaguardar las apariencias no permitía que ello le inquietase.

—Es una chiquilla —me dijo una vez—. Pronto te cansarás de ella. Procura no hacerle daño, eso es todo, cariño.

En aquel momento su actitud me desconcertó. Ahora ya no. Ella estaba segura de que Susan no se casaría conmigo y de que podría retenerme. No iba a desperdiciar sus fuerzas con inútiles arranques de celos; simplemente la limitaría a esperar la inevitable ruptura. De todos modos, todo sucedió de manera bastante diferente a la que ella había anticipado.

Recuerdo la última tarde bajo la vieja dispensa como se recuerda la conjura en la víspera del motín, la función vista dos horas antes del terremoto. Era una tarde templada y yo yacía en la cama, demasiado perezoso como para vestirme. Alice entró en la habitación con un vestido de tafetán negro. Se agachó apresuradamente a mi lado.

—Abróchame los botones de la espalda, cielo.

Hice como me pedía, con los ojos medio cerrados, sintiendo con cada diminuto botón dorado que ajustaba en el ojal que yo también me ataba a ella más y más.

—Harías bien en vestirte —dijo ella—. Elspeth estará aquí antes de que nos demos cuenta.

—Que Alice me vista.

—Serás sinvergüenza —dijo alegremente—. ¿De verdad me dejas?

—¿Por qué crees que te lo he pedido? —La rodeé con el brazo; la lisa aspereza del tafetán contra mi piel hizo que me estremeciese de placer—. Vamos. Quiero sentirme apreciado. Agasájame.

Me vistió con la eficiencia de una enfermera. Cerré los ojos, aspirando la bondad de su sudor y el olor del agua de lavanda, como el rayo de sol en el cuarto del desayuno.

—Me gusta que me cuiden —dije.

Parecía pálida y apretaba la boca con firmeza.

—No encuentro tus calcetines.

—Me siento como si hubieses dejado tus manos por todo mi cuerpo. Es maravilloso.

Su rostro se contrajo y se desplomó sobre la cama, sollozando ruidosamente.

—¡Yo quiero cuidar de ti todo el tiempo, Joe! Quiero hacértelo todo: cocinar para ti, remendar tus calcetines, limpiarte los zapatos y vestirte si tú quieres que te vista, y darte hijos.

—Yo también lo quiero.

Había hundido su cara contra mis pies. Las palabras salieron de sus labios amortiguadas; no estoy seguro de lo que dijo.

—Soy muy mayor para ti. Es demasiado tarde. —Sentí la tibia humedad de sus lágrimas sobre mis pies.

—Escapémonos juntos —dije—. Estoy harto de que nos tengamos que ver así. Quiero dormir contigo, ¿recuerdas?

—Esto me está desgarrando por dentro. —Se movió hacia arriba y se tendió junto a mí; entonces me apretó la mano ferozmente contra su vientre—. ¡Estoy vacía! Me tumbo despierta por las noches dolorida por el vacío. Me despierto y estoy sola; camino por Warley y estoy sola, hablo con la gente y estoy sola, y le miro a la cara cuando estoy en casa y la casa está muerta. Cuando él sonrío, o se ríe, o parece pensativo es como si salieran cosas diferentes, o se hubiesen cambiado las luces. — Lanzó una risita y atenazando mi mano, clavó sus uñas con fuerza en ella. Hizo que sangrara; entonces soltó su presa, y me lanzó una mirada salvaje—. Soy una histérica, ¿no es eso?

La zarandé suavemente.

—Encuentra mis calcetines y hazme algo de té. Te quiero.

—Sí. Lo haré. —Recuperó los calcetines de debajo del tocador y me los trajo—. He lavado tus pies con mis lágrimas —dijo ella. Los frotó suavemente con su melena—. He lavado tus pies con mis lágrimas y ahora los seco con mi pelo.

Me puso los calcetines y me ató los cordones. Entonces salió de la habitación. Se detuvo al llegar a la puerta como si la hubieran golpeado o como si hubiera surgido un vendaval a cien millas por hora y se sujetase para resistirlo. Entonces se puso la mano sobre el vientre muy despacio.

—Dame mi bolso, Joe.

Corrí hasta ella.

—¿Qué te pasa, cariño?

—No es nada. —Tenía la cara estaba tensa por el miedo, como si el vendaval, poco a poco, la condujera hasta el borde del acantilado. Se tragó dos pastillas que sacó del bolso y sentí cómo su cuerpo se relajaba—. No te preocupes, Joe. Solo es una enfermedad típica de las mujeres. No voy a morir.

—Pero tú sólo...

—Hay más de una clase, querido. Anda, siéntate y espera a que te traiga el té. — Me besó en la frente—. Te quiero, Joe.

Me senté sobre la colcha de cretona rosa y llameante, rodeado por las fotografías, por el menaje de cristal, los rociadores de perfume, los jarrones con popurrí, las flores y los ejemplares de *The Stage* y del *Theatre Arts*, sintiéndome vacío, sabiendo en un instante lo que habría de ser de Alice; era como si yo mismo tuviese ese mismo dolor en mi vientre, como si, por un esfuerzo de la voluntad, hubiésemos llegado a intercambiar nuestros cuerpos.

Una vez que acabamos de cenar dejé el apartamento antes que ella, como de costumbre. Mientras recorría a zancadas el pasillo débilmente iluminado con ese silencio suyo, tan diferente del silencio real como un trance de barbitúricos se

diferencia del sueño natural, pensé de pronto: No hay necesidad de abandonarla. Bajando por la escalera de caracol parecía como si siguiera oyendo sus palabras: *Quiero hacerlo todo para ti, quiero tener tus hijos*. Era posible, era real; podría estar con ella todo el tiempo, podríamos llegar a estar tan firmemente unidos y ser tan buenos juntos como lo fueron mi padre y mi madre. Podríamos contraer matrimonio, en vez de adquirir simplemente una licencia para el intercambio sexual. Yo ya era demasiado mayor como para andar persiguiendo quimeras; podría disfrutar del tiempo presente en sus auténticos colores, no echarlo a perder por la tonta iridiscencia de los sueños.

Al salir a la calle sentí un golpecito en el hombro. Me di la vuelta. Era Eva Storr.

—Pareces culpable de algo —dijo—. ¿Qué haces tan lejos de casa?

—¿Qué es lo que haces *tú*, encanto?

Allí de pie, con su pequeño cuerpo rollizo rozando el mío y sus redondos ojos negros mirándome fijamente, me recordó a un pájaro. Pero los pájaros solo cantan y bailan cruzando el cielo, se precipitan sobre su víctima desde una altura de mil pies y les sacan los ojos a los hombres muertos, o a los vivos si se atreven.

—He estado viendo a una vieja amiga —dijo ella—. Todo legítimo.

—¿Una chica?

—Fuimos juntas al colegio.

—Vale. Te creo. —La tomé del brazo—. ¿Vas en el autobús? —Quería alejarla rápidamente; el Fiat estaba aparcado en las cercanías.

—No tengo otra opción. Bob no pudo distraer nada de combustible extra este mes.

—Te hará bien estar entre la gente común.

Me retiró el brazo.

—Mejor al revés. —Esta vez fue ella la que me cogió del brazo—. Ya ves, no soy tan cariñosa como Susan, pero por esta noche bastará, ¿no? Que Dios nos ayude si alguien nos ve. Te sorprendería cuántas personas de Warley vienen a Leddersford.

Ahora yo estaba blindado contra ella. Mientras caminábamos por la avenida dije, en lo que únicamente podría calificarse de un gruñido malintencionado:

—Tu castidad es de sobra conocida, chata.

Ella no retiró el brazo.

—Estás siendo sarcástico.

—Oh, no. Yo la respeto, señora Storr.

Aparentó indiferencia.

—No me has dicho a quién estabas visitando tú.

—A una antigua amistad.

—¿Hombre o mujer?

—Eso es mucho decir. —No se me ocurrió qué contestar; consideré reinventarme a un viejo amigo de la RAF, pero las mentiras son siempre peligrosas. Y no me atreví a mencionar el nombre de Elspeth.

—Mira —dije, señalando hacia el oeste. El sol se estaba poniendo, hundiéndose como un galeón de guerra, con su rojo llameante extinguiéndose en el negro mar de Leddersford. De la gran mole de mansiones empezaron a brotar pequeñas luces amarillas y pude oír el suave deslizarse de las cortinas corredizas—. Una buena puesta de sol siempre me anima una barbaridad —dije.

—¿De veras? —Eva apoyó la cabeza en mi hombro por un segundo—. Por cierto. Si tu amistad es un hombre deberías decirle que no use agua de lavanda —dijo.

Y ese fue el motivo de que, solo tres días después de aquello, me encontrase leyendo perplejo una carta de Susan.

*«No quiero volver a verte nunca más. No hice caso cuando me advirtieron sobre vosotros dos, pero ahora sé que todo el tiempo que hemos estado saliendo juntos tú has estado haciendo el amor con ella. Pronto me iré al extranjero, así que no tiene sentido que me escribas o que telefonees. Has sido muy malo conmigo y lo que más me duele es que me has estado mintiendo todo el tiempo. Supongo que pensaste que era demasiado joven y tonta para hacerte feliz. Tal vez lo fuera; pero ahora siento que he crecido. Espero que seas feliz y que consigas todas esas cosas que tanto deseas. No estoy enfadada contigo, solo triste y dolida, como si hubiese muerto alguien a quien quería».*

Era una carta bien escrita, y todo lo que decía estaba bien considerado; se trataba de la primera carta que recibía de ella o de cualquier otra mujer. Por un lado, fue un alivio: ya no estaba obligado a gastar ni siquiera aquel chelín figurado; todo mi capital físico y emocional podía dirigirse por fin a Alice. El asunto quedaba convenientemente zanjado y era bastante halagador, además, que yo fuese la razón de su tristeza. *Como si hubiese muerto alguien a quien quería.* Anoté mentalmente la frase. Expresaba el hecho de que ella me había amado, de que todo había terminado y de que estaba de lo más afligida por ello, y todo ello sin rebajarse a insultos o incluso a amenazas de suicidio. Era la carta de una genuina Grado Dos; ninguna una mujer de mi propio grado —aun suponiendo que llegase a escribir una carta— habría podido plasmar una nota de modo tan inocente, tan digno, tan *elegiaco*.

Sonriendo, abrí la carta de Charles.

*«Has de saber que estoy felizmente establecido en Londres, aunque hasta ahora he sido incapaz de dar con una de esas viejas y ricas protectoras que, por lo que se me ha dado a entender, abundan en el lugar. De todos modos, ahora estoy enredado con una Bibliotecaria Infantil, una pequeña y deliciosa Grado Cinco —puede que Cuatro—, inteligente (al menos, está de acuerdo con todo lo que yo digo), juraría que no demasiado manipulada y, para mi gran gozo y sorpresa, con un papi que es Director General. Por cierto, se trata de una empresa pequeña, y papi tiene tres hijos, unos botarates los tres y bastante borrachos, que están continuamente despilfarrando la fortuna del*

*viejo: uno está en Oxford, otro es escritor y tiene una asignación más que generosa, y el mayor anda en el negocio y gana un salario demasiado elevado para mi gusto. Ninguno se preocupa lo más mínimo por la pobrecita Julia, pero en mí la chica tiene a un abnegado defensor, de eso puedes estar seguro».*

*«Pero eso no es lo que quería preguntarte. Antes de que la oscura noche del matrimonio caiga sobre nosotros —o en cualquier caso, sobre mí—, ¿qué tal si nos vemos estas vacaciones en Dorset? Me han ofrecido una casita de campo en Cumley, que está en la cabecera de una pequeña cala cerca de Lulworth. Roy Maidstone compartiría gastos con nosotros y podríamos pasar una quincena pescando, nadando, bebiendo y, espero, haciendo salidas pecaminosas a la caza de las fulanas locales las cuales, según se comenta, son estúpidas, cariñosas y apasionadas y huelen a heno y a madreSelva».*

*«La única pega es que el sitio solo está disponible desde el 20 de junio hasta el 11 de julio, pero Roy y yo no podremos bajar hasta el 24. Son solo cuatro días, lo sé. No será tan rentable pero le estoy dando vueltas... Tú dijiste que te podrías marchar el 20, así que si quieres adelantarte a nosotros y confeccionar una lista de vírgenes idóneas y de lugares de interés turístico y demás, la pequeña residencia pintoresca es toda tuya. O bien puedes quedarte en mi alojamiento, de ti depende...»*

Volví a sonreír. Alice y yo llevábamos tiempo haciendo vagos planes de hacer una escapada juntos, aunque fuera de una sola noche. Ella iría a visitar a una vieja amiga de Londres en julio. George viajaría al Continente por negocios.

—Se te ha enfriado el té, Joe —dijo la señora Thompson.

—Estaba pensando en mis vacaciones.

Me sirvió una nueva taza de té.

—¿Ya lo has resuelto todo?

—Sí —dije—. Es extraño, pero siempre que quieres algo lo consigues.

Sobrevino un cambio en la compostura feliz de su cara. Yo había visto algo parecido antes: la Tía Emily tenía aquel aspecto durante las pesquisas judiciales tras la muerte de mis padres. Era una cara anciana la que me miraba, una cara que sabía demasiado acerca del amor, del amor auténticamente humano, tan prosaico como los lunes húmedos y tan necesario como los salarios, que conocía demasiado bien el dolor que se intuye en la manera de hablar, como los hechos probados del policía que presenta evidencias; la señora Thompson lo supo todo sobre mí en aquel momento, vio a través de la carne de mis palabras y en el interior del cráneo detrás de ellas.

—Siempre consigues lo que quieres cuando eres joven —dijo—. El mundo entero conspira para darte cosas...

Entonces volvió a ser ella misma otra vez, y yo volví a estar fuera de aquel juzgado en 1943, con su olor a lana húmeda, a tinta seca y a suelos de piedra, con el



forense que escuchaba a Tía Emily con una mirada aburrida en su gorda cara. Me hallaba de vuelta en la sala principal, con el sol centelleando sobre la encerada mesa de roble y con Eagle Road afuera tan reluciente y bamboleante como un bebé recién bañado.

Cuando llegué la oficina estaba llena de gente estrechándole la mano a Tom Harrod. Tom era el Funcionario Auditor Jefe, llevaba gafas y, aunque apenas rozaba la treintena, ya estaba calvo. Tenía el clásico gesto encorvado del tipo sedentario y la cara muy pálida; supongo que tenía todos los atributos normales de un ser humano, pero a mí siempre me dio la impresión de que había venido incluido en una nueva remesa de material de oficina, o como parte de una donación navideña, en el lugar de una agenda de mesa o una escribanía.

Me uní a la congregación.

—¡Felicitaciones! Serás un buen Subdirector Tesorero. ¿Cuándo partes hacia el sur?

—¡Alto ahí! —dijo él—. Aún no he dejado el puesto. —Plantó la mano en el hombro de Teddy—. Espero que seas capaz de arreglártelas sin mí.

Teddy adoptó un aire de suficiencia. No le pegaba. Cuando Tom se marchó y nos quedamos a solas, dijo:

—¿Vas a solicitar el puesto, Joe?

—No se consigue un Grado Cuatro hasta que se es demasiado mayor como para disfrutarlo —respondí—. Aparte, no merece la pena la responsabilidad añadida.

—Creo que de todos modos yo haré el intento —dijo.

—En cualquier caso tú estás mejor situado que yo. Llevas aquí más tiempo. —Llevaba allí más tiempo que yo; pero no era tan bueno como yo, y lo sabía—. Al principio te sitúan en el Grado Tres —le dije—. Hay algo en los Grado Cuatro que les aterroriza.

—Cualquier cosa me vendrá bien —dijo Teddy—. ¿Sabías que voy en serio con June?

—No podría irte mejor. —Tuve una repentina sensación de pérdida, y después sentí como si se levantasen barreras entre mí y el resto del mundo—. Te deseo suerte, Teddy. Tanto con ella como con el puesto.

—¿Estás seguro de que no te importa que haga la solicitud?

—¿Por qué demonios habría de importarme?

—Yo sería tu superior.

—Tom nunca me molestó mucho.

—Me han dado el soplo de que Hoylake está reorganizando.

—Ya lo sabía desde hacía mucho —dije. Miré las filas de archivos, los tinteros rojos y negros que el botones debería haber despejado el día anterior, el almanaque con la foto de la chica parecida a Susan y la bandeja llena de facturas en mi pupitre. Cada cosa se convirtió en parte de un desierto terriblemente acogedor y, al menos,

pensé mientras volvía la espalda al calendario, el espejismo ya no me engañaría más —. Lo sabía hacía mucho —repetí. Dejé caer la mano pesadamente sobre el hombro de Teddy y se lo retorcí en una burla amistosa hasta que hizo una mueca de dolor—. Sigue así, Teddy.

Cuando llegamos a Wool, Alice estaba dormida sobre mi hombro. Podía decirse que hacía casi demasiado calor; habíamos llevado la ventanilla abierta durante todo el trayecto, pero aquello solo tuvo el efecto de remover el aire como si se tratase de gachas, sin proporcionarnos nada de oxígeno fresco. Zarandeeé a Alice con delicadeza y ella se despertó despacio, sonriéndome alegremente mientras abría los ojos. Llevaba una falda azul acampanada y una blusa blanca; le ayudé a ponerse en pie, asiendo con gratitud la generosa pesadez de su pecho.

—Cuatro días —dijo, cuando por fin estuvimos en el taxi—. Cuatro días enteros. No sé cómo me las he arreglado para esperar tanto. —Me besó, sin preocuparse de la multitud de veraneantes que había alrededor de nosotros en la estación—. Mira —dijo mientras el coche serpenteaba a través de veredas exuberantemente verdes—, ahí está la mansión de *Tess D'Urbeville*. Una vez hice de Tess en una función horrible y me lo empollé todo sobre ella. Este es el lugar de la pasión, cariño.

Le di un suave mordisquito en la oreja.

—¿Es una promesa?

—Todo lo que quieras —dijo ella en un susurro—. Puedes hasta azotarme si así lo prefieres.

—Eso depende de cómo cocines.

—Tenemos un montón de comida. He dejado la despensa vacía.

Susurré algo ligeramente impropio en su oído y para mi sorpresa se sonrojó y dejó escapar una risita, como una escolar.

—Oh, eres *único*, señor L; una vez que se desatan tus pasiones, no tienes freno. Desde luego, no eres capaz de dejar a una chica tranquila ni un minuto.

—Así es, guapa —dije—. La verdad es que soy *insaciable*. Te voy a hacer pasar unos días agitados, así de claro te lo digo.

Se llevó el dedo a los labios, mirando en dirección al conductor.

—De todos modos, ¿no ha sido la espera un poco angustiada?

—Dios, sí. Hasta que te vi en Waterloo no creí que lo consiguiésemos. Ni ahora me parece del todo real.

—Pues hagamos que lo sea. —Entonces nos quedamos sentados en silencio, cogidos de la mano hasta que el taxi llegó a la casita de campo.

La fachada estaba encalada y el tejado era de paja, con dos puertas de entrada, la una junto a la otra; originalmente fueron dos casas individuales y su propietario las había unificado. Parados al comienzo de un empinado camino que partía de la carretera principal entre un monte bajo de saúcos y zarzamoras, notamos que nos rodeaba una extraña atmósfera de desolación voluntaria. Desde el otro lado de la pequeña colina que se elevaba ante nosotros se podía oír el débil murmullo del mar.

Tras pagar al taxista, el vehículo ascendió por el camino vertiginosamente. El taxi era un viejo Minerva sobre elevado y andaba dando tumbos, con los amortiguadores chirriando.

—Cualquiera diría que el lugar está encantado —dije.

—Probablemente lo esté. Nosotros lo hechizaremos cuando nos hayamos ido, ¿vale?

—Todavía no pienso morirme —dije yo, tomándola por los pies y cruzando el umbral con ella en mis brazos. La deposité en el sofá y me quedé de pie frente a ella, sintiéndome algo mareado.

—Ya lo has hecho —dijo ella—. Estás comprometido.

—No me importa —dije—. ¿Te has dado cuenta, querida, de que estamos *solos*? No tenemos que preocuparnos de que Elspeth llegue inesperadamente o de que Eva nos espíe. No tengo que dejarte a las diez en punto en casa, y puedo darte *una buena pieza de porcelana* cada vez que me se me antoje.

—¿Qué tal ahora mismo? —Tiró de mí. Casi inmediatamente la estaba acompañando en una agonía de placer; nos hundimos en una dimensión distinta, de la que emergimos temblorosos y asustados; era como si nos fusionáramos, fundiéndonos el uno en el otro como amebas, pero con violencia, como coches que se embisten.

—¡Cristo! —dijo ella—. Esto ha sido casi demasiado maravilloso. —La palabra no sonó como una blasfemia, y mucho menos cuando la había pronunciado mientras hacíamos el amor. Entonces la pronunció una vez y otra, en un asombro sin aliento; era la primera vez que le oía usarla.

Antes de tomar el té nos lavamos en la cocina. Era pequeña, fresca y estaba enlosada en piedra; tenía la pila poco profunda y el agua salpicaba el suelo. El agua estaba helada. Alice se desnudó hasta la cintura, y pude ver cómo los escalofríos estremecían su espalda mientras las gotas corrían por ella. La ventana era pequeña y estaba toda cubierta de polvo; en la media luz su piel parecía casi luminosa. Libre, en aquel momento, del deseo de poseerla, admiré su belleza de forma impersonal, como una composición de luz y de color, un teorema satisfactorio de líneas que se curvaban generosamente, que se daban, se ofrecían, se ofrendaban: al aire, al azote del agua fría, a mí; el cuerpo de una mujer siempre quiere vivir, todo él, mientras que el del hombre siempre está inclinado a morir. Mientras Alice estuviera allí yo no podría morir. Era como tener a mi padre y a mi madre vivos de nuevo junto a mí; se había terminado el estar asustado y solo.

Se volvió hacia mí y me rodeó el cuello con los brazos.

—Nunca antes había consentido que ningún hombre me viese lavándome —dijo—. Siempre he sido quisquillosa al respecto; solo les permitía verme lista del todo, maquillada, bañada, con el pelo arreglado. Pero tú... Si te causa placer puedes verme haciendo lo que sea. Te quiero, Joe, te amo de veras, como una esposa. Me gustaría que nos quisiésemos tanto que no hubiese necesidad de decirlo. Pero yo quiero

decirlo todo el tiempo.

—Yo te quiero, te quiero como un marido. Moriría por ti.

—No hables de muerte.

—Pues entonces, viviré por ti. Te haré la mujer más amada del mundo entero.

—No. Solo la mujer a la que *tú* más ames. —Suspiró—. Podría quedarme aquí para siempre.

Me escocían los ojos por las lágrimas. Todos somos cautivos de ese enano egoísta, hasta que amamos a alguien y nos volvemos seres humanos tan rápidamente que casi es doloroso.

—Ahora es auténtico —dije—. Toda la tierra es sólida.

Se apretó más fuertemente contra mí.

—¿Te gusta mi tacto? ¿Te gustan estas? ¿O crees que están demasiado viejas?

—Son perfectas. Las únicas entre las que mi cabeza se siente feliz. —Pero mientras lo decía me encontré por un segundo deseando que fuesen más jóvenes.

Preparamos una copiosa merienda a base de salchichas enlatadas americanas, huevo en polvo y fruta en conserva, y después bajamos a Cumley. O, más bien, subimos; el pueblo estaba como a una milla del mar, mientras que la casa se hallaba en el extremo de la cala de Cumley. Eran ya las seis cuando llegamos al pueblo y se había levantado algo de fresco; después de que encargásemos pan y leche en las tiendas del pueblo, nos sentamos en una explanada de césped bajo la sombra de un gran roble, dejando que la tranquilidad viniese y se quedase con nosotros, acariciando amablemente nuestras manos con el hocico como un *spaniel*.

Se había puesto un vestido corto de seda con un dibujo turquesa y dorado llameante, y los colores se deslizaban entre ellos; tenía la intensidad de un oscuro pastel de ciruelas y en contraste su pelo claro de color miel y su piel, que ya empezaba a broncearse, parecían suavemente exóticos. Un labriego que volvía a casa, demasiado abrigado para una temperatura de *veinte grados* a la sombra, nos dio las buenas tardes, con sus ojos claros vagando pensativos por el cuerpo de ella.

—Chaqueta de lana, chaleco, camisa de franela, pantalones de pana y probablemente ropa interior hasta los tobillos —dijo ella—. Solo de verlo me pongo a sudar.

—Yo solía trabajar desnudo de cintura para arriba en Alemania —dije—. Casi me vuelvo loco por las quemaduras. Y entonces cambiaba el viento y cogía frío.

—Tipo listo —dijo ella—. Te crees que lo sabes todo, ¿eh?

—Pero si ni siquiera sé dónde estoy. Aquí no hay montañas ni chimeneas de fábricas ni edificios ennegrecidos; esto es positivamente decadente.

—Yo no diría que Warley esté demasiado industrializado.

—Sí, pero la industria está ahí, en todos lados, de fondo. Esto es diferente. —Miré las casas de campo cercanas, de un blanco destellante y de un fresco color galleta, con sus tejados bajos de paja y su aire de encanto deliberado, y al otro lado la iglesia, en gastada piedra gris. Todo el lugar parecía oler a leche, a heno y a polvo

limpio de verano; y había en todo ello una soporífera y tolerable sensualidad. Un pueblo de Dales en una tarde como esta habría tomado el sol como una medicina gustosa, como una necesidad que acabase siendo placentera: Cumley en cambio se entregaba a un abandono desvergonzado.

—Es diferente —dijo ella—. Es un mundo más antiguo, tan distinto de todo que resulta extranjero. Pertenece a los granjeros y a los aristócratas. Supongo que la mayoría son todos unos granujas, pero al menos un montón de estiércol huele más sano que la caseta de un telar. Esto es más inglés que el Norte... ¡Dios mío, escucha cómo hablo!

—No pares. —Siempre me gustaba oírlo; podía hablar de cosas impersonales sin que la conversación se volviese una conferencia.

Llevábamos allí como unas dos horas cuando dos chicas pasaron frente a nosotros seguidas por dos jovencuelos. Una de ellas me llamó la atención. Parecía tener unos quince años, con una cara plana e impassible y el pelo negro. Llevaba un vestido estampado muy corto y pude ver la forma de sus piernas a través de él.

—Buenas tardes —dijo—. ¿Tienen hora, por favor?

Antes de que pudiese siquiera mirar el reloj, Alice le dio la información necesaria, rápida y secamente. La chica no apartó su mirada; sus ojos recorrieron mi cuerpo de arriba abajo, del mismo modo que yo había hecho con el suyo.

—Gracias, señor —dijo—. Hace buen tiempo, ¿no cree?

Entonces se dio la vuelta y se marchó por el sendero, contoneando ligeramente sus caderas. Oí sus risitas mientras desaparecían de nuestra vista en dirección al bosque que se alzaba al oeste del pueblo.

—Necesito un trago —dijo Alice. Miró fijamente al bosque—. *Ella no.*

—Te quiero —dije—. No me interesan las crías. Particularmente no interesan las menores como esa. La ley las protege.

—Tú seguirás aquí cuando yo me haya ido —dijo ella—. ¿Me prometerás una cosa ahora que estás sobrio y frío como una piedra a la clara luz del día? No te acuestes con ella. Con cualquier otra no me importa, querido, pero no con ella.

—Por supuesto que no lo haré... No estaré en condiciones.

Lanzó una risita, y la tensión desapareció de su rostro. Entramos en el pub agarrados por la cintura; nunca antes me había sentido tan libre, tan libre de tensiones, de preocupaciones y de vergüenzas. El pub, un viejo edificio con techos bajos, vigas de roble, gruesos muros y ventanas divididas con parteluz, era un lugar agradable para sentarse, escuchar el cálido parloteo de Dorset y beber cerveza tostada la cual, al contrario que la mayoría de cervezas sureñas, tenía un buen un buen sabor malteado. Cuando llegamos a la tercera ronda, le ofrecí un cigarrillo a Alice.

—No, querido.

—Tengo suficientes.

—No me apetece. No creo que nunca me vuelva a apetecer. Te tengo por esta noche y por tres días más; tenemos una casa, comida y bebida suficientes, y mis

nervios no están al límite. No es importante para mí pensar en fumar, y a la vez sí lo es, porque se trata de un símbolo. Fúmame uno tú si quieres, mi amor. Pero necesito relajarme, para eso prefiero... —susurró en mi oído.

Me sentí como si me hubiesen cogido del cogote y me hubieran dejado caer a través de un cielo de manos, y cada mano fuera la de Alice, que me frenaba gradualmente; hasta que de repente estuve otra vez abajo, en el pub, aturdido por el entusiasmo, mirando sus ojos de color azul oscuro. No era capaz de decir nada; el momento era demasiado grande para que yo lo pudiera manejar. Había descubierto por vez primera cómo era el amor para mí y no había pensado, como en el pasado, que era semejante al de otra gente, sino lo que lo diferenciaba del amor que sentían los demás. Cuando la miré supe que allí, delante de mí, estaba todo el amor que me sería concedido; había cobrado mi ración. Habría sido mejor si ella hubiera sido diez años más joven y hubiese contado con su propio dinero; del mismo modo, la vida sería mucho más agradable si los ríos fuesen de cerveza y si en los árboles crecieran sándwiches de jamón. Se había acabado el ser sensato.

La noción de que en el mundo solo hay una mujer para cada hombre puede parecer tonta, y romántica. Todo lo que sé es esto: en aquel momento no había ninguna otra mujer con quien yo pudiera ser feliz. No existía ninguna clase de compulsión obsesiva entre nosotros, ni tampoco nuestro amor era lo que se dice eficiente, una combinación exacta de virtudes y defectos. Cuando dije que ella estaba hecha para mí utilizaba también la palabra con el sentido que le dan en Yorkshire, «complacido con», «encantado de»: *Estoy totalmente hecho a ti, muchacho*. Era un enunciado que yo suscribía enteramente sin jocosidad; expresaba algo que no podría decir en ninguna otra lengua.

Esa noche y las que siguieron, lo aprendí todo sobre el cuerpo de una mujer y sobre el mío propio; más de lo que sabría nunca. En lo que a mí respecta, no había más mujeres; solo extrañas amistosas con apariencia y funciones femeninas. Siempre que hago el amor ahora me siento como si fuese uno de los personajes del anuncio de una revista. Ya saben de qué clase: una gran habitación, con todo recién estrenado y rayos de un sol de litografía derramándose a través de la ventana. La chica en la cama es, como dice la canción, «tan rosa y tan suave como un cuarto infantil». Apenas aparenta la edad suficiente como para estar casada, pero lleva una alianza que lo prueba. El marido generalmente tiene una tranquila cara simiesca de ojos redondos, con un prominente labio superior y algunas arrugas en la frente. Sus últimos atributos son, junto con su corte de pelo militar, simples alusiones al sexo. Ambos parecen muy limpios, quizás demasiado, como si estuviesen hechos de algo duro y brillante que pudiese limpiarse como los azulejos de un baño. Necesitarían más sueño en sus ojos, necesitarían al menos un aire viciado, un aspecto despeinado, al igual que a la habitación le haría falta por lo menos una pequeña grieta en la escayola y un juego de dientes postizos en un vaso, y los rayos de sol deberían sugerir ese polvo del que,

vengamos o no, todos nos habremos comido un montón antes de morir. Mi esposa y yo no somos facsímiles exactos de esa pareja, desde luego, pero pertenecemos al mismo mundo; y lo que sucede dos o tres veces por semana entre las finas sábanas de lino del dormitorio principal en nuestra acogedora casita saliendo de Linnet Road es, estoy seguro, lo mismo que le habría pasado a la pareja en el anuncio. No es que no lo disfrute; se trata de algo decente, saludable y satisfactorio. Pero lo que Alice y yo disfrutábamos juntos era algo que nadie más podía disfrutar. No había freno ni vergüenza, no había nada normal o anormal en aquella desordenada cama doble situada en una habitación con ventana abuhardillada, ni en tumbarnos desnudos en la caleta cercana ni en correr a través del espeso bosque de madreSelva y de las veredas hundidas, desbordadas por los árboles y hasta por los arbustos que se transformaban en oscuros túneles calurosos. Ambos dejamos de fumar: era parte de la elevada percepción que compartimos durante aquellos cuatro días. Cualquier cosa que hubiese hecho monótona esa percepción o que hubiese sofocado incluso la menor fracción de tiempo, habría sido impensable. Porque, aunque habíamos planeado toda una vida juntos, nos comportábamos instintivamente como si nos encontrásemos juntos por última vez.



Ella lloró todo el camino hasta Dorchester. La abracé con fuerza, con mi cara pegada a la suya; recuerdo el olor de su cabello, a mar, a aceitunas y a sudor. Apenas hablamos; yo tenía la mirada perdida fuera, en las ondulaciones del terreno, en el trigo que parecía reflejar el brillo oscuro de las piritas, en las extensiones de brezo tan teatralmente lúgubres como teatralmente opulentos eran los sembrados, bebiendo grandes tragos de decorado como si fuera brandy contra mi creciente sensación de culpa y de vacío.

Al entrar en la estación dijo de pronto:

—Ojalá me hubieses matado. —Sus palabras, revestidas de ese tono prosaico, sonaron espeluznantes.

—¿*Matarte?*

—Por si te interesa saberlo, te habría dejado. —Su color era desigual bajo el bronceado—. Me has hecho tan feliz que no puedo imaginarme vivir un segundo sin ti. Realmente no puedo ni imaginar cómo será el momento en que me encuentre sola en el compartimento... Supongo que los condenados a la horca no se lo creen realmente hasta que tienen el pie sobre la trampilla.

—Calla ya, tonta. Volverás a verme. Me verás a menudo. Para el resto de nuestras vidas, ¿recuerdas?

—¿Tú me quieres? Incluso ahora, no tienes por qué mentir sobre ello. ¿De verdad quieres que me divorcie de él? —Tenía los ojos hinchados por el llanto, su vestido había perdido la elegancia de la ropa recién estrenada; de repente recordé a la calmada y bien vestida Alice que había conocido aquella tarde en los Intérpretes, y me sentí como un asesino.

—Lo juro. —La miré directamente a los ojos—. Te amo, Alice. Te amaré hasta el día en que me muera. Ahora eres mi esposa. Nunca habrá otra. Estaré contigo en cada recodo del viaje.

—No hay nada más que pueda decirte, Joe. —Empezó a maquillarse la cara de manera enérgica y experta—. Haz algo por mí antes de que llegue el tren, ¿lo harás, cariño? Consígueme algunos cigarrillos y unos fósforos. Y márchate cuando suba al tren. Vete y no mires atrás. Y piensa en mí todo el tiempo. Sigue pensando en mí.

Una vez la despedí en el andén a Londres de aquella estación tan pequeña y tan rara —exageradamente limpia, verde y blanca, en nada parecida a una auténtica estación de ferrocarril— entré en un hotel para beber algo. Tenía una hora que matar antes de que llegasen Charles y Roy. Bajo el sol ardiente toda la ciudad parecía entregada al placer. No era el placer de Blackpool o de Margate o de Scarborough, que era un mero alto en los quehaceres cotidianos. Era más bien como la culminación

de un patrón de vida que ya empezaba a crujir de gusto como un billete de cinco libras: el público que disfrutaba a mi alrededor sobre la gruesa moqueta del bar de aquel hotel parecía a sus anchas no porque estuviese tomando un trago antes de una comilona sino porque, durante un rato, no tenía que preocuparse de facturas ni de contratos ni de informes. El lujoso bar y el Pimm's helado, el ligero traje de lana, la corbata de seda y el sombrero Panamá formaban parte de mis vacaciones, del mismo modo que el taxi que me había llevado y me había traído de Cumley; pero aquello no era un capricho, sino solamente una necesidad propia de las clases elevadas. Terminé mi Pimm's y le hice una seña al camarero ataviado con una chaqueta blanca; se acercó inmediatamente, y al instante supe que me aceptaba como la clase de cliente que la dirección apreciaba. Si quieres descubrir a qué grado piensa la gente que perteneces, vete a cualquier coctelería abarrotada y toma nota de lo rápido que te sirven.

Me reuní con Charles y Roy después del almuerzo. Charles llevaba unos pantalones de lino color galleta, zapatos marrones y blancos, una llamativa camisa roja y una gorra blanca con visera verde. Debajo de la gorra su cara estaba roja como el ladrillo. Roy, un hombre alto y encorvado que trabajaba en la biblioteca del distrito contiguo al de Charles, llevaba zapatos azules de ante, pantalones de lino azul, una camiseta naranja y gafas de sol blancas. Ambos fumaban puros.

—¡Dios mío! —exclamé—. Parecéis directores de cine chiflados.

—Esa es la idea —dijo Charles—. Una docena de ex vírgenes aguardan sus contratos en este momento.

—Es sencillo —dijo Roy—. Solo hay que decir: «Ahora pórtate bien conmigo y yo me portaré bien contigo, nena». —Me escrutó lentamente y sacudió la cabeza. Tenía cara de cómico de Lancashire, alargada e inmóvil, con profundos surcos que daban la impresión de una afabilidad sardónica—. Pareces cansado, Joseph. No hay duda de que has trabajado hasta la extenuación para poner a punto el pequeño hogar para nosotros.

—Creo que no es a eso a lo que se debe su aspecto exhausto —dijo Charles—. Examinemos ese traje tan elegante, la deslumbrante camisa blanca y, por Dios, el panamá. Observa esas bolsas bajo los ojos, esa mirada de satisfacción lasciva... No ha pensado en nosotros en absoluto durante estos últimos cuatro días, Roy. ¿Sabes por qué luce esas rayas tan bien planchadas en el pantalón? Porque hoy es el primer día que se viste desde que llegó a Dorset.

—Ni siquiera has admirado nuestro transporte de la pasión todavía —dijo Roy.

Era un Hudson Terraplane de antes de la guerra, dotado de un cierto aire disoluto y gangsteril.

—Se lo alquilamos con descuento al tío de Roy —dijo Charles—. Ya sabes, aquel tipo tan alegre que conociste en el Smoke por Navidad.

—No tan endemoniadamente alegre —dijo Roy—. Este coche ha matado ya a tres hombres. El Tito pensó que era muy listo cuando lo compró barato y lo reparó

provisionalmente, pero ahora no puede venderlo. Viejo canalla tacaño, las manchas de sangre están aún en el asiento delantero.

Charles me palmeó la espalda e introdujo sorpresivamente un puro en mi boca.

—Ahí está, la imagen del perfecto caballero inglés. Bien alimentado, ligeramente bebido, y en el último estadio de la extenuación sexual. —Miró su reloj—. ¿Tomamos una rápida antes de que cierren, o nos relajamos tranquilamente en la finca?

—¡A la finca! —dije. Me senté delante junto a él, y Roy se estiró a lo largo en la parte trasera.

—Estoy comprometido, ¿sabías? —Charles se rascó el lateral de su nariz, uno de sus trucos cuando estaba en algún aprieto.

—¿No será con Julia?

—Así es. Una buena chica. Tienes que conocerla, en serio.

—Yo no le gustaría mucho. En cuanto a ti, me alegro de que hayas decidido sentar cabeza. Ya eres mayor para andar acostándote por ahí con cualquiera. No te conservas tan bien como yo. Y bien, ¿es una Grado Uno?

—Todos los grados se transformaron en uno. No ha habido ni un momento de monotonía.

Me sobrevino una sensación de que algo había cambiado de un modo tan inevitable y natural como lo hacían las estaciones del año; de que había una marea con la que yo debía moverme pero no lo hacía.

—Yo también estoy predestinado al matrimonio —dijo Roy.

—Enhorabuena. —Un pensamiento me sacudió—. No las habréis invitado a la finca, ¿verdad?

—Cálmate, chico. La mía está en Irlanda y la de Roy en Escocia.

—Nuestras suegras no se fían de nosotros —dijo Roy.

—No me lo explico —dijo Charles, metiéndose en el hueco entre un carromato y una moto que se aproximaba a cincuenta—. Lucy fue una de las subalternas de Roy. Una dulce niñita de dieciséis cuando empezó.

—Ve más despacio —dije— o también yo arruinaré la tapicería. Dios mío, ¿cómo conducirías un jeep?

—Yo estuve allí mismo con Errol Flynn en el Día de la Victoria. Conduciendo por una calzada cubierta por cadáveres de los japos. Mountbatten, Slim y el resto nos seguían a una distancia respetable. Bellas chicas birmanas nos abrumaban con besos y flores y los Warner Brothers planeaban sobre nuestras cabezas cantando Te Deums...

Una motocicleta nos pasó rasante, raspando la aleta delantera algo más de lo aceptable. Charles agitó el puño contra él.

—¡Tú, estúpido bastardo! —aulló.

—Yo conduciré —dije—. Siempre que estás al volante te olvidas de que ya no estás en el glamuroso Oriente en donde podías fusilar a cientos y te dejaban ir con

una reprimenda.

—Y un cuerno, una reprimenda —dijo Charles. Paró el coche y se apartó para hacerme sitio—. Un culi me costó una vez cien pavos.

—Bruto imperialista —dijo Roy—. Los hombres como tú son los que nos hicieron perder el Imperio.

Cuando arranqué el coche dio una sacudida, pero pronto le cogí el tranquilo. El volante estaba algo bajo y un pelín gastado, pero el motor tenía bastante potencia y pronto me di cuenta de que me lo estaba pasando bien. Charles y Roy empezaron a cantar *In Mobile*. Me saqué el puro de la boca y me uní en el estribillo.

*In Mobile, in Mobile*

*Here's a health to the drinking classes in Mobile*

*When they've finished with their glasses...*

Vi el puro y recordé que había dejado de fumar. La culpa comenzó a hacer efecto en mi interior una vez más; pero cuando terminamos de cantar volví a ponerme el cigarro en la boca. Era demasiado bueno como para desperdiciarlo.

Charles me dio una palmada amistosa.

—Esa expresión tranquila se asienta sobre una máscara de dolor. Una lágrima tiembla en esos enrojecidos ojos azules. ¿Despierta nuestra pequeña cancioncilla recuerdos del tiempo en que eras un desmesurado usuario de Brylcreem y no te ponías abrigo ni en los días más fríos?

—Ha venido así todo el camino desde Londres —dijo Roy—. Se está refinando para hacerse un buen Jefe: conseguirá que algún pobre mequetrefe se retuerza bajo un torrente de sarcasmo un día de estos.

—Podrías ser tú —dijo Charles—. Tras los habituales comentarios sobre la necesidad de que los miembros superiores de mi personal den buen ejemplo, etcétera, iré al grano. *Maidstone*, diré, eructando ligeramente tras mi almuerzo en el Savoy Grill, *Maidstone, casi no puedo creer que sea posible que un hombre que ocupa una posición tan elevada no esté al tanto de la existencia de la era del consentimiento. Es inútil afirmar que los ejemplares juveniles han aumentado considerablemente...*

Reduje la marcha al pasar por delante de la explanada de césped.

—Pues por aquí hay un sabroso *ejemplar juvenil* esperándote —dije. Me refería a la chica de pelo moreno que me preguntó la hora el primer día que estuve en Cumley.

—¡Diantres! —dijo Roy—. Atadme al mástil, dijo Ulises. Casi merece la pena los diez años de trabajos forzados, ¿no?

La chica estaba sentada sobre la hierba junto al borde del camino leyendo una revista. Vestía pantalones negros y un jersey rojo muy ceñido. Levantó la vista cuando pasamos.

—Te está sonriendo —dijo Roy—. Charles y yo testificaremos a favor tuyo. Tú di que no tenías noción de su edad.

—Son como manzanitas —dijo Charles, melancólico—. Es endiabladamente injusto; la edad precisa a la que las chicas de esa clase merecen la pena es cuando una ley absurda dice que son inviolables. Esa chica ya ha alcanzado su punto álgido. A partir de ahora entrará en declive irremisiblemente.

Pensé en la cara de Alice arrasada por las lágrimas, y en el encorvamiento cansado de sus hombros mientras se alejaba de mí en la estación; me enfadé con la chica por ser joven y por estar intacta, y conmigo mismo por mirarla.

—Te estás haciendo viejo —dije yo—. Lo próximo serán niñitas en el cine.

—Sin duda, sin duda —dijo Charles—. Cuando yo tenía su edad no se me hubiera ocurrido mirar a ninguna mujer de menos de treinta. Ahora ya no miraré a ninguna mujer por encima de... —Me miró de forma penetrante— veinte. Veintiuno a lo sumo.

—Sois un par de viejos verdes libidinosos —dijo Roy—. Démonos un baño antes de merendar y lavemos estos pensamientos impíos. ¿Cuál es el mejor sitio, Joe?

Pasábamos junto a la vereda que conducía a la cala en la que había estado con Alice aquella mañana. Era el mejor sitio para nadar; el resto de zonas de playa estaban demasiado expuestas y llenas de guijarros. Pero no podía, justo en aquel momento, tolerar la idea de que cualquiera perturbase mis recuerdos de lo que había tenido lugar allí mismo hacía menos de cuatro horas. La cala era nuestra y solo nuestra en un sentido en el que, ignoro por qué, la finca no lo era.

—Está como a una milla —dije mientras dejaba atrás el sendero.

—¡Acelera! —dijo Charles impaciente—. La carretera está despejada.

Pisé a fondo y un momento después me lanzaba por la estrecha carretera junto al cabo norte de Cumley dejando tras de mí una ráfaga de polvo. Había un camino que conducía abajo hacia la playa, y Charles y Roy agarraron sus bañadores y lo bajaron corriendo.

—¿No vienes, Joe? —preguntó Roy—. Hay un traje de baño de sobra por ahí.

—No, gracias —dije—. Ya me he bañado.

Bajaron por la senda dando alaridos como escolares y en apenas diez minutos les oí maldecir cuando tuvieron que atravesar los guijarros con los pies desnudos. Después llegó hasta mí un sonido de salpicaduras. Cogí otro puro de la caja del asiento trasero, lo perforé, lo encendí cuidadosamente y traté de no pensar en nada, acariciando por gusto la gastada baquelita del volante.

Con todo, pasamos unas agradables vacaciones. Comenzábamos cada día con té fuerte y ron, nos dábamos un baño antes del desayuno —descubrieron la cala por sí mismos al segundo día— y comíamos copiosamente. Vimos todos los sitios que merecía la pena ver: el Gigante de Cerne, el Castillo de Corfe, Cloudshill y todo lo demás. También bebimos mucha cerveza; pero supongo que la comida, la luz del sol y el aire fresco nos fueron manteniendo sobrios. Así, el único día que llovió nos agarramos una cogorza descomunal; empezamos en el pub del pueblo a la hora de comer, seguimos por la tarde en la casita con cerveza embotellada y cuando se hizo de noche condujimos hasta una fonda cercana a Bournemouth. Creo que en mi vida había bebido tanto; siempre se tiende a exagerar las cantidades, pero más tarde, cuando echamos la cuenta, todos estuvimos de acuerdo en que por lo menos nos habíamos metido veinte pintas y media botella de ginebra por cabeza.

No sé muy bien cómo pude conducir el coche de vuelta. En circunstancias normales, lo habríamos dejado aparcado y habríamos tomado un taxi, pero a Roy se le ocurrió golpear a un oficial en los lavabos de la fonda, y creímos que lo más aconsejable sería escurrir el bulto cuanto antes. Roy, un tipo en apariencia tranquilo, pareció volverse —utilizo la expresión de Charles— totalmente tarumba cuando tomó una pinta más de la cuenta. Charles pasó un mal rato con él en el asiento de atrás; por alguna razón se empeñó en intentar quitarse la ropa y solo desistió cuando Charles le arreó un puñetazo en la mandíbula. Entonces empezó a comportarse de forma más o menos normal, si es que pueden denominarse normales los accesos de llanto alternados con blasfemias. La noche estaba humeante de calor como un gran animal; podía verse el vapor ascendiendo desde el suelo, y las carreteras estaban resbaladizas. En un par de ocasiones las ruedas del coche patinaron un buen trecho, y lo malo era que, aunque sabía perfectamente que debía estar atento para salir con vida del trance, el asunto no me preocupaba ni lo más mínimo. De alguna manera desquiciada, estaba disfrutando del peligro.

Cuando llegamos a Cumley ya había escampado. El aire estaba empapado de un olor a hierba mojada, que se mezclaba con todo un repertorio de aromas nocturnos. La luna estaba en lo alto, fría y lejana como el ulular de un búho.

—¡Dios está muerto! —aulló Roy de pronto. Entonces empezó a lloriquear otra vez—. Había dos oficiales. Me acabo de acordar. Pegué al que no era. Que Dios me perdone.

—La fase final —dijo Charles—. Remordimiento sensiblero.

—No quisiera parecer inquisitivo —dije—, pero ¿por qué le atizaste?

—Tenía la Cruz Militar —dijo Roy.

—Y tú tienes la Delirium Tremens —dije yo—. Esa no es razón para darle una

paliza al pobre diablo. No van a darte una medalla a *ti* solo por destrozarle la nariz.

—¿Verdad que es simpático? —dijo Charles—. Un genuino esquizo en cuanto se pone alegre. Está tristón porque piensa que se merecía una medalla y lo ignoraron. Porque, maldita sea, ¡era yo el que tendría que haberle dado la paliza! Maté por lo menos a cuarenta japos, sin mencionar a aquel morenito que atropellé en Calcuta. ¿Qué recompensa he recibido a cambio? ¿Qué reconocimiento se ha hecho de mi entrega al deber y de mi desprecio del peligro? ¡Ninguno en absoluto! ¿Estoy amargado? ¡No! Solo contento de que cuarenta japos estén muertos en vez de estarlo yo.

—No lo comprendes —dijo Roy—. Yo era sargento. Si hubiera hecho lo que quiera que hiciese ese capitán, no me habrían dado la Cruz Militar. Me habría tenido que conformar con una mísera Medalla Militar.

—Distintas percepciones del coraje —dijo Charles—. Como comparar un huevo con una castaña. No se haga mala sangre, sargento.

—Se preocupa demasiado —dije yo.

—Es mejor que no preocuparse en absoluto —dijo Charles, e hipó—. Lo que preocupa a nuestro amigo carece de importancia, y su acción fue pueril e inútil, aunque le hubiese pegado a la persona correcta. Lo que importa es que sintió que algo estaba mal e hizo algo al respecto.

El coche volvió a patinar al girar por el camino de la finca, así que yo estaba muy ocupado retomando el control de la dirección como para responder. Roy había perdido el conocimiento del todo cuando llegamos a la casa. Después de aflojarle el cuello de la camisa y de acostarle en el sofá de abajo, Charles volvió al ataque.

—¿Quieres cenar? —dijo.

—Me voy a la cama. El suelo no se está quieto.

—Deberías comer algo, así te quitarás la sensación de estar subido en un barco.

Se fue a la cocina, tropezando un par de veces con sus propios pies, y volvió en un tiempo sorprendentemente corto con una tetera y un plato de sándwiches de ternera en conserva.

Colocó una silla frente a mí y se sentó en ella a horcajadas.

—Tú no vas a casarte con Alice —dijo. Le dio un bocado inmenso a su sándwich—. Aunque le agradezco que dejase aquí todo este delicioso papeo.

—¿Quién dice que no me voy a casar con ella?

—Yo lo digo. —Se quitó las gafas. Privado de ellas, sus ojos parecían más claros, grandes y fríos; su cara roja ya no parecía tan alegre.

—Que te quede claro —dije—. Amo a Alice. Ella me ama. Soy feliz con ella. Y no solo en la cama.

—¿Amor? Es gracioso que uses esa palabra. ¿Qué diría tu tía Emily si fueses y le contases que amas a una mujer diez años mayor que tú y que encima está casada? —Tomo un sorbo de su té.

—Ella vomitaría, dalo por seguro. Es imposible que lo entiendas. Su marido no

tiene nada que ver en esto. Él no la quiere y ella no le quiere a él.

—No —dijo Charles—. Claro que no. Pero él la mantiene. Dijiste que ella no tenía ingresos propios. Todo ese surtido enlatado de la despensa, la botella de whisky, esa pitillera de plata que te regaló... Todo viene de él.

—Dios mío —dije disgustado—. No te pongas moralizante conmigo. Él bien que se lo puede permitir.

—Esa no es la cuestión, cretino. Si ella se lo ha hecho a él, te lo hará a ti también. Me levanté de golpe.

—Debería pegarte. —Me sentí asqueado y criminal; la sangre resonaba en mis oídos y empecé a sentir un desagradable sabor azucarado en la boca.

Charles sonrió.

—No lo hagas, Joe. No serviría de nada, créeme. Además, sabes perfectamente que es verdad.

No le contesté, pero caminé por la habitación como si estuviese haciendo inventario para los administradores: sillas Windsor, sofá de crin, mesita auxiliar bien pulida, una radio con receptor independiente y un amplificador, un mueble con un gran gramófono, una librería de vitrina.

—¿Quién es el dueño de este sitio? —pregunté.

—Un actor. Es amigo de Roy. Por una vez está trabajando, así que pensó que bien podría subarrendar el lugar. ¿Por qué lo preguntas?

—Me lo preguntaba. A veces da una sensación extraña. Fría.

—Se supone que está hechizado. Esta es la comarca de la Magia Negra, no lo olvides. Aunque no lo habrás notado. Has estado demasiado tiempo bajo el sortilegio.

Me serví una taza de té y me la llevé a los labios con ambas manos. Roy empezó a roncar, sus ruidos y resoplidos rivalizaban con el siseo constante de la lámpara de Aladino.

—Un hombre de veintiséis no puede casarse con una chica de dieciséis —dijo Charles—. Lo único que provocará será envidia. Mira esas bodas de sociedad: novios de treinta y cinco y novias de diecinueve o menos. Todas esas estrellas de cine entradas en años compran novias ingenuas, también. A veces un hombre se casa con una mujer mayor por su dinero y la gente les llama cosas de lo más desagradable, pero mientras que tenga el dinero en el bolsillo, ¿por qué habría de importarle? Los de nuestra clase nos casamos con mujeres de nuestra misma edad; se supone que ese es el arreglo más decente. Pero tú quieres meter la nariz en lo peor de los dos mundos. Quieres casarte con una mujer mayor que para remate no tiene nada de dinero. Ya estaría bastante mal si fuese soltera; pero además tú la has arrastrado al redil de la Corte de Divorcios.

—Él tiene una amante —dije—. Solo viven juntos para guardar las apariencias.

—¡Que Dios me dé paciencia! Él tiene mucho más dinero que tú, compadre, y es mucho más inteligente también. No le atraparán, haga lo que haga. Por cierto, ¿disfrutaste bañándote desnudo con ella?



—Yo nunca te he contado eso.

—No me has contado mucho, la verdad. Por eso sé que vas en serio con ella. Me ofrecieron un informe completo de tus actividades playeras, hasta del último suspiro de ambos. Ayer, en el pub del pueblo. Menudo vejete. *Ella solo llevaba puesto un gorro de baño rojo, dijo. Hasta eso se quitó.* Ciertamente alegrasteis su anciana decrepitud; la cara se le ponía azul de excitación mientras lo recordaba.

—Aparte de para hacerme sentir totalmente asqueroso —dijo lentamente—, ¿a dónde quieres llevarme?

—Estás un poco espeso esta noche. Si el señor Aisgill quisiera divorciarse, podría permitirse pagar a detectives que te rastreasen hasta aquí. Eso sería suficiente, pero por un buen hueso ellos podrían averiguar lo del viejo. ¿Puedes imaginártelo? ¿Te imaginas la historia en los periódicos dominicales? Afronta los hechos, Joe. No podrías soportar que se te mostrase así. No perteneces a la clase de los que se crecen con el escándalo. Se te rompería el corazón. —Apartó de mí su mirada y dijo en voz baja—. Y tú romperías el corazón de otras muchas personas. Personas que no te desean más que el bien.

Intenté pensar en Alice simplemente como en la persona a la que amaba, la única con la que podía ser amable, tierno y tonto, la única de la que estaba seguro hasta el último aliento, la única que se sacaría el corazón para mí y me lo ofrecería para comérmelo si quisiera; pero todo lo que podía recordar era su falda levantada en mismo el sofá en el que ahora roncaba Roy su suave cuerpo desnudo en la playa donde nos bañamos aquella mañana; solo podía recordar el placer, el fácil placer, y eso no era suficiente para contrarrestar las palabras de Charles.

—¿Y qué pasa con Susan? —preguntó.

—Se ha terminado. Sabes perfectamente que se ha acabado del todo.

—Pues de eso no estoy tan seguro. No has hecho ningún intento por recuperarla.

—No serviría de nada. —Bostecé—. Estoy cansado. —Me levanté y me despecé—. El suelo ya es estable. Hemos bebido hasta estar sobrios.

—Eso no importa. Mira, Joe, no suelo pedirte favores. De todos modos no es por mí. Es por ti. Prométeme que escribirás a Susan.

—¡Menudo calor! —dijo Susan.

Estábamos tumbados en el Folly, en un claro salpicado de helechos. El sol de la tarde caía implacable sobre nosotros como si se tratase de un agradable *peine forte et dure*.

—Tú no deberías tener calor —dije, mirando su falda de algodón y la blusa que dejaba sus hombros al descubierto—. Apenas si llevas nada.

—¡*Pillín!* —dijo, y se subió la blusa hasta cubrirse los hombros—. ¿Estás contento ahora? ¿Está Joety feliz ahora que su Susan ha vuelto a su lado?

Volví a descubrir sus hombros. Besé cada uno con suavidad.

—Estoy feliz ahora. Solo soy feliz cuando estoy contigo.

Las mujeres de más de treinta años aparentan menos edad a la luz del crepúsculo o en la penumbra; una chica de diecinueve parece más joven, casi infantil, bajo el duro resplandor del sol de mediodía: en aquel momento Susan parecía no tener más de catorce años. Su carmín había sido borrado por los besos; el colorete había desaparecido; sus labios aún permanecían rojos, su piel inmaculada.

—Fue una carta *adorable* —dijo—. Oh, Joe, estaba tan triste hasta que la recibí... Fue la mejor sorpresa que me han dado en toda mi vida.

Charles me había echado una mano a la hora de escribirla. Eso tras una discusión prolongada, en el transcurso de la cual me llamó, entre otras lindezas, salido, retrasado y gigoló fracasado.

—Ahí tienes —dijo cuando la hube firmado—. Eso debería hacer que la estúpida zorra vuelva corriendo con una candorosa mirada en sus ojos. Siempre puedes contar con el Tío Charles.

Desde luego que podía; allí estaba Susan para probarlo. Yo había regresado de Dorset hacía una semana y ella acababa de volver de Cannes; me llamó al segundo siguiente de leer la carta. El agrio aroma humeante de los helechos me atrapó la garganta; me incorporé sobre el codo y contemplé Warley allá abajo, en el valle. Podía verlo todo: el Ayuntamiento con las jardineras de flores sobre la entrada, las barcas fluviales en Snow Park, los autobuses amarillos saliendo en caravana de la estación, la gran franja de humo negro de las Fábricas Tebbut en Sebastopol Street, el pulso del tráfico en Market Street con sus tiendas cuyos nombres podría recitar en letanía —Wintrip el joyero, con sus preciosos relojes de oro y plata que hacían que el mío pareciese barato; Finlay el sastre, con sus camisas Dasks y Vantella y sus vestidos Jaeger; Priestley el colmado, con su olor a queso y a tueste de café; Robbins el farmacéutico, con los frascos de loción de afeitar Lenthéric y las brochas de pelo de castor—. Me encantaba todo aquello, hasta la fachada de ladrillo rojo de la sala de lectura de la Hermandad Cristiana y los carteles en el exterior de los cines Coliseum y

Royal; simplemente no podía abandonarlo. Y si me casaba con Alice me vería forzado a hacerlo. Solo puedes amar a una ciudad si ella te ama a ti, y Warley jamás amaría a alguien como yo, un codemandante. También yo tenía que amar a Warley como se merecía, tenía que tomar de ella todo lo que tuviera para ofrecerme; era demasiado tarde para disfrutar meramente de su cálida amistad. Merecía una vida con una chica de Grado Seis quizá, una vida que pasaría, si era afortunado, en uno de los bloques de casas de hormigón del nuevo terreno municipal. La gente podía ser feliz en aquellas casitas con sus jardines diminutos y un solo baño, aunque no tuviera garaje. Serían felices con mis ingresos actuales, incluso con mucho menos. Pero aquello no era para mí; aunque, si los peores augurios se confirmaban, lo aceptaría antes que renunciar a vivir en Warley. Pero para ello tenía que hacer que la ciudad me concediese sus dones máximos, el poder, el privilegio y el lujo que emanaban de la Cumbre.

—Joe —dijo Susan—. ¡Eres muy travieso! No me estás escuchando.

—Sí lo hago, dulzura —dije—. De todos modos, la carta no era tan encantadora. Estaba demasiado agitado cuando la escribí. Temía que reconocieses la escritura y la tirases. No he tenido ni un solo momento alegre desde que me dijiste que todo había terminado entre nosotros.

—Me prometiste que no volverías a ver a Alice nunca más. ¿Se lo has dicho a ella?

—Ya sabes que está en el hospital. Además, está muy enferma.

Susan adoptó un semblante muy severo; ahora ya no parecía una escolar, sino más bien una de esas magistradas que siempre condenan a los acusados a penas de cárcel para que nadie pueda acusarlas de sensiblería femenina.

—Debes decírselo ahora. —Era clavada a su madre: los suaves contornos de su cara parecieron transformarse en líneas rectas y su boca asumió un gesto apretado y disciplinado, no exactamente cruel, pero fijo en una expresión juzgadora.

Alice había vuelto a casa un día antes que yo y, casi acto seguido, la habían llevado al hospital en mitad de la noche. Nunca supe de qué enfermedad se trataba; no era un cáncer pero sí alguna clase de inflamación interna bastante grave —lo suficiente como para que la operasen—, aunque no tan seria como para que los doctores le diesen las drogas necesarias para mantener alejado el dolor. Ahora se hallaba en espera de ser operada y no se le permitía ninguna visita excepto de la familia. Yo no la había escrito porque me había mandado una nota en la que me decía que era más inteligente no hacerlo; pero tenía un cierto cargo de conciencia porque sabía que ella no esperaba que la tomase al pie de la letra.

—¿Me escuchas, Joe? —La voz de Susan tenía un tono chillón—. Díselo ahora. No va a morir. Si no la escribes de inmediato, te juro que esta vez termino de verdad contigo. Lo digo totalmente en serio.

—Cállate. Haré lo que prometí; terminaré con el maldito asunto de una vez por todas. Cuando salga del hospital. Y cara a cara. No por carta. Eso es de cobardes.

Susan se puso en pie.

—¡Eres absolutamente odioso y despreciable! No haces nada de lo que te pido, y ahora vas a volver con esa... esa *vieja* solo porque se supone que está enferma. Desearía no haberte conocido. Me has echado a perder las vacaciones en Francia y ahora que estaba feliz de nuevo me haces *esto*. ¡Te odio, te odio, te odio! —Rompió a llorar—. Me voy. ¡No quiero volver a verte! Nunca me has querido.

La sujeté bruscamente y le abofeteé la cara con ganas. Dio un grito de sorpresa, y después trató de arañarme. La contuve fácilmente.

—Tú no te vas —dije—. Y tampoco voy a hacer lo que me pides. Te quiero, cretina estúpida, y yo soy quien dice lo que hay que hacer. Ahora y en el futuro.

—¡Suéltame! —dijo ella—. Gritaré pidiendo ayuda. No puedes retenerme contra mi voluntad. —Comenzó a forcejear. Su cabello negro estaba desaliñado y el marrón de sus ojos centelleantes de ira adoptó un matiz tigresco. La zarandeé tan fuerte como pude. Lo había hecho actuando anteriormente, cuando ella me pidió que le hiciese daño, que por favor le hiciese daño; pero esta vez mi brutalidad era ardiente, y cuando acabé ella estaba sin aliento y medio desmayada. Entonces la besé y le mordí el labio hasta que degusté la sangre. Sus brazos se estrecharon alrededor de mi cuello y se dejó caer al suelo. Esa vez no jugaba a ser la virgen atemorizada; esa vez no tuve escrúpulos ni hubo horizonte alguno salvo la ardiente sinrazón de mis propios instintos.

—Me has hecho daño —me dijo después, cuando recuperé el sentido. Todo mi cuerpo estaba vacío y exhausto—. Me has hecho daño y me has quitado toda la ropa... Mira, estoy sangrando aquí... y aquí... y aquí. Oh Joe, ahora te quiero con todo mi ser, cada pedacito de mí es tuyo. Ya nunca más volverás a necesitarla a *ella*, ¿verdad?

Rió. Fue un gorjeo bajito. Uno lleno de continencia física.

—Díselo cuando salga del hospital si quieres, cariño. Ya no la necesitarás más. Lo sé. —Me sonrió; su sonrisa irradiaba un bienestar casi salvaje.

—No la necesitaré más —repetí sin entusiasmo. La boca me sabía a sangre y la mano donde ella me había arañado también me sangraba. El sol me hería los ojos ahora, y los helechos que rodeaban el claro parecían en verdad crecer más altos y cernirse sobre mí.

Fue casi dos meses antes de que Alice saliese del hospital. El día anterior había recibido una llamada telefónica de Brown en el Ayuntamiento. Me llamó directamente, sin ninguna de las habituales tonterías de las secretarías.

—¿Señor Lampton? Almuerzo en el Club Conservador. Leddersford. A la una.

—¿Está seguro de que es conmigo con quien quiere hablar? —pregunté.

—Desde luego, estoy seguro. Es importante, también. Le veo allí a la una.

Su tono me incomodó. Era una mañana gris y lluviosa de septiembre, bochornosa y fría por turnos; mi bandeja de tareas estaba llena y después de despacharla tenía que hablar con nuestro subalterno, Raymond, acerca del déficit en la partida para gastos. Ahora que Raymond es un ciudadano sólido que ocupa mi antiguo puesto, parece difícil creer cómo era entonces: un chaval flacucho con una cara blanca llena de granos, un traje de sarga azul brillante con el dobladillo raído y camisas que nunca estaban lo bastante limpias ni lo bastante sucias. Estaba limpiando los tinteros y cantando *Onward, Christian Soldiers* con voz trémula cuando llamó Brown, supongo que intentando mantenerse animado.

—¿Está en medio de alguna reunión eclesiástica? —preguntó Brown—. Apenas si puedo oír mis propias palabras. —Noté que ya no simulaba el acento de Yorkshire.

Cubrí el auricular.

—¡*Calla, Ray, estoy ocupado!* ¿Sobre qué quería usted hablarme señor Brown?

—No puedo decírselo por teléfono y, aunque pudiese, no dispongo de tiempo. — Colgó.

Encendí un cigarrillo; no me supo muy bien. No había vuelto a disfrutar del tabaco desde que volví de Dorset. He tenido suerte de poder evitar esto hasta ahora, pensé: Hoylake, al haber fracasado en disuadirme de ver a Susan, había dejado el trabajo en manos de Brown quien, de una manera desagradablemente directa, iba a darme una patada en la barriga. Un hombre con solo unos pocos cientos de libras en el banco —y afortunado de tenerlas— se ve impotente contra un hombre que tiene por lo menos cien mil. Me vería obligado a dejar Warley. Ya había tenido presentimientos de mi futuro estatus en el Ayuntamiento; era cuando veía a Teddy prosperando visiblemente gracias a su ascenso (le habían puesto un salario APT Cuatro, además). La noche anterior había estado con Susan; se tiró toda la noche callada, llorosa y distraída y no había manera de que me dijese qué le ocurría. Ahora ya lo sabía. Papi había intervenido; ella, mientras tanto, corría veloz hacia el puente levadizo que ya se elevaba y hacia el rastrillo que se cerraba lentamente. Y Jack Wales volvería a casa por Navidad. ¿Qué oportunidad tenía el porquerizo contra el príncipe? Ahora que había llegado el momento, era en verdad un alivio: no había ningún sitio donde pudiese refugiarme, no había necesidad de ser complaciente con

nadie, podía permitirme el lujo de decir lo que pensaba.

Miré a Ray, con sus manos rojas y manchadas de tinta azul, y su labio inferior tembloroso. Se había dado cuenta de que yo había pasado más tiempo del habitual sobre los libros de gastos y sabía lo que se le avecinaba. Estaba en mi mano alterar toda su vida: venía de una familia pobre y yo sabía bien lo que les ocurría a aquellos que eran despedidos de la administración local. El Zombi Eficiente echó una vez a un subalterno por una falta igualita a la de Ray, y el tipo terminó de obrero. El sistema de referencias, a menos que seas muy afortunado, muy rico o tengas mucho talento, puede ser tu enemigo implacable durante el resto de tu vida si te sales de la fila. Ray estaba en la picota, cuán largo era: yo era juez y jurado. Una palabra mía a Hoylake y estaba fuera.

—Tráeme los libros de depósitos, de sellos y el de dinero para gastos —dije. Los sacó de sus fundas y se acercó con ellos a mi pupitre, arrastrando los pies en sus desgastados zapatos.

—Los he repasado esta mañana, Ray —dije—. Parece haber algunas discrepancias.

Me miraba idiotizado.

—Errores —dije—. Errores que deberían haber arrojado un superávit, pero que no lo han hecho. Quince chelines durante la última quincena. ¿Tienes tú esos quince chelines?

Negó con la cabeza. Las lágrimas asomaban a sus ojos.

—Está bien, entonces. Puede que me haya equivocado. Revisaremos los libros juntos.

Se mantuvo en pie por encima de mí mientras mi dedo recorría la columnas de cifras, con su mano azul y roja con las uñas mordidas siguiendo la mía. Era eso y aquellos zapatos desgastados lo que me asqueaba: me vi a mí mismo a través de sus ojos, mayor e impecable y todopoderoso. Cerré los libros de golpe.

—¡Maldito estúpido! ¿Por qué lo has hecho? Sabías que se descubriría.

—No lo sé —dijo llorando a moco tendido. Aunque yo sí lo sabía. Sus compinches de la Escuela Elemental estarían ganando cinco o seis libras semanales mientras que él recibiría solo dos. Había intentado mantenerse a la altura de los don nadies, el pobre diablo.

—¡Deja de lloriquear! —dije—. Estás metido en un lío, y llorar no va a ayudarte ni pizca. ¿Tienes esos quince chelines?

Sacudió la cabeza.

—No. Lo siento mucho, señor Lampton, no volveré a hacerlo nunca. Lo juro. Por favor, no informe sobre mí, por favor.

Saqué un billete de diez chelines y dos medias coronas de mi bolsillo y las puse en la caja. Su cara se iluminó un poco.

—¿No va usted a informar sobre mí, señor Lampton?

—¿Por qué demonios piensas que estoy haciendo esto?

Me agarró la mano y empezó a estrechármela.

—Gracias, señor, gracias. Devolveré cada penique, le juro que lo haré.

—No —dije. Quince chelines eran para él una suma tan imposible de conseguir como quince mil—. No, imbécil. Simplemente no vuelvas a hacerlo, eso es todo. Yo lo arreglaré por esta vez; pero si alguna vez vuelvo a pescarte, aunque solo sea por medio penique, entonces irás derecho a Hoylake. ¡Ahora sal de aquí y lávate la cara!

Cuando se marchó me pregunté si se me estaría ablandando el cerebro. En cierto sentido yo había perpetrado una felonía; si aquel tipo volvía a robar, sería muy duro para mí. Pero no podía haber hecho otra cosa; recordé la vez en que yo mismo necesité desesperadamente quince chelines mientras veía a los niños de Dufton pavoneándose con sus trajes nuevos y sus billeteras repletas, cuando yo apenas tenía para un paquete de Woodbines. Y quizás, pensé supersticiosamente, si me mostraba compasivo con Raymond, Brown lo sería conmigo.

El Club Conservador de Leddersford era un gran edificio de estilo italiano en el centro de la ciudad. La piedra, en origen, había tenido un color crema claro —a veces me pregunto si los arquitectos del siglo diecinueve no estarían algo mal de la cabeza—, así que cien años de humos le habían dado un aspecto manchado e insalubre. La alfombra del vestíbulo era de color ciruela, y muy espesa; el mobiliario era sólido, oscuro y Victoriano, y todo aquello que podía estar bruñido, hasta las barandillas de la escalera, despedía un resplandor luminoso. Olía a cigarros puros, a whisky y a solomillo, y sobre todo ello pendía una tranquilidad brutalmente pesada. Había una gran cantidad de retratos de conservadores notorios: compartían una especie de expresión de sagacidad justa, con ojos escrutadores y bocas como cepos bien clavados en el grueso y jugoso filete del éxito.

Sentí un escalofrío. Este era el lugar en el que crecía el dinero. Muchas personas ricas frecuentaban hoteles caros, albergues de carretera y también restaurantes; pero no se podía estar realmente seguro del grado al que pertenecían porque solo hacía falta tener dinero para una comida o una bebida, y una camisa con cuello y corbata para ser admitido. El Club Conservador de Leddersford, con su cuota anual de diez guineas más gastos adicionales («Apúntame cien, Tom, si el Partido no lo consigue el Tesoro Público lo hará»), era solo para hombres auténticamente ricos. Aquí se tomaban las decisiones, y los negocios se hacían entre la sopa y los postres; aquí estaba el lugar donde la palabra, la sonrisa o el gesto apropiados podían transportarlo a uno a un grado superior de la noche a la mañana. Aquí estaba el centro del país que por tanto tiempo yo había intentado conquistar; aquí funcionaba la magia, aquí el porquerizo apestoso se convertía en el príncipe que llevaba una camisa nueva cada día.

Di mi nombre al recepcionista.

—¿Señor Lampton? Sí, señor, el señor Brown tiene una cita para almorzar con usted. Se retrasará inevitablemente, pero le pide que le espere en el bar. —Me miró

algo dubitativo; no había tenido tiempo para cambiarme, así que llevaba puesto mi traje gris claro y unos zapatos marrones, mi antiguo mejor atuendo de los domingos. Los zapatos aún estaban pasables, pero eran demasiado gruesos para el traje, que me quedaba demasiado ajustado y la chaqueta algo corta. Los sastres de tercera siempre hacen la ropa demasiado pequeña. Adiviné, o imaginé adivinar, una mirada de desprecio en los ojos del recepcionista, así que me guardé en el bolsillo el chelín que le iba a dar. (Tuve suerte de hacerlo; más tarde me enteré de que nunca se les dan propinas a los sirvientes de un club.)

El bar estaba abarrotado de hombres de negocios sacrificándose abnegadamente para ayudar a la buena marcha de las exportaciones. Se había llevado a cabo un intento de modernizar el local; la moqueta era un deslumbrante zigzag de azules, verdes y amarillos y la barra había sido rematada con alguna clase de plástico y recubierta con lo que parecía ser cristal negro. No había ninguna señal de que se tratase de un territorio acotado reservado a las clases superiores, a no ser que se reparase en el retrato de Churchill sobre la barra, un retrato que de todos modos puede hallarse en la mayoría de los pubs de este país. Y de ningún modo hablaban todos ellos en un inglés correcto. Los principales fabricantes textiles de Leddersford, así como la mayoría de su clase dirigente, recibían su máxima educación en la Escuela Técnica, donde hasta cierto punto se veían obligados a codearse con la gente común y consecuentemente a adoptar trazas del acento norteño. Lo que señalaba a los usuarios del bar como hombres ricos era su tamaño. En Dufton o incluso en Warley se me tomaba por un tipo grande; pero aquí había por lo menos dos docenas de hombres tan grandes como yo y dos docenas más que eran más altos aún y más anchos. Uno de ellos, que estaba de pie junto a mí, medía por lo menos dos metros y era tan ancho de hombros como un gorila, todo hueso y músculos; no había ninguna hombrera en ese traje. Podría haberme partido la espalda contra su rodilla sin perder el resuello y lo habría hecho sin duda si le hubiese dado media ocasión, a juzgar por el modo ceñudo en que me miraba. Entonces el ceño fruncido se transformó en una sonrisa social y vi que se trataba de Jack Wales.

—¿Cómo estás, viejo?

—Muy en forma —respondí—. Me he pegado unas buenas vacaciones en Dorset. Debo decir que *tú* pareces rebosante salud.

—Estuve en Mallorca. Cambridge me parece un poco húmedo y frío en esta época. Acabo de volver; hice una visita relámpago a Warley. Papá está algo pachucho. Trabaja muy duro.

—Siento oír eso —dije, preguntándome maliciosamente si sería gota, problemas de próstata, o una presión arterial elevada lo que enfermaba a Wales Senior.

—Ahora está bien —dijo. Me sonrió—. Mi padre se mete cada día dieciséis horas, ya sabes. ¿Qué bebes, viejo?

—Whisky.

—Toma uno doble. Así no tendrás que captar la atención del camarero dos veces.



—Tú no tienes ese problema.

—¿Qué dices? Ah, ya veo a qué te refieres. Mi altura es una maldición, en realidad. Nada me queda bien... Y bueno, ¿qué te trae por aquí? Pensaba que eras del tipo «Laborista Recalcitrante». Has visto la luz, ¿eh? —Soltó una de sus efusivas risas falsas.

—He quedado con el señor Brown.

—¿El padre de Susan?

—Ajá.

—Un buen tipo. No dejes que te imponga. Empéñate en la cifra más alta, el negocio lo soportará. Supongo que vais a discutir de un empleo.

—Puede —dije. No había nada más que pudiese añadir.

—Eres cauto —dijo él—. ¡Hombre sabio! —Miró al reloj de oro que parecía afeminadamente pequeño en el marco de su enorme y velluda muñeca—. Bueno, tengo que largarme.

Apuró su whisky.

—¿Otra?

—No gracias, viejo. De todas formas, tú no puedes invitar; norma del club. —Chasqueó sus dedos llamando al camarero—. Un whisky doble para el señor Lampton, Henry. —Le dio un billete al camarero, y deslizó el cambio en su bolsillo sin molestarse en contarlo—. Adiós por ahora, Joe.

—Adiós, Jack. —Tres whiskies dobles sumarían unos quince chelines, la falta de los cuales casi condena al pequeño pobre y llorica de Raymond al equivalente a una vida entera en galeras. Pero no por eso disfruté menos del whisky.

Vi a Brown cuando entró en la sala. Vino directo hasta mí.

—Parece usted hallarse a sus anchas, joven. Creo que tomaré uno de esos whiskies mientras aún quede algo. —Chasqueó los dedos y un camarero se deslizó hacia él.

—Estoy muy molesto con usted, joven —dijo. Tenía unas cejas negras muy hirsutas; en conjunción con su pelo gris y su cara colorada eran un poco alarmantes; apretadas encima de sus ojos fijos en mí causaban el efecto de un juez despiadado, un viejo alegre *bon viveur* sentenciando a algún pobre diablo obrero o a un funcionario a morir a garrote vil como aperitivo a una buena comilona con una botella del mejor, el *más* excelente, vino blanco de Oporto.

Sacó una pitillera de oro y me ofreció uno.

—No, gracias.

—Es usted sensato. Un mal hábito antes de comer. Es la única cosa en la que usted es sensato; en todos los demás aspectos ha demostrado ser un completo necio.

Sentí como mi cara enrojecía.

—Si eso es todo por lo que usted quería verme, no tiene sentido que me quede.

—No haga más el imbécil, si es que puede evitarlo. Tengo una propuesta que hacerle. De cualquier manera —y aquí me lanzó una de sus inesperadamente

encantadoras sonrisas, y el severo juez se convirtió en un Santa Claus que me concedería gustoso cada artículo de la lista—, bien podría quedarse a comer. No es que vaya a ser un gran almuerzo; este sitio ha ido en declive desde que empezó todo eso del racionamiento.

—Nadie aquí parece morir de hambre.

—Nunca dije que fuera así. Solo que ya no se consigue un almuerzo decente en este lugar. ¿Es la primera vez que acude a este club?

—A este o a cualquier otro club conservador —dije—. Mi padre se revolvería en su tumba si levantase la cabeza. —También lo haría el mío— dijo, y me lanzó un guiño—. También lo haría el mío, muchacho. Pero no estamos obligados por nuestros padres.

Le miré fríamente. El falso acercamiento amistoso sin duda fue espontáneo; era el guante de terciopelo en el puño de acero del que, en cualquier momento a partir de ahora, se me iba a administrar una ración. ¿Por qué no lo soltaba ya?

Un camarero se aproximó a nosotros y, con mucha reverencia y chirridos, nos condujo a una mesa en el comedor. Estaba decorado en el mismo estilo del vestíbulo; la mantelería de lino era cegadoramente blanca y tan rígida como lona marinera, y la cubertería era lo bastante pesada como para ser de plata. No era una sala que ningún hotel moderadamente bueno no pudiese igualar; pero allí no había ni una astilla, ni un rasguño, ni una mota de polvo en ninguna parte, y tenías la sensación de que los camareros, sin darte tiempo a pestañear, te traerían cualquier cosa que quisieras del modo en que la quisieras, incluso, si insistías realmente, te servirían sus propios ojos y orejas braseados al jerez.

Estaba tomando la primera cucharada de la sopa de caza cuando Brown dijo, como casualmente:

—Estoy pensando en introducirlo en el negocio.

Casi me atraganto.

—¿Habla en serio?

Frunció el ceño.

—No lo he traído aquí para andar con juegos. Ya ha oído lo que he dicho. Diga una cifra. —Se inclinó hacia delante, aferrándose a la mesa. Tenía las uñas completamente blancas por la presión—. Usted es un joven inteligente. No querrá quedarse en el Ayuntamiento toda su vida, ¿verdad? Ahora es una época en que los contables pueden prosperar por su cuenta. Suponga que le presto lo necesario para que invierta en alguna sociedad en algún sitio. No trato de engatusarlo; e incluso le proporcionaré algún negocio.

—En algún lado hay una trampa —dije.

—La hay, en efecto. Haré de usted un hombre rico, le ofreceré una perspectiva mucho mejor que la que nunca alcanzará en el gobierno local. Pero con una condición. —Hizo una pausa; de repente parecía viejo y enfermo—. Con una sola condición: nunca volverá usted a ver a Susan ni a comunicarse con ella. De ningún

modo.

—¿Debo abandonar Warley también, si acepto?

—Sí, también tendrá usted que irse de Warley. —Se secó la frente con un pañuelo blanco de seda—. No hace falta que se lo piense dos veces, ¿verdad? Si rechaza la oferta no conseguirá nada. De hecho, he de decir que me desviviré por hacerle la vida desagradable.

Había como un fragor en mis oídos; habría querido voltear la mesa y pegarle hasta que no me quedase más fuerza en el brazo, y entonces darle de patadas, darle de patadas, darle de patadas... Inspiré profundamente.

—No. Definitivamente no. Si fuese usted más joven, le machacaría, ¡por Dios que lo haría! —Para mi disgusto, noté que mi tono se elevaba—. No me plantearé siquiera considerar su maldita oferta corrupta. ¡Prefiero cavar zanjas antes que dejarme comprar! —Mi voz dejó de temblar a la vez que recuperaba el control—. Escuche. Usted no lo entendería, pero amo a Susan.

—¿Que yo no lo entendería? —dijo él, arrastrando las palabras—. ¿Que yo no entendería un enamoramiento...?

—Yo no estoy enamorado de ella —dije—. Yo la *amo*. Es la mejor chica que nunca he conocido. Quise casarme con ella desde el primer momento en que la vi; no sabía entonces quién era y no me importaba. Maldita sea, llevaré la causa ante los tribunales. Ella puede quedarse en mi casa si usted la echa. Los jueces no nos negarán el permiso para casarnos e, incluso si se atreven a hacerlo, por Dios que armaré un buen escándalo.

—Usted no hará tal cosa, Joe —dijo él tranquilamente.

—¿Y por qué no?

—Porque va usted a casarse con ella. Con mi consentimiento. De inmediato. Me quedé mirándole con la boca abierta.

Ahora él había recuperado su temperamento normal, y estaba realmente sonriente. Yo solo podía mirarle boquiabierto.

—Termine su sopa —dijo—. Tiene usted mucho de lo que alegrarse, amigo, y está dejando que se le enfríe.

Empecé a tomar cucharadas obedientemente como un crío. Él me miraba con una bondad enervante.

—¿Por qué me ha hecho esa oferta? —pregunté.

—Quería estar seguro de que era usted el tipo adecuado para ella. No crea, de todos modos habría sido una buena inversión. Es usted un muchacho brillante.

Recordé algo que Reggie había dicho en la velada de la fiesta de los Carstairs.

—No es la primera vez que hace esto, ¿no es así?

—Ella tenía solo dieciséis años —dijo, casi disculpándose—. Él era un dependiente de los talleres. Se las daba de escritor, y en realidad era un cazafortunas. Le conseguí un empleo en una empresa de publicidad. No fue nada, tan solo un amor adolescente. Se derrumbó al instante. Con solo hablarle con un poco de dureza, el

tipo ya me estaba lamiendo las botas. Pero aquello no tiene importancia. Lo primero es fijar una fecha para la boda.

—Usted ha estado en contra de que nos casásemos desde el principio —dije—, y ahora usted quiere que nos casemos rápidamente... aún no entiendo el porqué.

—La razón es muy simple. Sí, me alegro de que haya tenido usted la vergüenza de admitir su *embarazosa* responsabilidad.

—¿Pero por qué no me lo dijo ella?

Brown miró el plato de pollo que el camarero acababa de traerle.

—¡Pollo otra vez! —gruñó—. Acabaré convirtiéndome en uno muy pronto. Bien, Joe, Susan no se lo contó porque yo no quería que se casase usted con ella solo como una transacción financiera. ¿Y por qué demonios habría yo de presentarme ante usted con una pistola apuntándome a la cabeza?

Mi respeto hacia él aumentó. Y entonces quedé arrebatado por el hecho de compartir con él la vida, toda la vida, por estar en la corriente principal. Todo el mundo habla de las alegrías de la maternidad, pero se dice muy poco acerca de las alegrías de la paternidad, cuando se siente una inmensa ternura animal hacia una mujer; la Biblia lo expresa con exactitud cuando habla de tus entrañas anhelantes hacia alguien.

—¿Quiere decir que le habría dejado tener el bebé sin decirme nada?

—Habría hecho que así fuese antes de hacerla desgraciada para el resto de su vida.

—Susan con mi hijo... —dije, y sonreí. Estaba aturdido por la felicidad. Era una felicidad tan sana como la miel tomada directamente del panal. Al fin era un hombre. En vez de haberme arrebatado el libro a la mitad, estaba leyendo el siguiente capítulo.

—Borre esa sonrisa de su cara —dijo Brown con dureza—. Esta no es la manera en que había planeado casar a mi hija.

—Sus ojos se volvieron opacos como el mercurio y su voz tenía la amenaza de un guantelete—. Algunos padres maridan fuera a sus hijas a... clínicas particulares. Aún no es demasiado tarde para eso.

—Ella no lo consentiría —dije agónico—. Tampoco usted podría hacerlo, usted no podría asesinar a su nieto. No puedo imaginar que nadie esté tan podrido. Me la llevaré conmigo esta noche, le juro que lo haré.

—Usted no sabe de lo que soy capaz —dijo él—. Podría hacer que ella creyese mi versión, y puedo manejarla mejor que usted.

—Inténtelo. ¡Inténtelo! Llevaré el asunto a la policía antes de dejarle que se salga con la suya.

—Creo que sería usted capaz. —Parecía bastante complacido por el hecho—. Realmente creo que lo haría. Es usted un tipo difícil, ¿no es así?

—Ser decente no es lo mismo que ser difícil.

—Muy cierto. No tengo intenciones de mandar a Susan fuera, en ningún caso.

—Entonces, ¿por qué me ha dado ese susto?

—Quería ver de qué estaba hecho —dijo con la boca llena.

—Supongo que por eso advirtió a Susan en mi contra.

—Nunca advertí a Susan en contra suya, —dijo, sirviéndose él mismo las patatas asadas—. Mi esposa tuvo unas palabras con Hoylake en una reunión de la Parroquia y salió de él decirle a usted que se mantuviese alejado de Susan. Eso es lo que predica, hacer lo que sea por quien sea. Ese individuo es el prototipo del funcionario local.

—¿Por qué no me dijo usted nada?

—¿Por qué habría de hacerlo? Si se preciaba usted de algo, yo sabía que me maldeciría y seguiría adelante. Si no tuviese usted bemoles, se dejaría asustar por unas pocas amenazas vagas, y todos nos habríamos ahorrado muchas molestias. La cosa es, muchacho, que un hombre en mi posición no puede llegar a conocer muy bien a un hombre en su posición. Así que dejé que sudase usted un rato.

—Jack Wales no tuvo que sudar mucho —dije malhumoradamente.

Brown rió entre dientes.

—Así lo habría visto usted si sus padres hubieran tenido más cuartos. Yo no hice el mundo.

Quedaba un asunto, el lujo de confirmar los detalles de mi buena fortuna, de recrearme admirando los preciosos colores del cheque.

—Hay una cosa que no comprendo —dije—. Pensé que lo tenía todo organizado entre él y Susan. Se habló incluso de una fusión...

—No había nada organizado y la fusión nada tenía que ver con ello. No soy una especie de rey, no entrego a mi hija para sellar un trato.

—¿Complicará esto la fusión?

—Tiene usted unas nociones peculiares sobre los negocios, joven. Nunca, ni por un momento pensé seriamente en aunar fuerzas con Wales. Por un lado, he sido el jefe de mis negocios demasiado tiempo como para entusiasarme pensando en ser un mero codirector; y por otro, no me gusta el rumbo que están tomando. Están haciendo dinero a base de cesiones, pero cualquiera capaz de contar hasta diez puede hacer eso hoy en día... De todos modos, no le he traído aquí para hablar de la familia Wales. Quiero que deje el Ayuntamiento tan pronto como le sea posible.

—Aún no he obtenido la cualificación de Contable de Costes, ya sabe. Solo he obtenido la de Funcionario Oficial.

Me silenció con un gesto de la mano.

—Yo juzgo a las personas por lo que hacen, no por pedazos de papel. No tengo mucho tiempo para entrar en detalles ahora, pero lo que necesito, y desde luego lo necesito con mucha prisa, es alguien que reorganice mi oficina. Hay una cantidad endemoniada de papel sobrante; comenzó en la guerra, cuando cogíamos a cualquiera de quien nos pudiéramos hacer cargo, pensando que siempre les encontraríamos alguna utilidad. Yo soy ingeniero, no me interesa la parte administrativa. Pero sé lo que podemos y lo que no podemos permitirnos.

—¿Así que seré un experto en eficiencia?

—No del todo. No me gustan esos tipos; hay mala sangre allí donde están. Los cambios se harán como mejor los haga alguien nuevo. Eso es todo.

—Tengo esposa y familia que atender —dije—. ¿Cuál es el salario?

—Mil libras para empezar. Nada en absoluto si no tiene éxito. Puede coger uno de los coches de la compañía; hay cocheras en Leeds y en Wakefield, tendrá que visitar unas cuantas.

—Es demasiado bueno para ser cierto —dije tratando de parecer entusiasta, modesto y aniñado—. No sé como agradeceréelo.

—Solo queda un asunto por aclarar —dijo—. Y si usted no lo hace, entonces todo ha terminado. Ya se ha demorado más de la cuenta. —Frunció el ceño—. Por Dios, tiene usted coraje. Cuando pienso en ello, me dan ganas de partirle el cuello.

Permaneció de nuevo en silencio; al cabo de un minuto no pude soportarlo más.

—Si me dice usted cuál es el problema, tal vez pueda hacer algo para remediarlo —dije—. No puedo adivinar en qué piensa.

—Deje a Alice Aisgill. Ahora. No consentiré que se le haga más daño a mi hija. Y no quiero ver a mi yerno ante la corte de divorcios tampoco. No por causa de una vieja puta como ella.

—He terminado con ella. No hay necesidad de que utilice esa palabra.

Me observó con los ojos entrecerrados.

—Utilizo las palabras que mejor se ajustan a la realidad, Joe. Usted no es el primer joven con el que ella se ha acostado. Es de sobras conocida por eso. —De pronto recordé, con la última entonación, la metedura de pata de Eva sobre el Joven Woodley—. Hay muy pocos muchachos que no hayan pasado por su cama. Tiene otro amiguito, hay una chica que les presta un apartamento... Jack Wales.

En un vuelo sobre Colonia, el lanzador de bombas recibió fuego antiaéreo en plena cara. Digo en plena cara por suavizarlo un poco; fue en realidad un pedazo de metal de unas dos pulgadas que le sacó los ojos y le destrozó buena parte de la nariz. Él lanzó un gruñido cuando ocurrió y dijo: «Oh, no. Oh, no».

Eso fue lo que yo dije cuando Brown mencionó el nombre de Jack Wales. Él, aprovechando que yo ya estaba en su terreno, continuó dándome toda la información con pelos y señales.

Hubo un apretón de manos, hubo una charla sobre un contrato, hubo *tolerancia* (*Yo mismo he sido joven y estúpido*), hubo elogios (*Usted es la clase de hombre que buscamos. Siempre hay sitio en la cumbre*), hubo severidad (*Véala mañana y termine con ello, no volveré a repetírselo*), hubo brandy y un puro, y para acabar me llevó de vuelta a Warley en el Bentley. Yo dije que sí a todo de forma bastante convincente, a juzgar por la expresión satisfecha de Brown; pero por dentro, como aquel sargento que no paró de soltar su letanía hasta que la morfina le hizo callar, lo único que me repetía, una vez y otra y otra, era el equivalente de aquellas dos sílabas de incredulidad conmocionada.

El mes era septiembre; la hora las ocho en punto; el tiempo estaba inestable, y el cielo salpicado de añil y cobre, con tintes de rojo oscuro. El lugar elegido era el apartamento de Elspeth, el punto exacto sobre el que le dije que todo había terminado fue encima de la mancha marrón sobre la alfombra de la sala, justo al lado de la puerta que daba al pasillo. Yo conocía bien aquella mancha; había derramado algo de brandy de cereza allí una noche poco antes de Navidad. Cuando terminé de decirle a Alice que no la quería, podría haber dibujado perfectamente un mapa coloreado de los contornos de aquella mancha. Lo habría dibujado con exactitud, e incluso habría plasmado en mi cuadro hasta el último detalle de la absurda sillita dorada que había junto a ella.

No me atrevía a mirarla a los ojos; no quería acercarme más a ella. La miré, claro está; llevaba un vestido negro de seda, un collar de perlas y un zafiro en la mano derecha en el que no había reparado antes. Sus manos estaban entrelazadas con fuerza, y el colorete que tan cuidadosamente se había aplicado resaltaba dos manchones en sus mejillas. No llevaba su habitual perfume de lavanda sino algo más fuerte y musgoso, con un olor animal de fondo como de tigre recién bañado, si es que los tigres se bañan alguna vez.

—¿Así que has terminado conmigo, Joe? —Sus labios apenas se movieron y respiraba entrecortadamente.

—Quiero a Susan.

—Muy sensato por tu parte.

—No hay por qué estar resentido.

—Yo no estoy resentida. Solo sorprendida. Qué rápidamente has cambiado. ¿Cuánto hace desde que...?

Describió crudamente todo lo que habíamos hecho juntos en Dorset con un distanciamiento frío, seco.

—No ha supuesto nada para ti, ¿verdad? Solo fueron nuestros cuerpos los que hicieron esas cosas, tu cuerpo joven y el mío... el mío *viejo*, que ya ha pasado su mejor época. ¿Por qué no lo dices claramente, Joe? Yo tengo treinta y cuatro y ella diecinueve. Quieres a alguien joven, fuerte y saludable. No me importa, debí habérmelo esperado de todas formas. Pero ¿por qué, en el nombre de Dios, no puedes ser honesto?

—No es eso —dije desanimado—. Yo te quise, pero ahora ya no puedo. Dejémoslo así.

No podía decirle lo de Jack Wales; aquello carecía ya de importancia. La primera noche me había quitado el sueño saber que, de entre todas las personas del mundo, ella tuvo que hacer el amor con él, que Wales estuvo en la misma cama en la que yo

había yacido junto a ella. Pero ahora que estaba ante Alice el hecho ya no importaba. El asunto estaba tan muerto como el periódico del día anterior. Que ella le hubiese dejado hacerle el amor solo probaba su desprecio por él; le había utilizado en un momento ocioso —del mismo modo que un hombre se toma un whisky cuando está cansado o deprimido— y luego lo había olvidado. Él suponía un detalle trivial perteneciente a una época pasada. Un detalle que llevaba ya muerto millones de segundos antes de que yo llegase, igual que mis aburridas copulaciones de Dufton, Lincolnshire y Alemania antes de conocer a Alice.

—No fue muy inteligente por nuestra parte continuar —dije—. Nos habría estallado en la cara de cualquier modo. Eva ya se ha enterado de lo nuestro, y solo es cuestión de tiempo que George lo haga. Es demasiado astuto para dejar que nadie se entere de lo suyo, y no pienso arrastrarme por ninguna mugrienta sala de divorcios. Eso es todo. Y tampoco me van a expulsar de Warley. ¿De qué viviríamos?

Torció la boca.

—Eres un cobarde, ¿lo sabes?

—Sé de qué lado he untado la mantequilla —respondí.

Se dejó caer sin gracia en la silla más próxima, cubriéndose los ojos como si estuviese ante alguna lámpara de interrogatorios.

—Hay algo más —dijo ella—. ¿Por qué te reprimes? ¿Tienes miedo de hacerme daño?

—Detesto hacerte daño. —Me empezó a palpar la cabeza; no era doloroso pero sentía como si un gran martillo en mi interior estuviese repiqueteando a escasa distancia del umbral del dolor. Habría querido escapar de la pequeña habitación cargada con su olor a perfume y enfermedad, habría querido estar en Warley. Alice no pertenecía a Warley. No podía tenerlos a los dos a un tiempo: aquello era a lo que todo se reducía ahora. Sabía que no podría explicarle esto, pero estaba obligado a intentarlo.

—Estoy comprometido con Susan —dije—. Voy a trabajar para su padre. Aunque no es esa la razón por la que tenemos que dejarlo. Estando en Warley es imposible que nos amemos el uno al otro. Y yo no me siento capaz de querer a nadie en ningún otro lugar. ¿No lo ves?

—No —dijo—. Ojalá no me mintieses. Lo que dices es perfectamente sencillo y comprensible, y te deseo suerte. No necesitabas adornarlo con toda esa palabrería. Los lugares no importan.

Se levantó y vino hacia mí. Rodeé mecánicamente su cintura con mis brazos. El martillo de mi interior traspasó el umbral del sufrimiento; era un tremendo dolor neurálgico, pero no tuvo efecto ninguno sobre la ternura y la felicidad que me invadieron cuando la toqué.

—Hay alguna cosa más —dijo ella—. Dímelo, por favor, Joe. Eso es todo lo que te pido. —Su mirada era implorante como la de un chiquillo alemán. Incluso (a pesar de Belsen) les dabas a aquellos pequeños mocosos flacuchos tu ración de chocolate;



sentí que tenía que darle a Alice la suya de amor propio. Susan no era la verdadera razón por la que yo acababa con lo nuestro; pero haberle aclarado que la abandonaba por Warley habría dañado su orgullo de forma insoportable. Así que, mientras su cuerpo se apretaba contra el mío, le dije una mentira; aunque no lo habría sido el día anterior.

—Me he enterado de que Jack Wales fue tu amante una vez —dije. Ella se puso rígida en mis brazos—. No pude soportarlo. Él no. Cualquiera otro menos él. ¿Es verdad?

Si lo hubiese negado, creo que habría vuelto con ella. Aquella mentira era como aquel billete de una libra que dejé caer al suelo en nuestra pelea el anterior invierno; el honor, como la libertad, es un lujo para aquellos que gozan de ingresos independientes, pero hay un límite para la deshonra, una especie de línea Plimsoll de la decencia que marca la diferencia entre la hombría y lo canallesco.

—Ah, ya. Tú odias a Jack —dijo—. Lo siento. No es necesario que lo hagas. Él no te odia a ti.

—Ni siquiera sabe que existo.

—No lo sabía cuando nos conocimos. Tú no habías venido a Warley aún. Pero le caes bien.

—¿Has estado con él últimamente?

Se desembarazó de mí y se arrimó al aparador.

—Creo que los dos necesitamos una ginebra. —Su voz era calmada—. Estuve con él un par de veces. Una en su coche, si verdaderamente quieres torturarte, y otra aquí. Me trajo a casa desde el baile de los Intérpretes la primera vez. —Me alargó una bebida—. Solo hay zumo de lima.

—No quiero nada. —Me lo tomé de un trago, y tosí—. ¿Qué hay de la segunda vez?

—Eso fue después de que nos peleásemos tú y yo. La noche siguiente me lo encontré en el bar de un hotel.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—No tenía ninguna importancia. Yo nunca te pregunté por tu pasado, o por tu presente. Teníamos un acuerdo al respecto, por si lo has olvidado.

Se hizo un pesado silencio en la habitación, como si algo se hubiese filtrado desde los largos y grises pasillos de fuera. De repente sentí que no había nada más que decir. Ella estaba de pie, de espaldas a mí junto al aparador; el sol se había ocultado y no podía verla muy bien, pero creo que había empezado a llorar.

—Adiós, Alice —dije—. Gracias por todo.

Ella no contestó y yo salí de allí muy silenciosamente, como si huyese de la habitación de un enfermo.

Mientras bebía mi té matutino al día siguiente en el Ayuntamiento me sentía muy satisfecho de mí mismo. En primer lugar el té estaba fresco y fuerte, con tres terrones de azúcar y la cantidad justa de leche, como a mí me gusta; supongo que Ray, que me miraba con expresión de devoción embelesada, se habría encargado de ello. Mis tinteros estaban limpios y había una caja nueva de clips y una hoja de papel secante blanca como la nieve encima de mi mesa. Hasta había arrancado las páginas viejas del calendario. Todos los contables, incluso los que son como yo, tienen algo de vieja criada; una mesa pulcra y ordenada me da la misma satisfacción que una camisa y una muda limpias.

La atmósfera del Ayuntamiento se me hacía de lo más placentera porque iba a dejarla. Podía ver la maquinaria del gobierno local tal y como era, apreciar su combinación de eficiencia e intimidad acogedora. Actualmente oigo cosas horribles sobre los burócratas municipales, pero si cada negocio se llevase con tanta fluidez como la del distrito más desatendido, serían los americanos los que vendrían aquí para aprender las mejores técnicas de productividad, y no al contrario. Me imaginé dando un pequeño y sencillo discurso en el congreso de la Asociación Nacional de Funcionarios de Gobierno Local, y cuando los delegados acabaron de aplaudirme — de puro agotamiento—, me dediqué a considerar las buenas noticias del día anterior (y añadí a ello el hecho de que había logrado cortar con Alice con al menos la suficiente dignidad y un mínimo de dolor) y las desdoblé cuidadosamente, admirando a la vez su color destellante y el intrincado avatar que componían.

Ya acababa de amueblar una casa en St. Clair Road, y me veía conduciendo un Riley nuevo hacia el baile cívico, con Susan a mi lado en un vestido escarlata que haría que todos los demás hombres enfermasen de lujuria por ella y se murieran de envidia por mí, cuando entró Teddy Soames.

—Oí que almorzaste con Brown el miércoles —dijo—. ¿Vas a dejarnos por los abundantes pastos de la empresa privada?

—Finalmente.

—Mencióname, ¿lo harás? Puedo manipular la cuenta de gastos tan bien como el que venga.

—Todo lo que sé de manipulación lo aprendí del señor Edward Soames, funcionario Auditor Jefe, Ayuntamiento del Distrito Urbano de Warley. ¿Servirá eso?

—Es justo lo que hace falta. Bien, Lampton, ganémonos el sueldo antes de que te esfumes. Echa un vistazo a estas cuentas, ¿hace?

Se suponía que el tono era de severidad burlona, pero sonó malicioso. Yo ensayé una sonrisa burlesca y me doblegué.

—Sí, jefe. Inmediatamente.

Me dio la carpeta de las cuentas y añadió un pitillo.

—Espero una caja de habanos a cambio. —Arrugó la frente preocupado—. No pareces afectado por lo de Alice Aisgill —dijo—. ¿O es que no lo has oído?

—¿Qué pasa con ella?

—Está muerta.

¡Oh, Dios misericordioso!, pensé, se ha suicidado y ha dejado una nota culpándome. Eso acababa con todo. Acababa conmigo sin remisión. Los ojos de Teddy eran de un azul claro, como si toda tonalidad hubiese desaparecido de ellos; ahora escrutaban mi rostro.

—Era amiga tuya, ¿no es cierto?

—Una muy buena amiga —dijo—. ¿Cómo murió?

—Se estrelló con su coche contra un muro en Warley Moor. Estuvo bebiendo toda la noche en el Clarendon y en el St. Clair. En el St. Clair ya no le querían servir más.

—Sin embargo, la dejaron conducir hasta casa... —dijo.

Y cogieron su dinero para que se emborrachase y pudiera matarse. —No era muy justo culpar al pobre y viejo Bert; pero algo tenía que decir.

—Debía de conducir a una velocidad endemoniada —dijo Teddy—. Dicen que el coche ha quedado así —ahuecó las manos— y que hay sangre por toda la calzada. No la encontraron hasta esta mañana.

—¿Dónde sucedió exactamente?

—En Corby Lane. Ya sabes, justo hacia el norte, por encima de Sparrow Hill. Es un sitio dejado de la mano de Dios. No puedo imaginar qué es lo que hacía allí.

—Yo tampoco... —respondí; pero sí que podía. Podía imaginarme todo lo que le había ocurrido a Alice después de que yo me marchase. Se habría quedado en el apartamento durante el tiempo que tardó en tomarse dos ginebras dobles más. Entonces todos los objetos de la habitación —el pequeño reloj dorado, las pastorcillas de Dresde y los cabreros italianos, las fotos de los nombres muertos del ayer, las tapicerías de volantitos y dorado, las luminosas cortinas de cretona, el vaso del que yo había bebido— se habrían agrupado y la habrían atacado. Cada objeto, tomado individualmente, carecía de importancia, pero en conjunto resultarían tan mortales como esos pececillos sudamericanos que devoran a los bañistas hasta los huesos en cinco minutos. Así que habría huido del apartamento en el Fiat; pero, ya una vez en Warley (probablemente no sabría cómo había llegado hasta allí, tendría una laguna en su memoria hasta que se diera cuenta de que esperaba en un semáforo de Market Street repitiendo mi nombre en voz baja), no sabría qué hacer consigo misma. Giraría por St. Clair Road con la idea de volver al hogar. «El Hogar» suponía una noción abstracta: Padre, Madre, seguridad, abrazos, leche caliente, un fuego rugiente en la chimenea y todas las penurias y los problemas quedarían olvidados por la mañana. Sin embargo, al pasar por Eagle Road (Joe vive ahí) habría recordado su realidad. El Hogar era la casa en la que vivía con un marido al que no amaba; escapaba para toparse con un radiador eléctrico y con la fría tolerancia de George. Ya era demasiado

mayor para la leche caliente, no habría abrazos en el caso de que ella los hubiese deseado y al día siguiente todo se haría incluso más insoportable. Daría la vuelta en Calder Crescent o en Wyndham Terrace para ir al Clarendon. Probablemente habría estado en la Guarida, donde sería poco probable que se encontrase con nadie, ya que los Intérpretes siempre utilizaban la Sala. Si hubiese necesitado compañía, si hubiera sido capaz de persuadirse a sí misma de que ya no le importaba que yo la hubiese dejado plantada, podría haber salido de la Guarida para volver a retomar la corriente, tal vez no en dirección a la felicidad, sino a una suerte de limbo emocional. Cuando oyó que llegaban voces desde la Sala hacia las nueve y cuarto, descubrió que no le apetecía ver a nadie que conociese, o que me conociese a mí. Se habría escabullido por la puerta trasera. A las ginebras dobles del apartamento se le habrían añadido ya tres o cuatro más. Todavía no tendría ganas de marcharse a casa. Solo quedaba el St. Clair... La ginebra se arremangó y se puso manos a la obra con ella: tienes que eliminarle de tu entorno, le sugería la bebida. Eliminar, borrar, suprimir. ¿Solías ir con él al St. Clair? Muy bien, entonces, ve directa hacia allí y siéntate donde solíais hacerlo juntos. Escúplele a la cara.

¿O habría ido allí en un intento de recuperar la felicidad sana y decente que una vez compartimos cuando yo era casi un año más joven, y por lo menos diez años más inocente? Habrían caído más ginebras para conseguir acercarla a ese ilusorio estado que anhelaba, y entonces habría empezado a cantar o a maldecir o se habría caído redonda o habría hecho las tres cosas a un tiempo; Bert, que dirigía un local respetable, la habría convencido de que se marchase. Condujo de nuevo por St. Clair Road, después recorrió el estrecho caminito accidentado de Sparrow Hill Road, pero no pudo exorcizar mi presencia parándose junto a las viejas fábricas de ladrillos. Y todavía no podía volver a casa... Si apretaba más a fondo el acelerador, quizá pudiera viajar fuera de sí misma... Yo estaba ahora en el coche junto a ella, y mientras se iría acercando a esa curva cerrada que solo un coche de carreras podría desafiar a más de veinte millas por hora...

—¡Qué manera más horrible de morir! —dijo Teddy.

—Yo me lo esperaba... —dijo Joe Lampton con sobriedad—. Conducía como una loca. Aunque eso no lo hace menos trágico.

No me gustaba Joe Lampton. Era un sensato contable joven con un traje azul bien planchado y un cuello blanco almidonado. Siempre hizo y dijo lo correcto y nunca avergonzó a nadie mediante un indecoroso despliegue de sus emociones. A todo le sacaba partido, incluso a un revolcón en el pajar con una preciosa jovencita. Yo odiaba a Joe Lampton, pero parecía y sonaba muy seguro de sí mismo en mi piel, sentado en mi mesa; había venido para quedarse, no era una visita fugaz.

—Alice no era perfecta —dijo Joe Lampton—. Pero ¿quién lo es? Era de una bondad alegre y voy a echarla mucho de menos. —Meneó despacio su cabeza digna y hermosa. Eso quería decir que iba a soltar una moraleja—. También a mí me gusta beber, pero no deberían permitir la entrada en un pub a alguien que tiene que

conducir. Por suerte solo se mató ella. Dios mío, si ayer mismo estaba viva y de buen humor, y entonces, en un segundo...

—¿Un segundo dices? —dijo Teddy—. Seguía viva cuando llegó la ambulancia. No murió hasta las ocho.

—¡Jesucristo! —dije—. Jesucristo. —Me volví bruscamente hacia Teddy—. ¿Quién te lo dijo? ¿Quién te lo dijo?

—Mi prima trabaja en el hospital de Warley —respondió—. Se me revolviéron las tripas cuando me enteré. Estaba arrastrándose por la carretera cuando la encontró un trabajador de una granja. Tenía el cráneo destrozado y la columna vertebral...

Me precipité fuera de la oficina buscando los lavabos. La puerta del baño estaba cerrada y pasaron al menos diez minutos antes de que se abriese y saliera uno de los subalternos del Departamento de Salud con mirada aborregada, dejando el habitáculo lleno de humo de tabaco. Cerré la puerta y me senté sobre la taza con la cabeza entre las manos, esas adorables manos que tan a menudo habían acariciado a quien ahora era, por causa de la traición que me taladraba el cerebro, un meollo de carne cruda atravesado de huesos.

A las doce le dije a Teddy que me sentía enfermo. No sé lo que hice hasta entonces; espero que al menos tuviese la decencia de cometer un montón de errores revisando las cuentas. Rondé por el extremo de la estación de Market Street unos diez minutos, y después cogí el autobús a Leddersford. No tenía apetito para almorzar, no podía quedarme en Warley y tampoco podía mirar a los Thompson a la cara. Seguro que hablarían de ella y entonces Joe Lampton tomaría posesión de mí otra vez. Joe Lampton, Modelo Exportable de Primera, garantizado sin polvo ni defectos, sin fisuras ni piedad; mientras permaneciese en el autobús me hallaría a salvo. Traté de no pensar en nada mientras ganábamos velocidad por la calle principal: una papelería, una pañería, un estanco, un campo de cricket, una niña arrastrada por un pastor alemán, una viejecilla sobresaltada por el perro que solo quería darle un lametón en la cara. A continuación vinieron los prados y las vacas y las carreteras angostas serpenteando como lombrices por los nuevos terrenos del Consistorio. Sin embargo, Alice había muerto y todo lo que veía eran los engranajes de una inmensa máquina que solo funcionaba a base de bravuconadas; había sido diseñada y fabricada con un único propósito: matar a Alice. Esa finalidad se había cumplido; a esa máquina se le tendría que haber permitido reducir la marcha y después pararse, con el conductor dormido al volante, los pasajeros dócilmente sentados con las bocas totalmente abiertas esperando a que el autobús echase a volar; el nuevo ensanche de la ciudad abandonado antes de estar terminado, las tiendas cerradas a cal y canto e invadidas por las ratas, las vacas sin ordeñar mugiendo en agonía con las ubres hinchadas, los perros y los gatos asilvestrados y rabiosos, y entonces una gran tormenta que restregase bien toda la tierra sucia hasta transformarla en roca limpia y en llamas. Me humedecí los labios resecaos, mirando a mi alrededor a los otros pasajeros; gozaban de un prometedor buen aspecto, saludable, apeataban a comida, a tabaco y a reposo.

Cerré los ojos y me dio un mareo. Tenía frío, tiritaba y noté que estaba a punto de vomitar, pero era algo más que eso. Tuve un ataque de certeza: vi muy claramente que ya no quedaban sueños ni compasión en el mundo, nada salvo una inmensa tormenta de violencia.

Me senté con las manos bien agarradas, esperando la próxima sacudida. No la hubo; así que, cuando el autobús llegó a Leddersford entré en el primer pub que encontré.

Se trataba de un viejo edificio con un ambiente de escayola húmeda y lujo polvoriento; la puerta de entrada daba paso directamente al salón del bar. Al abrirla, desaparecieron el ruido y la luz de la calle. Había mucha gente hablando a media voz. Pedí un ron y media pinta de cerveza amarga y me quedé junto a la barra contemplando los cuadros que colgaban de las paredes y que adornaban la escalera que llevaba a los servicios de señoras; todos representaban escenas de batallas, eran grabados muy bien coloreados con marionetas vivaces que blandían espadas con pintura roja en las puntas, disparaban mosquetones que dejaban escapar una nubecilla de humo blanca y redonda, plantaban sus posiciones en pequeñas colinas cónicas sobre un campo de batalla absolutamente liso, avanzaban inexorables en perfecta formación de desfile y, ocasionalmente, morían muy rígidos con la mano izquierda aferrada al pecho y mientras que con la derecha animaban a la victoria a sus camaradas. Después del ron, la cerveza me supo a agua, y por un momento tuve náuseas; no podía ni pensar en seguir bebiendo. Entonces sentí una agradable sensación cálida en el estómago y pedí otra cerveza; aquel bienestar aumentó gradualmente hasta que, en la cuarta o en la quinta jarra, una felicidad deleznable empezó a rondarme furtivamente: tenía ochocientas libras en el banco, pronto iba a convertirme en un ejecutivo con cuenta de gastos, me casaría con la hija del jefe, y era inteligente, viril y atractivo, un Príncipe Encantador de Dufton. Cada obstáculo había sido mágicamente apartado de mi camino...

¿Cada obstáculo? Eso significaba Alice... No se trataba de magia. ¿Cuánto tiempo debió de estar arrastrándose sobre su propia sangre? ¿Dónde me encontraba yo en ese momento? Estuvo Dufton, estuvo Cardington, estuvo Frinton Bassett, estuvieron Colonia, Hamburgo y Essen desde el aire, estuvo la región vinícola de Baviera, estuvo Berlín y finalmente las pálidas colegialas y sus madres. Cinco Woodbines por la madre, diez por la hija. Y luego Dufton de nuevo, y por último Warley, solo hace un año. Tenía que haberme quedado en el lugar en el que nací y así Alice seguiría paseando por Warley con su pelo brillante al sol, tumbándose en el diván en casa leyendo una obra para el Comité de Selección y comiendo pollo y ensalada, si es que era época de ensaladas. Me llevé la mano a la cabeza.

—¿Se encuentra usted mal? —preguntó el tabernero. Tenía una cara inexpresiva y pastosa y una fuerte voz áspera. Hasta ese momento había estado hablando de fútbol con un corrillo de sus parroquianos. Ahora habían chirriado las ruedas de lo que quiera que cruzase por su entendimiento y volvió su atención hacia mí. Me quité la

mano de la cabeza y pedí un brandy. Él no hizo ademán de servirme.

—Le he preguntado si se encuentra mal.

—¿Eh?

—¿Está usted enfermo?

—Claro que no. Le he pedido un brandy.

Todo el mundo dejó de hablar y me observó intensamente con ojos centelleantes, esperando que surgiese una pelea y que me rompiesen la cara; no era nada personal, simplemente era que, en un momento dado, la mayoría de la gente se aburre mortalmente. Mirando a mi alrededor por el bar advertí que no era un pub con gente de paso: era un pub de apuestas y de maricas (había tres de ellos a mi lado ahora, destacando como dientes doloridos entre los brutos circundantes).

—Ya ha bebido suficiente —repitió el tabernero. Le miré con gesto hosco. No tenía motivo para quedarme allí, pero mis pies parecían atornillados al suelo.

—Yo te invito a una, encanto —dijo uno de los maricas. Tenía el pelo teñido de un amarillo metálico y olía a geranios—. Creo que eres horriblemente tacaño, Ronnie. —Me sonrió, enseñándome toda una dentadura postiza cegadoramente blanca—. No estás haciendo nada malo, ¿verdad, querido?

—Va usted a meterse en problemas —dijo el tabernero.

—Sí, *por favor* —respondió el marica y todos rieron al unísono. Le dejé que me invitase a un brandy doble y le pregunté qué tomaba él. Era tónica con limón; los maricas solo van a los pubs a ligar con chicos. No se emborrachan más de lo que tú o yo lo haríamos en un bar lleno de mujeres deseables que pueden conseguirse por el precio de unos pocos tragos.

—Me llamo George —dijo él—. ¿Y tú, guapo?

Le di el nombre del Ministro Superintendente Metodista de Warley, quien había Arremetido Intrépidamente Contra la Inmoralidad (es decir, el *sexo*) en el *Clarion* de la semana anterior.

—¿Lancelot? —dijo él—. Te llamaré Lance. Te pega. ¿No es curioso cómo puedes intuir cómo es un chico solo por su nombre? ¿Quieres otro brandy, Lance?

Seguí bebiendo a su costa hasta las tres menos cinco, entonces me escabullí con el pretexto de ir al servicio. Después compré unos caramelos de menta en una farmacia y me senté en el soportal de un teatro hasta las cinco y media. Joseph Lampton estaba haciendo lo correcto, apartándose del daño hasta que el ron y la cerveza y el brandy se asentasen; y Joseph Lampton había establecido una barrera de calidez, oscuridad y sombras de colores entre sí y el dolor. Salí a la ácida luz diurna con esa sensación de dolor en la cabeza que suele acompañar a las funciones matinales de teatro; pero ya había dejado de pensar en Alice y caminaba con paso firme.

Entré en un café y me comí un plato de fish and chips, acompañado de pan con mantequilla, dos bizcochos de crema de sabor extraño (era la época en que los confiteros utilizaban plasma sanguíneo y parafina líquida) y un helado de fresa. Después me bebí una tetera entera de un té hindú color caoba. Cuando hube

consumido mi tercer cigarrillo y no quedaba ni una gota de té en la tetera miré el reloj y vi que eran las seis y media, así que pagué la cuenta y enfilé hacia la calle; para entonces ya había recuperado la compostura y se me ocurrió que emborracharme desesperadamente no iba a ayudarme, y a Alice menos que a nadie. Volvería a casa —después de todo, Warley *era* mi casa, yo mismo la había elegido— a meterme en la cama con una bolsa de agua caliente y un par de aspirinas. Yo no era el que mantenía a Alice; debía dejar que George asumiera la culpa que le tocara. Entonces vi a Elspeth.

Me salió al paso sin que me apercibiese, una mujer mayor prietamente encorsetada con el pelo teñido de henna que se contoneaba ligeramente sobre unos tacones de tres pulgadas. Nunca antes me había parecido tan ruinosa. Su cara estaba tan barnizada por el colorete, los polvos y el carmín, que parecía sombreada a propósito para subirse a un escenario; solo sus ojos bordeados de rojo tenían aspecto humano.

—¡Cerdo! —dijo ella—. ¡Eres un chulo vil y bajo! Un pequeño asesino. —Me lanzó una mirada de odio—. ¡Chulo putas! Estarás contento, ¿verdad, bastardo? Te libraste de ella limpiamente, ¿no?

—Déjame pasar —dije—. Yo no quería que ella muriese. —Me escupió a la cara—. Ya no puedes castigarme más —dije—. Ya me castigaré yo solo. Y ahora, por Dios santo, dejarme en paz. Déjanos en paz a *ambos*. —Su cara se transformó. Las lágrimas empezaron a marcar surcos en su maquillaje. Me puso una mano delgada sobre la mía; estaba seca y caliente.

—Telefoneé esta mañana y me lo contaron —dijo—. Yo sabía lo que había pasado. Oh, Joe, ¿cómo pudiste hacerlo? Ella te quería tanto, Joe, ¿cómo fuiste capaz?

Le estreché la mano y me alejé caminando rápido. Ella no hizo ningún intento por seguirme, sino que se quedó mirándome apesadumbrada, igual que una esposa joven que ve cómo el buque de la tropa abandona la ensenada. Atravesé a media carrera el laberinto de calles laterales del centro de la ciudad, de camino al barrio obrero que se extiende alrededor de Birmingham Road. Si se continúa por Birmingham Road durante unas ciento cincuenta millas, uno acaba en Birmingham; ese era otro de los motivos por los que quería emborracharme del todo. Todos los viajes del corazón terminan en una ciudad extraña donde todas las tiendas y los pubs están cerrados, no te queda un penique en el bolsillo y el tren a casa ha sido cancelado sin aviso, cancelado durante un millón de años. *Déjanos en paz*, le había dicho a Elspeth; pero ¿a quién me refería? A mí y a un cadáver, un cadáver que pronto estaría en las manos del tipo de la funeraria —un poco de colorete, un poco de cera, una manicura cuidadosa, vendajes de seda blancas sobre las heridas—, y no nos daría vergüenza enfrentarnos a nadie. De los dos, yo era el cadáver que tenía mejor aspecto; durante mucho tiempo no haría falta ni que me enterrasen.

Fueron los tranvías y los almacenes los que empujaron el taladro contra mi



deteriorado interior. Cada vez que un tranvía se ponía en marcha y se balanceaba a mi lado, a punto de atropellar a los transeúntes despistados por una pulgada, veía a Alice bajo las ruedas, ensangrentada y chillando; y yo quería estar con ella, extirparme la culpa, detener el tráfico, hacer que las bovinas caras noctámbulas de todos se angustiasen de horror. No me importaba el resto del tráfico, no sé por qué; y no sé cómo se me ocurrió imaginar una muerte tan irrelevante. Ni tampoco por qué no me atrevía a mirar los almacenes. Había uno con un letrero nuevo —Umpelby and Dickinson, Madejas y Ovillos, Fundada en 1855— que todavía hoy me produce pesadillas. Tenía sesenta y tres sucias ventanas, y en el letrero faltaban cuatro de las letras erigidas junto a la oficina principal. «*Umpelb*» y «*D kinso*»: esas son las palabras más terribles que he visto nunca. Desde la actual perspectiva, creo que estaba asustado porque a los almacenes no les importaba un pito lo que le había pasado a Alice; pero ¿por qué razón odiaba a los amistosos e inocentes tranvías?

Seguí caminando como una milla, apartándome más y más de la calle principal, pero el sonido de los tranvías aún machacaba mis oídos. Hacía una buena tarde para aquella época del año, con una calidez jabonosa impropia de la estación que goteaba por las humildes callejuelas; la mayoría de las puertas de las casas estaban abiertas y la gente estaba allí dentro de pie, solo de pie, sin decir nada, mirando la grava negra, las chimeneas y las desanimadas tiendecillas. Era viernes y pronto saldrían a emborracharse. En ese momento fingían que era lunes o incluso martes, que no tenían nada de dinero, y se veían obligados a sentarse en la salita entre pañales tendidos, viendo la cara pastosa de su mujer y sus piernas varicosas, y odiando la suerte del bastardo de la calle de al lado que había ganado cien libras en una tragaperras de cinco chelines. Después dejaban de fingir y se regocijaban con el dinero que podían gastar: al menos tres pavos.

Paré y me apoyé en una farola porque no podía continuar. Debería haberme marchado al campo. Se puede pasear por el campo sin que te entren ganas de devolver, y no te sientes dolido por que a los árboles y a la hierba y al agua no les preocupe nada. No puedes esperar que lo hagan —nunca tuvieron nada que ver con el amor—; pero la ciudad debería estar llena de amor y el hecho es que jamás lo está.

Un policía que pasó a mi lado me lanzó una dura mirada inquisitiva. Cinco minutos más tarde volvió a pasar, así que no había nada mejor que hacer que entrar en el pub más cercano. Primero me acerqué a la barra, donde la mayoría de los clientes parecían peones irlandeses; incluso cuando no hablaban daban una sensación de violencia animada. Yo estaba allí fuera de lugar, como lo habrían estado ellos en el Clarendon, y ellos lo sabían. Percibí su resentimiento con un goce profundo. Era justo lo que necesitaba, algo tan satisfactoriamente amargo como un polvo barato; me bebí de un trago la mitad de la pinta de cerveza, mirando con pena sarcástica las estúpidas caras que se desplegaban a mi alrededor, las caras de —si tenían suerte— mis futuros conductores de camiones y mis obreros y mis operarios de almacén.

Me bebí otra pinta. La cerveza cambió de sabor varias veces: amarga, aromática,

agria, acuosa, dulce, salobre. Mi cabeza estaba llena de una bruma aceitosa que me había subido violenta por la garganta, aumentando la presión hasta filtrarse por mis ojos. Los espejos, las sillas, las caras y las filas de botellas tras la barra, todo se tornó borroso en una especie de pavana sobre el suelo lentamente abarrotado. La barra tenía un asidero de latón, y me agarré a él con fuerza, inspirando profundamente una vez tras otra hasta que el suelo, protestando como un animal azuzado por el látigo, se quedó por fin quieto.

Después de dos rones me mudé a la sala de al lado. No había asientos libres en la barra y me dolían las piernas, pero ese no era el motivo de que hubiera decidido irme allí. La verdadera razón era que quería sentarme solo cerca de la entrada. En cuanto la vi descubrí que ella era lo que necesitaba para acabar de redondear la tarde, la única droga que aún no había probado.

Tendría unos veinte años, con pelo rubio ensortijado y huesos menudos; no era fea del todo, pero su cara tenía una especie de cualidad de insuficiencia, como si no hubiese bastante carne disponible en el mundo para hacer un buen trabajo con su feminidad. Cuando me vio mirándola, sonrió. No me gustó mucho cuando lo hizo; la pálida carne parecía que fuese a agrietársele. Sin embargo, no se ha de ser muy selectivo con los ligues ocasionales; en tiempo de paz no son tan habituales como supondría la gente respetable. Y había algo en ella que reanimó una parte de mí que había estado muerta durante años, un anhelo que era más que simple curiosidad, un taimado, disimulado deseo de ver cómo era bajo la ropa.

Me senté junto a ella.

—No te estoy agobiando, ¿verdad?

Rió un poco.

—Hay sitio de sobra.

Le ofrecí un cigarrillo.

—Muchas gracias —dijo ella—. Oh, qué bonita pitillera.

Acarició la plata y me rozó los dedos con los suyos, finos y largos, de uñas rojas demasiado curvadas.

—No es usted de por aquí, ¿verdad?

—De Dufton. Soy viajante de comercio.

—¿A qué se dedica?

—A la ropa interior femenina —dije. Cuando se rió noté que sus dientes superiores estaban marcados horizontalmente por una línea marrón de caries.

—Qué diablillo —dijo ella—. ¿Me dará alguna muestra gratis?

—Si eres buena chica —respondí—. ¿Quieres beber algo conmigo?

—Una cerveza india<sup>[27]</sup>, por favor.

—Seguro que no quieres beber cerveza —dije—. ¿No prefieres tomar un licor? He vendido miles de braguitas esta semana.

—Qué pillín —dijo; pero se tomó una ginebra doble y luego otra y otra, y luego un brandy, y pronto nos estábamos toqueteando el uno al otro todo el rato,

acercándonos más y más y cada vez más apartados del resto. En un momento de claridad, antes de que el brandy y la lujuria se apoderasen de mí, me di cuenta de que solo nos estábamos tocando a nosotros mismos. Por lo menos no estaba pensando en Alice. Ella ya no se arrastraba por Corby Lane con su cuero cabelludo hecho trizas escurriéndosele por toda la cara. Ella no había nacido, nunca había existido una persona llamada Alice; y no había ningún Joe Lampton, solo un viajante de comercio de Dufton pasando una alegre velada con una chica ardiente.

Creo que serían como las ocho y media cuando advertí un silencio sospechoso en la sala. Miré hacia arriba; un tipo joven estaba de pie mirándonos malencarado. Tenía la clase de cara que siempre se ve en la prensa amarilla —ojos fijos, pardos, las facciones apretadas e informes y la boca aflojada—. Llevaba un traje azul claro de solapas dobles que estaba primorosamente recubierto para parecer *décolleté* y tenía una corbata de rayón azul de una textura delgada aparentemente extraña. En aquel momento el tipo disfrutaba de lo que un millar de películas y de revistas aseguraban que era motivo de ira justificada: *Su Chica le había sido Infiel*.

—Vámonos —le dijo—. Vámonos, Mavis.

—Oh, márchate —respondió ella—. Estábamos bien hasta que llegaste. —Sacó la polvera y empezó a empolvase la nariz. Él le agarró las manos—. Es suficiente, deja eso —dijo—. No pude evitar el retraso, ¿ves? He estado haciendo horas extraordinarias.

Lo estuve considerando, preguntándome si dejársela o no. Estaba tan bebido que no me importaba que me diesen una paliza en un pub de Birmingham Road. Pero no era ningún mazas: era como yo de alto, pero sus hombros eran todo hombreras y tenía pinta de blandengue, de esa clase cuyos huesos no se endurecen.

—Déjala en paz —dije.

—¿Quién demonios eres tú?

—Jack Wales.

—Nunca he oído hablar de ti.

—No esperaba que lo hubieses hecho. —Me puse en pie—. ¡Ya has oído lo que he dicho! —Mi mano, independiente de mí, tanteó por la mesa hasta dar con un vaso vacío. No se escuchaba ni un sonido en la estancia. Había una pareja de mediana edad con pinta de estar decentemente trasnochados en la mesa contigua. Parecían asustados.

El hombre era bajito y flacucho, y la mujer llevaba unas gafas con montura de concha clara y tenía boquita de piñón. Recuerdo que lo sentí bastante por ellos, y comenzó a brotarme desde dentro una ira tan fría y tranquila y potencialmente tan afilada y asesina como el vaso de cerveza que sostenía en mi mano.

—¡Aparta las manos de ella! —Levanté el vaso de cerveza como si tuviese intención de estrellarlo contra la mesa. Su mano se soltó y ella retiró la muñeca. La polvera se cayó y una pequeña nube de maquillaje se quedó flotando en el aire. Él se dio la vuelta y se marchó sin decir palabra. Volvieron otra vez los ruidos normales del

pub, y el incidente se olvidó tan rápido como empezó.

—En realidad no es mi novio, Jack —dijo ella—. Estoy harta de él. Se cree que es mi dueño solo porque salí con él una o dos veces.

—De todas formas, nos ha presentado —dije yo—. Mavis. Te va bien, encanto. Me acarició la mano.

—Haces que suene bonito —dijo.

—Es fácil decirte cosas bonitas.

—Eres el chico más apuesto que he conocido nunca. Y tienes una ropa preciosa. —Palpó la textura de mi traje. Era nuevo, hecho de un rollo de tela de lana que Alice me había dado hacía cinco meses—. Trabajo en una fábrica, reconozco un buen tejido.

—Si a ti te gusta, Mavis, nunca me pondré otra cosa —dije. Mis palabras se atragantaban—. Me siento muy feliz contigo, eres tan dulce, tan brillante y tan bella... —Volví a la vieja rutina, mezclando retazos de poesía, nombres de canciones, cachitos de autobiografía, ligándolo todo con el sirope dorado de la adulación. No hacía falta, yo bien lo sabía; una borrachera de licores, un millar de caladas de nicotina y los habituales buenos modos eran suficientes para conseguir lo que me proponía; pero tenía que disfrazar mis intenciones sexuales. Me vi obligado a bajar el tono de las insinuaciones directas de copulación para hacer de los inevitables cinco o diez minutos de frenesí estremecedor algo más civilizado, para conceder al acto sexual un asentimiento de absolución mediante la amabilidad y la ternura.

—Déjame pagar esta ronda —dijo cuando nos hubimos bebido dos más.

—Está bien —respondí.

—Ya te has dejado unas cuantas libras, lo sé. No soy una de esas chicas que van a ver qué es lo que pueden sacar, Jack. Si me gusta un chico, no me importa si no puede pagarse un té. Yo gano un buen dinero. Llevé a casa seis libras la semana pasada.

Sentí que iba a empezar a llorar.

—Seis libras —dijo—. Esa es una buena cantidad, Mavis. Podrás ahorrar para el ajuar.

—Antes he de encontrar al tipo adecuado —respondió ella. Revolvió en su bolso. Era grande y de genuino cuero negro con iniciales de *strass*. Dentro llevaba el clásico barullo de polvos, lápices de labios, algodones, pañuelos, cigarrillos, cerillas y fotos. Deslizó un billete de diez chelines en mi mano—. Esta es por mi cuenta, cielo —dijo. Su cálida voz nortea y la visión del bolso abierto me produjeron una insoportable sensación de soledad. Quería enterrar mi cabeza entre sus afilados pechos menudos y olvidarme del mundo cruel en donde cada acción tiene sus consecuencias.

Pedí una botella de india y una ginebra doble. El tiempo empezaba a pasar muy deprisa, a deslizarse pendiente abajo; por cada minuto que miraba la hora en mi reloj, habían pasado diez. Sabía que acababa de conocer a Mavis, pero era como si aquel minuto hubiera ocurrido hacía un año; el suelo se movió de nuevo al beber la cerveza

de penetrante aroma veraniego. Entonces reviví cada impresión del hombre que intenta abrirse paso aullando por entre una multitud salida de Dios sabe dónde, reunida ante la escena de un accidente; el tiempo del baile, el tiempo con sus botas claveteadas cubiertas de arcilla, el sabor nuevo de la cerveza y el sabor viejo a ron, a brandy, a pescado, a harina de maíz, a tabaco, a lana restregada con hollín, al sudor de Mavis, que tenía algo de sucio, a su colorete y su carmín —tiza, raíz de iris, gotas de pera— y la caliente mano del brandy me sostenían firmemente. Y justo cuando parecía que ya no existía ningún otro lugar en el mundo más que aquella sala alargada con las sillas *art-moderne* y los veladores de cristal, estábamos fuera abrazados por la cintura y caminando por calles estrechas, por los pasajes y patios, por parcelas de terreno baldío, cruzando sobre una pasarela bajo la que se enganchaban las locomotoras en el frío, como si se diesen palmadas para mantenerse calientes, y después estuvimos en una especie de pequeña cueva de vigas apiladas en el rincón de un almacén de leña. Me desprendí de mi cuerpo, que llevó a cabo todas las acciones que ella esperaba de él. Ella se agarró fuertemente a él, como si fuese humano, tras el ardoroso y estremecedor momento de fusión, besando el rostro ebrio y atrayendo las manos hacia su pecho.

Había casas muy cerca, sobre la pista de tierra en lo alto del almacén maderero; percibí voces, música y olor a comida. Por todas partes se veían las luces de la ciudad; Birmigham Road se alza en el centro de Leddersford y estábamos en un pequeño llano como a media altura; no se veía campo abierto por ningún sitio, ni un solo acre donde no se adivinase presencia humana, doscientas mil soledades separadas, doscientas mil muertes diferentes. Y toda la oscuridad que habían invadido las luces, todo el vacío de los prados y el bosque urbanizado hace tiempo, me abordaron súbitamente, sin dejar dolor tras de sí, ni felicidad ni desesperación ni esperanza, sin dejar más que una nada total, un fantasma en el candelero, desvaneciéndose en la pared ciega sin alicientes para volver a salir.

—Tienes unas manos adorables, suaves como las de una mujer —dijo Mavis.

—No lo son... No son adorables —dije con dificultad—. Son crueles, manos crueles.

—Estás bebido, cariño.

—Nunca he estado mejor. —Noté horrorizado que había regresado a mi cuerpo y no sabía qué hacer con él.

—Eres un chico curioso —dijo ella.

Hurgué en mis bolsillos buscando la pitillera. Estaba vacía. Ella sacó un paquete de Players y encendió dos.

—Quédatelos —dijo. Fumamos en silencio durante un rato. Yo intentaba recobrar la sobriedad, pero era inútil. Francamente, ni siquiera era capaz de recordar dónde vivía e ignoraba *literalmente* si me hallaba despierto o soñando.

—¿Te gusto, Jack?

—Desde el primer momento en que... en que te vi. —Hice otro esfuerzo—. Eres

*muy dulce*. Me gustas mucho-mucho— mucho.

Las luces comenzaron a girar y sentí un choque metálico en los oídos.

—¡Esos malditos trenes! —dije—. Esos trenes fastidiosos. ¿Por qué no paran?

Ella debió de ayudarme un poco a salir de allí; no sé cómo se las apañó. Nos detuvimos un instante frente a una casa elevada; yo intentaba, sin mucho éxito, mantenerme erguido. Finalmente me tuve que apoyar en la verja del jardín.

—¿Te pasa algo, Jack?

—Estoy bien —dije—. Bien.

—Gira a la izquierda y continúa todo recto. ¿Tienes dinero para un taxi?

Extraje un puñado de billetes.

—Ten cuidado —dijo ella. Una luz nos alumbró y oí la voz de un hombre gruñendo el nombre de ella—. Oh, Dios —dijo—. Se han despertado. —Me besó—. Adiós, Jack. Ha sido precioso, de verdad. —Corrió adentro de la casa.

Me marché, zigzagueando de un lado a otro con un paso que no solo me pareció grácil y armonioso sino tan refinadamente divertido que me hizo reír.

Una mano sobre mi hombro interrumpió la risa, y los reflejos de Combate Sin Armas empezaron a funcionar. Los engranajes estaban rígidos, pero en cualquier momento, pensé con alegría, el miedo y la humillación me empujarían a machacar los estúpidos cuerpos de los dos hombres que tenía frente a mí.

Uno de ellos era el ex amante de Mavis. No conocía al otro, pero era el que más me preocupaba. Parecía bastante sobrio y era más ancho de hombros que yo.

—Este es —dijo el ex amante de Mavis—. Atiborrado de brandy y de presunción, el muy *cabrón*. —Me insultó hasta hartarse; sus palabras, más que molestarme, me deprimían—. Ella es *mi* hembra, ¿te enteras? No nos gustan los forasteros entrometidos, ¿sabes? —Apretó más fuerte la mano en mi hombro—. Te vas a arrepentir de veras de haber venido por aquí, pimpollo.

—Lárgate —dije.

—Eres *tú* el que se larga. Pero no sin antes... —Me dio un puñetazo; traté de esquivarlo, pero no lo bastante deprisa. Me dio en el pómulo, haciéndome un corte con algo (más tarde descubrí que era un anillo). Pensé que era una cuchilla, así que le golpeé en la nuez. Dejó escapar un ruido que sonaba entre el balbuceo de un bebé y un estertor de muerte y se alejó de mí tambaleante, llevándose las manos a la garganta.

—Sucio *cabrón* —dijo su amigo e intentó darme una patada en la entrepierna. Me aparté más por suerte que por habilidad; pero no tan bien como me había enseñado el sargento de Instrucción Física: me dio en el muslo con el pie, así que perdí el equilibrio y me caí de espaldas mientras él se abalanzaba sobre mí. Rodamos por la calzada como chicos peleándose; yo trataba de mantenerle apartado y él no tenía otra idea en la cabeza que no fuese la de hacerme sufrir tanto como yo había hecho sufrir a su amigo (al que aún oía ahogarse agónico). Me rodeó el cuello con las manos y empezó a apretar; una corriente de temor rojo y negro se extendió como lava sobre

mis ojos. Había perdido la fuerza en las manos, no podía mover las piernas y notaba el sabor de mi propia sangre brotando del corte en la mejilla, mezclado con el olor de su loción capilar, la rigidez de lavandería de su camisa, y el hedor a perro y a restos de naranja y de pescado de la alcantarilla; las farolas se alargaron de repente como cien veces, igual que las habichuelas en los documentales, lo mismo que hacían los edificios en prolongados borrones de luz amarilla. Entonces recordé otra de las enseñanzas del sargento instructor y le escupí a la cara. Se retiró instintivamente, aflojando su presa un instante; me acordé de un montón de cosas más, y en treinta segundos se hallaba hecho unos zorros, derrumbado sobre el pavimento, y yo corría tan rápido como me era posible calle abajo.

Aquella noche tuve suerte: no vi a ningún policía y no escuché pisadas que me persiguiesen. Después de llevar corriendo unos diez minutos desemboqué en la calle principal y tomé un tranvía hacia el centro de la ciudad. Al subir me sangraban la cara y las manos y vi a través del reflejo en la ventana iluminada que mi chaqueta tenía grandes lamparones de mugre y de sangre; además llevaba la bragueta totalmente abierta. Afortunadamente había muchos más borrachos a bordo, por lo que mi aspecto no resultaba tan sospechoso como podría parecer a primera vista. Estaba apretujado junto a una mujer que tenía pinta de ser la única persona sobria en el tranvía. Tenía el pelo blanco, llevaba un grueso anillo de boda anticuado y me observaba con expresión asqueada. La letra del himno del Ejército de Salvación brotó desde las cavernas de mi mente y, sin saberlo, empecé a cantar en voz queda: *The old rugged cross the old rugged cross I will CLING to the old rugged cross*. Su gesto de asco se transformó en uno de desprecio. Parecía tan limpia y maternal, con su abrigo azul entallado que dejaba ver la pequeña uve de una blusa blanca esmeradamente almidonada, que me eché a llorar. Me sentía agradecido de que se hubiese dado cuenta de que yo existía, de que se preocupase lo bastante como para sentir asco.

Las luces, el ruido, los coches, los autobuses, los tranvías y la gente del centro de la ciudad fueron demasiado para mí. Casi me atropellan dos veces. Estaba tan asustado de la gente como del tráfico. Me parecía como si ellos también estuviesen hechos de goma y de metal, como si también pudieran arrollarme en un segundo dándose a la fuga sin saberlo o sin preocuparse de si me habrían matado. La estación de la que salía el autobús a Warley estaba algo apartada del centro. No recordaba el camino ni a qué hora salía el último coche. Encendí un cigarrillo que sabía al colorete de Mavis y me quedé de pie, o más bien tambaleándome, en el exterior de un bar de batidos cercano a la estación de tren. Me pregunté si la policía se habría ocupado de aquellos dos macarras; posiblemente los había herido de gravedad. Pensé en las manos del primero, rojas y erosionadas, las uñas bordeadas de negro, cogiéndose la garganta, y el cuerpo yerto del otro con su bonito cuello de camisa limpio y su corbata de rayón nueva arruinados, y entonces sentí una vergüenza profunda, como si le hubiese pegado a un crío.

Caminé dando vueltas en busca de una parada de taxis. Me costó mucho

encontrarla; aunque había visitado Leddersford pocas veces, tenía un plano mental del lugar que, en circunstancias normales, podría haber desplegado en un segundo. Lo acontecido aquella noche había vuelto del revés mi concepción espacial, y los nombres de todas las calles habían cambiado; cada vez que subía por una, irremisiblemente iba a dar con Birmingham Road de nuevo. En mi deambular, pasé dos veces por delante del bar de batidos del que había partido. Cuando por fin vi la fila de taxis al otro lado de la calle, me detuve un segundo para ver si era seguro cruzar.

Entonces me desplomé. Aquello tuvo algo de hilarante; por un momento me imaginé que habría un colchón debajo de mí que detendría la caída, que me haría rebotar, más y más alto hacia el cielo...

Pero debajo de mí solo estaba el pavimento, la fría piedra en la que me quería tumbar, que quería besar, en la que deseaba con todas mis fuerzas dormir apoyando mi cara contra su dura superficie. Luché por ponerme en pie, sujetándome al poste de una farola, cuando oí que un coche se paraba a mi lado. Si era la policía, no había nada que hacer salvo afrontar la situación; me hallaba demasiado cansado y confuso como para huir, y sabía que si intentaba cruzar la calle por mi cuenta seguro que me mataba. Me abracé a la farola esperando las preguntas oficiales, con la mirada fija en el poste verde oscuro.

—Es hora de que vuelvas a casa, Joe. —Me di la vuelta. Era Bob Storr.

—Yo no tengo casa...

—Sí que la tienes. Hemos estado todos muy preocupados por ti. —Me tomó del brazo. Eva salió del coche y me cogió del otro; en cuanto se acercó, me dejé llevar tranquilamente, pero seguí insistiendo en que no tenía casa. Me senté con ella en la parte de atrás; tiritaba de frío y Eva me puso una manta sobre las rodillas.

—¡Dios mío! —dijo—. ¿Dónde diablos te has metido? Se han organizado grupos de búsqueda por todo Yorkshire. Los Thompson están desesperados...

—Susan —dije—. ¿Qué hay de Susan?

—¿Estás trompa o qué? —dijo Eva—. Se fue esta mañana a Londres a por su vestido de novia. ¿Lo habías olvidado?

—Déjale en paz —dijo Bob—. Ya ha tenido bastante por hoy.

—Yo maté a Alice —dije y empecé a llorar.

—No digas bobadas —dijo Bob.

—Todo el mundo sabe que yo la maté. También los Thompson.

—Los Thompson sabían que era tu amante —dijo Bob—. Ellos tuvieron un hijo y saben cómo son los jóvenes. No te culpan. Nadie lo hace.

El coche ascendía por los altos más orientales de la ciudad, lejos del humo, de la suciedad, de las uñas negras que arañaban el pavimento y de las tristes caras perdidas que habían intentado seguirme el hilo. El motor ronroneó suavemente, como lo habría hecho si fuera Alice quien hubiera estado junto a mí, en vez de Eva; como lo habría hecho si a Bob le hubieran crecido de pronto cuernos y rabo de diablo, como lo



habría hecho si el mundo fuese a acabarse en cinco minutos.

Seguí llorando, como si las lágrimas pudiesen emborronar la imagen de Alice arrastrándose sobre sus manos y sus rodillas por Corby Road, como si pudiesen sofocar sus primeros chillidos estridentes y sus últimos gemidos delirantes.

—Oh, Dios —dije—. Yo la maté. No estaba allí, pero yo la maté.

Eva acogió mi cabeza sobre su pecho.

—Pobrecito, no has de tomártelo así. Ahora no lo ves, pero era lo mejor. Te habría arruinado la vida. Nadie te culpa, amor. Nadie te culpa.

Me aparté de ella bruscamente.

—¡Oh, Dios mío! —exclamé—. ¡Ese es el problema!

Fin



JOHN GERARD BRAINE (13 de abril de 1922 – 28 de octubre de 1986) fue un novelista inglés.

Nacido en Bradford, Yorkshire, Braine dejó la St. Bede's Grammar School a los 16 años y trabajó en una tienda, un laboratorio y una fábrica antes de hacerse bibliotecario tras la Segunda Guerra Mundial. Aunque escribió doce obras de ficción, hoy se le recuerda sobre todo por su primera novela, *Room at the Top* (1957), que también tuvo una exitosa versión cinematográfica en (1959). Braine suele asociarse al movimiento de los Angry Young Men («jóvenes airados», corriente iconoclasta de la literatura inglesa de mediados del siglo xx).

# Notas

[1] Revista sobre notas de sociedad que comenzó a editarse en 1862 con el nombre de Society. (Todas las notas son del traductor.) <<

[2] Literalmente, «Creciente del Roble». Crescent es el nombre que se le da en Gran Bretaña a ciertas calles de trazado curvo (con forma de luna creciente). <<

[3] Nombre coloquial para referirse a los aviones de combate Vickers Wellington. Wimpey es el nombre del constructor de la mayor parte de los aeródromos británicos de la Segunda Guerra Mundial. <<

[4] Ronald Colman, (1891-1958). Actor inglés ganador de un Oscar en 1948 por *Doble Vida (A Double Life)* y nominado por sus interpretaciones en *Condemned* y *Bulldog Drummond*. <<

[5] Obra de teatro de John van Druten, escrita en 1925, que fue prohibida para su estreno en Inglaterra y que acabó estrenándose con gran éxito en Nueva York. Trata de manera sardónica el tópico del triángulo amoroso. <<



[6] Comedia teatral de 1932 del dramaturgo Noel Coward. Llevada al cine en 1933 por Ernst Lubitsch. <<

[7] Stalag («Stammlager») era el nombre que recibían los campos de prisioneros en Alemania durante la guerra. El Stalag 1000 es un campo ficticio. <<

[8] Uno de los principales seriales radiofónicos postbélicos, iniciado en 1948. <<

[9] Alusión al afamado poeta británico John Betjeman (1906-1984) que sucedería a Cecil Day Lewis como «poeta laureado» en 1972. <<

[10] Robertson Hare, (1891-1979). Actor de comedia inglés conocido por caérsele siempre los pantalones en el escenario mientras exclamaba su habitual frase: «¡Oh, calamidad!». <<

[11] Rachel Thomas, (1905-1995). Actriz galesa especializada en papeles de madre encoraginada. <<

[12] *The Lady's not for Burning* es una comedia de ambiente medieval obra de Christopher Fry sobre una mujer acusada de brujería. En su estreno teatral, en 1949, actuaron John Gielgud y Pamela Brown, y fue la obra que dio a conocer a Richard Burton. <<

[13] El Chevalier D'Eon (1728-1810) fue un enigmático y afamado personaje que estuvo a las órdenes de Luis XV como caballero, diplomático, soldado, cortesano, político, agente secreto y diestro espadachín. Pasó la mayor parte de su vida en Inglaterra bajo apariencia femenina haciéndose llamar Mademoiselle D'Eon y su condición sexual fue origen de multitud de debates y controversias en los mentideros ingleses de la época (incluyendo innumerables apuestas de miles de guineas) que no quedaron zanjadas hasta su muerte y posterior autopsia. <<



[14] Women Auxiliary Air Force. División femenina de la RAF. <<

[15] Dale Carnegie, (1888-1955). Vendedor y aspirante a actor estadounidense. Fundó en 1912, en Nueva York, una escuela con su nombre para enseñar técnicas de comunicación. En 1936 publicó su célebre tratado *Cómo hacer amigos e influenciar a las personas*. A finales de los años treinta tenía academias por todos los Estados Unidos. <<

[16] Jean Marais (1913-1998) fue un famoso actor francés. Fue también director de cine y teatro, escritor, pintor, escultor, alfarero y amante de Jean Cocteau. <<

[17] Margot Fonteyn, (1919-1991), de nacimiento Margaret «Peggy» Hookham fue una famosa bailarina británica que alcanzó el título de *prima ballerina assoluta*, considerada la mejor del ballet clásico de su tiempo, siendo también condecorada con el título de *Dame*. <<

[18] Editorial de origen alemán que durante la época victoriana se especializó en libros móviles, desplegados y panorámicos. <<

[19] *Air Raid Precautions*: Precauciones contra Bombardeos Aéreos. <<

[20] Sir Charles Henry Hawtrey (1858-1923) fue un celebrado actor, director y productor teatral británico, nombrado Sir en 1922 por el Rey Jorge V. Fue mentor de Noel Coward y especialmente conocido por su maestría en la interpretación de farsas ligeras y personajes mentirosos, especialmente maridos casquivanos, personajes que llegaron a conocerse (según el Oxford Dictionary of National Biography) como «papeles Hawtrey». <<

[21] *Sweet Adeline*: balada popular, inspirada en una dependienta del departamento de música de unos grandes almacenes neoyorquinos, con melodía de Henry Armstrong (1896) y letra de Richard H. Gerard (1903); convertida en comedia musical en Broadway y llevada después al cine. <<



[22] *The Bing Boys are Here*: Revista musical de 1916 compuesta por George Grossmith y Fred Thompson. <<

[23] Nombre coloquial por el que los soldados ingleses se referían alemanes (Germans) desde la Primera Guerra Mundial. <<

[24] Nombre de una de las familias con más solera en Inglaterra, del que deriva el apellido Sinclair. Durante la Guerra de las Dos Rosas entre Francia e Inglaterra, el clan francés de los Saint Claire (Santa Clara) ocuparon tierras inglesas que no abandonaron tras la guerra y se establecieron allí. <<

[25] Apelativo cariñoso con el que se conocía a Winston Churchill. <<

[26] Wilfred Pickles, (1904-1978). Actor y célebre presentador de radio originario de Yorkshire. Fue el primero en hacer gala de su acento norteno en los noticiarios de guerra de la BBC durante la Segunda Guerra Mundial. <<

[27] Conocida como IPA (India Pale Ale), se trata de una cerveza india rubia suave; es característico su intenso sabor y aroma a lúpulo y posee un nivel de alcohol un poco mayor que el de la clásica cerveza rubia. <<